CONGRESO
INTERNACIONAL
DE
AMERICANISTAS

ACTAS
DE LA
CUARTA REUNIÓN
MADRID—1881

TOMO PRIMERO

MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

1883

ACTAS

DEL

CONGRESO INTERNACIONAL

DE AMERICANISTAS

4.ª REUNIÓN — MADRID — 1881

I

CONGRESO

INTERNACIONAL

DE

AMERICANISTAS

ACTAS

DE LA

CUARTA REUNIÓN

MADRID—1881

TOMO PRIMERO

MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

1882

Por acuerdo del Congreso Internacional de Americanistas verificado en Bruselas en Setiembre de 1879, fué designada la villa de Madrid para celebrar la cuarta reunión en el mismo mes de Setiembre de 1881.

Par décision du Congrès International des Américanistes réuni à Bruxelles en Septembre 1879, la ville de Madrid a été désignée pour être le siége de la quatrième session du 25 au 28 Septembre 1881.

JUNTA ORGANIZADORA.

Protector.

S. M. EL REY DON ALFONSO XII.

Patrono.

EXCMO. AYUNTAMIENTO DE MADRID.

Presidente de honor.

EXCMO. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO, ex-presidente del Consejo de Ministros, presidente de la Sociedad Geográfica de Madrid, académico de la Española, de la Historia y de Ciencias morales y políticas; caballero de la insigne orden del Toisón de Oro, etc.

Vicepresidentes de honor.

EXCMO. SR. D. CRISTOBAL COLÓN DE LA CERDA, almirante y adelantado mayor de las Indias, duque de Veragua y de la Vega, marqués de la Jamaica, grande de España, senador del reino, licenciado en Derecho civil y canónico y doctor en Derecho administrativo.

EXCMO. SR. D. ANTONIO MARCILLA DE TERUEL MOCTEZUMA Y NAVARRO, duque de Moctezuma de Tultengo, marqués de Tenebrón, grande de España y gentil-hombre de cámara y mayordomo que ha sido de S. M. la Reina Doña Isabel II, ex-senador del reino, gran cruz de Cárlos III, gran cordón de la Legión de Honor de Francia, maestrante de la de Zaragoza.

EXCMO. SR. F. RUSELL LOWELL, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de los Estados-Unidos de América.

Excmo. Sr. D. Fermín de Lasala y Collado, ex-ministro de Fomento, senador del reino y gran cruz de la Concepción de Villaviciosa de Portugal.

Presidente.

Excmo. Sr. D. Francisco Queipo de Llano y Gayoso, conde de Toreno, grande de España, presidente del Congreso de los Diputados, presidente del Consejo superior de Agricultura, Industria y Comercio, etc.

Vicepresidentes.

Excmo. Sr. D. José de Cárdenas, ex-director general de Instrucción pública, diputado á Cortes, gran cruz de Cristo de Portugal y comendador de la Legión de Honor.

Excmo. Sr. D. Rafael Merry del Val, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de España en Bélgica.

Excmo. Sr. D. Antonio García Gutierrez, director del Museo Arqueológico Nacional y académico de la Española.

Excmo. Sr. D. Francisco Javier de Salas, capitán de navío, director del Museo naval, de la Real Academia de la Historia, gran cruz de la orden de Cristo de Portugal.

Tesorero.

Excmo. señor marqués de Urquijo, banquero.

Secretario general.

Ilmo. Sr. D. Cesáreo Fernández Duro, capitán de navío, académico de la Historia, vicepresidente de la Sociedad Geográfica de Madrid, del Consejo superior de Agricultura, Industria y Comercio.

Secretarios adjuntos.

Sr. D. M. Andrés Domec, oficial del cuerpo de Archiveros,

Bibliotecarios y Anticuarios y secretario de la Sociedad Geográfica de Madrid.

Sr. D. Alfredo Escobar, redactor de *La Epoca.*

Excmo. Sr. D. Manuel González Llana, redactor de *La Iberia*, ex-gobernador civil y gran cruz de Isabel la Católica.

Sr. D. José Gutiérrez Abascal, redactor de *El Imparcial.*

Sr. D. Juan Catalina García, redactor de *El Fénix*, archivero, bibliotecario y anticuario, correspondiente de la Real Academia de la Historia.

Sr. D. José Fernández Bremón, redactor de *La Ilustración Española y Americana* y jefe de Administración.

Vocales delegados.

Sres.: Barrantes (Excmo. Sr. D. Vicente), inspector general de Instrucción pública, de las Reales Academias Española y de la Historia, ex-diputado á Córtes.

Coello y Quesada (Excmo. Sr. D. Francisco), coronel de ingenieros retirado, académico de la Historia, presidente honorario de la Sociedad Geográfica de Madrid, gran cruz blanca del Mérito Militar, comendador de la Legión de Honor y de la orden militar de Leopoldo de Bélgica, etc.

Colmeiro y Penido (Excmo. Sr. D. Miguel), decano de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid, profesor y director del Jardín Botánico, vocal del Consejo superior de Agricultura, Industria y Comercio, de las Reales Academias de Ciencias y de Medicina, gran cruz de Isabel la Católica, etc.

Corradi y Gómez (Excmo. Sr. D. Fernando), ex-ministro plenipotenciario, senador del reino, académico de la Historia, gran cruz de Cárlos III, de Cristo de Portugal y de otras órdenes, etc., etc.

Escudero de la Peña (Sr. D. José María), director del Archivo general Central, archivero-bibliotecario y profesor de la Escuela de Diplomática, correspondiente de la Real

Academia de la Historia, comendador de Cárlos III y de Isabel la Católica.

Fabié (Excmo. Sr. D. Antonio María), diputado á Cortes, de la Real Academia de la Historia, consejero de Estado, gran cruz de Isabel la Católica.

Ferreiro (Sr. D. Martín), constructor de cartas de la Dirección de Hidrografía, correspondiente de la Real Academia de la Historia y secretario de la Sociedad Geográfica de Madrid.

González de Vera (Excmo. Sr. D. Francisco), director de la sección de Archivos y del Histórico Nacional, gran cruz de Isabel la Católica, comendador de Cárlos III.

González Velasco (Excmo. Sr. D. Pedro), doctor en medicina y propietario del Museo Antropológico de su nombre, ex-director de los Museos de la Facultad de Medicina de la Universidad de Madrid, fundador de las sociedades Anatómica y Antropológica españolas, gran cruz de Isabel la Católica.

Jiménez de la Espada (Sr. D. Márcos).

Pezuela y Lobo (Excmo. Sr. D. Jacobo de la), coronel retirado, académico de la Historia, gentil-hombre de cámara, gran cruz de la Orden Civil.

Pí y Margall (Excmo. Sr. D. Francisco), abogado.

Ruiz de Salazar (Illmo. Sr. D. Emilio), doctor en Ciencias, catedrático en la Universidad de Madrid, ex-jefe del negociado de segunda enseñanza y especial en el Ministerio de Fomento, comendador de Cárlos III.

Vázquez Queipo (Excmo. Sr. D. Vicente), de las Reales Academias de la Historia y de Ciencias.

Vilanova y Piera (Sr. D. Juan), profesor de Paleontología.

Zaragoza (Sr. D. Justo), ordenador de pagos del Ministerio de Fomento, de la Sociedad mexicana de Geografía y Estadística, de la Geográfica de Madrid, etc.

Vocales.

Sres. Abella (D. Marceliano de), oficial de la interpretación de lenguas, comendador de San Estanislao de Rusia.

Aguirre (D. Eduardo), propietario y agente de Bolsa.

Alonso Sanjurjo (Illmo. Sr. D. Eugenio), jefe de sección en el Ministerio de Ultramar.

Alvarez Mariño (Excmo. Sr. D. José), diputado á Cortes, gran cruz de Isabel la Católica, comendador de la Legión de Honor.

Alvarez Mijares (Excmo. Sr. D. Eduardo), fiscal de imprenta que ha sido de la isla de Cuba, gran cruz de Isabel la Católica.

Arias y Albuerne (D. Aquilino), propietario.

Arrangóiz y Berzábal (D. Francisco de), diplomático y escritor, académico honorario de la Real Academia de la Historia.

Barbieri (Excmo. Sr. D. Francisco Asenjo), compositor de música, de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y gran cruz de Isabel la Católica.

Blas y Melendo (Sr. D. Andrés), abogado, ex-diputado á Cortes y ex-fiscal de imprenta de la Audiencia de Madrid.

Borrego (D. Andrés), escritor y periodista.

Botella (D. Federico de), inspector general de Minas, y de la Real Academia de Ciencias.

Campillo (D. Toribio), jefe de sección del cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios, y profesor de la Escuela de Diplomática.

Cancio Villaamil (Excmo. Sr. D. Mariano), ex-consejero de Estado, diputado á Cortes, ex-intendente de la isla de Cuba.

Cañamaque (D. Francisco), escritor, catedrático de la Económica Matritense, de la Academia de Ciencias y Bellas Artes de Córdoba.

Carreras y González (Excmo. Sr. D. Mariano), catedrático

en el Instituto de San Isidro, ex-diputado á Cortes, intendente de Hacienda, que ha sido de las islas Filipinas, gran cruz de Isabel la Católica, etc.

CERRALBO (marqués de), Excmo Sr. D. Enrique Aguilera y Gamboa, marqués de Almarza y de Campo Fuerte, conde de Villalobos, de Alcudia y de Foncalada, grande de España.

CORTÉS LLANOS (Excmo. Sr. D. Bonifacio), intendente de la Real Casa y Patrimonio, y ex-director general de Hacienda de la isla de Cuba.

DÍAZ Y PÉREZ (Excmo. Sr. D. Nicolás), escritor, bibliotecario de la Económica Matritense, consejero de la Cruz Roja de Suiza, gran cruz de la Concepción y comendador de Cristo de Portugal.

FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA (D. Luis), comandante graduado, capitán de infantería.

FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ (D. Modesto), ex-oficial del Ministerio de Ultramar, escritor, licenciado en Derecho y en Administración.

FERRER Y PLANTADA (Illmo. Sr. D. Miguel), secretario que ha sido del Gobierno de la Habana y del General de la isla de Puerto Rico.

FLORES DÁVILA (marqués de), Excmo. Sr. D. Manuel Aguilera y Gamboa.

FORONDA (Sr. D. Manuel), diputado provincial, vocal de la Junta directiva de la Sociedad Geográfica de Madrid, de la Academia matritense de Jurisprudencia y Legislación.

FUENSANTA DEL VALLE (marqués de la), Excmo. Sr. D. Feliciano Ramírez de Arellano, director general de los Registros civil y de la propiedad y del notariado, gran cruz de Isabel la Católica, comendador de Cárlos III y condecorado con la cruz roja del Mérito Militar.

GALDO (Excmo. Sr. D. Manuel María José de), senador del reino, catedrático en el Instituto del Cardenal Cisneros, de las Reales Academias de Ciencias y de Medicina.

GONZÁLEZ ENCINAS (Ilmo. Sr. D. Santiago), doctor en medi-

cina, catedrático en la Universidad de Madrid, ex-diputado á Cortes, ex-consejero de Sanidad.

GONZÁLEZ SIERRA (D. Vicente).

GRANER (D. Antonio).

GUAQUI (conde de), Excmo. Sr. D. José Manuel Goyeneche y Gamio, grande de España, gentil-hombre de cámara, senador del reino, etc.

GUERRERO (D. Teodoro), literato, diputado á Cortes.

GUIRAO NAVARRO (Excmo. Sr. D. Angel), senador del reino, catedrático y director del Instituto de Murcia, de la Real Academia de Ciencias y presidente de la Sociedad española de Historia natural.

HERREROS DE TEJADA (Excmo. Sr. D. Feliciano), subsecretario de la presidencia del Consejo de ministros y ministro plenipotenciario y enviado extraordinario, que ha sido, de España en México, ex-senador del reino y ex-diputado á Cortes, gran cruz de Isabel la Católica.

INZENGA Y CASTELLAÑOS (Ilmo. Sr. D. José), profesor de la Escuela Nacional de Música y Declamación, académico de la de Bellas Artes de San Fernando, comendador de Isabel la Católica, caballero de Cristo de Portugal.

LABRA (D. Rafael María de), diputado á Cortes, catedrático de derecho internacional de la Institución libre de Enseñanza, presidente del comité ejecutivo de la Sociedad Abolicionista Española, vicepresidente del Ateneo científico y literario de Madrid y de la Academia matritense de Jurisprudencia y Legislación.

LARRABURE Y UNANUE (E.), subsecretario que ha sido del Ministerio de Relaciones del Perú, y secretario de primera clase de su legación de España.

LOPEZ DE LETONA (Excmo. Sr. D. Antonio), teniente general, director general de Caballería, senador del reino.

LOPEZ VILLABRILLE (D. Fausto), correspondiente de la Real Academia Española.

MAC-PHERSON (D. Guillermo), cónsul de Inglaterra.

MALDONADO MACANÁZ (Ilmo. Sr. Dr. D. Joaquín), ex-direc-

tor general de Administración y Fomento del Ministerio de Ultramar, director general que ha sido y consejero de Instrucción pública, catedrático en la Universidad de Madrid.

MARTÍNEZ (Excmo. Sr. D. Diego A.), diputado á Cortes, gran cruz de Isabel la Católica.

MENENDEZ VALDÉS (D. Baltasar), oficial del Consejo de Estado.

MONTEJO Y ROBLEDO (Excmo. Sr. D. Bonifacio), gran cruz de Isabel la Católica.

MORPHY (conde de), Excmo Sr. D. Guillermo Morphy, secretario particular de S. M. el Rey.

NOVO Y COLSON (D. Pedro), teniente de navío, correspondiente de la Real Academia de la Historia y secretario de la Sociedad Geográfica de Madrid.

ORTIGA Y REY (D. Pablo), jefe de Administración, ex-gobernador civil de Manila, vicepresidente del Consejo de Filipinas, comendador de Isabel la Católica y caballero de San Juan de Jerusalen.

PEÑA-RAMIRO (conde de), D. Joaquín Caro y Alvarez de Toledo, senador del reino, de la Sociedad Geográfica de Madrid.

PÉREZ ARCAS (Dr. D. Laureano), catedrático en la Universidad de Madrid y académico de la de Ciencias.

PÉREZ DE GUZMÁN (D. Juan), escritor.

PINILLA Y ELÍAS (D. Manuel), escritor y oficial que ha sido de Hacienda en Ultramar.

PIRALA (Ilmo. Sr. D. Antonio), historiador, vocal de la Junta directiva de la Sociedad Geográfica de Madrid, comendador de Carlos III, de la orden del Mérito Militar, gran oficial de la corona de Italia.

PORTILLA Y GUTIÉRREZ (Excmo. Sr. D. Segundo de la), teniente general, diputado á Cortes, capitán general que ha sido de la isla de Puerto-Rico.

RADA Y DELGADO (Excmo. Sr. Dr. D. Juan de Dios de la), de las Reales Academias de la Historia y Bellas Artes de

San Fernando; director de la Escuela de Diplomática, jefe de sección en el Museo arqueológico nacional.

Ribó (D. José Joaquín), oficial del Instituto geográfico y estadístico, jurisconsulto, caballero de las órdenes del Mérito Militar y la de Francisco I.

Rico y Sinobas (Illmo. Sr. D. Manuel), catedrático en la Universidad de Madrid, de la Real Academia de Ciencias, anticuario y escritor.

Rodriguez Ferrer (Excmo. Sr. D. Miguel), secretario general del Consejo superior de Agricultura, Industria y Comercio, ex-gobernador civil, correspondiente de las Reales Academias de la Historia y Bellas Artes de San Fernando, gran cruz de Isabel la Católica, gran oficial de la corona de Italia.

Rodriguez Laguna (Illmo. Sr. D. Julián), jefe superior de Administración honorario, comendador de Isabel la Católica.

Rosell (Excmo. Sr. D. Cayetano), director de la Biblioteca Nacional y académico de la Historia; gran cruz de Isabel la Católica.

Saavedra (Excmo. Sr. D. Eduardo), ingeniero jefe de Caminos, académico de la Española, de la Historia y de Ciencias, vicepresidente de la Sociedad Geográfica de Madrid.

Sainz Gutiérrez (Dr. D. Pedro), catedrático de organografía y fisiología vegetal en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid.

Sancho Rayón (Sr. D. José), jefe de la Biblioteca del Ministerio de Fomento.

San Rafael de Luyanó (conde de), Excmo. Sr. D. Adolfo de Quesada, segundo introductor de embajadores.

San Román (marqués de), Excmo. Sr. D. Eduardo Fernández San Román, teniente general, ex-director general de Infantería, senador del reino, condecorado con varias grandes cruces.

Santa Eulalia (marqués de), Excmo. Sr. D. Rodrigo Uha-

gón, banquero, de la Sociedad española de Historia Natural, etc.

SEBASTIÁN (D. Cándido), teniente coronel de Artillería, de la Junta directiva de la Sociedad Geográfica de Madrid.

SOLÍS Y ARIAS (D. Pedro), profesor, perito mercantil y vocal de la Junta directiva de la Sociedad Económica Matritense.

STOR REDONDO (D. Angel), licenciado en filosofía y letras, profesor de la Institución libre de Enseñanza.

SUAREZ VIGIL (Excmo. Sr. D. Miguel), diputado á Cortes, director general que ha sido de Hacienda y de Administración y secretario del Gobierno general de la isla de Cuba, magistrado y fiscal que ha sido de la Audiencia de la Habana, gran cruz de Isabel la Católica.

TORRES DE MENDOZA (D. Luís), diputado á Cortes, editor y propietario de la «*Colección de documentos inéditos del Archivo de Indias.*»

TRÓ Y MOXÓ (D. Luís María de), abogado y secretario primero de la Sociedad Económica Matritense, caballero de Cárlos III y condecorado con la Cruz Roja por servicios especiales.

UHAGÓN (D. Serafín), banquero, tesorero de la Sociedad Española de Historia Natural, y miembro de las sociedades entomológicas de Francia y de Berlín.

UHAGÓN Y GUARDAMINO (D. Francisco).

VAL (Excmo. Sr. D. Celedonio del), propietario en Cuba, de la Sociedad Económica Matritense, y gran cruz de Isabel la Católica y Cárlos III.

VALLDUVÍ (D. Francisco), jefe del cuerpo de topógrafos, escritor.

VALLE Y CÁRDENAS (Dr. D. Manuel María del), catedrático de la Universidad, vocal de la Junta directiva de la Sociedad Geográfica de Madrid.

VERA Y LÓPEZ (Dr. D. Vicente de), catedrático en el Instituto de San Isidro, químico del Ayuntamiento de Madrid, caballero de Cárlos III.

ZARCO DEL VALLE (Ilmo. Sr. D. Manuel), mayordomo de semana y bibliotecario mayor de la particular de S. M. el Rey.

Por dimisión del Excmo. Sr. Conde de Toreno fué elegido Presidente el Excmo. Sr. D. José Luis Albareda, ministro de Fomento, el 18 de Junio de 1881.

PRIMERA SESIÓN (PREPARATORIA.)

DOMINGO 25 DE SETIEMBRE DE 1881, Á LAS DIEZ DE LA MAÑANA.

Con arreglo al programa previamente publicado, los socios inscritos en la lista del Congreso se reunieron en el salón de actos públicos de la Real Academia de la Historia, siendo recibidos por los señores presidente y vocales de la Junta organizadora. Ocupó el sillón presidencial M. Anatole Bamps, delegado oficial del Gobierno de Bélgica, secretario general del Congreso de Bruselas y único miembro presente de su Mesa. A la derecha tomaron asiento el Sr. D. José Luis Albareda, ministro de Fomento, y don Juan Facundo Riaño, director de Instrucción pública; á la izquierda los Sres. Fernández Duro y Domec, secretarios general y adjunto de la Junta organizadora, y llenó los escaños del estrado y salón la concurrencia.

Abierta la sesión á las diez y media, M. **Bamps** pronunció elocuente discurso, manifestando que era deudor de la honra de ocupar la presidencia interina á la prescripción del artículo 6.° de los Estatutos, ya que por causas muy sentidas del señor teniente general, barón Goethals, ayudante de campo del rey de los belgas y presidente del Congreso de Bruselas, no había podido venir á Madrid, y de haberse igualmente contrariado el deseo que los vicepresidentes del mismo Congreso abrigaron de responder á

la invitación de los organizadores de la cuarta reunión. Elogiando después las determinaciones adoptadas en Madrid con el fin de vulgarizar el estudio de las cuestiones americanistas y de revestirlas del mayor atractivo, expuso que el objeto reglamentario de la sesión preparatoria se reducía al nombramiento de la Mesa definitiva del Congreso y á la elección del Consejo central, utilizando por su parte la situación en que momentáneamente estaba colocado, para proponer la confirmación de los señores que habian dirigido la Junta organizadora. Respecto al Consejo central, indicó el procedimiento seguido en las reuniones anteriores, que consistía en el acuerdo de que las naciones representadas en el Congreso por menos de seis individuos tuvieran uno en el Consejo, y que las que contaran con mayor número eligieran tantos consejeros como grupos de cinco individuos presentes.

Aprobadas las dos proposiciones por aclamación, se suspendió la sesión por algunos minutos, con objeto de elegir los consejeros. El presidente interino notició el resultado, y considerando terminada su misión, dió expresivas gracias á la Asamblea por el concurso que le había prestado; trasmitió á la Mesa nuevamente nombrada los poderes que había recibido de la del Congreso de Bruselas, y declarando constituido el Congreso de Madrid, rogó al Sr. Albareda tomase la presidencia.

El Sr. **Albareda**, á reserva de expresar con mayor extensión sus sentimientos en la sesión solemne de la tarde, manifestó que creía interpretar fielmente los deseos de sus compañeros en esta reunión, dando principio al encargo con que se le honraba por un testimonio de gratitud hacia el Sr. Bamps, que había venido á presidir tan dignamente la sesión, y por el ruego que le dirigía de trasmitir á los señores que formaron el Congreso de Bruselas y á la Mesa que lo presidió, expresión de reconocimiento por haber designado á Madrid como punto de reunión del que iba á inaugurarse en breve. En nombre propio, en el de la Junta

y en el de todos sus compatriotas, dió también gracias á los socios extranjeros que, no sólo del viejo continente, sino también del nuevo, habían aceptado la invitación de esta visita, significándolas en su calidad de ministro de la Corona á los delegados oficiales y representantes de los Gobiernos de naciones amigas de España llegados para dar mayor brillo y solemnidad al certámen científico internacional.

El Sr. **Saavedra** (D. Eduardo) recordando la acogida y eficaz apoyo que los trabajos preparatorios habían merecido del Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta, presidente del Consejo de Ministros y hombre de ciencia, conocido fuera tanto como dentro de España, y la generosidad con que el Sr. D. Fernando León y Castillo, ministro de Ultramar, había puesto á disposición de la Junta organizadora el local de sus oficinas con objeto de celebrar la Exposición de objetos americanos, en que figuraban, por orden suya, los más notables documentos del archivo de Indias, sin contar con la competencia que para el caso le daba el Gobierno de las provincias españolas de América, propuso que se diera testimonio de alta consideración, ofreciendo á los dos mencionados señores el título de presidentes de honor, moción que fué aplaudida y aceptada por unanimidad.

En lengua francesa apoyó el Sr. **Botella** (D. Federico) moción semejante en favor del nombramiento de vicepresidentes efectivos de algunos de los socios extranjeros que han prestado valiosa cooperación al certámen americanista, proponiendo al príncipe Gortchacow, ministro de Rusia; al Sr. Anatole Bamps, presidente de la mesa interina; D. C. Lopes Gama, ministro y delegado del Brasil; D. Manuel M. de Peralta, ministro de Costa-Rica, en representación de la América española; M. E. Beauvois, eminente americanista francés, y M. H. de Saussure, delegado de Suiza, diligente explorador de las ciencias naturales y de la arqueología en Méjico. La propuesta fué aceptada también por unanimidad y con grandes aplausos.

Dió cuenta el secretario Sr. **Fernández Duro** de las comunicaciones remitidas por los Sres. Merry del Val, ministro de España en Bruselas; de D. Antonio García Gutiérrez y de D. Francisco Javier de Salas, haciendo dimisión del cargo de vicepresidentes, por la imposibilidad en que se hallaban de asistir á las sesiones, y acordando se hiciera constar quedaban admitidas con sentimiento, se declaró constituida la Mesa en la forma siguiente:

PRESIDENTES DE HONOR.

Excmos. Sres. D. Práxedes Mateo Sagasta, *presidente del Consejo de Ministros.*
» D. Fernando de León y Castillo, *ministro de Ultramar.*
» D. Antonio Cánovas del Castillo.
» Conde de Toreno.

VICEPRESIDENTES DE HONOR.

Excmos. Sres. Duque de Veragua.
» Duque de Moctezuma.
» Russel Lowell, *ministro de los Estados-Unidos de América.*
» D. Fermín Lassala.

PRESIDENTE.

Excmo. Sr. D. José Luis Albareda, *ministro de Fomento.*

VICEPRESIDENTES.

Illmos. Sres. D. Ramón Rodríguez Correa, *subsecretario de Ultramar.*
» D. J. Facundo Riaño, *director de Instrucción pública.*
» D. J. de Cárdenas, *ex-director de idem.*
» Príncipe Gortchacow, *ministro de Rusia.*
» A. Bamps, *delegado oficial de Bélgica.*
» D. C. Lopes Gama, *ministro del Brasil.*

Illmos. Sres. D. M. M. de Peralta, *ministro de Costa-Rica.*
» Eugène Beauvois, *americanista francés.*
» Henri de Saussure, *delegado oficial de Suiza.*

TESORERO.

Excmo. Sr. Marqués de Urquijo.

SECRETARIOS.

General, D. Cesáreo Fernández Duro.
Adjunto, D. Andrés Domec.

CONSEJO CENTRAL.

ALEMANIA.....	Sres. O. Neussel.
AUSTRIA-HUNGRÍA.....	» J. Rieman.
ARGENTINA (república)....	» H. J. Varela.
BÉLGICA.....	» M. Dognée.
BOLIVIA.....	» E. Herrero.
BRASIL.....	» C. L. Gama.
COLOMBIA.....	» J. M. Quijano.
CHILE.....	» L. M. Cardoso.
ESTADOS-UNIDOS.....	» J. L. Butler.
FRANCIA.....	» P. Gaffarel.
»	» E. de Mofras.
HOLANDA.....	» Dr. E. Leemans.
HONDURAS.....	» J. de la Carrera.
INGLATERRA.....	» A. E. Houghton.
LUXEMBURGO.....	» P. Mullendorff.
MÉJICO.....	» A. Ortíz y Jiménez.
NORUEGA.....	» P. N. Hansteen.
PERÚ.....	» Gavino Pacheco Zegarra.
RUSIA.....	» Príncipe Gortchacow.
SUIZA.....	» H. de Saussure.
VENEZUELA.....	» E. Fombona.

El señor presidente **Albareda**, en nombre de los señores presidente del Consejo de ministros y del ministro

de Ultramar, dió las gracias por el honor de que habían sido objeto, y anunció que por no permitirle los deberes perentorios de su cargo continua asistencia á las sesiones del Congreso, se veía en la necesidad de delegar la presidencia en persona, que si por todos conceptos había de brillar en ella, tenía especialísimo título para ocuparla. Me refiero, dijo, al descendiente del ilustre descubridor del Nuevo Mundo, á D. Cristóbal Colón, duque de Veragua.

Unánime aplauso ratificó tan merecida designación, dándose con ello por terminado el acto á las once y cuarto.

SEGUNDA SESIÓN (INAUGURAL.)

DOMINGO 22 DE SETIEMBRE Á LAS DOS DE LA TARDE.

Elegido para el acto solemne el Paraninfo de la Universidad, antes de la hora señalada ofrecía aspecto brillante no tanto por la majestuosa decoración, aumentada con plantas y flores naturales, como por la escogida concurrencia en que lucían los trajes y tocados elegantes de las señoras y los uniformes de los funcionarios del Estado y de los jefes y oficiales del Ejército y Armada. En el estrado tenían asiento los delegados y socios del Congreso, las Comisiones de las Academias y Sociedades científicas y el claustro de la Universidad. A la derecha del dosel real estaban colocados los ministros de la Corona, presidente del Senado y gobernador de Madrid; á la izquierda el Cuerpo diplomático representado por el Nuncio de Su Santidad; general Corona, ministro de Méjico; príncipe Gortchacow, de Rusia; Peralta, de Costa-Rica; Lópes Gama, del Brasil; Carrera, de Guatemala; Stuers, de Holanda; el vizconde de Carnide, encargado de Negocios de Portugal y legación de China. En la mesa del Congreso, situada en la parte de la derecha, se hallaban el ministro de Fomento, Sr. Albareda; los señores duque de Veragua, conde de Toreno, Lasala y Riaño, con los secretarios Fernández Duro y Domec. Los

invitados llenaban el resto del salón, y en la tribuna alta tocaba una música militar.

La relación de las personas distinguidas ocuparía más espacio del que corresponde á esta reseña, que ha de limitarse á nombrar los señores delegados y socios extranjeros. Eran estos, á más de los ya mencionados en el Cuerpo diplomático: de *Alemania*, W. Reiss, vicepresidente de la Sociedad Geográfica de Berlín; Neussel, geógrafo; Künne, viajero; Bentfeld, corresponsal de la *Allgemeine Zeitung* de Hamburgo; V. Levensfeld; de *Austria-Hungría*, Rieman, geógrafo; de la *República Argentina*, H. J. Varela, delegado oficial, ex-ministro de Relaciones extranjeras y F. Vocos, abogado; de *Bélgica*, A. Bamps, delegado oficial; Dognée, presidente de la Unión de Artistas de Lieja; L. Hye, cónsul de Venezuela en Gante; de *Bolivia*, E. Herrero, numismático: de *Colombia*, J. M. Quijano Otero, comisionado oficial; M. S. Labarriere, de Veraguas; B. Villegas: de *Chile*, L. M. Cardoso, ex-diputado; de los *Estados-Unidos de América*, J. L. Butler, comisionado del Estado de Missouri; de *Francia*, MM. Beauvois; conde de Charencey; P. Gaffarel, profesor de la Facultad de letras de Dijon; E. de Mofras, ministro plenipotenciario; l'Abbé Louvot, profesor del colegio de San Francisco de Besançon; J. Vinson, profesor de la escuela de lenguas orientales de París; F. Vernier, ingeniero, representante de la Sociedad Geográfica de Orán; A. M. Dupuy; G. Marx; de *Holanda* el Dr. Leemans, director del museo de Leide; Mme. y Mlle. Leemans; de *Honduras*, J. Corona, cónsul en Madrid; C. Gutierrez; de *Inglaterra*, A. E. Houghton, corresponsal del *Standard* de Londres; el Dr. G. Jelly; F. Gillman; O'Leary; del Gran ducado de *Luxemburgo*, P. Mullendorf, corresponsal de *L'Indépendance belge*; de *México*, el Dr. J. R. Hijar, delegado oficial; A. Hijar y Milán; A. Ortiz y Jiménez; J. Zenil, secretario de la legación de Madrid: de *Noruega*, P. N. Hansteen; del *Perú*, E. Larrabure y Unanue, secretario de la legación; G. Pa-

checo Zegarra, ex-secretario de la de París; de *Suiza*, H. de Saussure, delegado oficial; de *Venezuela*, E. Fombona; A. J. Montes; M. Fombona.

A las dos en punto anunciaron los acordes de la marcha real la llegada de SS. MM. que fueron recibidos en la puerta por los señores ministros, los de la mesa del Congreso y el gobernador civil de Madrid. El Rey, con uniforme de capitán general, su augusta esposa la Reina Cristina y Sus Altezas las Infantas Doña Isabel, Doña Paz y Doña Eulalia tomaron asiento en la cabecera; á su espalda, el mayordomo mayor, marqués de Alcañices; el jefe del cuarto militar, general Terreros; los gentiles-hombres, ayudantes de servicio, caballerizo y jefe de la escolta, las damas de S. M. la Reina y de SS. AA. Pedida la venia á S. M. pronunció el señor ministro de Fomento el siguiente discurso:

SEÑOR:

Elegido presidente del Congreso internacional de Americanistas por la excesiva amabilidad de los ilustrados individuos que le forman, á pesar de mis escasos merecimientos, tengo hoy la alta honra de recibir á V. M., á S. M. la Reina y á SS. AA. las Infantas en este recinto, dedicado al enaltecimiento de las letras, de las artes y de las ciencias de la patria, en el que ya otras veces ha resonado la elocuente palabra de V. M., seguida siempre de los aplausos que arrancan la admiración y el entusiasmo.

Desde el punto y hora en que una junta de hombres estudiosos, constituida en París, determinó celebrar Congresos internacionales, dedicados á la investigación y estudio de los grandes problemas científicos que entraña la historia de las diversas naciones de América, fácil era presumir que la capital de la Península española no sería el lugar último en que se celebraría uno de estos nobles certámenes de la inteligencia.

Así ha sucedido efectivamente, y en el Congreso que

tuvo lugar hace dos años en Bruselas se dieron cita las personas allí congregadas para volverse á reunir en Madrid en el dia de hoy, señalando desde luego las materias que habian de someterse á su examen.

Cuatro sesiones celebrará este Congreso, consagrando la primera á la Geología, á esa ciencia que no parece sino que brota del seno de la tierra, merced al incesante trabajo de la raza humana; á la historia de la América precolombiana y del descubrimiento del Nuevo Mundo; la segunda á la Arqueología; la tercera á la Antropología y la Etnografía, y la cuarta á la Paleografía y Lingüística.

Estudio comparativo de los reinos del Cuzco, de Trujillo y de Quito, y las diferencias de religión, legislación, lenguaje, arquitectura y costumbres que presentaban estos pueblos, merecerá la atención preferente del Congreso, así como las nacionalidades que existían en la América Central, antes de la emigración de los Aztecas; el estado militar de los imperios de México y del Perú, cuando aun no se había verificado el descubrimiento del Nuevo Mundo; el valor religioso y emblemático de los diversos ídolos, efigies y figuras que se hallan en los sepulcros peruanos; el nombre de los pueblos y la naturaleza de los hijos de América antes de la conquista; los idiomas americanos; sus gramáticas comparadas y la bibliografía de los Vocabularios y Diccionarios de aquellos primitivos idiomas, todo, en fin, cuanto puede dar una exacta idea del origen, naturaleza, carácter social y desenvolvimiento histórico de esta parte del globo que viene á completar con su adelanto y progreso el majestuoso cuadro de la civilización moderna.

Hemos procurado, Señor, en la medida de nuestras fuerzas, reunir y presentar ante tan importante Asamblea una parte al ménos de los interesantes datos que acerca de estas cuestiones posee la nación española.

Del Archivo de Indias de Sevilla se han elegido por docta persona más de mil documentos, que no sólo encierran noticias curiosas, sino que son tipos ó modelos de las dife-

rentes formas que revisten los antecedentes escritos para la historia americana conservados allí, desde la carta particular redactada bajo la influencia de la pasión, ó inspirada por el interés bastardo, hasta el libro, fruto de meditado y prolijo estudio. Despachos y comunicaciones oficiales de vireyes y prelados, acuerdos de Audiencias, órdenes de gobernadores y de otras distintas autoridades, podrán revisar los amantes de estos estudios, significando una gran parte de tan curiosos documentos verdaderos compendios históricos de los períodos que mediaban entre el arribo de expedición y expedición, de flota y flota. Los cedularios y registros del Consejo de Indias y de la Casa de Contratación de los últimos años del siglo XV y primeros del XVI, y relaciones de viajes y descubrimientos donde se consignan las primeras noticias geográficas de aquellos países, son claras fuentes de la antigua é interesante historia de las naciones indianas.

Las *Relaciones geográficas de Indias*, cuyo primer tomo tengo el honor de presentar á V. M., obra que ha estado encomendada á mi ilustrado amigo D. Marcos Jiménez de la Espada, por encargo de mi dignísimo antecesor en el Ministerio de Fomento, Sr. D. Fermín Lasala, á quien la Comisión organizadora debe agradecimiento, así como también á mi amigo personal el ilustre conde de Toreno, que anteriormente ha presidido dicha Comisión, y que hoy desempeñaría este cargo con mejores condiciones de saber y de inteligencia que yo, merecen con justicia llamar la atención de toda persona docta. El Ministerio de Marina exhibe el primer monumento de la cartografía del Nuevo Mundo, el mapa trazado por el malogrado é infeliz Juan de la Cosa.

La Biblioteca particular de V. M., la Biblioteca Nacional, la de la Academia de la Historia, el Archivo Histórico y la de la Universidad de Sevilla, ofrecen al examen de los americanistas extranjeros, entre otros muy estimables manuscritos é impresos, el Testamento de Isabel la Católi-

ca: el texto, inédito, original, en idioma mexicano, de la *Historia de Nueva España*, del P. Sahagun, y el castellano de la del P. Durán, adornado con geroglíficos raros y preciosos; textos originales de las historias de Fray Bartolomé de las Casas y de Gonzalo Fernández de Oviedo, y el libro de Landa sobre el Yucatán y su misteriosa escritura, con vocabularios de las lenguas naturales americanas, objeto predilecto del estudio de los filólogos modernos.

Nuestro Museo Arqueológico ofrece preciosidades varias. El Jardín Botánico pone de manifiesto la prodigiosa colección de dibujos y plantas del sabio Celestino Mútis. Los particulares han contribuido también, y por ello les doy las más expresivas gracias en nombre de las glorias de la patria, á reunir este verdadero tesoro de antecedentes que presentamos al estudio de los amantes de las cosas de América. D. Luis Tró ha traido el Códice Maya, que lleva su apellido; el Sr. Rodríguez Ferrer, uno de los ejemplares paleontológicos más interesantes hasta ahora descubiertos, la mandíbula humana, fósil, de uno de los protohistóricos habitantes de Cuba; el señor conde de Guaqui, un ídolo peruano sin igual en su clase, por la inscripción fonética que lleva; el señor marqués de San Carlos, un barro guatemalteco bellísimo; D. Manuel Rico y Sinobas, notable colección de mapas y planos antiguos, y el digno descendiente del descubridor del Nuevo Mundo presenta los más venerandos papeles del archivo de su ilustre Casa.

Permitidme, Señor, que antes de terminar y después de dar las gracias más expresivas á los nobles extranjeros que han venido á honrar este Congreso con su presencia, ya como delegados especiales de Gobiernos amigos, ya en representación de los intereses intelectuales de los pueblos de que proceden, detenga un instante mi pensamiento y haga público tributo de admiración y de respeto ante el mágico nombre de Cristóbal Colón y de la Reina, cuyo recuerdo trae á mi mente la presencia aquí de la augusta esposa de V. M., que después de consolidar la unidad de la

patria, impulsa, por generosa inspiración arrastrada, la incomparable empresa que apenas la imaginación humana alcanza, concebida por el marino de Génova. Aquella piadosa Isabel otorgaba á Colón vencedor, títulos y poderes, estipulaba en favor de los indios condiciones de libertad y exigía garantías de humanidad que se adelantaban á las ideas de su siglo. El corazón de una mujer proscribía, por instinto, la esclavitud que la filosofía y la religión no debían abolir hasta cuatro siglos más tarde. *(Muestras de aprobación.)*

Desde el descubrimiento del Nuevo Mundo hasta nuestros días las generaciones, al sucederse, han acumulado alabanzas y honores sobre la memoria inmortal de Cristóbal Colón; y sin embargo, ante mi inteligencia al menos, el héroe resulta más grande todavía que los plácemes y honores tributados á su memoria. Su empresa era la lucha del espíritu humano contra un elemento, y se necesitaba para intentarla ser más que un hombre. Las explicaciones de la ciencia y los adelantos de la náutica no han despojado al Océano en nuestros días del terror misterioso que su presencia levanta en el espíritu del hombre; pero para remontarse á juzgar el valor de Colón, hay que considerar los mares, como ha dicho un gran poeta, cual especie de caos líquido, cuyas desmedidas olas se levantaban como montañas inaccesibles, se abrían como golfos sin fondo, se precipitaban desde el cielo, como cataratas insuperables dispuestas á tragarse las velas, asaz temerarias para separarse de las orillas que les servían de abrigo.

Desconocido, desdeñado, abandonado, la lucha de Colón contra las preocupaciones es quizás más grande que la hazaña misma que realizó solo, sin otras armas que oponer á las envidias y burlas de los potentados, que la seducción natural que cautiva los ojos, y la elocuencia que persuade el ánimo. El relato sencillo de su viaje es la más grande de las epopeyas, y la inteligencia de la criatura humana no alcanza á comprender el júbilo que debió inundar el alma

de Colón, cuando, después de tanto menosprecio, de tantas dudas, de tantos dolores, de tantos peligros, un marino de Triana anunció que la tierra estaba cercana, aquella tierra que la fantasía de los marineros había creído descubrir más de una vez y que cada mañana desvanecía el sol ante las proas de las naves, destruyendo los horizontes caprichosos que la bruma de la noche había levantado.

Plantas marinas que no crecen más que en los bajíos cercanos á las costas, se habían presentado ya como signos de esperanza á aquellos atribulados marinos; una de estas llevaba un cangrejo vivo, navegante, como dice Lamartine, embarcado en un ramo de hierba. Una ave de las que no se avalanzan á las olas y nunca duermen en el agua, atravesó el cielo. ¿De dónde venía? ¿Adónde iba? ¿Podía estar lejano su nido?

El grito de ¡tierra! estaba ya en todos los labios, y sin embargo, la tierra no aparecía. Las calmas del Océano helaban la sangre en las venas, pues si todo moría en aquellos parajes, hasta el viento, ¿quién volvería el soplo á las velas y el movimiento á las naves? Una inmensa ballena apareció dormida en el agua, y creyeron ver en ella un monstruo que venía á devorarlos.

Paseándose Colón solo, en fin, á media noche por la popa de su nave, fijando su penetrante mirada en las tinieblas, se le apareció al nivel de las aguas un destello de luz. ¿Quién podría descubrir en aquel momento la ansiedad de que era presa el alma de Colón? Un cañonazo que retumbó en el Océano le hizo estremecer. Era el grito de ¡tierra! dado por el bronce, señal convenida con la *Pinta*, que navegaba á la cabeza de la flota. El fuego vislumbrado por Colón anunciaba la presencia del hombre y el primer elemento de la civilización. Jamás noche alguna pareció más lenta en descubrir el horizonte, porque la mañana iba á ser una nueva creación del Sér Supremo.

El despreciado, el mendigo, el loco de poco tiempo antes

había adquirido el derecho á vestir las insignias de almirante de Castilla.

Pisó la tierra bajo los pliegues de la bandera de los Reyes Católicos, y derramó una lágrima, humilde tributo á la grandeza de Dios.

¡Ah! ¿De cuántas no fue aquella lágrima precursora? Por secretos designios de la Providencia, los adelantos, el progreso y la civilización se realizan en la tierra entre tribulaciones y combates. El fenómeno de la guerra no está aún explicado por ninguna filosofía. Las ideas abren unas veces ancho camino á los cañones, y otras veces los cañones destruyen los obstáculos que se oponen al paso de las ideas. ¡Tan insondable resulta la voluntad de Dios!

No permita el cielo que vuelva á mezclarse en los campos de batalla sangre americana con sangre española. Tengamos legítimo orgullo los unos y los otros de nuestras razas, y sírvanos á todos de glorioso timbre las hazañas de nuestros antepasados.

Señor, muy joven todavía ha estado V. M. en los campos de batalla y ha vuelto vencedor. Pero hoy preside una lucha más noble, impulsa un trabajo más grande: el trabajo de la civilización. Por acto libérrimo de vuestra voluntad, no existen ya en España censuras que detengan los vuelos del genio. La investigación científica es libre en la cátedra, en el libro, en el folleto y en la prensa periódica. España respira el puro ambiente de los pueblos civilizados. En punto á instituciones liberales y cultas no tenemos que envidiar nada á nadie.

Cumpliendo este deber, que un sentimiento casi religioso despierta en mi pecho ante el recuerdo de Colón, termino, Señor, haciéndome general intérprete de cuantos están aquí reunidos, manifestando á V. M., á S. M. la Reina y á SS. AA. las Infantas, el agradecimiento que rebosa en nuestros corazones al ver que honran con su presencia la inauguración de esta solemnidad científica. *(Grandes aplausos.)*

Seguidamente el Sr. Anatole Bamps, delegado oficial del

Gobierno de Bélgica y presidente de la Mesa interina, como secretario general que fué de la reunión anterior en Bruelas, leyó, con excelente entonación, este discurso:

SIRE, MESDAMES, MESSIEURS:

Je ne m'attendais nullement à l'honneur de prendre la parole devant cette assemblée d'élite. Bien d'autres que moi avaient de plus grands titres à cette insigne faveur, et s'en seraient certes montrés plus dignes. En m'y appelant, le comité d'organisation de ce Congrès, poussant la bienveillance à l'extrême, à voulu se souvenir que j'avais été l'un des promoteurs de la session de Madrid, que j'en suis demeuré un des plus fervents prosélytes. Je l'en remercie. Je le remercie aussi du gracieux empressement avec lequel il à travaillé à la réussite du présent Congrès et répondu aux vues du Congrès de Bruxelles; je le remercie surtout, Messieurs, d'avoir obtenu pour notre 4e session le haut protectorat de Sa Majesté le Roi d'Espagne et le précieux concours du gouvernement espagnol. Cette haute protection et ce précieux concours sont des éléments de succès assuré, dont l'œuvre américaniste peut s'enorgueillir et dont elle avait besoin. Elle en ressentira efficacement, j'en suis convaincu, les heureux effects dans l'avenir.

Je l'avais dit avant le Congrès de Bruxelles, je l'ai répété à diverses reprises durant et après la 3e session, nul pays n'est mieux que l'Espagne en mesure de contribuer au développement de notre entreprise scientifique, nuls ne sont plus autorisés que les savants espagnols à nous servir de guides dans nos études américaines. Le vrai complèment de ces études, en effet, Messieurs, serait la publication de nombreux documents, choisis parmi les riches archives castillanes, sur la découverte et la conquête de l'Amérique. Les recherches dans la science américaniste se trouvent souvent frappées d'impuissance, et semblable publication, dont le gouvernement espagnol a déjà pris d'ailleurs la gé-

néreuse initiative, constituerait ce fondement solide que l'Ethnographie américaine réclame si impérieusement aujourd'hui. Je me permets d'émettre ici le vœu que cette publication soit poursuivie dans de larges proportions.

Pour l'archéologie précolombienne, le jour commence à se faire. Les spécialistes admettent maintenant, dans les monuments archéologiques du Nouveau Monde, les trois grandes divisions géographiques indiquées par le nouveau continent lui-même. De très-récentes et magnifiques découvertes, faites sur le territoire de l'ancien empire des Toltèques, ces malheureux et intelligents prédécesseurs des Aztèques, sont venu confirmer l'exactitude de ce système. Il est certain que l'Amérique du Nord présente, au point de vue archéologique, des caractères distincts de ceux des autres parties du nouveau continent, bien que se rapprochant beaucoup de ceux du Mexique; il est hors de doute que l'Amérique centrale forme un berceau archéologique séparé, où se remarque surtout, par la précision des données, le Guatemala et le Yucatan; il est évident enfin que, dans les groupes qui subdivisent l'archéologie de l'Amérique du Sud, c'est au Pérou que se rencontrent les éléments d'appréciation les mieux caractérisés, et qu'à côté de ces éléments se révèlent, autonomes et indépendants, l'art cultivé par les Caras, à Quito, et celui que nous ont laissé les Chibchas, à Bogota.

Mais ai-je besoin de parler de ces choses à vous, Messieurs? Vous les connaissez comme moi et bien mieux que moi. Vous savez que plus le regard pénètre dans les détails, plus lui apparaissent grandes et merveilleuses les questions relatives aux temps préhistoriques du Nouveau Monde. Seulement, la solution de ces questions ne saurait s'obtenir sans l'appui de vastes collections, consciencieusement étudiées, classées avec savoir. Le défaut de ces collections a été cause que beaucoup de chercheurs se sont perdus dans le labyrinthe des hypothèses, qui furent jusqu'en des temps bien voisins de nous l'objet principal des études de nos de-

vanciers. C'est en s'efforçant d'éviter les anciens errements que la science américaniste accomplira de vrais et fructueux progrès. Le comité d'organisation de la session actuelle l'a compris, Messieurs, et c'est por ce motif sans doute qu'il à remis à des mains compètentes l'organisation d'une Exposition d'antiquités américaines et d'une Exposition de la flore du Nouveau Monde. Je l'en félicite avec bonheur. Puissent ces Expositions constituer un noyau, autour duquel s'accumuleront successivement les résultats des nouvelles recherches, et où nous pourrons venir dans la suite puiser de nouveaux enseignements!

Parlant dans cette enceinte; au milieu d'une assemblée aussi distinguée à tous égards, je ne puis m'empêcher, en terminant, de me rappeler avec émotion que l'Espagne ne s'est pas bornée à aller planter au Nouveau Monde le glorieux drapeau castillan: ce fut encore un Roi d'Espagne qui envoya, en 1786, la première expédition scientifique en Amérique, sous la conduite du capitaine del Rio. Eh bien! MM. les membres espagnols, ne vous arrêtez pas là; à l'heure qu'il est vous pouvez faire plus, mieux peut-être: vous pouvez nous révèler scientifiquement l'Amérique précolombienne. J'ai la confiance que vous n'y manquerez pas; l'éclat qu'a revêtu l'ouverture de ce Congrès, le haut encouragement que promet à nos travaux votre auguste Souverain, en daignant les honorer de sa présence, ce dont je prends la liberté de remercier respectueusement Sa Majesté, tout cela m'en est un sûr garant. Le but de l'œuvre américaniste mérite au surplus le concours de vos talents, car il n'en est point de plus noble ni de plus élevé: renouer la chaîne des âges, pour rétablir dans son vrai jour l'histoire de l'humanité à travers le temps et l'espace.

Pidió después la palabra el Sr. D. Héctor F. Varela, que representa en el Congreso la República Argentina, y dijo:

Señor: Audacia grande debe parecer la mía á todos cuan-

tos me escuchan, al ver que un pobre peregrino de la América se toma la libertad de desplegar sus labios en presencia de esta Asamblea, tres veces grande, por su inteligencia, por su corazón y por los sentimientos de fraternidad que la animan. Sin embargo, si yo me atrevo á hablar, es por dos motivos poderosos: en el primer instante, era para agradecer á S. M., al Congreso y á los españoles, la hospitalidad generosa que brindan á los peregrinos americanos en el seno de la nación española, de esta noble nación que fué madre de mi raza; ahora, me obliga á ello la necesidad de dar salida á un sentimiento grande y profundo de mi corazón, pues al oir las elocuentes palabras del noble señor ministro de Fomento, en cuya frente parece que brilla la luz que á los grandes hombres descubre y revela el porvenir, he comprendido que en el trabajo de cada día y en el cariño de españoles y americanos está cifrada nuestra ventura y nuestra felicidad.

El señor ministro de Fomento nos acaba de pintar, con la galanura de lenguaje del poeta, con la profundidad del literato, la salida de España de aquel hombre inmortal que se llamó Cristóbal Colón; nos ha presentado á aquel viejo genovés, buscando con sus carabelas la tierra prometida, y nos ha hecho admirar á la Reina admirable, á aquella mujer dos veces magnánima, por la corona que ceñía su frente y por la grandeza de sus sentimientos. *(Aplausos.)* Pues bien; permitidme que al oir una descripción semejante, al encontrarme en esta noble tierra, al sentir sobre mi frente el calor de un rayo de su puro sol, dé expansión á mis cariñosos sentimientos y os mire como hermanos, porque al encontrarme en un pedazo de nación española, me parece que me hallo en el seno de mi propia patria. *(Grandes aplausos.)*

Nos ha hablado también el señor ministro de una lágrima que derramó Colón al pisar la tierra americana. ¡Ah! Señor: aquella lágrima es el faro que ilumina todavía el camino entre España y América, faro que con su luz es-

plendente impedirá que en adelante se repitan hechos funestos y tristes que España y América lamentan; aquella lágrima es un estrecho abrazo entre España y América, y no hay cuidado de que por esa ruta peligrosa de que nos habla el señor ministro de Fomento vayan nuevas naves con soldados y cañones de España á matar los ideales de América, y no hay miedo de que allí se levanten baluartes para combatir á España, que en esa ruta, alumbrada por tan brillante lágrima, sólo se encontrarán dos cosas: España y América inseparablemente abrazadas en nombre del santo amor de mi patria y de la generosa España. *(Aplausos.)*

Puesta en pié la reunión, S. M. el Rey, con su natural elocuencia, se dignó pronunciar el discurso siguiente:

SEÑORES:

Después de las frases que hemos oido al señor ministro de Fomento y á los distinguidos individuos del Congreso que han hablado, poco me resta que decir de aquello que pueda tener relación con la ciencia ó con la historia.

El nombre de Colón, que invocó el señor ministro al principiar su discurso, hace enmudecer á todos con relación á la última. Imposible es, sin duda, pronunciar este nombre sin sentirse conmovido ante aquella epopeya de gloria, ante aquel hombre único é incomprensible, cuya fe religiosa y científica ejercieron mucha mayor influencia en los destinos de la humanidad que todas las empresas y todas las hazañas de los más grandes conquistadores.

Grande es para nosotros la importancia de este cuarto Congreso Americanista que hoy tengo la honra de presidir. Al elegir Madrid como punto de reunión los hombres ilustres que nos honran con su presencia, dan público testimonio del progreso de nuestra patria: pasado ya el período de las perturbaciones y angustias, tiempo era de que nuestra querida España entrara, en la medida de sus fuerzas, á participar de las ideas y de los trabajos científicos de los demás pueblos europeos. Sean pues bienvenidos los individuos extranjeros de este Congreso, y tengan la seguridad de que el País, el Gobierno y el Rey, en cuanto dependa de ellos, harán cuanto puedan para facilitarles el buen resultado de sus estudios. Estos no pueden ménos de ser de grande interés para todos los españoles.

Cicatrizadas ya, como acabais de oir, las antiguas heridas de nuestra historia en América, parece como que un sentimiento de mutua justicia y de fraternidad tiende, por ambas partes, á acercar á estos pueblos, separados sí por el Océano, pero unidos aún por las creencias, por el idioma y por las costumbres. *(Muy bien, muy bien.)* Creo, pues, hacerme intérprete del sentimiento general del País, al manifestar en tan solemne ocasión y ante tan ilustre concurso que España tiende sus brazos á través de los mares, para enviar á sus hermanos de América el testimonio de su amistad. Si los acontecimientos nos separaron en lo pasado, hoy la ciencia y el progreso nos unen en un esfuerzo común, para que trabajemos unidos por la grandeza y prospe-

ridad de la raza española en ambos mundos. *(Muy bien, muy bien; grandes y prolongados aplausos.)*

(Al retirarse del salón SS. MM y AA. RR., fueron entusiastamente vitoreados.)

EXPOSICIÓN DE ANTIGÜEDADES AMERICANAS.

SS. MM. y AA. seguidos de los asistentes á la sesión inaugural se dirigieron, acabada ésta, al Ministerio de Ultramar en cuyo pórtico esperaban el ministro acompañado del duque de Veragua, y los señores Fabié, Catalina García y Gorostizaga, organizadores de la Exposición de objetos americanos. Los dos patios cubiertos de cristal en que están las estatuas de Cristóbal Colón y Sebastián del Cano, adornados con banderas y escudos de las naciones que han concurrido al Congreso y con los nombres de los más insignes descubridores é historiadores de las Indias Occidentales, entre plantas y flores exóticas, contenían ordenadamente los objetos relacionados con la arqueología y la etnología; en las galerías altas se habían instalado los referentes á la historia y la geografía.

Contribuyeron á esta Exposición, principalmente, los Museos Arqueológico, Naval, de Ciencias y de Artillería, los archivos Histórico-Nacional y de Indias, la Real Academia de la Historia y otros centros oficiales. S. M. el Rey envió también algunos objetos muy notables de su propiedad, haciéndolo los señores duques de Moctezuma y de Osuna, conde de Guaqui, doctor Velasco, Jiménez de la Espada, Rico y Sinobas y otros varios. A pesar de la rapidez con que se llevó á cabo el pensamiento de tal Exposición y de no habérsele dado grandes proporciones, como fueran necesarias tratando de reunir la copia de objetos del Nuevo Mundo que existen en España, el resultado excedió á lo que

debía esperarse en una simple muestra destinada al estudio de cuatro dias. Por breve que quisiera hacerse la reseña de lo esencial; por limitados los nombres de las personas que han contribuido á la composición de colecciones, sería menester espacio que en este libro han de ocupar distintas materias. Libro especial que se ha distribuido á los socios del Congreso, contiene aunque sucintamente estos pormenores (1), y bastará por tanto aquí ligerísima idea general.

Comprendiendo en dos grupos principales los objetos; anterior y posterior al descubrimiento del Nuevo Continente, en el primero atraian la atención momias de indios peruanos, cabezas reducidas de guaranís, cráneos artificialmente deformados de razas varias; tejidos, adornos, armas, efectos de mobiliario, entre éstos la colección de seiscientos vasos peruanos curiosísimos; ídolos, instrumentos de agricultura, de cirugía, de música; piedras labradas y esculpidas del palacio de Uxmal y otros antiguos edificios; de rareza y novedad, las colleras y figuras monstruosas de la isla de Puerto-Rico, presentadas por D. Cecilio de Lora, semejantes á las que posee el Museo Naval, de la misma procedencia. Por último como llave de los elementos de estudio de los ritos, costumbres, creencias, idiomas; en una palabra de la civilización ante-colombiana, el Códice Maya que pertenece al Museo arqueológico, documento de gran importancia todavía inédito, que se cree ser continuación ó segunda parte del Códice Troano, bien conocido en el mundo científico por la reproducción que publicó en 1869 el señor Brasseur de Bourgbourg, haciendo cabeza en la colección de pinturas sobre papel maguey que representan sucesos de la historia azteca, escenas de la vida, diseños y mapas, calendarios y anales, vocabularios raros manuscritos é impresos.

---

(1) Lleva por título *Lista de los objetos que comprende la Exposición americanista*. Madrid. Imp. de M. Romero. 1881. Un vol. en 8.º may. 311 págs.

En el segundo grupo, el recuerdo del egregio Almirante de las Indias apartaba momentáneamente cualquiera otro, al contemplar las reales cédulas originales, los autógrafos, las cartas, elegantemente dispuestas en colección por su descendiente el duque de Veragua. El general marqués de San Roman daba idea de la selecta biblioteca militar y científica que posee presentando un ejemplar de la Cosmografía de Tolomeo, edición de Roma de 1478 en cuya primera hoja escrito de mano del Almirante y suscrito con su original signatura se lee un versículo de los Salmos de David. El retrato del descubridor, recientemente hallado y cuya leyenda en letras de oro COLUMBUS LIGUR NOVI ORBIS REPTOR da fe y autencidad que corrobora la semejanza con otros retratos que guarda la familia, cerraba la serie de objetos concernientes á su persona. De las de otros descubridores y conquistadores, Pizarro, Cortés, Magallanes, Cano, Mendoza, se veían armas, banderas, broqueles, autógrafos y retratos también que en galería iban presididos por los de los Reyes Católicos Fernando é Isabel, patrocinadores del navegante genovés. Las cartas de marear, mapas y planos diseñadas sobre pergaminos con vivísimos colores, oro, plata y bizarras figuras de bajeles, ciudades, banderas y monstruos marinos ejercían poderosa atracción sobre los amantes de la geografía, que bien tenían que estudiar en las colecciones de la Real Academia de la Historia, de la Sociedad Geográfica y de D. Manuel Rico y Sinobas, siendo de mencionar especialmente la famosa carta de Juan de la Cosa, el piloto de Colón, acabada el año de 1500, en que por vez primera se trazó rudimentariamente el contorno de la tierra nueva, formando un verdadero monumento geográfico. En la introducción escrita por el Sr. Jiménez de la Espada al libro titulado *Relaciones geográficas de Indias*, obra publicada por el Gobierno de S. M. con dedicatoria al Congreso de Madrid y distribuida á sus socios, hallarán los curiosos lo que en tan rápida visita no podrían apreciar. A los que se engolfaron en el examen de documentos del ar-

chivo de Indias será tambien de utilidad el catálogo publicado en que no sólo se comprenden las 900 piezas manuscritas, todas de valor histórico, sino también los códices, las estampas y los libros rarísimos que guardaban los armarios.

La fiesta inaugural de la Exposición entretuvo agradablemente á la concurrencia hasta las cinco, hora en que se abrieron los salones donde estaba preparado el *lunch*.

TERCERA SESIÓN.

LUNES 26 DE SETIEMBRE Á LAS NUEVE DE LA MAÑANA.

Geología.—Historia de América precolombiana.—Historia del descubrimiento.

Abierta la sesión por el señor **duque de Veragua**, dijo:

Señores: al ocupar este sitio que no debo ciertamente á mis propios méritos, me hallo en la necesidad de pediros y os pido benévola indulgencia y auxilio para desempeñar honrosamente el cargo que consigo trae, que empiezo dirigiendo cariñoso saludo á todos los individuos de este respetable Congreso.

No necesito encarecer la importancia que á mi juicio tiene este acto solemne. Entre los hechos memorables de nuestra historia contemporánea, unida á la cultura y al progreso en que por fortuna hemos entrado de una manera decidida, este acto ocupará siempre un lugar distinguido, no solamente porque se contará esta reunión como la primera de un carácter internacional y científico celebrada en nuestra patria, sino porque al ser elegida la capital de España como punto de reunión de este Congreso se ha tributado un justo homenaje á la gloriosa historia de esta nación en América.

Nunca se ha podido ocultar el valor real y el mérito indudable que tiene el descubrimiento y la conquista de esa parte del mundo por los españoles. Es una de las más

grandes epopeyas que registran los siglos; pero además tiene, á mi parecer el carácter de indicar el genio de un pueblo entero que precisamente cuando acababa de consolidar la obra de su nacionalidad y de adquirir verdadero derecho á la patria, en vez de buscar un momento de reposo, se lanza por los mares y se desborda por nuevos mundos.

Aquellas gigantescas empresas tienen un carácter tan variado y heterogéneo que parece no podían haberse realizado sino con los elementos de una nación rica y poderosa como las que ahora conocemos. Pero también es cierto que, á pesar de todo, siempre que se ha tratado del influjo legítimo de España en América, por lo reciente de la independencia de aquellos pueblos, hubo un sentimiento de desconfianza que por fortuna va desapareciendo. El tiempo disipa estos infundados temores y las relaciones que ha abierto el comercio hacen que ya por todos se reconozca que España no pretende ni pide á América sino que le conserve le gratitud que la debe por haber llevado allí la cultura y la luz del evangelio y al mismo tiempo por los beneficios que puede reportar á todos la comunidad de intereses que han de unirnos constantemente.

No es ajeno á este impulso de benevolencia, según mi humilde criterio, la política de reforma que los Gobiernos últimos de esta nación han llevado á Ultramar, y que el presente, por sus compromisos y por hechos muy recientes parece que ha de asentar aun de una manera más viva y eficaz. Y si estas circunstancias á todos deben congratular, ya comprenderéis que á mí, como descendiente del gran Colón, ha de producirme mayor entusiasmo. Creo que los primeros síntomas de los hechos que en algunas ocasiones oscurecieron el brillo de la bandera española en América fueron precisamente las causas que motivaron la desgracia de Colón y que le condujeron preso hasta España pretendiendo marchitar sus inmarcesibles laureles. Por fortuna, ya la miseria que le arrastró á la tumba y que ha perseguido por largo tiempo á sus descendientes ha cesado y yo

desde este sitio puedo hacer patente la satisfacción de que me hallo poseido.

Hechas estas ligeras indicaciones y después de saludar afectuosa y respetuosamente de nuevo á todos los individuos que forman el Congreso, siguiendo la costumbre que según creo se estableció en los anteriores, me cabe la honra de ofrecer la presidencia en la sesión de este dia al Sr. Gaffarel esperando tendrá la dignación de venir á ocuparla desde luego. *(Muy bien, muy bien; grandes aplausos.)*

M. **Gaffarel** ocupó el sitial de la Presidencia y en sentidas frases, pronunciadas en francés, dió las gracias por la distinción de que era objeto. Concedió la palabra á M. Beauvois, que la tenía pedida, y habiendo presentado al Congreso seis memorias impresas de que es autor (1), hizo resumen oral de la memoria que sigue:

La grande terre de l'Ouest dans les documents celtiques du moyen âge, par M. E. **Beauvois.**

Depuis une quarantaine d'années, il a été bien des fois question de la *Grande Irlande* ou *Pays des hommes blancs*, cette colonie gaëlique que les sagas islandaises plaçaient en arrière du Markland (Nouvelle-Ecosse), au Sud du Helluland (Labrador), et au Nord du Vinland (partie septentrionale des Etats-Unis). D'après ces indications suffisamment précises, la Grande Irlande ne peut être que la péninsule située au Sud de l'estuaire du fleuve Saint-Laurent, c'est-à-dire le Nouveau-Brunswick et une partie du Bas-Canada (2). Mais si les Scandinaves du XIe siècle connaissaient

(1) Por no interrumpir el relato de las sesiones, se dará al final de las actas el catálogo general de las obras presentadas al Congreso, por orden alfabético de sus autores.

(2) *Les colonies européennes du Markland et de l'Escocilond (Domination ca-*

au delà de l'Océan Atlantique une terre colonisée par des Irlandais, comme l'attestent son nom et la langue qu'on y parlait, pourquoi les documents gaëliques n'en font-ils pas mention? Ils sont plus anciens que les sagas, parlent de nombreux voyages des Irlandais et ils n'auraient pas dû passer sous silence leurs établissements transatlantiques! Voilà une objection que l'on aurait pu faire, il y a peu d'années, et que peuvent encore soulever ceux qu'intéresse le sujet. A l'époque où les éditeurs des *Antiquités américaines* (1) et des *Monuments historiques du Grœnland* (2) s'occupèrent de la Grande Irlande, ils n'allèrent pas chercher dans les littératures celtiques la confirmation ou l'explication de ce que rapportaient les sagas, et il faut remarquer pour l'excuse de ces hommes éminents qui ont rendu tant de services aux études américaines, que vers 1840 ils auraient trouvé bien peu de chose sur le sujet dans les sources gaëliques alors accesibles; celles qui auraient pu les éclairer étaient encore inédites et c'est seulement depuis une vingtaine d'années que l'on a commencé à les publier, à les traduire ou tout au moins à les analyser.

Grâce à ces matériaux, nous avons pu constater que les Irlandais connaissaient à l'Ouest, et fort loin de leur île, une grande terre caractérisée par des tertres, par la direction orientale et occidentale de rivières prenant leur source vers le milieu de ce continent, par l'air embaumé qu'on y respirait, et par les brumes qui l'enveloppaient à quelque

---

nadienne) au XIVe *siècle et les vestiges qui en subsistèrent jusqu'aux* XVIe *et* XVIIe *siècles*, par E. Beauvois, dans *Compte rendu de la seconde session du Congrès des Américanistes* à Luxembourg, 1877, t. 1, p. 174-224; aussi à part: Nancy, 1878, in-8°.

(1) *Antiquitates americanæ sive scriptores septentrionales rerum ante-Columbianarum in Americâ*, edidit Societas Regia Antiquariorum septentrionalium operâ et studio Caroli C. Rafn, Copenhague, 1837, in-4°, avec 18 pl. et cartes.

(2) *Grœnlands historiske Mindesmærker*, publication de la Société R. des Antiq. du Nord. Copenhague, 1838-1845, 3 vols. in-8°, avec 12 planches.

distance des côtes. Ces traits s'appliquent tous fort bien à l'Amérique du Nord et, à nos yeux, ils suffisent à montrer qu'il y a un fond de vérité dans le récit dont ils font partie. Le merveilleux auquel ils sont mêlés ne doit pas les faire rejeter sans examen, car les auteurs des légendes dans les quelles ils figurent ne nous donnaient pas celles-ci pour de l'histoire ou de la géographie, mais bien pour des romans pieux, pour des fictions destinées à édifier ou à amuser le lecteur. Le fantastique qui joue un si grand rôle dans ces relations, les à rendues plus intéresantes que n'aurait pu faire le sobre exposé des faits réels; il a ainsi contribué pour une grande part à les sauver de l'oubli. C'est ainsi qu'aujourd'hui des écrivains aimés de la jeunesse vulgarisent la science en l'encadrant dans des aventures imaginaires et même invraisemblables; si, par impossible, leurs livres venaient à surnager seuls dans quelque nouveau naufrage des connaisances humaines, nos arrière-petits-neveux n'auraient pas plus le droit de dédaigner les faits positifs contenus dans ces ouvrages, que nous n'aurions raison de nier l'existence des colonies transatlantiques auxquelles font allusion les légendes celtiques du moyen âge. Donc, au lieu de critiquer trop sévèrement le mélange de réalité et de fiction dont elles se composent, nous ferons mieux de chercher à dégager l'une de l'autre dans les documents que nous allons passer en revue.

Dans le *Leabhar na h-Uidhri* (1), le plus ancien des grands manuscrits conservés en langue gaëlique, et qui

---

(1) *Leabhar na h-Uidhri, a collection of pieces in prose and verses in the irish language compiled and transcribed about A. D.* 1100 *by* Moelmuiré Mac-Ceileachar, *now for the first time published from the original in the library of the Royal irish Academy, with an account of the manuscript, a description of its contents and an index.* Dublin. Royal irish Academy house. 1870, in-f°.— Son nom qui signifie *Livre de la brune* (sous entendu peau) lui vient de la couleur de sa couverture ou du parchemin sur lequel il est écrit.

fut écrit vers l'an 1100 par Moelmuiré (1), se trouvent les *Aventures de Condla le Beau* (2), *fils de Cond cet-chathac* (aux cent batailles), roi d'Irlande, qui, d'après les *Annales des quatre maîtres*, régna de 123 à 157 de notre ère. Le christianisme n'était pas encore introduit en Irlande, aussi la légende est-elle remplie d'allusions aux superstitions payennes. En voici l'analyse: un jour que Condla surnommé *Ruadh* (le Rouge) était avec son père au sommet du mont Usnech dans le Meath, il vit approcher une femme au costume singulier qu'il interrogea. «Je viens, dit-elle, du Pays des vivants, où l'on ne connaît ni la mort ni le péché, où nous sommes perpétuellement en fêtes, où nous pratiquons toutes les vertus sans désaccord. Nous habitons un grand tertre (sid), d'où notre nom de *Aes side* (peuple des tertres).» Condla était seul à voir cette apparition, aussi son père lui demanda-t-il à qui il parlait. «C'est à une jeune, aimable et noble dame, répondit-elle, qui ne craint ni la mort ni la vieillesse. Je me suis éprise de Condla le

---

1) Eugène O'Curry, *Lectures on the manuscript materials of ancient irish history*. Nouveau tirage. Dublin, 1878, in-8°, p. 183-185.

2) Fol. 77.—Ce morceau a été réédité avec une traduction anglaise en regard et une savante introduction par J. O'Beirne Crowe dans *The Journal of the Royal historical and archæological Association of Ireland*. 1871, 4e série, t. III, part. 1. Dublin, 1874, in-8°, p. 128-133; et par Ernest Windisch dans ses *Irische Texte mit Wœrterbuch*. Leipzig, 1880, in-8.°—Les aventures de Condla Ruadh dans la plaine des Délices ont pour pendant celles de Loégairé, fils d'un roi de Connaught (Voy. p. 280 du texte gaëlique et 65 de l'analyse en anglais de *The Book of Leinster, sometimes called the Book of Glendalough, a collection of pieces (prose and verse) in the irish language, compiled in part about the middle of the twelfth century, now for the first time published from the original manuscript in the library of Trinity-College, Dublin, by the royal irish Academy, with introduction, analysis of contents and index* by Robert Atkinson. (Dublin, 1880, gr. in-f°), et aussi, paraît-il, d'après les indications trop brèves de E. O'Curry, les aventures de Brian, fils de Feabhall, et celles de Cormac Mac-Art. Le savant auteur des *Lectures* (p. 318-9) regardait ces deux dernières légendes comme antérieures à l'an 1000.

Rouge, et je l'invite à me suivre dans la *Plaine des Délices* (Mag Mell), où demeure le roi *Boadag* (Victorieux); il en deviendra le souverain perpétuel, exempt de mal et de peine, dès qu'il aura pris le sceptre. Viens avec moi, Condla le Rouge, au cou tacheté, à la belle face et aux joues vermeilles; si tu m'accompagnes, tu ne perdras rien de ta jeunesse ni de ta beauté jusqu'au terrible jugement.» Tous entendaient ces paroles sans voir celle qui les prononçait. A la prière de Cond, son druide Coran eut recours à la magie et aux puissantes incantations pour mettre fin aux obsessions de l'invisible, de sorte que celle-ci ne put plus se faire entendre et devint invisible même à Condla, auquel elle jeta une pomme en se retirant. Le jeune prince, dédaignant toute autre nourriture et toute boisson, mangeait seulement de ce fruit qui ne restait pas moins intact, mais il était plongé dans la tristesse. Aut bout d'un long mois, étant avec son père à Mag Archommin, il revit la même jeune fille qui lui dit: «Toi qui restes parmi les hommes à courte vie, en attendant l'affreuse mort, les Immortels t'invitent, Condla, à prendre le commandement du peuple de Tethra (l'Océan), car ils t'observent chaque jour dans les assemblées de ton pays, parmi tes chers compagnons.» Lorsque Cond l'entendit parler, il appela le druidé pour la faire taire, mais elle lui dit: «O monarque, le Grand Rivage des Justes (1), avec ses races nombreuses, étranges et variées, n'aime guère le druidisme et lui rend peu d'honneurs; lorsque ses lois régneront, elles dissiperont les charmes des druides et les mensonges du noir démon.» Cond, surpris de ce que son fils ne daignait répondre à personne, lui demanda si les paroles de l'inconnue avaient donc fait tant d'impression sur son esprit. «Je suis bien perplexe, répli-

(1) *Traig mar Firien.*—Il faut remarquer cette expression et plusieurs autres qui précèdent et qui suivent. Empruntées aux croyances chrétiennes, elles attestent l'influence de la légende de Saint Brendan, qui était déjà fort répondue au temps où fut copié le *Leabhar na h-Uidhri.*

qua le prince: j'aime les miens pardessus tout, mais le chagrin me ronge à cause de la dame.» Celle-ci reprit alors: «Beau jeune homme, pour te préserver de la tristesse que te causent les devins, c'est dans mon curach (esquif) de perles que nous devons nous réunir, si nous voulons gagner le tertre de Boadag. Il y a un autre monde qu'il y aurait profit à chercher; bien qu'il soit éloigné et que le soleil baisse, nous pouvons l'atteindre avant la nuit. C'est le pays qui charme l'esprit de quiconque se tourne vers moi. On n'y trouve pas d'autres habitants que des femmes et des jeunes filles.» A peine ce chant était-il achevé que Condla sauta d'un bond dans le curach de perle. L'esquif s'éloigna; on le regarda aussi longtemps qu'il fut en vue et jusqu'à ce qu'il disparût dans le lointain brumeux. Jamais on ne le revit et les dieux seuls savent ce qu'il est devenu.

Cette légende n'exerça pas moins d'attrait sur l'imagination facilement inflammable des Gaëls que la merveilleuse apparition sur l'esprit de Condla; on n'en peut douter quand on la voit se transformer, selon les siècles (1) et les manières de voir. En devenant Chrétiens, les Irlandais ne la rejetèrent pas à cause de son caractère fabuleux, mais ils l'adaptèrent à leurs nouvelles croyances afin de la rendre plus vraisemblable. Comme la Grande Terre de l'Ouest avait quelques traits communs avec le Paradis terrestre, ils furent naturellement portés à les confondre pour concilier leurs propres traditions avec celles des Hébreux qui étaient devenues pour eux des articles de foi. Contrairement à la plupart des commentateurs de la Bible, ils placèrent l'Eden à l'Ouest au lieu de le chercher en Orient. Cette adaptation aurait été faite moins de cent après la conversion de l'Irlande au Christianisme, si toutefois il en faut croire des récits beaucoup plus récents. Dans la première

(1) Elle présente elle-même des exemples de ces transformations. (Voy. la note précédente.)

moitié du VIe siècle, Mernoc, disciple de Saint Barint ou Barurch, quitta son monastère pour aller vivre en anachorète, près du Mont de la Pierre, dans une île de délices où il s'établit avec d'autres moines. Ils avaient chacun leur cellule et ils y passaient la nuit, jusqu'à ce que la cloche les appelât à l'église commune; ils ne vivaient que de fruits, de racines et de légumes. Longtemps après, Barint, informé de l'existence de cette communauté, voulut l'aller visiter; le trajet ne dura pas moins de neuf jours. Mernoc avait l'habitude de faire des absences de deux à quatre semaines et, à son retour, ses vêtements étaient imprégnés d'un parfum si pénétrant que l'odeur s'en faisait sentir pendant quarante jours (1). Ses frères en concluaient qu'il allait dans un paradis, situé au milieu de la mer à une distance qui leur était inconnue. Voulant mener Barint en cette contrée, il le fit monter sur une embarcation qui fut bientôt enveloppée de ténèbres si épaisses que les voyageurs n'y voyaient pas de la poupe à la proue. Au bout d'une heure, l'obscurité fut remplacée par une vive lumière et ils aperçurent vers l'Ouest une grande contrée à la côte orientale de laquelle ils abordèrent; puis ils se mirent à parcourir ce pays plantureux où il n'y avait pas d'herbes sans fleurs ni d'arbres sans fruits; et pas d'autres minéraux que de nobles métaux et des pierres précieuses. Après quinze jours de marche, ils n'étaient encore arrivés qu'au milieu de l'île où ils trouvèrent un fleuve qui coulait de l'Ouest à l'Est (2); ils voulurent le traverser, mais un être resplendissant de forme humaine leur apparut et leur

---

(1) «Nonne cognoscitis in odore vestimentorum nostrorum quod in Paradiso Dei fuimus?» (Demanda Barint aux moines de Mernoc.) Tunc responderunt fratres, dicentes: «Abba, novimus quia fuistis in paradiso Dei, nam sæpe per fragrantiam vestimentorum abbatis nostri probavimus quod pene usque ad quadraginta dies nares nostræ tenebantur odore.» (*Vita Sancti Brendani*, edit. Jubinal, p. 4.)

(2) «Porro quinto decimo die invenimus fluvium vergentem ab oriental

dit qu'ils ne pouvaient franchir cette limite, car au delà était le paradis où Dieu reçoit ses saints, et il ne leur était pas permis d'y entrer. Ils s'en retournèrent donc à l'île délicieuse et Barint regagna l'Irlande. Dans une visite qu'il fit à Saint Brendan un autre de ses disciples, il lui conta les merveilles qu'il avait vues (1).

Ses récits inspirèrent à Brendan le désir d'aller, à son tour, à la recherche de la Terre de promission. Il avait pour compagnon de voyage son disciple Machut ou Maclov, Breton du Pays de Galles et fils du gouverneur de Gimicastrum, aujourd'hui Winchester. Comme tous deux furent canonisés plus tard et que leur vie a été bien des fois écrite, il y a plusieurs relations de leurs aventures sur mer. Les biographies de Machut étant plus sobres de détails romanesques, ce sont elles que nous allons suivre de préférence (2). Elles ne parlent ni de Mernoc ni de Barint,

---

parti ad occasum... Est enim medietas insulæ istius usque ad istud flumen.» (*Vita Sancti Brendani*, édit. Jubinal, p. 3, note 2; édit. Rees, p. 254; d'autres textes portent: «ad orientalem plagam ab occasu», contradiction apparente, mais facile à expliquer, puisque les voyageurs se trouvaient vers le milieu du continent nordaméricain, d'où les eaux coulent en effet dans des directions opposées; l'une des rédactions aura considéré le versant atlantique, l'autre le versant du Pacifique.

(1) Pour la bibliographie voy. la note suivante.

(2) Les navigations de Saint Brendan, avec celles de Mernoc et de Barint qui leur servent d'introduction, étant, parmi les relations des voyages transatlantiques des anciens Irlandais, les seules connues de nos prédécesseurs, ont été suffisamment vulgarisées par eux; il est donc superflu d'en donner l'analyse dans le présent mémoire exclusivement rempli de matériaux neufs et de notions originales. Ces qui voudront de plus amples détails en trouveront dans les ouvrages suivants: *La légende latine de Saint-Brandaines avec une traduction inédite en prose et en poésie romanes*, publiée par Ach. Jubinal, Paris, 1836, in-8°;—*Saint Brandan, a mediæval legend of the sea, in english verse and prose*, edité par Thomas Wright, avec introduction et notes, pour *Percy Society. Early english poetry*, vol. XIV, Lond., 1844, in 8°;—*Vita Sancti Brendani*, texte latin, p. 251-251, trad. anglaise, p. 575-579 de *Lives of the Cambro-*

comme font les vies et pérégrinations de Saint Brendan, mais deux d'entrelles (celles de Sigebert de Gembloux et du manuscrit de Fleury) rapportent la tradition de l'île des Délices. D'après Sigebert de Gembloux, historien du XIe siècle, les insulaires étaient des êtres célestes qui jouissaient de tous les biens du monde et pratiquaient toutes les vertus; ils vivaient dans la sainteté et la justice régnait parmi eux, comme dans le Pays des vivants ou Grand rivage des Justes dont il a été question plus haut. Le manuscrit de Fleury sur Loire ajoute que cette île très célèbre chez les Bretons s'appelait Ima, qu'elle était située dans l'Océan Atlantique et qu'elle passait pour avoir une grande ressemblance avec le Paradis. Les deux saints, avec de nombreux compagnons, firent deux voyages de découverte; la première fois ils visitèrent les Orcades et les autres îles de l'Océan septentrional, jusqu'à ce que fatigués de cette longue, pénible et inutile navigation, ils regagnassent leur patrie. La seconde fois leur pérégrination dura sept ans, mais les résultats n'en furent pas moins infructueux; ce qui n'empêcha pas Machut de faire une troisième tentative, sans être accompagné de Brendan. Son embarcation fut poussée vers l'Armorique ou Bretagne continentale, il

---

British Saints of the fifth and immediate succeeding centuries, from ancient welsh and latin Mss. in the British Museum and elsewhere, with english translation and explanatory notes, by the Rev. W. J. Rees, published for the welsh Mss. Society. Llandovery, 1853, in-8°;—*Sanct Brandan, ein lateinischer und drei deutsche Texte*, herausgegeben von Dr. Carl Schröder, Erlangen, 1871, in 8°;—*Acta Sancti Brendani, original latin documents connected with the life of Saint Brendan, patron of Kerry and Clonfert*, edited by right Rev. Patrick F. Moran, DD., Bishop of Ossory. Dublin, 1872, in 8°;—Notice sur cette légende, p. 553-566, avec un texte anglo-norman édité par Herman Suchier, p. 567-587, dans le fasc. v, t. I de *Romanische Studien, herausgegeben von* Ed. Boehmer. Strasbourg, 1871-75, in-8°;—*Les voyages merveilleux de Saint Brendan à la recherche du paradis terrestre, légende en vers du* XIIe *siècle, publiée d'après le Msc. du Musée Britannique* par Francisque Michel. Paris. 1878. in-8°.

aborda à Aleth et devint évêque de cette ville qui fut appelée d'après lui Saint-Malo (1).

Une légende armoricaine analogue pour le fond, quoique bien différente dans les détails, a été recueillie par un historien du XIIe siècle, Godefroi de Viterbe, qui dit la connaître seulement par le livre d'Enoch et d'Elie, inséré dans un manuscrit du monastère de Saint-Matthieu sur le cap Finistère. D'après ce livre les moines de Saint-Matthieu faisaient des explorations jusqu'aux extrémités de l'Océan pour décrire ce qui s'y trouve. Une fois leur navire erra sur mer pendant trois années entières, sans voir autre chose que le ciel et l'eau. Les vivres vinrent à leur manquer, mais au milieu de l'Océan ils rencontrèrent sur un rocher élevé une statue de femme en airain qui du doigt leur montrait le chemin (2). Ils s'avancèrent dans la direction désignée et le lendemain une autre statue leur indiqua aussi la voie (3).

---

(1) *Vita Sancti Machutis ex membranis floriacensibus vetustissimis, auctore quidem anonymo, sed gravi et vetustissimo,* p. 485-515 de *Floriacensis vetus Bibliotheca benedictina...* operâ Joannis a Bosco. Lyon, 1605, in-18;— *Vita Sancti Maclovii sive Machutii,* auctore Sigeberto Gemblacensi (apud Surium, *Acta Sanctorum,* Novembris die XV) dans *Patrologiæ cursus completus* accurante J. P. Migne. T. 160. Paris, 1854, in-f°; aussi dans *Bibliotheca Mundi seu Speculi majoris tomus quartus,* de Vincent de Beauvais. Douai, 1624, in-f°, p. 818-819;—*Vita Sancti Maclovii ex msc. ed. V. C. D. d'Hérouval,* p. 217-222 dans *Acta Sanctorum ordinis S. Benedicti,* éd. par d'Achery et Mabillon. Siècle I. Paris. 1668, in-f°.

(2) In medio marium velut ærea stabat imago,
Fæmineâ specie, super ardua saxa, virago.
Illa suis digitis pervia monstrat eis.

(Gotefridi Viterbiensis *Pantheon, etc., ex bibliothecâ Joannis Pistorii Nidani* dans *Germanicorum scriptorum... tomus alter.* 3e édit. par B. G. Struvius. Ratisbone, 1726, in-f°, p. 59.)

(3) Beaucoup d'autres documents parlent de statues indicatrices, savoir: une à l'entrée du port de Cadix (Voy. Kazvini, *Atar ul-beladi,* p. 369 et s.;— Schems ed-din abou-Abdallah Mohammed de Damas, *Manuel de la cosmographie du moyen âge,* trad. de l'arabe par A. F. Mehren, Copenhague, 1871.

qu'ils suivirent avec joie, car ils voyaient de hauts sommets dans le lointain. Ce n'était pas une terre, mais une montagne d'or de la quelle jaillissaient des scories qui rayonnaient et ressemblaient aux éclairs. Admirable était le site qui exhalait une odeur merveilleuse, mais il n'y avait pas d'habitants ni d'animaux, quoique la contrée eût en abondance toute sorte de biens. Une partie de l'équipage resta sur le navire, tandis que les autres au nombre d'une centaine, y compris deux ecclésiastiques, allèrent à la découverte. Ceux-ci, après avoir parcouru la montagne toute la journée, virent le soir, près du rivage une ville d'or entourée de fortes murailles. N'osant frapper aux portes qui étaient closes, ils passèrent la nuit dehors, en attendant que la population se montrât. Personne ne sortit, aucune voix ne se fit entendre, mais, dès la pointe du jour, la porte s'ouvrit et les pieux voyageurs pénétrèrent dans la ville. Ils virent çà et là des maisons d'or, mais pas de monde sur la place publique. Après avoir visité l'intérieur et l'extérieur, ils trouvèrent l'église revêtue d'or et de pierreries et une sorte de cloître resplendissant d'or; des mêmes matières précieuses étaient faits l'autel, les murs, le toit lui-même et une statue de la Vierge Marie tenant son fils sur son giron, le tout du plus beau travail. Un parfum céleste se répandit et les voyageurs, de tremblants qu'ils

---

in-8°, p. 318;—Cfr. Dozy, *Recherches sur l'Espagne*, t. II, p. 329); sept dans les sept îles éternelles ou groupe du Cap Vert (Makkari, *Analectes sur l'histoire et la littérature des Arabes d'Espagne*, publiées par W. Wright. T. I, Leyde, 1855, p. 104; cfr. A. F. Mehren, *Fremstilling af de islamitiske Folks almindelige geographiske Kundskaber* dans *Annaler for nordisk Oldkyndighed og Historie*, ann. 1857. Copenhague, in-8°, p. 179); une enfin sur le sommet d'une montagne dans l'île de Corvo, la plus septentrionale des Açores. Cette dernière représentait un cavalier dont la main droite montrait l'Ouest (Faria y Souza, *Historia del reyno de Portugal*, édit. de 1730, p. 258; cité par M. Gaffarel, *les Phéniciens en Amérique*, dans le *Compte rendu de la première session* du Congrès des Américanistes, Nancy, 1878. T. I, p. 101.)

étaient, devinrent très-gais. Ne voyant pas un seul ecclésiastique dans l'église, il se demandèrent quel était le maître de ces lieux; les deux prêtres se mirent à fouiller le cloître et, par une petite porte, ils virent dans un splendide réduit deux vieillards assis qui se levèrent pour remplir les devoirs de l'hospitalité, saluèrent les étrangers et les traitèrent avec honneur. Ceux-ci leur demandèrent le nom du pays et celui du souverain, ce que faisaient les habitants, s'ils étaient chrétiens. Les vieillards à belle barbe et à longue chevelure blanche répondirent: «Notre roi est le créateur du ciel et de la terre; les chérubins et les séraphins gardent cette ville qui est habitée par des anges. Nous célébrons nos solemnités avec des chants séraphiques et nous ne vivons que d'aliments célestes dont il convient que vous vous nourrissiez aussi. Notre repos est éternel et nous sommes immuables; un de nos jours est égal à cent de vos années; ceux qui étaient enfants lors de votre départ sont maintenant des vieillards et demain aucun d'eux ne sera en vie. Pendant votre séjour ici, six ou sept générations de rois et de peuples se succéderont dans votre patrie et vous-mêmes vous serez vieillards lorsque vous y retournerez. Vous deux, prêtres du Christ, chantez nous la messe, nous voulons participer aux saints mystères et recevoir avec piété le corps du Sauveur.» Après l'office la table fut servie et le pain des anges distribué aux voyageurs. Ceux-ci, en apprenant de la bouche des deux vieillards qu'ils étaient Elie et Enoch, leur dirent: «Nous avons lu dans les Ecritures qu'au jour du combat suprême vous auriez pour adversaires l'Antechrist; qu'il vous ôterait la vie, mais qu'il ne vous mettrait pas en terre, parceque le Christ les anéantirait par sa propre puissance; apprenez-nous quand ces événements auront lieu.» — «La divine Providence a décidé qu'il en serait ainsi, dit Enoch, mais elle ne nous a pas fait connaître à quelle époque: c'est là le secret de Dieu!» — «Il est temps que vous vous en retourniez, dit à son tour Elie; chargez-vous, si vous le désirez,

d'or et de pierres précieuses: votre voyage sera heureux. Vous êtes jeunes ici, vous serez vieux en rentrant chez vous.» Le troisième jour finissait lorsque les voyageurs, ayant regagné leur navire, mirent à la voile; poussés par un vent favorable ils retournèrent dans leur pays en cinq jours. Ils se rendirent à l'église de Saint Matthieu, mais elle n'était plus comme ils l'avaient laissée, non plus que l'abbé, les moines, la ville, les habitants, qui tous étaient nouveaux pour eux. Les anciens étaient morts. Les pèlerins, ne reconnaissant plus les lieux ni les hommes et ne comprenant pas la langue, se mirent à verser des larmes et à se lamenter. Et eux-mêmes qui étaient naguère pleins de jeunesse, ils se virent blanchis par les années, décrépits et infirmes. Ils racontèrent leurs aventures et leurs longs voyages, qu'ils évaluaient à trois années, mais les moines qui les avaient recueillis virent dans un livre que leur absence avait duré trois cents ans (1).

La fin de cette légende, séparée du commencement, à été greffée sur celle de Condla le Rouge, et le tout a formé une nouvelle tradition qui, sans remonter aux temps de Saint Patrice et encore moins à ceux d'Ossian, comme elle le prétend, se compose d'éléments très anciens (2) et s'est perpétuée en Irlande jusqu'à nos jours. Vers le milieu du XVIIIe siècle, un barde, que l'on supose être Michel Comyn, l'auteur des *Aventures de Thorolf mac-Starn et de ses trois fils*, la prit pour sujet d'un poëme d'où s'exhale le plus suave parfum romantique. Nulle autre part nous n'avons trouvé une description plus séduisante de la Plaine des Délices;

---

(1) Godefroid de Viterbe, *Pantheon*, édit. citée, p. 58-60.

(2) On a vu en effet que la tradition de Condla existait déjà au XIe siècle: celle du séjour dans une contrée merveilleuse où les siècles s'écoulent aussi vite que les jours ailleurs, étant commune aux Celtes de l'Armorique et à ceux des Iles Britanniques, devait avoir déjà pris forme avant la séparation des deux branches insulaire et continentale de la famille bretonne, c'est-à-dire avant la fin des grandes migrations.

c'est pourquoi tous les passages qui concernent cette fabuleuse contrée méritent, malgré leur longueur, d'être reproduits ici. Cette légende fut pour les laïques aventureux ce que les pérégrinations de Saint Brendan et de Saint Malo avaient été pour les pieux anachorètes; conjointement avec celles-ci elle nous explique l'attrait mystérieux que l'Ouest, avec ses merveilles imaginaires, exerça sur l'esprit des Celtes. Elle a un autre intérêt pour les amateurs de poésies ossianiques, en ce qu'elle se rattache intimement à la vie du célèbre héros et prétend nous expliquer comment il était devenu aveugle et décrépit, et comment il put avoir avec Saint Patrice ces relations dont il est parlé dans tant de poëmes fénians; car Oisin, le vrai nom du barde que Macpherson appelle Ossian, vivait au IIIe siècle et l'apôtre de l'Irlande au Ve. L'intervalle est rempli par le séjour qu'Oisin aurait fait dans les Plaines des Délices ou Terre de Jouvence.

Cette existence de plusieurs siècles n'a été attribuée à Oisin que pour mettre en présence le propagateur de la nouvelle foi avec le champion de l'ancienne et faire mieux ressortir le contraste du paganisme et du christianisme. Le barde décrépit est bien le fidèle représentant du druidisme; il ne vit plus que par le souvenir; son idéal est toujours la guerre, la chasse, les antiques légendes; il a sans cesse à la bouche des récits sur les héros de sa jeunesse, et il devient furieux lorsque Saint Patrice affirme qu'ils sont en enfer; il irait les délivrer s'il avait encore avec lui Fionn son père et le vaillant Osgar son fils; il menace d'exterminer les moines; mais Saint Patrice, qui l'a recueilli dans son abandon, qui a entrepris de l'amener à des sentiments plus chrétiens et qui le nourrit par charité, l'apaise rien qu'en le priant de conter une de ses belles histoires. Le *Chant d'Oisin sur la Terre de Jouvence* (Laoidh Oisin ar Thir na n-Og) (1) est un de leurs dialogues; en voici un extrait:

---

(1) *Tir na n-og.—The land of Youth* edited by Bryan O'Looney, Dublin.

«Noble Oisin, fils de roi, héros aux grandes prouesses, commence Saint Patrice, raconte nous sans t'attrister comment tu as vécu après les Fianns?» — «Je vais te le dire, Patrice le nouveau venu, bien qu'il soit pénible pour moi de le rappeler: c'était après la bataille de Gabhra dans laquelle périt, hélas! le noble Osgar; un jour que tous les Fianns étaient réunis et que nous chassions sur les rives du Loch Léin (1), où la douce musique des oiseaux se faisait entendre à toute heure dans les arbres odorants et parés des plus belles fleurs, nous levâmes le daim sans bois (daine), le plus agile à bondir et à courir, et tous nos chiens se mirent à sa poursuite. Mais nous ne tardâmes pas à voir à l'Ouest une troupe de cavaliers, qui approchaient avec une jeune fille de la plus grande beauté sur une svelte et légère haquenée blanche. Nous nous arrêtâmes, extasiés devant cette femme la plus belle que nous eussions jamais vue; elle avait sur le tête une couronne royale, et un manteau de soie brune, parsemé d'étoiles d'or rouge et lui tombait sur les talons. A chaque boucle de ses cheveux blonds pendait un anneau d'or; ses yeux bleus étaient purs et clairs comme une goutte de rosée à la pointe de l'herbe; ses joues plus merveilles que la rose; son visage plus gracieux que le cygne sur la vague, et plus suave était le parfum de ses lèvres balsamiques que le miel mêlé au vin. Une ample, longue et soyeuse étoffe couvrait la blanche haquenée; la selle était d'or rouge, ainsi que le mors et les quatre fers; sur la tête de cette cavale, la meilleure qui fût au monde, il y avait un tortis d'argent. La jeune fille arrivée en présence de Fionn lui dit d'une voix douce et mé-

---

1859, in-8°, p. 227-279 de *Transactions of the Ossianic Society for the year* 1856, vol. 4;—réedité tout récemment par la Gaelic Union sous le titre de *The lay of Oisin in the land of the Young*.

(1) L'ancien nom irlandais du Lough Leane, près de Killarney dans le comté de Kerry, qui forme la pointe Sud-Ouest de l'Irlande.

lodieuse: «O roi des Fianns, je viens de faire un long voyage.» — «Qui es-tu, belle princesse, quel est ton nom et ton pays? Dis-nous ton histoire et pour quel motif tu as traversé la mer. Ton époux t'a-t-il abandonnée, ou as-tu quelque chagrin?» — «Je m'appelle Niamh (brillante) à la chevelure dorée, ô sage Fionn, chef des grandes armées; je suis plus considérée que toutes les femmes du monde, étant fille du roi de Jouvence; je n'ai pas été abandonnée par un époux, puisque je n'ai pas même eu de fiancé; ce qui m'amène, illustre roi des Fianns, c'est l'affection et l'amour que j'ai voués à ton fils.» — «Duquel de mes enfants es-tu éprise, éblouissante princesse? Ne me le cache pas, mais fais nous tes confidences.» — «C'est du vaillant Oisin aux bras vigoureux, c'est du champion aux mains puissantes que je veux parler.» — «Pour quelle raison préfères-tu mon fils à tous les hauts seigneurs qui vivent sous le soleil?» — «Ce n'est pas sans motif que je viens de loin à cause de lui: j'ai entendu vanter ses prouesses, sa bonté et sa bonne mine. Beaucoup de princes et de puissants chefs m'ont voué un perpétuel amour, mais je n'ai jamais donné le mien qu'au noble Oisin.» — Par cette main que je pose sur toi, Patrice, il n'y avait pas une partie de mon être qui ne fût éprise de la belle aux cheveux lisses. Prenant sa main dans la mienne, je lui dis du ton le plus doux: «sois la bienvenue dans ce pays, jeune princesse; tu es la plus brillante étoile et la plus belle des belles; tu es celle que je préfère et que je choisirais entre toutes.» — «Généreux Oisin, je t'impose une obligation à laquelle ne se soustraient pas les vrais héros; c'est de monter avec moi sur mon coursier, jusqu'à ce que nous arrivions au Pays de Jouvence. C'est la plus délicieuse contrée qui existe et la plus célèbre au monde; les arbres y sont chargés de fruits et de fleurs; le miel et le vin y sont en abondance; une fois là, tu ne risqueras plus d'être courbé sous le poids des ans; tu ne craindras ni la mort ni la décrépitude; tu vivras dans les fêtes, les jeux et les festins; tu entendras résonner

mélodieusement les cordes de la harpe; tu auras de l'argent, de l'or, beaucoup de joyaux, cent épées, sans mentir, cent costumes de belle soie, cent chevaux les plus fougueux à la guerre, et en outre cent bons chiens. Le roi de Jouvence te cédera son diadème qu'il n'a jamais donné à personne et ce sera pour toi un talisman dans les batailles; tu obtiendras une cotte de mailles qui te protégera efficacement; une épée à pommeau d'or qui n'a laissé en vie aucun de ceux qui en ont vu la lame affilée; cent cottes d'armes et jaques de satin; cent vaches et cent veaux; cent brebis avec leur toison d'or; cent joyaux; cent jeunes vierges folâtres, brillantes comme le soleil, de la plus grande beauté et à la voix plus douce que le chant des oiseaux; cent héros puissants dans les combats et incomparables pour l'agilité seront à tes ordres, si tu veux me suivre dans le Pays de Jouvence. Tu auras tout ce que je t'ai promis sans compter beaucoup d'avantages que je passe sous silence, la beauté, la force, la puissance, et je serai ta femme!»—«Je n'ai rien à te refuser charmante reine aux boucles dorées; c'est toi que je préfère entre toutes les femmes du monde et j'irai très volontiers au Pays de Jouvence.» Lorsque j'eus pris place derrière elle sur le coursier, il partit d'un pas rapide et, arrivé sur le bord de la mer, il se secoua en faisant deux pas en avant et poussa trois bruyants hennissements. Fionn et les Fianns répondirent par trois cris de douleur et de détresse. «Oisin, me dit mon père, d'une voix lente et dolente, malheur à moi, puisque tu me quittes! Je n'ai pas l'espoir que tu reviennes jamais.» Son beau visage s'altéra, un torrent de larmes coula sur ses joues et sa poitrine. C'était un spectacle déchirant que cette séparation du père et du fils; je l'embrassai avec une émotion qu'il partageait et je fis, en pleurant, mes adieux à tous les Fianns; puis nous chevauchâmes droit vers l'Ouest, sur la surface de la mer qui bouillonnait devant nous et ondulait par derrière. Nous vîmes des merveilles dans le trajet, des cités, des palais, des châteaux, des forteresses et des mai-

sons brillantes et blanches comme la chaux (1). Le coursier galopait plus vite que le vent de mars au sommet des montagnes. Bientôt le temps s'assombrit, l'orage s'éleva de tous côtés, la grande mer fut illuminée par les éclairs et le soleil disparut. Lorsque la tempête fut calmée et que l'astre du jour brilla sur nos têtes, nous vîmes une délicieuse contrée couverte de fleurs, de belles campagnes plaines et unies, et une forteresse royale d'aspect imposant, revêtue de marbres de toute couleur, bleus, verts, blancs, pourpres, cramoisis, jaunes; et de l'autre côté, de resplendissants palais et des maisons de plaisance faites de pierres précieuses et décorées par de grandes artistes. Bientôt sortirent du château trois cinquantaines de guerriers alertes, de belle apparence et renommés; puis cent jeunes filles d'une beauté accomplie, vêtues de soie brochée d'or, s'avancèrent à notre rencontre; ensuite vint, avec un brillant cortége, le noble et puissant monarque, d'une grâce et d'une prestance incomparables, vêtu de satin jaune et la tête ornée d'une étincelante couronne d'or; et après lui, la jeune et illustre reine avec cinquante belles vierges aimables et gracieuses. En m'abordant, le roi de Jouvence me prit la main en disant courtoisement: «Salut, brave Oisin, fils de Fionn; dans ce pays ta vie sera longue et tu resteras toujours jeune; il n'est pas de plaisir imaginable dont tu ne puisses jouir ici. Tu peux m'en croire, Oisin, car je suis le roi du Pays de Jouvence. Voici la noble reine et ma propre fille Niamh à la chevelure dorée, qui est allée te chercher au delà de la mer pour être son époux.» Je remerciai le roi, je m'inclinai devant la reine et nous partîmes pour le château royal, où l'on fit la fête pendant dix jours et dix nuits de suite. J'épousai Niamh, qui me donna trois enfants

(1) Nous passons un épisode parasite dans lequel il est question de la fille du roi des Vivants, qui avait été enlevée par un géant et qui était retenue en captivité dans le Pays des Vertus. Oisin tua le ravisseur dans un combat singulier et délivra la princesse, après quoi il continua son chemin.

d'une beauté merveilleuse, deux fils et une fille que je nommai, ceux-là d'après mon père Fionn le chef des armées, et mon fils Osgar aux bras rougés; et celle-ci, à cause de sa beauté et de ses aimables qualités, *Plur na-mban* (la Fleur des femmes). Il y avait trois siècles et plus que j'étais dans le Pays de Jouvence, lorsque je fus pris du désir de revoir Fionn et les Fianns; je demandai au roi et à ma chère femme la permission de retourner dans l'île d'Erinn. «Je ne m'y oppose pas, répondit la bonne princesse, bien que ce soit une grande affliction pour moi, parceque tu ne reviendras pas vivant dans ce pays, victorieux Oisin.» — «Qu'avons-nous à craindre? Le coursier est à ma disposition et il retrouvera facilement le chemin pour me ramener vers ma florissante compagne.» — «Rappelle-toi ce que je te dis, Oisin: si tu poses le pied à terre, tu ne reviendras jamais dans le beau pays où nous sommes; je te le répète sans me tromper: si tu quittes la selle da la blanche haquenée, tu ne reverras jamais le pays Jouvence, Oisin aux bras vigoreux; je te le dis pour la troisième fois: si tu descends (1), tu seras changé en vieillard décrépit, aveugle, sans ressources, sans plaisir, sans goût. Malheur à moi, si tu retournes dans la verte Erinn! elle n'est plus ce qu'elle était; tu ne retrouveras pas Fionn et ses armées; il n'y a maintenant dans l'île qu'un chef et une légion de clercs. Voici mon baiser, cher Oisin, tu ne reverras jamais le Pays de Jouvence!» Je la regardais avec compasion, un torrent de larmes coulait de mes yeux; tu aurais en pitié d'elle, Patrice, en la voyant s'arracher les cheveux; je lui promis bien sincèrement de ne pas toucher le sol et, après l'avoir embrassée tendrement et fait mes adieux aux hôtes du château, je partis bien triste de quitter

(1) Loegairé, dont il a été question plus haut, (page 48, nota 2), en quittant le Mag Mell pour aller visiter son père en Irlande, reçut des recommandations analogues et, comme il s'y conforma, il put retourner vers sa femme dans la Plaine des Délices.

ma femme et mes enfants qui pleuraient. Le coursier me transporta aussi vite que la première fois. A mon arrivée en Irlande je regardais partout sans voir de Fianns; des hommes et des femmes à cheval, venant de l'Est en grande troupe, me saluèrent amicalement, en considérant avec surprise ma stature, mon air et mon attitude. Je leur demandai si Fionn vivait encore, s'il restait des Fianns, ou comment ils avaient péri. «Nous avons entendu parler, répondirent-ils, de la force, de l'agilité et de la vaillance de Fionn; on dit qu'il n'y a jamais en son égal; beaucoup de livres on été écrits par les sages et les poètes des Gaëls sur les proueses de Fionn et des Fianns; nous ne saurions en vérité les raconter, mais on rapporte que Fionn avait un fils de la plus belle prestance, qu'une jeune fille vint le chercher et qu'il partit avec elle pour la Terre de Jouvence.» En apprenant que Fionn était mort et qu'il ne restait plus aucun des Fianns, je fus saisi de tristesse et je partis sans délai pour Almhuin, dans le Laigheann (Leinster), le théâtre de tant de beaux exploits. Grande fut ma surprise de ne voir sur l'emplacement de la cour de Fionn que des chardons, des mourons et des orties; n'ayant rien trouvé je me remis en cherche et, pendant que je traversais la Vallée des grives, trois cents hommes ou plus m'appelèrent, en criant: «Viens à notre aide, royal héros, et délivre nous!» Ils étaient sons une large dalle de marbre qui les écrasait et beaucoup d'entre eux avaient dejà perdu connaissance. C'était une honte que des hommes en si grand nombre fussent incapables de lever ce poids; si Osgar, mon fils, eût été en vie, il eût pris la dalle de sa main droite et, je puis l'affirmer sans mentir, d'un seul jet il l'eût lancée par dessus cette troupe. Me penchant sur le côté droit, je saisis la pierre avec vigueur et promptitude et je la jetai à sept perches de là; cet effort fit rompre la sangle du coursier; je tombai soudain sur mes deux pieds, mais je n'eus pas plus tôt touché la terre, que la haquenée blanche s'emporta, me laissant sur place, faible, caduc, privé de la

vue, sans intelligence ni considération, au milieu de moines que tu as dernièrement amenés. Si j'avais été ce que j'étais auparavant, j'aurais mis à mort tous tes clercs; aucun d'eux n'aurait conservé sa tête sur ses épaules; si j'étais encore plantureusement pourvu de vivres, comme autre fois à la table de Fionn, je prierais le Roi de grâce d'avoir pitié de toi!»—«Ni les aliments ni les boissons ne te manqueront, noble Oisin, répliqua Saint Patrice; mélodieuse est ta voix et attrayants sont tes récits.»

Cette légende dont quelques traits remontent jusqu'au ve siècle de notre ère, vit encore dans la mémoire du peuple, au moins dans le comté de Cork; la grotte des brebis pâles à Coolagarronroe, près Kilbenny, passe pour être l'endroit où Oisin rencontra la belle demoiselle; il la suivit de l'autre côté de l'eau et vécut avec elle quelques jours, à ce qu'il pensait; mais elle lui dit qu'il y avait plus de trois cents ans et lui permit de retourner vers les Fénians, à condition de ne pas quitter la selle du cheval blanc qu'elle lui fournit. En route il rencontra un charretier dont la voiture chargée d'un sac de sable avait versé et que le pria de l'aider à la relever. Oisin ne pouvant soulever le sac d'une seule main mit pied à terre, mais aussitôt le coursier partit, le laissant vieux, décrépit et aveugle (1).

La persistance de ces traditions relatives à une terre de Jouvence, située bien loin au delà de la mer de l'Ouest, montre combien profondément cette croyance était enracinée dans l'esprit des Irlandais; elles n'avaient peut-être pas d'autre origine que les récits des Indiens de l'Amérique du Nord, et notamment de Cuba et de Haïti, sur la merveilleuse fontaine de Bimini et sur une rivière de la Floride, ayant toutes deux la propriété de rajeunir ceux

(1) A la suite de la préface de *The na n-Og* et avant ce poème, p. 233 de *Transactions of the Ossianic Society for the year* 1856, vol. IV. Dublin, 1859, in-8°.

qui se baignaient dans leurs eaux; on peut donc les regarder comme un nouvel indice du séjour des Gaëls dans le nouveau monde et de leurs rapports avec les indigènes.— Voici une autre relation qui, pour n'être pas plus authentique que les précédentes, n'en contient pas moins une utile donnée concernant la distance à laquelle on plaçait les îles transatlantiques. Des contemporains de Saint Brendan et de Saint Malo, les trois fils de Conall Dearg Ua Corra, riche propriétaire du Conacht (Connaught), se livrèrent d'abord à la piraterie, mais, pris de remords, ils abandonnèrent ce genre de vie, réparèrent le mal qu'ils avaient fait, et pour expier leurs crimes, ils résolurent, sur le conseil de Saint Coman, de faire un pèlerinage sur l'Océan. Après avoir fait construire un *curach* ou bateau couvert de peaux, profond de trois pieds et en état de porter neuf personnes, ils s'embarquèrent dans le baie de Galway, vers l'an 540, gagnèrent la haute mer et, s'abandonnant au caprice des vents et des flots, ils errèrent dans l'immensité de l'Océan. Au bout de quarante jours et de quarante nuits de navigation, ils arrivèrent à une île très peuplée dont tous les habitants se lamentaient; dans d'autres ils virent différentes catégories d'hommes châtiés pour leurs péchés; à la fin ils approchèrent d'une terre que des pêcheurs leur dirent être l'Espagne. L'évêque Justin, qui avait appris de l'un des voyageurs les détails de cette expédition, les raconta à Saint Colman et c'est d'après les récits de ce dernier que Saint Mocholmog écrivit un poëme sur le sujet (1).

Sans doute il s'agit ici d'une descente aux enfers plutôt que d'un voyage réel, et cette relation est de la même catégorie que les légendes de Saint Brendan et de Saint Malo,

(1) Cette relation se trouve dans le *Livre de Fermoy* et dans le *Livre de Leinster* (dont la récente édition a été citée plus haut, p. 18, n. 2.)—Conférez E. O'Curry, *Lectures*, p. 289-291, 587, 593.

des moines de Saint-Matthieu, de Condla le Rouge et d'Oisin; mais tout imaginaires que soient ces navigations, elles ne tiennent pas moins, surtout la première, une place fort importante dans l'histoire de la géographie. Si elles n'ont aucune valeur scientifique à nos yeux, aujourd'hui que les mers ont été sillonnées dans tous les sens et que nulle part on n'y a trouvé la Terre de promission, la Plaine des Délices, ou le Pays de Jouvence, il n'en était pas de même au moyen âge: on connaissait alors fort peu l'Océan Atlantique et les narrateurs pouvaient le prendre pour théâtre de leurs fictions sans s'exposer à être démentis. L'ignorance et la crédulité du public leur donnaient beau jeu: pour mettre une fable en crédit, il suffisait le plus souvent de l'appuyer sur quelques passages de l'Ecriture Sainte, même en les dénaturant ou en les détournant de leur sens propre. Les hommes naïfs du temps prenaient pour des paroles d'Evangile les aventures les plus fantastiques, pourvu qu'elles fussent attribuées à quelque personnage vénéré. Il n'était pas même nécessaire pour les auditeurs et lecteurs superstitieux que les légendes merveilleuses eussent leur racine dans les traditions bibliques: une fable essentiellement payenne, comme celle du Pays de Jouvence, trouvait créance même chez les chrétiens, jusqu'au XVIe siècle. Il n'en fallut pas d'avantage pour déterminer Jean Ponce de Léon à chercher l'île de Bimini et sa fontaine (1). Cette aberration d'un navigateur expérimenté, qui aurait dû être éclairé par les grandes découvertes de ses contemporains, nous donne à penser ce que pouvait rêver un peuple passioné pour le merveilleux, comme l'étaient les anciens Irlandais, et cela dans des siècles où il y avait encore place dans l'immensité des mers inexplorées

(1) Antoine d'Herrera, *Histoire générale des voyages et conquêtes des Castillans dans les îles et terre ferme des Indes occidentales*. L. IX. ch. 10, 11; trad. par N. de la Coste, Paris, 1660, in-4°, p. 659-660.

pour une foule de contrées et de localités imaginaires. Beaucoup d'esprits aventureux se mirent en quête de ces pays féeriques; ils ne les découvrirent naturellement pas, mais ils trouvèrent en revanche des terres qui, pour être moins extraordinaires, ne laissaient pas que d'être fort remarquables.

Les religieux surtout, qui se regardaient comme des exilés sur cette terre, cherchaient à s'isoler autant que possible, en attendant l'heure d'être admis dans un monde meilleur auquel ils aspiraient comme à leur véritable patrie. Dans la seconde moitié de vi^e siècle, plusieurs disciples de Saint Columba, l'apôtre des Pictes et le fondateur du monastère d'Iona, mirent une étonnante persévérance à explorer l'Océan Atlantique et ils portèrent dans toutes ses îles le christianisme avec le nom du fondateur de leur congrégation (1). L'un de ces voyageurs, Baïtan (2), fut le premier successeur de Saint Columba sur le siége abbatial d'Iona. Un autre, Cormac, ne chercha pas moins de trois fois quelque île inhabitée dans le vaste Océan; la seconde fois il arriva chez les Pictes des Orcades, après avoir erré sur mer pendant plusieurs mois (3). Malheureusement les détails manquent sur la navigation de Baïtan et sur les deux premières de Cormac. La relation de la troisième, au contraire, nous a été conservée par Adamnan et, comme elle est des plus curieuses et fort propre à éclairer notre sujet, il est bon d'en donner ici l'analyse: Pendant quatorze jours et autant de nuits, les voyageurs, poussés par un vent du Sud, cinglèrent à pleines voiles tout droit vers le Nord. Ils avaient dépassé les limites des navigations hu-

(1) «Nomen Columbæ per omnes insularum Oceani provincias divulgabitur notum.» Prophétie de Saint Mochta de Lughmagh dans *The Life of Saint Columba* written by Adamnan, edited by W. Reeves. Dublin, 1857, in-4°, p. 7.)

(2) *Vie de Saint Columba*. L. I, ch. 20. p. 19-50 de l'édit. Reeves.

(3) Id. *ibid*. L. II, ch. 42. p. 166-168.

maines et le retour paraissait impossible, lorsqu'ils furent de toutes parts assaillis de périls effrayants: des bestioles noires, jusque là invisibles, couvrirent subitement la surface de l'eau, se précipitèrent avec une redoutable impétuosité tout à la fois sur la quille et les flancs, sur la poupe et la proue, et même sur les rames, les attaquant de leur aiguillon et menaçant de percer les peaux qui enveloppaient l'embarcation (1). Mais le vent, ayant tourné et pris la direction du Nord au Sud, ramena les navigateurs vers les parages d'où ils étaient partis et qu'ils ne paraissent plus avoir quittés pour tenter les aventures (2).

Les découvertes étaient d'ailleurs aussi souvent l'effet du hasard que d'explorations préméditées: vers le milieu du VIIe siècle, des séditieux de la tribu des Fer Rois, ayant massacré leur roi, cent vingt d'entre eux, hommes et femmes, furent bannis de leur patrie, embarqués dans de petits bateaux et abandonnés au caprice des vents et des flots qui les portèrent dans une île lointaine, située au Nord-Ouest. Quelque temps après, deux religieux du monastère d'Iona, Snedhgus et Mac-Riaghla, qui faisaient un pèlerinage maritime, après avoir longtemps erré sur l'Océan et vu beaucoup d'îles merveilleuses, les unes habitées, les autres désertes, passèrent près d'une terre d'où la brise leur apportait des mélodies connues: c'était le *sianan* ou chant plaintif des femmes de l'Irlande. Ayant pris terre, ils furent joyeusement accueillis par des femmes qui leur parlèrent leur propre langue et les conduisirent à la maison

---

(1) Le Docteur Reeves, dans son édition de la *Vie de Saint Columba*, par Adamnan, p. 171 note, fait la remarque suivante à propos de ce passage: «On dit que, dans les temps modernes, des crustacés correspondant à ceux que décrit notre texte ont été rencontrés, dans des circonstances analogues, sous les hautes latitudes septentrionales.» Il est dommage que ces crustacés ne soient pas spécifiés. Ne s'agirait-il pas de la *Lepas branchialis?*

(2) *Vie de Saint Columba*, par Adamnan, L. II, ch. 42, p. 166-170 de l'édit. Reeves.

de leur chef, de qui ils apprirent que les exilés s'étaient établis dans cette île. Retournés sans accident au monastère d'Iona, ils firent de leur voyage une relation que le professeur E. O'Curry classe parmi les récits historiques avec les pérégrinations de Saint Brendan, le pèlerinage des fils de Ua Corra et la navigation de Maelduin, fils d'un chef du Munster (1). Le savant gaëliste ne donne malheureusement pas l'analyse de cette dernière qui paraît intéresser particulièrement notre sujet, car elle eut pour théâtre l'Océan Atlantique et ne dura pas moins de trois ans et sept mois (VIII' siècle). On possède encore d'autres récits des voyages trasatlantiques faits par des Culdees (2) et des moines de l'ordre de Saint Columba (3). Malheureusement ils sont inédits et, pour comble d'infortune, les ma-

---

(1) *Imram curaig Mailduin* (Course du curach de Maelduin) dans *Leabhar na h-Uidhri*, p. xv et 22;—le *Livre jaune de Lecain;*—le *Livre de Fermoy;*—et le *Livre de Leinster* déjà cité. (Cfr. E. O'Curry, *Lectures*, p. 289, 333-334, 587;—et *A descriptive Catalogue of the contents of the Irish manuscript commonly called* the Book of Fermoy, by James-Henthorn Todd, p. 41-15 dans *Proceedings of the R. Irish Academy*. Irish manuscript series, vol I, part. I. Dublin, 1870, in-8°.)

(2) *Aventures de quelques Culdees dans l'Océan du Nord-Ouest* dans *Leabhar ui Maolconaire: The Book of the Malconries*, manuscrit petit in-4° de 122 p. sur parchemin, provenant de la bibliothèque de Monck Mason, écrit entre 1180-1561, mis en vente par Bernard Quaritch, au prix de 96 livres sterling (voy. *A general Catalogue of books offered to the public at the suffixed prices*. Londres, 15 Piccadilly. 1880, in-8°, p. 40).

(3) Commencement des *Navigations de deux moines de l'ordre de Saint Columba*, qui furent poussés dans les mers du Nord et y virent des hommes étranges et de grandes merveilles, dans le *Livre de Fermoy* (Voy. l'analyse du contenu de ce recueil par J. H. Todd, p. 28);—*Eachtra clerech Coluimcille* (Aventures des clercs de Saint Columba) dans le *Livre jaune de Lecain* (Voy. Todd, mémoire cité). — Dans la vie de Saint-Columba, compilée par Magnus O'Donnell et publiée par extrait dans *Triadis thaumaturgæ seu divorum Patricii, Columbæ et Brigidæ... acta...* studio R. P. F. Joannis Colgani. Louvain, 1647, in-f°, il est question des navigations des moines de Saint Columba; Colgan en a omis la relation comme fabuleuse, ainsi qu'une autre intitulée *Seachran chlearach Coluimcille* (Erreurs ou voyages aventureux des prêtres de Saint Columba). (Voy. p. 146 de Colgan).

nuscrits qui les contiennent sont presque inaccessibles tout à la fois à cause de leur rareté et du langage archaïque peu intelligible, si ce n'est pour quelques rares gaëlistes. Si les savants irlandais s'intéressaient à l'américanisme, leur premier soin devrait être de publier et de traduire ces curieuses relations.

En attendant, voici comment le regretté professeur d'histoire et d'archéologie irlandaise à l'Université catholique de Dublin, E. O'Curry, caractérisait les *imrams* ou expéditions maritimes dont il a donné l'analyse: «Ces récits très-anciens, dit-il, manquent de précision et sont chargés de beaucoup de traits poétiques ou romanesques; on ne peut pourtant douter qu'ils ne soient fondés sur les faits. Il est probable que ces faits seraient d'une grande valeur, s'ils nous avaient été transmis dans leur forme originale; mais dans le cours des âges, après avoir passé par la bouche de narrateurs remplis d'imagination, ces récits ont perdu en grande partie leur simplicité primitive, et sont devenus de plus en plus fantastiques et extravagants» (1).—Un autre grave critique qui fait autorité dans les questions relatives aux Gaëls, l'écossais W. F. Skeene, n'hésite pas à affirmer que, si les voyages de Saint Brendan, dans leur forme actuelle, ne sont qu'un roman pieux, « ils reposent néanmoins sur un fondement historique» (2). Il se faut donc pas les rejeter en bloc, bien que l'on ait peine à y distinguer le réel du fabuleux; il vaut mieux chercher en quoi ils sont d'accord avec les faits constatés par des voyageurs modernes ou consignés dans des documents dignes de foi. Or nous avons déjà vu que plusieurs traits des relations irlandaises attestent chez leurs auteurs une connaisance exacte de la nature de l'Amérique septentrionale: l'air embaumé que l'on y respire dans le Sud (voy. p. 51-55); les brumes

1) O'Curry, *Lectures*, p. 289.

2) W. F. Skeene, *Celtic Scotland, a history of ancient Alban*. T. II. Edimbourg, 1877, in-8°, p. 76.

qui enveloppent les côtes septentrionales des Etats-Unis et celles de l'Amérique anglaise (voy. p. 51); la largeur de ce continent dont le versant occidental commence à quinze journées des côtes orientales (p. 51-52); les grands tertres qui subsistent encore dans le bassin du Mississipi (p. 48); les traditions américaines sur la fontaine de Bimini et celle de Jouvence (p. 49-53-60), traits que l'on retrouve dans les légendes de Saint Brendan, de Condla le Rouge et d'Oisin. C'est assez pour démontrer que, antérieurement à l'an 1000, c'est-à-dire avant la transcription des plus anciens manuscrits contenant ces légendes, des Irlandais avaient visité le nouveau monde. Les plus fabuleuses d'ailleurs de ces traditions irlandaises prouvent tout au moins que l'attention des Gaëls était tournée vers l'Ouest; qu'ils aspiraient à connaître les rives occidentales de l'Océan Atlantique; qu'ils les avaient cherchées bien des fois, et alors pourquoi n'auraient-ils pas été aussi heureux que les Scandinaves, leurs émules à partir du xe siècle, ou aussi favorisés par les coups de vent ou les courants maritimes? Si le caractère romanesque des documents irlandais, si leur défaut de précision, permettent d'en douter, des récits plus sobres (les sagas historiques des Islandais) viennent heureusement suppléer ce qui manque dans les légendes gaëliques: ils attestent de la manière la plus positive que, avant l'an 1000 et après, il y avait sur les côtes de l'Amérique du Nord une colonie irlandaise qui s'appelait la Grande Irlande, qu'on y parlait le gaëlique, que les habitants étaient chrétiens avant la conversion des Scandinaves, qu'ils possédaient des chevaux, ce qui les distinguait des Peaux Rouges, et qu'enfin un islandais, Aré Màrsson, qui se rattachait à une des dynasties gaëliques, ayant été jeté par la tempête sur les côtes de la Grande Irlande, y était devenu chef de la colonie (1).

---

(1) *La découverte du Nouveau Monde par les Irlandais et les premières traces du Christianisme en Amérique avant l'an 1000*, par E. Beauvois, dans *Congrès in-*

—Quatre cents ans plus tard, un naufragé Frislandais dont le récit nous a été conservé dans la relation des Zeni rapporta qu'il y avait encore dans la même pays un peuple civilisé et en possession de livres, comme tous les émigrants irlandais avaient coutume d'en emporter avec eux (1). Comme ce peuple n'était pas scandinave et qu'il avait un alphabet spécial, on doit admettre qu'il était d'origine gaëlique, d'autant plus que le *Gougou*, cette ogresse du golfe Saint-Laurent, dont les indigènes de l'Acadie parlèrent à Champlain, tout en tenant à la fois de la *gygur* des Irlandais (2) et de la *gow* des Ecossais, se rapproche d'avantage de cette dernière, dont elle tire son nom par réduplication (gow gow). En descendant le cours des siècles, jusqu'au règne de Louis XIV, nous trouvons encore dans un canton du même pays, dans la Gaspésie, une population qui paraît avoir été le résidu de l'ancienne colonie irlandaise ; elle avait conservé certaines pratiques et croyances chrétiennes, notamment le culte de la croix. Et fait singuler, elle avait encore de ces *crossans* ou porte-croix (3), que les navigateurs scandinaves du XIe siècle n'avaient pas vus, mais dont ils parlent d'après les rapports d'un indigène du Markland ou Nouvelle Ecosse (4). Ces crossans avaient pour mission tout à la fois de porter des croix dans les processions et de

---

ternational des Américanistes. Compte rendu de la première session. Nancy, 1875, in-8°. T. I, p. 11-93, aussi à part.

(1) *Les colonies européennes du Markland et de l'Escoveland,* par E. Beauvois, p. 193-200.

(2) *La Norambègue. Découverte d'une quatrième colonie précolombienne dans le Nouveau Monde avec des preuves de son origine scandinave, fournies par la langue, les institutions et les croyances des indigènes de l'Acadie,* par E. Beauvois. Bruxelles, 1880, in-8°, p. 37-42.

(3) *Les derniers vestiges du Christianisme prêché du* X^e *au* XIVe *siècle dans le Markland et la Grande Irlande: les Porte-Croix de la Gaspésie et de l'Acadie,* par E. Beauvois. Paris, 1877, in-8°.

(4) *La découverte du Nouveau Monde,* etc., par E. Beauvois, p. 60.

chanter des poëmes satiriques contre ceux qui avaient encouru les censures de l'Eglise ou le blâme de leurs concitoyens (1). Ils se joignaient, paraît-il, aux émigrants, puisque Saint Brendan en avait un dans son embarcation (2); il n'est donc pas étonnant que nous en retrouvions dans la Grande Irlande. Ainsi, voilà toute une série de faits qui se sont succedé dans cette contrée, en s'enchaînant fort bien et en s'expliquant mutuellement, de sorte qu'ils se corroborent entre eux et forment un solide faisceau. En les considérant dans leur ensemble, on ne peut raisonnablement douter de l'existence d'une colonie gaëlique, au moyen âge, sur le littoral des Etats-Unis et de la Confédération canadienne.

Esta Memoria fué muy aplaudida y felicitando al autor el Sr. **Gaffarel** concedió la palabra á

El Sr. **Fernandez de Castro**: Señores, uno de los temas puestos é la orden del día por el Congreso que tuvo lugar en Bruselas hace dos años, es el siguiente.

«¿Puede deducirse de la historia y del estudio de los fenómenos geológicos que ofrece la isla de Cuba que ésta haya estado unida ó no al continente de América en los tiempos precolombianos?»

Préstase este tema á interesantes investigaciones y eruditos trabajos históricos, y no dudo que en apoyo de una ú

(1) *The Irish version of the Historia Britonum of* Nennius, *edited with a translation and notes* by J. H. Todd. Dublin, 1848, in-4°, p. 182, note *j*.

(2) *Vie de Saint Brendan* en gaëlique, citée p. 460, note, dans *Saint Patrick apostle of Ireland, a memoir of his life and mission* by J. H. Todd. Dublin, 1861, in-8°.

otra de las dos soluciones que pide, puedan hacerse curiosísimas citas, pero no ménos vagas que las que se aducen para demostrar (adviértase que digo demostrar) la existencia de la Atlántida; vaguedad que no parece, sin embargo hayan encontrado los autores del tema, también propuesto para la orden del día, cuando sólo se exigen en el presente Congreso pruebas geológicas y se avanza hasta pedir la fauna y la flora de tan problemática región.

Sea como quiera, háyanse ó no tenido por buenas las pruebas históricas que de la existencia de la Atlántida se han aducido, es lo cierto que se consideran necesarias las geológicas pues que se reclaman en el tema correspondiente.

Pues bien; siendo potestativo en los que asistan al presente Congreso traer pruebas históricas ó geológicas *de que la isla de Cuba ha estado unida ó no al continente de América*, con tal que sean tales pruebas; debiendo, en mi concepto, preferirse las geológicas á las históricas, cuando éstas no se refieren á épocas muy recientes en la vida misma del hombre: he creido innecesario acometer el ímprobo trabajo, que ya otros se han tomado, de registrar antiguas crónicas para sacar consecuencias más ó ménos bien fundadas, en averiguación del hecho, geológicamente demostrable, de que Cuba formó parte del continente americano: sobre todo, cuando tengo á la mano y puedo presentaros los documentos que justifican esa afirmación é indican hasta el período geológico, no remoto por cierto, en que existia dicha unión. Advirtiendo que considero á Cuba formando parte del continente, ya fuera que estuviese unida por una lengua de tierra completamente seca, ya por una restinga que permitió el paso de animales que no viven en el agua salada, ni tienen costumbre de hacer nadando travesías marítimas.

Como para enseñaros los restos de grandes mamíferos procedentes de la isla de Cuba que justifican la solución afirmativa del problema puesto á la orden del día, se nece-

sitan muy pocos minutos y puedo, según el Reglamento, disponer de veinte, voy á emplear algunos en daros una rápida idea de la constitución geológica de la grande Antilla, pues si bien no se halla estudiada hasta el punto de permitir que se indiquen con certeza todas las formaciones que en ella se encuentran, ni mucho ménos para que deslindando esas formaciones pueda trazarse un mapa geológico exacto; los materiales que en ella he recogido me han hecho concebir una idea aproximada de la manera como están distribuidas las rocas de diferentes edades en la mayor parte de su territorio; y para poder trasmitiros fácilmente esa idea la he fijado en el croquis que os presento.

Tiene la isla de Cuba cerca de 120.000 kilómetros cuadrados, formando un territorio largo y estrecho que mide 1.200 kilómetros próximamente de E. á O. entre la punta de Maisí y el cabo de San Antonio, y un ancho que no excede de 250 kilómetros ni baja de 40; y se halla, por su posición oblicua, comprendido entre los 19° 41′ y 23° 13′ de latitud septentrional: elevándose la más alta de sus montañas á cerca de 2.500 metros, manteniéndose una parte de la costa meridional casi siempre debajo del agua y variando la altura de las mesetas centrales, asiento de la mayor parte de sus cultivos desde 40 á 200 metros.

Basta examinar un mapa de la isla, aun cuando no tenga trazadas las montañas, para hacerse cargo de los rasgos principales de su orografía.

Es el más importante, en mi concepto, aunque no el más pronunciado por su elevación, el que da, por decirlo así, forma á la isla levantando el nivel de su suelo en una línea que la divide longitudinalmente en dos partes; de modo que existe una divisoria más ó menos alta, pero continua, que va desde el cabo de San Antonio á la punta de Maisí, y no permite que las aguas de la región septentrional pasen á la meridional ni viceversa.

Además de este carácter orográfico se observan tres grupos principales de montañas independientes unos de otros.

El grupo Occidental, que se extiende desde la ensenada de Guadiana hasta la sierra de Anafe, al E. del Mariel, donde se hallan las sierras de los Acostas, del Infierno, de los Órganos y del Rosario, constituidas principalmente por rocas de la época mesozóica ó secundaria; cuyos estratos tienen tendencia marcada á tomar el rumbo NE. á SO. y buzan al SE. ó al NO., según se hallan á un lado ú otro de la línea anticlinal, que serpentea por aquel laberinto de montañas: la elevación de esta línea sobre el nivel del mar excede en muchos parajes de 400 á 500 metros y llega á ser de 800 en el Pico de Guajaibón, situado al N. de San Diego de los Baños.

El grupo Oriental, más conocido que los otros, pero no lo bastante para fijar con exactitud su edad geológica, pues no falta quien lo considera formado por rocas del terreno terciario, miéntras que yo lo creo principalmente constituido, como el grupo occidental, por las de los períodos más recientes de la época mesozóica, se extiende desde el cabo Cruz hasta un meridiano intermedio entre Santiago de Cuba y Guantánamo. En ella se encuentran los puntos más elevados de la isla, puesto que el Pico Tarquino tiene 2.482 metros; 1.580 la Gran Piedra y 1.000 próximamente el Ojo de Toro.

El grupo Central, comprendido entre los meridianos de Cienfuegos y Santi-Spíritus, no por ser el ménos estudiado y peor conocido, deja de ser tan interesante como los otros, por su constitución geológica. Fórmanlo no sólo las calizas terciarias de la Sierra de San Juan, que reconoció Humboldt, donde descuella el pico del Potrerillo, de 911 metros de altura, sino también un terreno metamórfico en que abundan el gneis, las psamitas, las pizarras talcosas y la caliza oscura; rocas que pudieran ser paleozóicas ó estratocristalinas y que constituyen la Sierra de Cumanayagua, siete ú ocho leguas al O. de Trinidad; elevándose sus crestas 500 y aun 800 metros sobre una meseta granítica y sienítica que no pasa de 40 metros sobre el nivel del mar.

Además de estos tres grupos hay una multitud de sierras de segundo orden, ya relacionadas con las principales que se han nombrado, ya completamente independientes, y por lo regular constituidas por serpentinas y dioritas, diabasas y andesitas, etc., que parecen haber trastornado las capas del período cretáceo, miéntras que las rocas terciarias que se depositaron después, yacen aún con poca inclinación, aun que profundamente denudadas en algunos parajes.

Las multiplicadas aunque rápidas excursiones que he podido hacer por una gran parte de la isla, y el exámen de los numerosos ejemplares de rocas recogidos, me hace creer que se hallan representadas en Cuba todas las grandes divisiones geológicas.

Existe, en mi concepto, el terreno paleozóico en las inmediaciones de Mantua, último pueblo de la isla por la parte occidental, donde se han beneficiado minas de cobre, en vetas que atraviesan un terreno compuesto de cuarcitas y pizarras arcillosas, casi negras, satinadas unas veces, carbonosas otras, cuya direccion de E. á O. é inclinacion de 45° á 60° al S., contrasta fuertemente con la orientacion y buzamiento de las capas, que creo más modernas, de las montañas del grupo occidental, en cuya falda N. se encuentra esta reducida región paleozóica.

Tambien pudiera serlo una parte del grupo central, que he visitado, á la cual corresponde la sierra de Cumanayagua, donde aparecen algunas capas de gneis alternando con pizarras arcillosas, talquitas y calizas negras ó muy oscuras. Pero no estoy cierto de que estas rocas no correspondan á una época anterior, al terreno azóico ó estrato-cristalino, lo cual pudiera muy bien ser si se atiende á que descansa sobre una meseta granítica y sienítica; ó que por el contrario pertenezcan á otro más moderno, cuyas rocas hubiesen sufrido una accion metamórfica, por las mismas causas que han dado origen á los criaderos de cobre que en ellas se encuentran y han sido objeto de beneficio.

Tampoco sería extraño que á la época paleozóica se refi-

rieran las cuarcitas que constituyen el cerro de Dumañuecos, así como las rocas que sirven de caja á las minas de cobre que al pié de dicho cerro se han beneficiado en las inmediaciones del puerto de Manatí, en la costa septentrional.

Que la época secundaria está representada en Cuba es ya un hecho indudable, porque se han encontrado fósiles característicos, como son los *Ammonites*, en una caliza oscura muy compacta: lo difícil es asegurar si esos fósiles pertenecen al período jurásico ó al cretáceo; y en el caso de corresponder al primero, que es lo que parece más probable, si figura uno solo ó son tres los períodos de la época secundaria que entran á formar parte del suelo de Cuba. Me inclino á lo segundo y voy á decir algunas de las razones que tengo para ello.

Sospecho que son triásicas las rocas que constituyen dos extensas fajas á uno y otro lado de la formación jurásica que contiene los restos de *Ammonites*, y corren desde el SO. de Mantua hasta el NE. de los Baños de San Diego. Diríase á primera vista que esta formación es más moderna que la jurásica, á la cual rodea algunas veces; pero el aspecto, la naturaleza de las rocas constituyentes, semejantes á las areniscas y margas abigarradas del sistema triásico de otros países; la abundancia de filadios, areniscas y crestones ferruginosos que hay en ella, y sobre todo la posición de las capas, mucho más inclinadas que las de la caliza jurásica, y que no parecen apoyarse en ella, ni por uno ni por otro lado, me deciden á considerarlas como más antiguas.

Es de advertir que las rocas que llamo triásicas constituyen por lo general cerros más elevados pero de formas más suaves, con escarpas ménos acentuadas que las que se observan en la caliza jurásica. Por otra parte, el geólogo encuentra al recorrer la comarca dos guías seguras para distinguir una de otra ambas formaciones, aun antes de haberlas pisado: el nombre que les dan los naturales del

país, que aplican el de *lomas* á las eminencias triásicas y reservan el de *sierra* para las de caliza jurásica; por más que unas y otras se extienden formando cordilleras paralelas; siendo otra guía cierta distintiva la diferencia constante que se observa en la vegetación de las lomas y de las sierras.

El período jurásico, como acabo de indicar, está principalmente constituido por una caliza ó marga oscura, que varía en su colorido desde el grís rojizo ó aplomado hasta el negro de las pizarras carbonosas, cuya estructura suele tomar. Algunas de estas calizas son bituminosas, fétidas, exhalan un olor fuerte á huevos podridos cuando se golpean; olor de que participa hasta el espato calizo que las atraviesa en forma de venas. En ciertas localidades dan un carácter especial á esta roca capas más ó ménos delgadas á veces muy dilatadas de *phtanita* ó jaspe negro.

Se extiende la formación jurásica en una estrecha banda, de 8 á 10 kilómetros á lo sumo, formando el núcleo de las montañas del grupo occidental, desde más al O. del pueblo de Guane, cerca de Mantua, hasta el meridiano de Alquizar al SO. de Guanajay. Pero sospecho que no es esta sola la localidad de la isla donde habría que figurar la presencia del sistema jurásico porque poseo ejemplares de caliza idénticos á los del grupo occidental recogidos en la sierra de Cumanayagua del grupo central; en la Maestra del oriental; y en otros varios puntos que sería prolijo mencionar.

Otro sistema de rocas pertenecientes á la época secundaria y que no podrían ser sino del período cretácco, pero que durante mucho tiempo se han confundido con las terciarias que predominan en la isla, son las que principalmente constituyen el subsuelo de la ciudad de la Habana, si bien cubiertas en muchos parajes por las terciarias y postpliocenas del litoral.

Representan este sistema arcillas verdes, margas calizas de color grís más ó menos claro, debido á granos de clorita visibles con el lente, maciños en que estos granos son ya

perceptibles á simple vista, conglomerados más ó menos groseros de los mismos elementos y calizas glauconiosas que recuerdan las de la arenisca verde de Europa.

No se encuentran fósiles entre las capas de estas rocas; pero ese mismo carácter, aunque negativo, da más fuerza á la idea de que son cretáceas; porque igual carencia de restos orgánicos se observa en el cretáceo de los Estados-Unidos. Hay, sin embargo, otro más positivo, y es que las capas que se suponen cretáceas se hallan debajo de las miocenas y eocenas de la época terciaria en discordancia completa, de manera que siendo estas casi horizontales, aquellas son, por el contrario, muy inclinadas y hasta verticales en algunos puntos.

La formación cretácea debe de ocupar en la isla una gran extensión; pero donde principalmente se ha estudiado y se halla deslindada es en las jurisdicciones de la Habana y Guanabacoa, en las inmediaciones de Vento, en el asiento mismo de la ciudad de Cienfuegos y constituyendo tal vez una gran parte de la sierra Maestra en el departamento Oriental; pudiendo estudiarse, sobre todo en los cortes del ferrocarril de Santiago de Cuba á Sabanilla y Maroto.

Es probable que sean también cretáceas algunas capas de conglomerado calizo que asoma á orillas del Cangre, al O. de Pinar del Río, entre el terciario que forma el asiento de esta población y el triásico de las lomas que constituyen la parte más oriental de la cordillera ó grupo occidental.

Parece ser cretácea, asimismo, una estrecha banda de rocas al S. de San Diego de los Baños, donde se han encontrado algunos restos fósiles difíciles de determinar; pero que pudieran muy bien ser fragmentos de *Rudistes*. Desde dicho punto hay motivo para creer que el cretáceo se extiende y adquiere importancia en dirección al E. hasta unirse con el reconocido en las inmediaciones de la Habana; hallándose en él las minas de asfalto de Banes.

Cerca de Cienfuegos, en la orilla del Damují hay fósiles característicos del cretáceo en Europa, como son *Holectipus*,

Discoideas, *Casidulidos*, *Codiopsis* y otros; pero se hallan con ellos fósiles idénticos á los de otros terrenos evidentemente terciarios de la isla. Además, el estudio estratigráfico manifiesta una concordancia perfecta con las capas terciarias de las inmediaciones, que son horizontales ó muy poco inclinadas; miéntras que á corta distancia, en la ciudad misma de Cienfuegos se hallan las capas del cretáceo iguales á las de la Habana, tanto por la fuerte inclinación en que se presentan como por la naturaleza de la roca.

Tiene gran importancia el terreno terciario en la Isla de Cuba por la extensión que ocupa, por la abundancia de fósiles que en él se encuentran y por las varias circunstancias que le son peculiares y que darian asunto para una larga conferencia; habré de limitarme sin embargo, á decir que en algún tiempo debió de cubrir casi toda la superficie de la isla, á juzgar por lo que aun queda de él, no obstante las denudaciones que indudablemente ha sufrido. Una ojeada al cróquis suplirá la descripción ó enumeración de las localidades en que se encuentra; si bien es probable que cuando se estudie todo el territorio de la isla, como se ha hecho ya en las inmediaciones de la Habana, Matanzas, Cienfuegos y Santiago de Cuba, habrá que sustituir parte del color que representa el terreno terciario por los que indiquen la existencia de formaciones más antiguas, que, como la cretácea, no se han reconocido aun ó no se han señalado por falta de datos.

La presencia del *Carcharodon megalodon* exclusivo en Europa del período mioceno, aunque en la América del Norte se encuentra también en el eoceno; la abundancia del *Orbitoides Mantelli* foraminífero que en los Estados-Unidos es característico de un tramo que corresponde al eoceno superior; la circunstancia de aparecer dicho *Orbitoides* en muchos puntos, desde las inmediaciones de Pinar del Río, en el extremo occidental de la Isla de Cuba hasta otras localidades de la parte oriental de Santo Domingo, formando un

extenso horizonte, permitirán fijar con exactitud la edad de las diferentes capas que hay encima ó debajo de las que contiene el citado foraminífero; por ahora me limitaré á decir que indudablemente existen en Cuba los tres períodos en que suele dividirse el terciario; porque entre los 70 géneros y más de 200 especies de fósiles hasta ahora encontrados, hay además de los eocenos y miocenos un gran número que corresponden al período plioceno.

El eoceno se halla perfectamente caracterizado y existen muchos fósiles que si no idénticos, recuerdan los que en Europa y en la India se refieren al numulítico. Es más, en la jurisdicción de Cienfuegos los hay que sólo se han encontrado hasta ahora en el cretáceo y que sin embargo hay allí motivos fundados para creer que pertenecen al terciario, á cuya base por tanto deben corresponder.

Mas evidente puede decirse que es en Cuba la existencia de los sistemas mioceno y plioceno, dada la abundancia de fósiles que determinan estas edades. Entre los fósiles terciarios merecen citarse tres especies de *Asterostomas*, género peculiar hasta ahora de la Isla de Cuba; un diente del *Aetobatis Poeyii* (n. s.) notable por su forma y tamaño; y el *Encope Cuæ*, género que hasta ahora no se habia encontrado fósil en ninguna parte.

Los únicos criaderos minerales que se hallan en el terreno terciario de Cuba son los de asfalto; aunque el yacimiento más abundante de este combustible es probablemente el cretáceo; y hasta hay quien cree que viene siempre en esta última formación.

Si bien de ménos importancia que el terciario por la extensión que ocupa, la tienen muy grande los terrenos cuaternario y moderno, por la variedad que ofrecen en cuanto á su naturaleza y yacimiento, por los fósiles que encierran y por los fenómenos á que deben su orígen.

Difícil es establecer una división acertada entre el terreno moderno y el cuaternario, hasta el punto de que hay geólogos que los comprenden en uno solo con la denomi-

nación de *postplioceno*. En Cuba podria tal vez acometerse la separación de ambos, porque son bastante marcadas las diferencias entre los depósitos que se hallan aun en via de formación y aquellos donde se han encontrado restos orgánicos ya extinguidos. Voy, sin embargo, á enumerar las rocas que corresponden al cuaternario y al moderno en un solo capítulo ó párrafo, por varias razones, y no es la ménos poderosa la de la brevedad con que tengo que presentar este croquis geológico de Cuba.

En el asiento mismo de la Habana y en sus alrededores existe un banco de marga arcillosa, cuyos fósiles marinos son todos vivientes; y varios depósitos de esta misma roca siguen presentándose apoyados en los cerros de caliza terciaria que corren al E. de la Habana y especialmente en Santa Cruz y Matanzas, donde se encuentra también una caliza idéntica á la que se explota en las canteras de la Osa, que surte de materiales á la capital de la isla. En esta caliza postpliocena, que forma una parte del suelo de Matanzas y descansa en la miocena, donde están las famosas cuevas de Bellamar, es donde se ha encontrado uno de los cinco colmillos de Hipopótamo que hasta la fecha conozco, procedentes de la isla, y que con otro extraido de la tierra colorada de un pozo abierto en la caliza terciaria de la jurisdicción de Jaruco, tengo el gusto de presentar al Congreso.

No ménos notable que el de los colmillos de Hipopótamo es el hallazgo de otro fósil perteneciente al terreno cuaternario, que describí y comparé con el *Megalonix* en 1865. Fué tambien descrito posteriormente por M. Pomel, con el nombre de *Myormorphus Cubensis*, casi al mismo tiempo que el profesor Leidy lo denominaba *Megalonix rodens*, y *Megalocnus rodens*, después, que es como figura en su *Synopsis* de los mamíferos extinguidos de la América del Norte. Este fósil junto con algunos huesos y dientes del *Crocodilus pristinus* (Leidy) y trozos del carapacho y huesos también de una tortuga denominada *Testudo Cubensis* (Leidy) fueron encontrados en un depósito de limo arcilloso

cuaternario que yace sobre el terreno serpentínico de Ciego Montero, en la provincia de Santa Clara, muy cerca de los baños minerales que hay en aquella localidad.

Pertenecen asimismo á la época cuaternaria algunos conglomerados ó brechas, ya calizos, ya de rocas metamórficas y hasta de hierro oligisto, unidos por un cimento ferruginoso, que se encuentra siempre á corta distancia de las rocas que han suministrado los fragmentos, y aun descansando sobre ellas mismas. Estos conglomerados no deben su orígen á una causa local, porque es dable observarlos en muchos parajes de la isla de Cuba y en la de Santo Domingo. En la primera puede estudiarse en un sitio notable por su yacimiento, pues descansa sobre el granito de Juraguá y sirve de base á un banco de caliza coralífera perteneciente al terreno moderno, ofreciendo una prueba evidente de las repetidas oscilaciones que ha sufrido el nivel del suelo.

También es postpliocena y tal vez corresponda ya al terreno moderno otra formación constituida por varios depósitos calizos que se encuentran al NE. de la Habana, entre el castillo del Morro y Cojímar, debidos á la aglomeración de los detritus de conchas que el oleaje empuja hácia la orilla y que van alejándose de ella á medida que el movimiento oscilatorio del suelo, tan marcado en Cuba, va elevando su nivel: esta caliza de grano grueso llega á adquirir bastante consistencia para que de ella se labren sillares aunque de mala calidad. Encuéntrase aquella formación en las cercanías de Matanzas, en el cabo Sabinal, cerca de Nuevitas y donde quiera que hay playas bajas é islotes ó cayos á flor de agua. En uno de estos situado en la costa del Sur, y probablemente en un depósito semejante encontró mi distinguido amigo el Sr. D. Miguel Rodriguez Ferrer la mandíbula humana que regaló al Museo de ciencias naturales y que figura con otros curiosos objetos de su colección entre los prehistóricos de la Exposición que se celebra con motivo de este Congreso.

Corresponden á la época moderna los aluviones que cubren algunas llanuras, entre ellos uno formado casi exclusivamente de hierro de pantanos ó peróxido de hierro, más ó ménos hidratado, que en el país recibe el nombre de *moco de herrero ó tierra de perdigones*, según su aspecto. Ocupan estos depósitos una dilatada zona al E. de Pinar del Río que se extiende por Candelaria, hasta cerca del meridiano de Guanajay y tambien al S. de Sierra Morena entre Cárdenas y Sagua la Grande, en el territorio de Monte Líbano al E. de Santiago de Cuba y en otros parajes.

Aluviones procedentes de las lomas constituidas por areniscas y pizarras, y principalmente compuestos de guijas y arenas silíceas, cubren las llanuras que rodean á Pinar del Río y las vegas donde á orillas de los rios se cultiva el afamado tabaco de la Vuelta de Abajo. Aunque no idénticos son parecidos y siempre silíceos los aluviones que se encuentran en Manicaragua, en Trinidad, en Mayarí y en Yara, lugares todos apropiados al cultivo de la aromática planta.

Otros aluviones eminentemente arcillosos cubren el subsuelo de las sabanas ó grandes llanuras, ya formando por sí solos extensas planicies, como entre Ciego de Avila y Puerto Príncipe, ya alternando con los ántes mencionados, como sucede entre Pinar del Río y Candelaria; ya cubriendo en cortos espacios la caliza ó la serpentina, como en los alrededores mismos de la Habana.

Es también notable y merece especial mención la gruesa capa de *diluvium* que se extiende al E. de Cienfuegos, constituida por grandes cantos de las más variadas rocas, procedentes de las sierras del grupo central.

Ya provenga de la desaparicion de una capa superior preexistente, como pretendía Humboldt, ya sea debida á los nódulos de óxido de hierro diseminados en la caliza terciaria subyacente, como yo creo, abunda en la isla de Cuba una especie de tierra vegetal llamada en el país *tierra colorada*, porque lo es, en efecto, y tan rica en hierro que alguna vez

podría ser objeto de beneficio. Esta tierra, que es excelente para el cultivo de la caña de azúcar y del café, constituye verdaderos depósitos geológicos de la época moderna, y casi siempre revela la existencia de la caliza terciaria debajo de ella.

Pasaré por alto los depósitos de *turba*, de cuya existencia no tengo noticias ciertas; las *estalactitas* que embellecen las cavernas de Bellamar, de Yumurí, Monte Líbano y otras; las *tobas calizas* que forman notables depósitos, como en la jurisdicción de Cienfuegos, cerca del río Damují; los *travertinos* que abundan, no sólo en las inmediaciones de las corrientes cargadas de bicarbonato de cal, sino que también por efecto de las lluvias, forman espesas costras que cubren y enmascaran toda la superficie de las rocas que constituyen una montaña, como puede observarse al subir á la Cumbre que domina la ciudad de Matanzas y el valle del Yumurí; prescindiré, por fin, de las *wackas* ó conglomerados procedentes de las rocas hipogénicas que se encuentran en las inmediaciones de Santiago de Cuba y en varias localidades más, para fijar la atención, aunque tampoco me detenga mucho, en otros depósitos modernos, dignos del mayor interés la importancia que tienen en la constitución geológica de Cuba, atendida la rapidez con que siguen influyendo en la figura y extensión de la isla. Me refiero á la caliza zoofítica que continúa formándose alrededor de las costas que constituye el asiento de muchos de los cayos ó islotes que la rodean; que va uniéndolos unos á otros y que llegarán á cegar sus más espaciosos puertos, como sucede con el de la Habana mismo donde siguen trabajando incesantemente esos microscópicos animales, si las dragas se limitan á limpiar los arrastres de la ciudad y del litoral de la bahía. Además del interés que ofrece la formación zoofítica contemporánea al estudio del geólogo, de lo cual son brillante muestra los conocidos trabajos de Darwin, tiene en la isla de Cuba el muy especial de servir para demostrar las repetidas oscilaciones de su suelo, según lo han hecho observar Humboldt y

más particularmente el ingeniero de minas D. Policarpo Cia.

Si ofrece interés el estado de los terrenos sedimentarios de la isla de Cuba, no lo tiene menor el de los hipogénicos y metamórficos, por las muchas y variadas rocas que en ellos se encuentran; por la influencia que en los primeros ha producido y por la luz que acerca de la edad de unos y otros pueden dar, faltando, como faltan, los fósiles en varias formaciones, y siendo tan frecuentes como curiosos los tránsitos que se observan aun entre aquellas rocas que han solido considerarse de orígen y edades diferentes, por ejemplo, entre las llamadas plutónicas y las volcánicas. Pueden presentarse, en efecto, series con tránsito insensible, desde los granitos y sienitas, que apénas se distinguen entre sí con ayuda del microscopio, hasta la serpentina, la eufótida y la andesita, que junto con la diorita y con verdaderas traquitas y retinitas se encuentran, al parecer, revueltas en una sola masa, en los alrededores y en el asiento mismo de la villa de Guanabacoa.

Siendo considerable el número de puntos en que podría citar la presencia de estas rocas, y hallándose, como he dicho, reunidas muchas de ellas, por tránsitos insensibles, sería tan largo como impropio de este lugar señalar por sus nombres cada una de las diferentes rocas hipogénicas que se encuentran, los parajes en que las he hallado y la extensión de la superficie que ocupan: para suplir esta forzada omisión señalo en el croquis geológico, con tamaño, algún tanto exagerado y límites que no pueden ser sino aproximados, con manchas de carmín los lugares en que se encuentran granitos, sienitas y pórfidos y con tinta verde oscura, aquellos cuyo suelo es serpentínico ó en donde abundan las dioritas, anfibolitas, eufótidas y andesitas: si bien debo advertir que apénas hay en Cuba comarca montañosa en cuyos barrancos ó corrientes de agua no se encuentren cantos sueltos de sienitas, dioritas, pórfidos, serpentinas y eufótidas, como si el subsuelo todo de la isla estuviese constituido por estas rocas, ó acribillado de dykes

semejantes á los que en muchos lugares asoman á la superficie.

No es posible, sin embargo, dejar de hacer una excepción en favor de las rocas serpentínicas, cuya formación se extiende por toda la isla, en puntos tan cercanos y espacios tan considerables algunas veces, que es presumible que las interrupciones que se observan se deban, más bien que á la falta de dichas rocas en el subsuelo, á que se hallan cubiertas por las terciarias y otras más modernas; pues los estudios hechos, principalmente en Guanabacoa, dan casi la evidencia de que las serpentinas, ya sean rocas eruptivas ó hipogénicas, ya se deban al metamorfismo producido en las de sedimento por la aparición de las dioritas, eufótidas y andesitas, podrán ser anteriores, contemporáneas ó posteriores al período cretáceo; pero no han atravesado ni alterado nunca las capas terciarias.

Ya el baron de Humboldt dió á conocer la formación serpentínica de Guanabacoa en 1804: el ingeniero Cía, describió la gran meseta de Puerto Príncipe en 1851, y yo al estudiar la misma formación en Santa Clara y Guaracabuya puse de manifiesto en 1864, que debía ser continua, ya asomando á la superficie, ya oculta en el subsuelo, desde el extremo occidental de la isla de Cuba hasta la de Santo Domingo, donde la he encontrado también; y si se siguieran sus rastros por las demás Antillas es casi seguro que se hallaría la prolongación hasta la isla de Trinidad.

El espesor del terreno serpentínico, sin ser considerable, es bastante grande, pues en Regla, en la bahía de la Habana se encuentra al nivel del mar, y si bien en Puerto Príncipe no pasa de 70 m., llega á 200 en Guaracabuya y Madruga. Danle importancia, además de su extensión, la variedad de las rocas que lo componen, y la circunstancia de que forma, por decirlo así, el principal carácter orográfico de la isla, dividiendo sus aguas al N. y al S., á pesar de la poca elevación de las masas constituidas por dicha formacion.

El terreno serpentínico es el terreno metalífero por exce-

lencia de la isla de Cuba: no sólo se encuentran en él muchos y abundantes criaderos de cobre, sino también grandes riñones de sidero-cromo ó cromato de hierro, y una cantidad considerable de oro nativo, ya diseminado en partículas imperceptibles, ya en hojuelas reunidas y formando verdaderas vetas de segregación en la misma roca serpentínica, algunas veces sin la más leve señal de cuarzo; así sucede en la mina San Blas de Guaracabuya, en la provincia de Santa Clara.

Hecha esta brevísima reseña geológica de la isla de Cuba, cuya descripción exigiría un volúmen sólo para exponer los datos ya recogidos, y aun así resultaría incompleta, porque apénas está iniciado el estudio geológico de tan interesante y vasta región; veamos ahora cuáles son las pruebas de que ha estado unida al continente americano en tiempos precolombianos, y cuáles fueron estos.

No quiero entrar en el exámen comparativo de las rocas que constituyen los diferentes períodos geológicos que se encuentran en Cuba, con los de las regiones más inmediatas de Venezuela, Méjico y la Florida, separadas hoy por mares profundos, si bien no tanto como los que dividen entre sí las islas de Cuba y Santo Domingo y ésta de la de Puerto-Rico; puesto que no llega á 500 brazas la sonda entre el cabo de San Antonio de Cuba y el Catoche de Yucatán, miéntras que se acerca á 1 500 brazas las que mide el canal del Viento, entre la punta de Maisí y el cabo San Nicolás del territorio haitiano.

Repito que no entraré en el exámen de las rocas y montañas de las diversas regiones que rodean á Cuba, por más que de él pudiera tal vez deducirse que en algunos ó en varios de los períodos geológicos antiguos debieron de formar todos estos territorios uno solo; de la mismas manera que se reconoce hoy, por ejemplo, de un modo cierto que los dos paredones del Abra de Matanzas estuvieron no ha mucho unidos, existiendo un lago en el famoso y pintoresco valle de Yumury.

Tampoco me parecerían convincentes las inducciones que pudieran sacarse de la presencia en Cuba de hachas de piedra de la misma forma y materia que las que se hallan en el continente americano y aun en Europa; porque además de que pudieron llevarse por agua, se encuentran en la isla el jade, la serpentina y la diorita con que han sido fabricadas casi todas; y no digo todas, porque indudablemente es de Méjico la flecha de obsidiana que os presento, aunque fué encontrada por el Dr. D. José de Argumosa en la Ceja de doña Ana, en el grupo de montañas del departamento Occidental, al N. de Pinar del Río. Otro objeto de piedra tengo aquí, idéntico á los que se encuentran en la América del Norte y se describen y figuran con los números 192 y 193 en la obra titulada *Stone Age of New-Jersey* del Dr. C. Abbott, que supone, con fundamento, servía á los guerreros salvajes para desleir las tierras con que se pintaban el rostro y cuerpo; pero dicho objeto, aunque encontrado en el fondo del río de San Diego, cerca de Los Palacios, pudo ser llevado, como cualquier otro objeto de la industria humana al través de los mares.

Las pruebas que presento de la unión de la isla de Cuba al continente americano son más positivas, en mi concepto irrecusables, pues consisten en varios restos de grandes mamíferos hallados en nuestra Antilla, cuyo perfecto estado de conservacion no permite suponer que fueran del continente á la isla de otro modo que por su pie; desde el momento en que no cabe suponer que esas especies, cuyos análogos vivieron en el continente por la misma época, fueran indígenas de Cuba y vivieran aisladas en un giron tan pequeño de la América.

El *Megalocnus rodens* (Leidy) ó *Myomorphus Cubensis* (Pomel) como quiera llamarse, cuya mandíbula inferior tenéis delante y estaba aun más completa cuando se descubrió, cerca de los baños de Ciego Montero; pues uno de los caninos que ahora aparece roto estaba como lo indica la reproducción fotográfica que también pongo de manifiesto.

Ese animal, como el *Megaterio*, el *Mylodon*, y su más afine el *Megalonix*, formaba parte de la familia de los edentados que, como sabéis, es peculiar de América; y al asegurar que para encontrarse en Cuba era menester que la isla hubiese estado unida al continente en la época en que vivía, no he lanzado una frase á la ventura, sino que es una idea que naturalmente ocurre á cuantos examinan el fósil; y así lo han dicho también el profesor Leidy de Filadelfia y M. Pomel, reputado geólogo de Francia.

Como complemento de esta prueba y para demostrar también que varios de esos animales ú otros análogos vivieron en Cuba al mismo tiempo, os presento un curioso ejemplar arrancado del suelo de la caverna llamada de *La Ceiba*, donde se sepultan las aguas del río San Antonio, en la jurisdicción del mismo nombre, provincia de la Habana, situada á más de 40 leguas en línea recta del lugar donde se encontró la mandíbula del *Myomorphus Cubensis*. Este, como el *Megalonix*, debía estar provisto de fuertes garras, con tres poderosísimas uñas, la de enmedio mucho más larga que las otras; de ellas se servían probablemente para desenterrar las raíces de los árboles con que se alimentaban, y pudo muy bien hacer en una roca blanda, cual es la terciaria de la caverna de San Antonio, el triple surco que veis en el ejemplar. En una Memoria publicada en 1865, creo haber demostrado que ningún instrumento empleado por la mano del hombre pudo dejar semejante impresión, que sólo se explica habiendo intervenido la flexible y potente garra de un animal afine del *Megalonix*, que pudo muy bien ser el *Myomorphus Cubensis*.

No es ménos convincente y confirma las anteriores pruebas, la de haberse encontrado colmillos de hipopótamo en la isla de Cuba; por más que el profesor Leidy y M. Pomel, sorprendidos sin duda de la novedad del caso lo hayan negado; fundándose el primero en que no se conocían en América restos de ese mamífero, cuando dí la descripción de los de Cuba; y el segundo, porque pareciéndole dema-

siado bien conservado uno de los que os presento, no vió sin duda el otro.

Pero sus opiniones han podido refutarse fácilmente y así lo ha hecho la Academia de Ciencias de Madrid, á quien presenté los ejemplares que tenéis á la vista, acompañados de los razonamientos que consigné en un folleto impreso en 1871.

Creo que estaba M. Pomel en lo cierto al negar que el colmillo procedente de Cuba fuese del *Hippoppotamus major* (Cu.) como yo supuse en el primer momento, convencido de que no era el hipopótamo que vive en Africa; pero le faltaba razón al atribuirlo á la especie viviente sólo porque estaba bien conservado; y lo prueba el trozo del otro colmillo que tenéis á la vista, completamente mineralizado, pero idéntico en lo demás, pues presenta los mismos surcos y la figura de la sección transversal no difiere en nada.

En cuanto á las razones que pudieron impulsar á M. Leidy, que no vió siquiera los ejemplares, también los hechos han venido á demostrar que estaba equivocado, si su negativa se fundaba sólo en no haberse encontrado aun señales de la existencia de la familia hippoppotamide en América; porque cinco años después de haberse hecho público el hallazgo de 5 colmillos de hipopótamo en Cuba, señalaba el profesor Cope el descubrimiento en los Estados-Unidos de varios restos de individuos pertenecientes á tres géneros de dicha familia, á uno de los cuales dió el nombre de *Thinotherium annulatum.*

Siendo, pues, ciertos los hechos que acabo de exponer; teniendo á la vista los justificantes de que durante el período postplioceno han vivido en Cuba animales ya extinguidos en todo el mundo; que durante su vida fué cuando pudieron pasar del continente al lugar donde se han encontrado sus restos, ó lo que es lo mismo, que sus antecesores tuvieron que pasar del mismo modo por su pie; no podréis menos de convenir en que la isla de Cuba formó parte del continente americano durante el período postplioceno; so-

bre todo si se tiene en cuenta que hoy que se halla aislada tiene su fauna especial, es decir, en el que ha precedido al actual; indígena, proporcionada á la extensión de su territorio.

(Muy bien, muy bien. *Grandes aplausos.)*

El Sr. **Rodríguez Ferrer** lamentó que los estrechos límites que señalan los estatutos del Congreso no hubieran consentido mayor latitud á la disertación geológica del Sr. Fernández de Castro, tan competente por los estudios que ha hecho en la isla de Cuba; resumió la memoria que sobre el mismo tema presentaba, y anunciando una segunda, encaminada á probar que hubo en la isla otros terrícolas que los que vió Colón, y á explicar pormenores de un rarísimo ejemplar fósil humano que había descubierto catorce años antes que la mandíbula de Moulin Quignon, tan discutida por los sabios, rogó á la presidencia que, utilizando la presencia de autoridades en la materia, se sirviera nombrar de entre ellas una comisión que examinara el referido fósil y emitiera dictámen, que habría de ser provechoso á la ciencia.

Aceptando la indicación del orador, el presidente Sr. **Gaffarel** propuso el nombramiento de una comisión al efecto expresado, y fue designado el Sr. H. de Saussure, brindándose á examinarla también el Sr. Dr. Hijar.

La isla de Cuba estuvo unida un dia al continente americano: por el Excmo. é Illmo. Sr. D. MIGUEL RODRÍGUEZ FERRER.

Casi inadvertido, corre por el prado el desdeñado arroyuelo: mas su unión con otros de raudales no menos humildes, llega á formar el caudaloso río, que inunda pueblos y campos. Del mismo modo este somero trabajo, resumen y como nuevo comentario de ciertos capítulos de un libro cuya segunda parte está por concluir (1), podrá no ser trascendental; pero, unidos sus datos y sus juicios á los demás presentados en este Congreso y á los del valioso caudal que han de constituir sus reuniones sucesivas, no hay duda, que tal conjunto de estudios, de memorias históricas, de hallazgos arqueológicos; que tal acervo común, en suma, de erudición, de crítica y hasta de juiciosas hipótesis, ayudará, sino á descifrar, á dilucidar al menos, el enigma que por estos Congresos se persigue, de llegar á penetrar cuáles fueron los destinos de la americana tierra, con anterioridad á su descubrimiento por el inmortal Colón.

Tal vez, no llegará á descubrirse jamás este misterio: aunque asi sea, condición es, sin embargo, de nuestro espíritu sentir esa aspiración; y á procurar satisfacerla, hasta donde posible sea, es á lo que, sin duda, responde el siguiente tema que, con relación á la grandiosa isla de Cuba y en virtud de lo dispuesto en el art. 19 de los Estatutos de estos Congresos, se halla á la orden del día: «*¿Puede deducirse de la historia y del estudio de los fenómenos geológi-*

(1) *Naturaleza y civilización de la grandiosa isla de Cuba.*—Véanse los *Estudios cosmogónicos.*

»cos que ofrece la isla de Cuba, que ésta haya estado unida ó »no al continente de América, en los tiempos precolom- »bianos?»

Hé aquí la interesante cuestión que va á ser objeto de mis observaciones.

Al empezar, como el tema lo exige, haciéndome cargo de los datos históricos, á los cuales concedo la prioridad, preciso me es advertir, que para esta cuestion concreta no existe historia alguna hasta Colón, y que, por tanto, sólo á él y á sus contemporáneos habrá que acudir, si se ha de formar algun juicio sobre el que ellos, á su vez, pudieron tener acerca de la formación de la isla de Cuba.

Pues bien: principiando por su descubridor el propio almirante, hé aquí lo que les escribía á este propósito á los señores Reyes Católicos, cuando en su tercer viaje lo hizo desde la isla Española ó de Santo Domingo, ocupándose del extenso Archipiélago en que la misma se levanta: «Muy »conocido tengo (dice) que las aguas de la mar llevan su »curso de Oriente á Occidente con los cielos y que allí en »esta comarca llevan más veloce camino cuando pasan, y »por esto han comido tanta parte de la tierra porque por »eso son acá tantas islas (el Archipiélago de las Antillas); y »ellas mismas hacen desto testimonio, porque todas de una »mano son largas de Poniente á Levante y NO. á SE. que »es un poco más alto ó bajo y angostas de N. á S. y NE. á »SO., que son en contrario de los otros dichos vientos, y »aquí en ellas todas, nacen cosas preciosas por la suave »temperatura que les procede del cielo por estar hácia el »más alto del mundo (1).» Y el historiador Muñoz, conformándose con estos mismos pensamientos, así se expresa: «Parece que las aguas con su movimiento natural hácia el »Occidente, tiran á dividirla (la América) y que han ganado »ya sobre las tierras del Archipiélago, entre la Florida y

(1) «Diario de Colón á los Reyes Católicos, durante su tercer viaje.»

»las bocas del Orinoco, como por ventura ganaron en otros »tiempos mucho mayor espacio y el Archipiélago asiático, »dejando separada la Nueva Florida (1).» Otro historiador marino, concretándose más particularmente á este Archipiélago de las Antillas y á las observaciones ya indicadas de Colón, dice: «Otra prueba de la existencia del nuevo »continente que iba descubriendo, le ofrecían sus observa»ciones sobre el movimiento y dirección de las corrientes y »de los vientos, que van siempre de Oriente á Occidente en »la zona tórrida, pues á su embate largo y continuado atri»buía la formación del grande Archipiélago desde la Trini»dad hasta las Lucayas, cuyas islas fueron, sin duda, mon»tañas ó partes elevadas de la costa firme, separadas de ella »por el impulso y choque incesante de las aguas; lo cual »comprobaba tambien con la configuración de estas mis»mas islas largas de Poniente á Levante, y angostas de N. »á S., como en efecto lo son las más considerables de aquel »Archipiélago (2).

El historiador Las Casas, contemporáneo del Almirante, se concreta más á la isla de Cuba, como primer teatro que fué de sus apostólicos trabajos, y en su *Historia de las Indias* (3), ya habla de la separación de aquella del próximo continente, y trayendo á cuenta los precedentes históricos del Viejo Mundo, así se expresa: «Pero lo que más admira»ble cosa es, que según dice Pedro de Aliaco en el tratado »de *Mapa-mundi*, ser opinión antigua que España y África »por la parte de Mauritania, ó por allí cerca, era todo tierra »y se contaba hasta allí España, por manera que no había »estrecho de Gibraltar que llamamos, y que el mar Oceáno »comió por debajo de la tierra, y ansí se juntó con el mar

(1) Muñóz.—«Historia del Nuevo Mundo.»

(2) «Disertación sobre la historia de la náutica», obra póstuma de D. Martín Fernández Navarrete, publicada por la Academia, pág. 118.

(3) Tomo I, cap. 8.°, pág. 77.

»Mediterráneo, y desta manera tenemos sospecha que la »isla de Cuba se apartó desta Española, cuya punta que se »llama cabo de San Nicolás está frontero, leste gueste, de »la punta de Maisí de la isla de Cuba, y en medio de ellas »están 18 leguas de mar: lo mismo se presume del postrero »cabo y occidental de Cuba, que se llama de San Antonio, »y del cabo de Coroche de la tierra de Yucatan, como abajo »se tocará.»

Mucho más concreto aparece aún el P. Clavijero, en sus consideraciones sobre la población americana, consignando estas palabras: «En América, todos los que hayan observa»do con ojos filosóficos la península de Yucatan, no duda»rán que su terreno ha sido lecho de mar en otro tiempo; y »por el contario en el canal de Bahama se descubren indi»cios de haber estado unida la isla de Cuba al continente »de la Florida (1).» Y el historiador, por último, Francisco López de Gómara, sino particularizó á Cuba, fué, sin embargo, el primero que emitió con gran osadía, como lo hace notar un brillante escritor (2), que la Atlántida perdida, no había sido sino el nuevo mundo separado.

De muy antiguo, pues, como se ve, viene imperando entre los historiadores ultramarinos, así los que se han ocupado del Archipiélago de las Antillas (de que Cuba es señora) como los que sólo lo han hecho de esta isla, la opinión de que ambos han debido su actual manera de ser á un desprendimiento de la tierra firme, á la manera que de la propia Cuba han debido separarse las islas é islotes de *Pinos*, *Cayo Romano*, *Cayo Coco*, *Cayo Cruz*, *Fragosa*, *Pichardo y Sotavento* que, al presente, son otros tantos fragmentos que de su cuerpo, tendido sobre las aguas, cual prolongado leviatan, han ido desprendiéndose.

Mas hé aquí, que tal concierto de juicios, que la intuición

---

(1) «Historia antigua de Méjico.»—Libro II, pág. 115.

(2) D. Pedro de Novo y Colson.—«Ultima teoria sobre la Atlántida.»

dictaba y que luego la ciencia ha venido á confirmar, se ha visto, sin embargo, turbado en estos últimos tiempos por la aparición de un libro más brillante que profundo (1), de más imaginación que originalidad (2), en cuyas páginas se ha intentado descorrer el velo de la creación, asentando para nuestro planeta, que allá en el *quinto dia* (época), despues de haberse condensado su nebuloso estado y de haber ocurrido las explosiones, producidas por el fuego central, que originaron los rompimientos de su costra, la intervención del diluvio universal, ya casi en la aurora del sexto día redoblando la intensidad de estos últimos fenómenos, vino á determinar conmociones tan violentas, que

---

(1) *La Creation et ses Mystères dévoilés. Ouvrage où l'on expose clairement la Nature de tous les êtres, les éléments dont ils sont composés et leurs rapports avec le globe et les astres, la Nature et la situation du feu du soleil, l'origine de l'Amérique et ses habitants primitifs, la formation forcée de nouvelles planètes, l'origine des fangues et les causes de la variété des phisionomies, le compte courant de l'homme avec la terre etc*, par M. Snider.—Paris.—Librairie A. Franche—67, rue Richelieu.

(2) Digolo, porque en nuestra Academia Nacional de la Historia existe un manuscrito, todavía inédito, titulado: *Descubrimiento de la antigua Návra ó Noega*, con un discurso preliminar sobre el estado de la tierra, su estratificación y vicisitudes; y en este trabajo preliminar ya se desarrolla una teoría igual á la de M. Snider sobre la antigua unión del Africa y la América, los hombres antidiluvianos y la catástrofe que les siguiera.

Este trabajo debido á la pluma de D. Pedro Canel de Acevedo y que lleva la fecha de 1818, era todavia tan extraño á las ideas que alcanzaba nuestra nación por aquellos dias, que el autor en el segundo párrafo del citado preliminar, no pudo ménos de expresarse así: *Recelo, sin embargo, presentar al público ideas enteramente desconocidas á la mayor parte de los hombres y no producidas hasta ahora, por no exponerme á las razonadas censuras de los inteligentes, lo mismo que á las geniales invectivas de los preocupados ó ignorantes.*» Puede ser que Snider no tuviera conocimiento de esta Memoria; pero no deja de ser notable la identidad de ideas de ambos escritores; y siempre constará, que á la hipótesis de M. Snider precedió por muchos años, otra de igual concepto en nuestra Academia de la Historia.

ellas fueron la causa de que la porción de tierra que se hallaba más al E. constituyendo lo que hoy llamamos Asia, Europa y Africa quedara separada, segun una línea de fractura dirigida de N. á S., de la que fué á formar el gran continente llamado América.

No sé, si esta hipótesis se hallará en el rango de aquellas *racionales* que, para descubrir la verdad, admite el gran Bacon. Pero desde luego, me parece que su autor no ha tenido presente que los sondeos practicados hasta el día en el Atlántico, no ponen de manifiesto la inconmensurable profundidad que debía éste ofrecer en toda la zona ó región correspondiente á la arista del ángulo de separación de dichas tierras. Calculando que el continente de América se apartara del primitivo, por virtud de la catástrofe indicada, aunque no fuera más que por la distancia que representa una sexta parte de la circunferencia del ecuador terrestre; nos encontraríamos con que ofreciendo ésta una longitud de 7.200 leguas, la abertura del ángulo de separación, medida sobre el ecuador, es de 1.200 leguas; y á tal abertura angular, debía corresponder una insondable profundidad para la línea de unión ó arista de tan apartadas caras; lo cual no se halla confirmado, ciertamente, por las cartas hidrográficas de los navegantes Maury y Stieler.

De que, conforme á esta última hipótesis, la América estuviera unida al Africa antes de alcanzar su actual disposición, hubo de deducir un escritor cubano (1), que la isla de Cuba no formó parte jamás de aquel continente, opinión que ya he rebatido en otro lugar (2) extensamente, bastándome ahora sólo el indicarlo, á fin de que queden señaladas las opiniones que se deciden por la negativa en esta cues-

---

(1) D. Fernando Valdés y Aguirre. «*Apuntes para la historia primitiva de Cuba.*» Un cuaderno, impreso en Paris.

(2) *Naturaleza y civilización de la grandiosa isla de Cuba. Estudios cosmogónicos.*

ción, en contra de lo que proclama hoy la ciencia bajo sus diferentes puntos de vista, según paso á demostrarlo.

En mi humilde sentir, el Archipiélago de las Antillas formó, unido á la inmediata tierra de Yucatan, uno de esos parciales continentes de que nos habla Humboldt en su *Cosmos*, y que debió tener por núcleo el gran triángulo oriental de Cuba, á juzgar por la situación que sus accidentes montañosos, desde el cabo de Cruz á Santiago de Cuba ocupan, con respecto á los sistemas orográficos de las demás islas. Vese, en efecto, que la dirección en que se agrupan las referidas montañas de Cuba, puede considerarse casi paralela á la que ofrecen los ejes orográficos de Santo Domingo y Puerto-Rico, advirtiéndose por otra parte, que las de la región meridional de la primera, incluso el cabo Tiburón, forman como el centro ó núcleo de las de una y otra isla y de las del cortado é interrumpido sistema de Jamaica; y si bien no puede señalarse hoy cuál sea el vértice más elevado (1), de todo este conjunto orográfico, pues mientras unos tienen por tal á la *Sierra Maestra* de Cuba, otros lo fijan en las *Montañas Azules* de Jamaica, no faltando tampoco quien lo considere en los picos de la *Banasta* y el *Banquillo* de la isla de Santo Domingo; lo que sí parece fuera de duda, es que el ya referido triángulo montañoso de Cuba, así por lo muy pronunciado de su relieve, como por el lugar que ocupa en el Archipiélago, debió ser como el centro del continente que un dia en esta propia región se alzara. ¿Y qué causas tan extraordinarias pudieron producir su fraccionamiento? A mi juicio, dos muy poderosas: el *Fuego* y el *Agua*, como tendré ocasión de probarlo, al concretarme más especialmente á los destinos prehistóricos de la isla de Cuba.

---

(1) Humboldt, Lasagra y Latorre, señalan la *Sierra Maestra*, de Cuba: Poëy, Pichardo y Sir Robert Schomburgk, colocan lo más culminante del sistema antillesco, en Haiti.

Y no se crea, por lo que acabo de indicar, que sea yo partidario decidido de explicar por medio de acciones violentas y de bruscas sacudidas, según ha venido haciéndose hasta nuestros días, lo que suele ser resultado, las más de las veces, del proceso constante y secular á que tienen sometido á nuestro planeta, las fuerzas de todo género, que sobre él, de continuo, actúan. No desconozco hasta dónde puede llegar lo que hoy se llama *evolución terrestre*, mediante la energía cósmica y la actividad geológica; es decir, por virtud de esas series de creaciones y destrucciones, de desenvolvimiento y multiplicidad de fases de elevaciones y depresiones continuas, como las observadas muy particularmente en las propias costas de Cuba (1); todo lo cual, unido á las influencias tan poderosas del calor, la humedad y la dirección de los vientos, basta á explicar lo que antes sólo se creia debido á catástrofes y cataclismos geológicos (2). Así es que el gran levantamiento de la América del Sur que ha emergido las planicies de la Patagonia y las Pampas, como la elevación que hoy se advierte en el suelo de la Groenlandia en una extensión de más de 900 km. antes que á espantosos desquiciamientos, se creen hoy debidos á las causas poderosas, aunque lentas, de que acabamos de hacer mérito. «*El mundo*, dijo ya el gran Bacon, *anda incesantemente sin pararse, y en sus revoluciones*

---

(1) Es de advertir que esta acción tiende siempre á elevar el nivel de Cuba. *convirtiendo en colinas*, como dice un observador entendido, *los que hoy no son más que cayos y restingas.*—«*Naturaleza y civilización de Cuba*,» cap. 21, página 513.

(2) «*Así, por ejemplo, el hallazgo en Islandia de una flora terciaria conservada entre lavas de aquel país, tan afine á la región americana central que es imposible distinguirlos, se interpreta en nuestros tiempos, como la manifestación de una oscilación secular que, á la par que ha dejado convertida aquella porción de continente en una isla ha cambiado gradualmente todas sus condiciones meteorológicas.* «La evolución terrestre por Calderón y Arana».—*Anales de Historia Natural*—Tomo x, cuaderno 1.°

continuas, el tiempo lleva y trae grandes espectáculos que están en el círculo de los acontecimientos periódicos. La novedad no es sino la memoria de que se olvidó lo pasado.» Pero lo expuesto no obsta, para que, siendo la naturaleza tan invariable en sus leyes, como diferente en sus manifestaciones, tenga yo aquí que hablar de ciertas catástrofes locales cuyas visibles huellas no permiten dudar de que realmente llegaron á verificarse.

No en vano dice un autor (1), del Archipiélago de las Antillas, que todo él ha *sido producido por las grandes fuerzas del mar que lo trabajan por fuera, y la no menos poderosa del fuego que lo domina por dentro*, á cuya última causa se debe sin duda, la disposición en forma de arco ó herradura que afectan sus islas é islotes, desde las costas de la Florida en la América Septentrional. Bien habría yo querido encontrar en la serie cronológica de la geología algún punto de partida para explicar tales trastornos; pero sólo me es dado presumir, que allá en la apartada época de la retirada de las aguas, la acción volcánica debió sentirse mucho por este hemisferio, y que á su intensidad poderosa y á sus tremendas palpitaciones se hace necesario recurrir, si de algún modo han de explicarse los caracteres de esas ruinas seculares que tanto abundan sobre el suelo de Cuba y que, veladas apenas por el verdor de aquella vegetación prodigiosa, he admirado tantas veces en mis exploraciones desde el uno al otro de sus opuestos cabos. Los volcanes de la Guadalupe y la Martinica que aún siguen en acción, bien atestiguan la gran actividad de que debieron estar dotados en pasados tiempos; Humboldt dice que *«los corales en las pequeñas Antillas cubren los productos volcánicos,»* y los geólogos consideran á este archipiélago, como la tercera de las regiones volcánicas de la tierra. Todavía en tiempos no muy remotos, por cierto, el temblor de la Martinica, que

(1) *Les Antilles françaises*, par M. le Colonel Boiyer Peirelean.

comenzó el 7 de Noviembre de 1727 y que durante tres días consecutivos dejó sentir sus fuertes sacudidas, arruinó los edificios más sólidos de la isla; y cuando el famoso de Lisboa en 1755, pudo advertirse que sólo con cuatro minutos de intervalo, ya se sintió en este archipiélago y con intensidad tal, que subió la mar de repente y fueron inundadas gran parte de sus islas. No cabe, pues, dudar de las causas á que ha debido su existencia el archipiélago; pero debo ya ocuparme de las no menos violentas que pueden haber motivado, que se cuente entre el número de estas porciones de tierra que sobrenadan en el mar de las Antillas, la isla de Cuba.

No se debe, en mi sentir, su condición actual á un paulatino levantamiento por entre las aguas que la circundan, sino á la acción destructora de este mismo mar, impulsado por la fuerza volcánica, que llegó un día á conmover esta región. Por desgracia todavía palpita Cuba, en su parte oriental más especialmente, á los impulsos tremendos de los violentos terremotos que, de cuando en cuando, así estremecen su suelo como el ánimo de los habitantes de la capital Santiago, haciendo bambolear hasta las colosales masas de sus montañas, cual yo lo he experimentado sobre ellas entre glacial espanto; efectos todos de las fuerzas interiores que sus bases ocultan y de la grieta volcánica y submarina que une á aquella ciudad con la isla de Santo Domingo, y á la que es debido que, por lo común, se sienta en ambas el mismo movimiento. Antes de seguir, sin embargo, exponiendo, cómo estas fuerzas internas pudieran provocar la irrupción del mar que hubo de romper la continuidad de sus estratos con los de la península de Yucatan y los del cabo de San Nicolás de la isla de Santo Domingo, será conveniente que echemos una rápida ojeada sobre los materiales de la constitución geognóstica de Cuba, pues así se verá la exacta correspondencia que guardan, tanto con los del continente como con los del archipiélago, por más que ofrezca Cuba otros terrenos más modernos,

cuyos fósiles denuncian los períodos de sus diferentes épocas.

En efecto: casi todas las rocas que constituyen su gran triángulo montañoso, desde el pueblo y minas del Cobre hasta su confín más oriental, tienen por base el granito común, siquiera éste no aparezca al pié de toda la línea tan visible como al E. de Santiago de Cuba; y sabido es, que esta roca forma los terrenos primitivos, pertenecientes al período cósmico en que empezó á consolidarse la costra terrestre, cuyas dislocaciones dieron por resultado la desigualdad de su parte sólida y la formación de islas de cuyo aglutinamiento sucesivo nos habla Humboldt, como ya antes indiqué. A estos terrenos suceden, según este mismo autor, los secundarios con la caliza llamada de *espejuelo*, y los terciarios según el Sr. Cia, pues aunque este grupo no ofrece los indicios de estratificación suficientes para poder deducir la edad de su formación, y aun parece corresponder, á primera vista, á una serie de terrenos bastante antiguos, hay que tener presente, como advierte este distinguido ingeniero (1), la influencia poderosa que, en su estructura y composición, pueden haber ejercido las rocas tráppicas y acaso también el granito que á su pie se encuentra; por todo lo cual, él coloca su formación en la época del terreno terciario medio, cerca ya de la del superior ó plioceno; cuando aparecían en el continente americano el *Megaterio* y los *Elefantes* en la Europa; cuando los mares de ambos continentes se hallaban poblados por grandes *scualus* ó tiburones; en los tiempos, finalmente, en que se redondeaba el actual continente europeo y concluian de levantarse la cadena de los Apeninos en Europa y la de los Andes en América. Pues á esta época, y á este gran levantamiento de los Andes en el nuevo continente, debe co-

(1) *Observaciones geológicas de una gran parte de la isla de Cuba*, por el ingeniero de minas D. Policarpo Cia.

rresponder la forma actual de la isla de Cuba, constituida, quizás antes de este período remotísimo, sólo por la «Sierra Maestra» y sus correspondientes al E. Y advertiremos, de paso, aquí, que las calizas compactas y rosáceas con nódulos de silex *(chert)* de la Jamaica, aunque Labeche las coloca á la altura de la *arcilla de Londres ó terreno de arcilla inferior*, representan una antigüedad menor, por más que ofrezcan entre sí directo é íntimo enlace. Prueba concluyente de lo que acabamos de afirmar, es, lo sembrado que está el suelo de dicha isla de dientesdel *Charcharodon magaledon* que abundaba mucho por esta época, pues se han encontrado también ejemplares de los mismos en la gran Bretaña, en la isla de Malta, en Sicilia y hasta en Egipto (1).

Tras estos terrenos vienen, por fin, en la isla de Cuba los que se están formando al pie de sus costas, cuyo movimiento ascensional continúa. Y al tratar de esta clase de terrenos, preciso se hace recordar que, como dice Humboldt, el globo ha experimentado *grandes revoluciones* entre las épocas de formación de los terrenos terciarios y cuaternarios; á los cuales es, sin duda, debido el que se rompiera la continuidad de Cuba con sus hermanas del Archipiélago y hasta con varios puntos del continente, continuidad que, según ya hizo notar en su rápido estudio sobre la cubana tierra el mismo autor, la están indicando los escarpados picos de las lomas de San Juan, cerca de Trinidad, que recuerdan las montañas de caliza de Caripe en las inmediaciones de Cumaná, así como la correspondencia que

(1) El sabio naturalista D. Felipe Poey ha escrito sobre estos dientes fósiles, que no sólo se hallan en las costas, sino hasta en lo más interior de la isla. Yo poseo uno (que he presentado á este Congreso) notable así por su tamaño como por su conservación, que fué encontrado, al aserrar una caliza, y existen otros varios en el Museo de la Habana. Con motivo de la apertura del canal de Suez en sus cortes y entre sus depósitos, se acaban de encontrar estos mismos dientes, á cuyos fósiles llaman los naturalistas *Alhyodomes* (dientes de peces), debiendo llamarse según el Sr. Poey *lamiodontes* (dientes de lamia ó tiburón).

se advierte entre la formación terciaria de Cuba y la de Cartagena de Indias en el continente, y con la de la Gran Tierra, en la Guadalupe. Fácil es ahora deducir, que si se levantó, formando un todo con las demás islas del Archipiélago, cuando lo hizo el gran territorio de Méjico, según lo pruebo en mi libro ya varias veces citado; la isla de Cuba, aparte los grandes estremecimientos volcánicos que fraccionaron el todo de que formaba parte, hubo de experimentar la gran invasión oceánica que, procedente del N., debió sufrir esta región, por cuya causa consumóse, á mi ver, su desprendimiento de la península de Yucatán, de la Florida y de las islas de Santo Domingo y Jamáica. La duda en este particular desaparece, si se observa la gran dislocación de los estratos de su suelo, pues trabajado éste entonces por fuerzas poderosas, la acción de las mismas debió dejarse sentir mucho, á juzgar por las siguientes muestras que hoy se advierten.

«A cada paso suceden á sus formaciones calizas, blancas »ó compactas, otras de rocas metamórficas con base magne»siana; á cada paso se presenta por toda ella el gran cambio »de sus fajas y lechos, el de su posición y estructura; á cada »paso se mezcla, como ocurre en la región de Jibara el »ópalo ferruginoso, el jaspe, la calcedonia, el cuarzo y la »piedra verde ó serpentina con capas de piedra caliza verde »oscura y otras más pardas, modificadas por el calor, ó con »otras enormes de calizas blancas metamórficas. De todo »esto se hace cargo un entendido viajero inglés, quien, ha»blando de dicha región de Jibara, así se expresa: *Estamos »inclinados á creer, que el arco que se halla al N. del eje »anticlinal, ha sufrido un cambio metamórfico mayor que »el arco del S.: en ambos casos, aparece que la perturbación »y alteración igneas, fueron mayores en las partes más pró»ximas al eje anticlinal. Otra circunstancia muy importan»te debe también tenerse presente, y es: que todos los picos y »las montañas aisladas en la dirección de la cadena princi»pal, están rodeadas en sus bases por serpentinas, trapp y*

»otras rocas sumamente modificadas (1).» Por mi parte, ya en otro lugar he particularizado, citando diversos puntos de la isla, varios de estos visibles efectos, consecuencia natural de dicha catástrofe (2). Aquí sólo apuntaré que en las costas de esta isla, y principalmente en muchos parages de la del N.; se creen ver todavía los destrozos de las grandes moles que allí sepultara el violento impulso de una mar embravecida. Y no es menos notable, como efecto de los grandes sacudimientos de su interior, la montaña tajada que por gran trecho se observa á corta distancia de Puerto-Príncipe, impresionando, no poco su singular aspecto.

Ahora bien: hundido y fraccionado todo el espacio que media, desde la desembocadura del Orinoco en la América Meridional hasta la porción saliente de la Florida, la gravedad de los mares formó con su invasión el seno mejicano, y tal irrupción alcanzó lo mismo á las partes altas que á las bajas de esta isla, cuya configuración está denunciando al observador que reconoce sus costas, cabos, canales y bajos, esta catástrofe misma. En el departamento Occidental, como la parte más baja, la irrupción oceánica dominó hasta el extremo de reducirla á la forma angosta y convexa que hoy presenta, dejándole por memoria el promontorio de la isla de Pinos con su configuración, correspondiente. Entonces fué, sin duda, cuando se interrumpieron los bancos marmóreos que corren de N. á S. por la parte montañosa de *San Diego de los Baños*, correspondiéndose con la *isla de Pinos;* entonces, cuando se separó de *Yucatan*, formando su estrecho frente al cabo de *San Antonio;* entonces, cuando se separó de la *Florida*, quedando el canal de *Santaren* entre el banco de *Bahama* y el placer de los *Roques*; entonces,

---

(1) *Memoria sobre el carácter de la región cobriza de Jibara*, por R. C. Tailor.

(2) Véase mis *Estudios cosmogónicos* sobre la isla de Cuba.

cuando lo hizo de la *Española* ó *Santo Domingo*, dejando el *Paso del Viento*, entre el cabo Maisí y el de *San Nicolás* de Haití; y entonces, cuando más sintió el gran estremecimiento que la fraccionara, á juzgar por los destrozos que, cual *Cayo-Coco*, *Cayo-Romano* y la península del *Sabinal*, no acabaron de separarse por completo del cuerpo general de la isla, según se advierte por la simple inspección de su carta geográfica. La mayor elevación de los terrenos y la mayor altura de las montañas, en la parte oriental de Cuba, hicieron que ésta pudiera resistir mejor á la pujanza de la invasión marítima, no siendo otra la causa de la mayor extensión que muestra su superficie, desde el cabo de Cruz al de Maisí y á Jibara. Su costa S., desde Santiago de Cuba á Maisí, es tanto más acantilada y limpia cuanto mayor fué la acción del estremecimiento general, pues que los cortes y los descuajes rectos de sus farallones debieron ser proporcionados á la gravedad y altura de las enormes masas que de ellos se desprendieran (1).

Probado ya por la geología y la hidrología, *cuándo* y *cómo* pudo verificarse la separación de la isla de Cuba de su cercano continente, me resta confirmar esto mismo por medio de la paleontología, con la cual debo dar fin á este trabajo que, aunque pobre en sus deducciones como hijo de mis humildes fuerzas, no se halla desprovisto de algún alcance, siquiera sea por las premisas y la experimentación en que he querido fundar la defensa de la parte afirmativa del tema. La cuestión de si Cuba estuvo unida ó no á su vecino continente, con el auxilio de la paleontología, ha pasado ya, de la presunción de los antiguos á la evidencia más completa: porque si la geología cubana nos ha marcado en las capas ó estratos del suelo de esta isla, las revoluciones á que ha estado sujeta en un pasado desconocido, la

(1) Véase la *Memoria* del Sr. D. Desiderio de Herrera sobre los huracanes de la isla, á propósito de estas mismas observaciones locales.

paleontología nos va á marcar ahora, por medio de los fósiles, cuáles fueron los seres que habitaron en cada uno de estos pisos y su perfecta correspondencia con los del cercano continente.

Rectificado está ya por ilustres ingenieros españoles (1) que toda la parte que el gran Humboldt en su *Ensayo político de Cuba* considera como de período jurásico en el suelo de esta isla, debe ser calificado de terciario, y que se equivocó M. d'Archiac en su *Historia de los progresos de la Geología*, presentando como cretáceo lo que Humboldt tuvo por jurásico, no estando tampoco más exacto M. Jules Marcou al clasificar en su *Mapa geológico del mundo*, como de constitución cristalina ó metamórfica toda la parte occidental de la isla. Indudable es ya que ésta se halló unida al continente en el período terciario, ó exclusivamente en el cuaternario ó post-terciario, como afirma el Sr. Fernández de Castro siguiendo la clasificación de Dana; todo lo que refuerza aun más mis asertos de que en época anterior, y no muy remota, estuvo sumida bajo las aguas, á cuya sedimentación sólo puede atribuirse la fosilización de los dientes del *Charcharodon megalodon*, Ag., de que dejo hecho mérito, viniendo también en apoyo de esta continuidad (según el propio Sr. Castro), lo idéntico del terreno de *Matanzas*, *Vento*, el *Calabazar* y de parte de las alrededores de la Habana con el de *Wiskburg* en los Estados-Unidos, que pertenece igualmente á la *tercera época* en que los geólogos americanos dividen el período terciario y que corresponde al *mioceno inferior* de la división Lyell, generalmente seguida en Europa. Y á estas observaciones ha seguido el estudio de otros fósiles cubanos, hallados, en época posterior á mis viajes por la isla, ya por el sabio naturalista D. Felipe Poey, ya por el repetidas veces citado Inspector de

(1) Los diligentes señores Cia y Fernández de Castro este último sobre todo.

Minas Sr. Castro, quien en una notable *Memoria* (1), leida á la Real Academia de Ciencias de la Habana en 1864, puso de manifiesto, que tanto en la *Majagua*, partido de la Union, como en *Bainoa*, jurisdicción de Jaruco y en *Ciego Montero* en la de Cienfuegos, se habían encontrado fósiles de mamíferos, tales como colmillos de hipopótamo, no encontrados sino recientemente en el continente de América, y la quijada inferior de un desdentado, ya sea un *Megalonix* de la familia de los *Gravígrados*, según Leidy, ó de la de los *Tardígrados* según Poey. Pues todos estos fósiles, son otros tantos monumentos que atestiguan que los terrenos donde se encuentran, formaron un todo con los del continente cercano, toda vez que los animales que estas reliquias han dejado, no pudieron venir al territorio cubano, sino por su pie, de no admitir que tales restos llegaran arrastrados por las aguas. Pero si bien por este último medio explica M. D'Orbigny la presencia de estos mismos restos en la América del Sur, esta explicación no puede aplicarse á Cuba, porque sus fósiles tienen sus esquinas y aristas en tan buen estado de conservación que, segun mi respetable amigo el Sr. Castro, hay que desechar para ellos toda idea de roce y arrastre. Hemos dicho que recientemente es cuando se ha puesto de manifiesto la existencia en el continente americano de restos del hipopótamo; y así es, en efecto: hasta el descubrimiento de O. N. Bryan, citado por el profesor Cope en su *Memoria* sobre la fauna de los períodos mioceno y coceno de los Estados-Unidos (*Memoria* en la que se describe por su propio autor un nuevo género—*Hinotherium*—de la misma familia), nada habia hecho sospechar el que tales restos existieran en el continente; y así es, que mientras sólo se tenía noticia del hallazgo de tales fósiles por el Sr. Castro (lo que se verificó con mucha an-

(1) *De la existencia de grandes mamíferos fósiles en la isla de Cuba*, por Don Manuel Fernández de Castro, Inspector general del cuerpo de Minas.

terioridad al de los Estados-Unidos), había que desechar, hasta cierto punto, la idea de la correspondencia entre Cuba y su vecino continente. Pero después de esto, ya no hay lugar á la duda; el puente está salvado. La isla de Cuba formaba un todo con su cercano continente, hasta que sobrevino la gran revolución que he tratado de explicar, de acuerdo con la historia y los últimos adelantos de la orografía, la hidrología y la paleontología. ¡Catástrofe tremenda, en cuyo día se escribió para Cuba su separación del continente de América, y cuya afirmativa ó negativa ha puesto por tema este Congreso!

Ese pavoroso día, aunque sumido ya, como tantas otras revoluciones geológicas, en el insondable abismo de los siglos, ofrece todavía á la ciencia, la huella de su paso, y á la poesía la descripción de sus sublimes estragos, con cuya pintura, hecha por un autor de la propia isla, voy á concluir este escrito, esperando que la dicción arrebatadora de su fantasía neutralice, en algún modo, el narcótico de la mía con la cual he abusado de vuestra atención. Dirigiéndose este hijo de Cuba á uno de los más pintorescos montes (por su especial forma) (1) de aquella hermosa tierra, al invocar los grandes sucesos de que ha venido siendo mudo testigo, hace referencia con armonioso estro á esta ya secular catástrofe, y así se expresa:

«¿Y siempre será así? ¡Oh! no, que un día
»Con fuerte oscilación el Océano
»Sus lóbregas cavernas sacudía.
»Bramó la tempestad: fúnebre velo
»La creación exánime envolvía,
»Y cual triste cadáver,
»El sol, el firmamento recorría.
»Entonces, con furor se despeñaron

(1) Llámase el *Pan de Matanzas* por ofrecer la forma de un *pan* de azúcar, y hallarse á poca distancia de dicha ciudad.

»Las turbulentas olas del Océano,
»Y el seno de la tierra atormentaron
»Desgarrando en su choque un continente,
»Y del señor la poderosa mano,
»Mudó sus formas y humilló su frente.
»Y en un montón de piedras esparcidas
»Un inmenso archipiélago elevaba,
»Y su palabra férvida enfrenaba
»Del Océano las aguas combatidas (1).»

El Sr. **Fabié**: Voy á dirigir muy breves palabras al Congreso para presentarle el libro que he publicado acerca del P. Fr. Bartolomé de las Casas. Nada diré de las ideas de este ilustre español, en orden á las ciencias que hoy se llaman morales y políticas: sólo me permitiré indicar que anticipándose á su siglo, los mayores adelantos, los conceptos más elevados respecto á la dignidad é igualdad humanas, fueron por él defendidos á mediados del siglo XVI.

Pero el punto principal sobre que me propongo llamar la atención de los señores del Congreso, porque lo creo más propio de su misión y de sus fines, es el estudio de los problemas relativos al primer período de la historia postcolombiana, problemas, que, en mi concepto, se dilucidan, se aclaran y se resuelven de una manera precisa en la obra que acerca de los primeros tiempos de la historia de América, después de la llegada de los españoles, escribió este ilustre dominico. Me refiero, en primer lugar, á la cuestión tan debatida de si el hijo de Colón, D. Fernando, escribió ó no la historia de su padre. Sabido es, señores, que ésta era en ciertos tiempos, opinión generalmente sostenida y entre otros *Whasington Irving* afirmaba que aquel documento era la piedra angular de la historia postcolom-

(1) Poesías de D. Ramon Vélez y Herrera, mantenedor de la buena escuela en el Parnaso de esta isla, luégo que de ella emigró el gran poeta Heredia.

biana de América; pero después púsose en duda la autenticidad de la traducción de este libro, hecha por Ulloa y publicada en italiano en 1570, y tanto cundió esta opinión, que un erudito anglo-americano que por otra parte ha prestado grandes servicios á la historia de América, el Sr. Harrisse, publicó exprofeso un libro en el que pretendía demostrar que D. Fernando Colón no había escrito la historia de su padre. Pues bien, no sólo con las citas del padre Las Casas, cuya obra se escribía lo menos 40 años ántes de que apareciese la traducción de Ulloa, sino porque en muchos capítulos de su libro declara el procurador de los indios que son tomados y copiados del libro de D. Fernando Colón, se prueba y demuestra, en mi concepto, de una manera, por decirlo así, gráfica, que en efecto D. Fernando escribió la historia de su padre.

Yo he tenido la curiosidad de poner á dos columnas el texto de ciertos capítulos de la traducción de Ulloa, y el texto de los correspondientes de la obra de Las Casas, y se ve que el texto de Ulloa es una verdadera traducción del original que copió Las Casas y que vertió Ulloa del castellano al italiano.

Otro problema, para nosotros también interesantísimo, es el relativo á quién fué el primero que partiendo de las costas de Castilla arribó al continente americano. Desde los primeros tiempos este asunto se presenta con notable confusión, porque en virtud de hechos que debemos todos deplorar, como ha indicado aquí su ilustre sucesor, el gran Colón fué durante su vida y aun durante la de sus inmediatos sucesores objeto de persecución sañosa y poco noble; y una de las cosas que se alegaron contra el Almirante para negarle las ventajas pactadas por nuestros reyes en Granada, fué la de no haber sido el primero que llegó al continente americano; habiéndose intentado probar que el primero fué Ojeda, al cual acompañaba el conocido y poco simpático Amerigo Vespucio. Pues bien, en la obra de las Casas está la demostración más evidente de que el

Almirante llegó antes que otro alguno procedente de Castilla, al golfo de Paria; y aunque Colón no había llegado á conocer que había descubierto un nuevo continente, supo que había llegado á lo que se llamó por los castellanos Tierra Firme. Esto se demuestra porque Las Casas patentiza que la tercera expedición de Colón partió de Sanlúcar un año y diez días antes que la expedición de Ojeda, y por otra porción de datos que he reunido para poner en claro este problema. Estos son los dos puntos sobre los cuales me permito llamar la atención del Congreso.

Ya que estoy de pié cumplo gustosísimo el encargo que un ilustre cubano, D. Alvaro Reinoso, se ha servido hacerme de presentar al Congreso un opúsculo interesantísimo acerca del cultivo en camellones, como dato de la agricultura de los indígenas de Cuba y Haiti en la época precolombiana. *(Muy bien, aplausos.)*

El Sr. **Jiménez de la Espada**: Las interesantes observaciones que ha hecho el Sr. Fabié acerca del libro del padre Las Casas, dando grandísima importancia al dato que en su *Historia general de las Indias* suministra, acerca de la *Vida* del Almirante, escrita por su hijo don Fernando, me recuerdan que yo fuí el que tuve la satisfacción de mostrar por primera vez al Sr. Harrisse la prueba que ha aducido el Sr. Fabié. Hallándome en la biblioteca particular de S. M. el Rey donde se encuentra uno de los varios manuscritos de la *Historia* de Las Casas, y disputando con el referido Sr. Harrisse, que se mostraba muy tenaz en su opinión de que la *Vida* de D. Cristóbal Colón por su hijo D. Fernando no ha existido original, tuve el gusto de enseñarle uno de los capítulos de dicho libro que copia literalmente Las Casas. No hubiera recordado este hecho, si no fuera por la importancia que le da el Sr. Fabié en una publicación tan erudita como su libro sobre el célebre obispo de Chiapas.

Respecto á la interesantísima observación de que Colón fué el primero que descubrió la Tierra Firme, y que, á pesar

de sus ilusiones en cuanto á la clase del continente que descubrió era una tierra nueva, yo llamaré la atención del Congreso acerca los expedientes que con motivo de este grave asunto se formaron en tiempo de su hijo D. Diego, y su nieto D. Luis, de los cuales he traido la mayor parte, del Archivo de Indias.

Es cierto que D. Martín Fernandez Navarrete, no personalmente, sino por el intermedio del jefe de aquel archivo, se ocupó en el estudio de estos documentos á fin de averiguar con certeza si Colón habia pisado ó no el primero el continente americano. Pero como esta cuestión interesaba sobre manera á los herederos del Almirante de las Indias por los privilegios y rentas que como á descendientes del descubridor de aquella tierra les correspondía, sus pleitos, ó mejor dicho procesos, se fueron acumulando unos sobre otros hasta formar un monte de papeles, dificil de registrar. El encargado por Navarrete de esta tarea ó no hubo de desempeñarla con la pasiva prolijidad que era menester, ó no leía bien las letras del siglo XVI; y como el autor de los *Viajes y descubrimientos* ignoraba sin duda estas circunstancias, incluyó sin más examen en su obra los textos extractados por el archivero de Indias de los referidos procesos, y ha sido preciso lecturas posteriores y más concienzudas de los expresados papeles, debidas al actual jefe de aquel archivo, el Sr. D. Francisco de Paula Juarez, para saber que las pruebas del primer descubrimiento de Tierra Firme por D. Cristóbal Colón se publicaron con mucho descuido y bastantes errores. La consulta del ejemplar de los *Viajes y descubrimientos* del Sr. Navarrete que consta en el Archivo de Indias anotado y corregido por el Sr. Juarez, y que yo he visto, acreditará lo que dejo expuesto.

Siendo como es este punto de tanta importancia, creo que merecía la pena de que se diputaran personas competentes para revisar con todo espacio los mencionados procesos y aclarar la cuestión de una manera terminante; porque, aunque á todos nos consta que Colón halló antes

que otro ninguno el continente americano, sin embargo, la investigación que propongo daría mucha luz sobre una multitud de sucesos referentes al período histórico que cierra la era que hoy llamamos precolombiana.

Ruego, pues, al Congreso se sirva acordar que una comisión de personas autorizadas pase á examinar los documentos á que aludo y que se hallan expuestos al público en las galerías del Ministerio de Ultramar, y formule su dictamen acerca de la cuestión que el Sr. Fabié tan oportunamente ha iniciado.

El Sr. Presidente **Gaffarel**: Difícil sería que los extranjeros, que no conocemos las aficiones especiales de los miembros del Congreso, hiciéramos designación de personas para el examen propuesto por el Sr. Espada, y así me parece que en interés de la cuestión se aplace el nombramiento de esta comisión. El Sr. Arias de Miranda tiene la palabra.

El Sr. **Arias de Miranda**: Señores; un individuo oscuro que nunca tuvo la gracia personal de ser orador, se toma la libertad de pedir al Congreso que le oiga cuatro palabras. Tengo para hacer esta petición la circunstancia de ser probablemente el Nestor de todos vosotros. Tengo 85 años, y estuve en América 18 ó 20. Allí me pesaba mucho el ver los grandes dislates que se escribían sobre América, sobre sus productos, sobre sus habitantes, sobre todo lo que le pertenece. Siendo en mi concepto el descubrimiento de América el acontecimiento más grande que presenciaron los hombres, fuera de la venida del Redentor, no hay asunto ni más estudiado ni ménos sabido, pues la historia de América está perdida.

Me regocijo y lleno de satisfacción al ver aquí reunido un Congreso de personas tan inteligentes y animadas de tan firmes deseos de buscar la verdad.

Estamos ya en su camino, hay que reconocerlo; pero es preciso también decir alguna cosa sobre los grandes vacíos que se notan.

La historia de América puede asegurarse que empieza en

tiempo de Cárlos V y de Felipe II, por más que su descubrimiento fuese anterior. Cárlos V, por haber agrandado tanto sus Estados, por sus victorias y por su espíritu guerrero, se hizo receloso á la Europa. Su hijo Felipe II, con su política sagaz, con su espíritu guerrero, investigador y receloso, llegó á llamar la atención mucho más que su padre, pensándose que aspiraba seriamente á la dominación universal. Yo creo que nunca tuvo esa idea, que jamás pensó en ello, porque Felipe II, fuera lo que quisiera, no se dedicaba á usurpar coronas, sino que cuando tenía algún derecho no paraba hasta conseguirlo á sangre y fuego. Entonces, pues, estando Europa enteramente prevenida contra España, empezó á buscar asidero por donde denigrar á los conquistadores; y uno de los instrumentos de que al efecto se valió fué Amérigo Vespucio, el cual consignó una porción de patrañas en sus cartas latinas, y no nombra ni una sola vez á su antecesor y paisano el verdadero descubridor de las Américas, lo cual demuestra el grande y decidido empeño que tenía en pasar por el primero. Había en efecto una porción de relaciones apócrifas que se aceptaron por la gente que quería mal á España ó recelaba de ella. Figuró en este tiempo el famoso P. Fr. Bartolomé de las Casas, que cualesquiera que fueran sus ideas, y aun siendo grande en el talento (todos lo confiesan), era el hombre más travieso y pendenciero que hubo en el mundo.

No paraba en ninguna parte, siempre estaba en guerra con los de la derecha y los de la izquierda, á todos los atacaba de la manera más procaz, no respetando nada en el mundo; al uno decía que era ladrón, al otro asesino. En este mismo sitio he oido hablar de las buenas cualidades y de las gracias de Fr. Bartolomé de las Casas, pero no del mayor de sus defectos, del de no ser exacto. No hay más que ver la famosísima relación de la *Destruición de las Indias*, que corre por todo el universo donde decía que los españoles mataban y comían indios todos los días. No se le puede creer una sola palabra, pues para que en una ciudad que

tenía *siete leguas de largo* (según dice él) y en un país donde hervía la gente como en una colmena, no quedase un indio, y esto lo hicieran solamente *sesenta españoles*, era preciso que tocasen á mil indios diarios para llegar á tal destrucción. El padre Las Casas escribió esta relación para que apareciese denigrante cuanto habían hecho los españoles, y por eso á ellos se les achacaba todo. Haciendo la descripción de Santo Domingo, tierra que había conocido cual ninguno porque la había recorrido mil veces, dice que hay una laguna de *ochenta leguas cuadradas*, en donde desaguan *treinta mil ríos* algunos de ellos tan caudalosos como el Duero, el Guadalquivir y el Miño reunidos. Para convencerse de la inexactitud de este aserto basta considerar que como isla que es la de Santo Domingo, sus ríos desaguan pronto en el mar, y por esta razon no pueden ser muy caudalosos.

Los ríos caudalosos como el Marañón, el Magdalena, el Plata y otros, están en los grandes continentes.

Llamo pues la atención del Congreso respecto al padre Las Casas, porque quiero que al tratar de él los biógrafos, tengan presente no sólo lo bueno, sino también lo malo. El padre Las Casas era un teólogo de la época, un teólogo ergotista del partido ultramontano, del partido del Papa. Tengo una porción de apuntes en que así consta. Cuando se presentó en la Audiencia á quejarse de los españoles, alegó que iba allí en nombre del Papa y del Rey, y requirió al presidente á que siguiese su causa, y porque éste no quiso le increpó duramente. El presidente se escandalizó al oirle, y le reconvino con energía y dureza, y aun cuando dice Quintana que el reverendo padre bajó la cabeza, yo creo que está equivocado y que la alzó más, puesto que acudió al Rey quejándose del presidente de la Audiencia, diciendo que era peor que Mustafá, y que no creía en Dios ni en el Papa. Todo eso dijo á Felipe II, el hombre que Quintana estima un santo, y que cuando el presidente le contestó bruscamente supone que bajó la cabeza.

Por consiguiente, la historia de América en el primer tercio del primer siglo tuvo grandes detractores (que desde luego supongo conocerá el Congreso), los cuales á virtud de los escritos del padre Las Casas empezaban por desconocer las obras españolas. Estas obras no son muy latas pero sí sumamente verídicas, escritas por hombres que presenciaron los hechos, y por otros que aun cuando no los presenciaron debieron estar bien enterados de ellos por haber hablado con los que allí estuvieron. Entre dichos escritores españoles podemos citar: el famoso Gonzalo Fernández de Oviedo, que toda su vida (que fué larga) estuvo relacionando lo que veía y pasaba á su alrededor, y que escribió no sólo sobre sucesos sino también sobre historia natural; D. Fernando Colón, el famoso Bernal Díaz del Castillo, que de soldado raso hizo la campaña más larga y tremebunda que puede hacerse, estuvo en ciento y tantas batallas, tuvo veinte y tantas heridas y murió de noventa y tantos años, recibiendo como único premio el ser nombrado regidor de la ciudad de Guatemala.

Mucho más tendría que decir, pero atendiendo á la recomendación del reglamento doy por terminado mi discurso.

El Sr. **Fabié**: Con mucha pena voy á decir algunas palabras, porque entiendo yo que á ello vengo obligado en vista de lo que el Sr. Arias de Miranda acaba de manifestar. Claro es que no estamos en circunstancias á propósito para entablar una discusión, ni entra en mi ánimo el entablarla; pero me han parecido sobradamente duras algunas de las calificaciones que respecto al P. Fr. Bartolomé de las Casas se ha permitido hacer este señor; y tal vez no hay aquí quien más legítimamente que yo tenga la misión de rectificar sus afirmaciones.

El padre Las Casas está ya definitivamente juzgado por el severo tribunal de la historia, y es menester que no nos ciegue, respecto á este personaje, un mal entendido espíritu español. Desde luégo puede decirse en su defensa y para

gloria de España, que muchas de sus ideas prevalecieron y fueron aceptadas por el gobierno español de aquella época.

Nuestros monarcas y hombres de estado dieron á todas las primitivas leyes de Indias el espíritu y las fundaron en las doctrinas y en las ideas del padre Las Casas. Y por último, señores, al fin y al cabo las encomiendas y repartimientos de indios que fueron siempre, con razón y con justicia, el punto de ataque, digámoslo así, del padre Las Casas, se extinguieron, teniendo los españoles la honra (y creo que esta es ocasión de decirlo) de haber sido el único pueblo conquistador de América que ha conservado en sus dominios las razas indígenas, fundiéndose con ellas y creando una nueva raza en la que, el espíritu, la tendencia y la altura de pensamientos son los de la raza superior que está llamada á llevar por todos los ámbitos del mundo la idea generosa del progreso.

En cuanto á las inexactitudes del padre Las Casas, ¿qué historiador no las ha cometido?

Por lo demás, toda la biografía de este verdadero apóstol, que he tenido la honra de escribir, demuestra, entre otras cosas, los errores que al referir la escena ocurrida ante la Audiencia de los Confines ha cometido el Sr. Arias Miranda, y lo demuestra de un modo directo y evidente la carta de uno de los señores magistrados de aquella Audiencia, el licenciado Herrera, que no queriendo hacerse solidario del espíritu de sus compañeros y de su injusticia, escribió directamente al Emperador diciendole la verdad de lo que pasaba (1). Y para no tratar más de estas cuestiones concretas, yo ruego á los señores americanistas que se tomen la molestia de leer esta parte de mi libro y sobre todo la voluminosísima colección de documentos que le acom-

(1) Véase el apéndice núm. 14, tomo II de mi obra *Vida y escritos del padre Las Casas*.

pañan y allí verán este hecho puesto en su punto, apreciando claramente que en aquella ocasión como en otras, la razón estaba de parte del padre Las Casas, cuyas ideas, en punto á ultramontanismo no tengo que analizar aquí. Lo único que diré es, que la Iglesia en aquellos tiempos era el más poderoso baluarte de la libertad y de la dignidad humana. (*Aplausos.*)

El Sr. **Novo y Colson**: Invitado por la Junta organizadora de este Congreso para que presentase ante el mismo algún estudio referente á las Américas; he elegido el tema 7.° del ramo de Historia que dice: *¿Son apócrifos los viajes de Juan de Fuca y de Lorenzo Ferrer Maldonado?* Creo que dicho tema ha sido anotado, acaso porque la Junta supuso conveniente y aun necesario, que Europa conociera de un modo preciso el criterio de nuestro país acerca de esos dos navegantes misteriosos, tan combatidos como apadrinados.

Y de no ser así, ¿qué otra idea hubiera guiado á la Junta organizadora? ¿La esperanza de que un bibliófilo sacara á luz nuevos y preciosos manuscritos sobre el asunto? No, porque se tiene el convencimiento material de que no existen entre los ya mil veces rebuscados archivos de la Península. ¿Entonces, será que solicite de las otras naciones datos probables é ignorados con que completar su estudio, disipar sus dudas y emitir su tesis? Tampoco es posible, porque de antiguo formularon dictamen sobre ello sabios eminentes é ilustres marinos interesados por honra nacional y por respeto propio en exponer verdades y argumentar con pruebas.

Faltaba, sin embargo, que todas estas juiciosas opiniones fueran más conocidas, pues ciertos geógrafos imaginan aún que los españoles han creado fantásticos personajes que realizaron increibles navegaciones. ¡Como si tan escasos fueran nuestros timbres en la historia de los descubrimientos! Creo, pues, que bajo este punto de vista es de mucha oportunidad el tema 7.° sometido á discusión y exa-

men, así como el que mi trabajo debe reducirse á reproducir con exactitud lo más curioso que se ha escrito sobre los problemáticos viajes de Juan de Fuca y de Maldonado, comentarlos lo mejor posible y hacer constar en definitiva ante el Congreso de americanistas cuál ha sido siempre la opinión de los doctos españoles. Desgraciadamente ocurre que las reputaciones más notables de estos doctos, no son bastante conocidas, y en cambio gozan de gran publicidad relatos absurdos que por emulación poco noble han inventado gentes extrañas.

Hacía falta, repito, un libro que remediara esta injusticia y que recopilando en sus páginas todo lo conocido y lo ignorado, todo lo coleccionado y lo disperso, todo lo inédito y lo publicado, sirviera de perpetuo testimonio, ó de punto de partida, si se quiere, para aquellos historiadores que en lo sucesivo mencionen á los citados navegantes.

Consecuente con este propósito, he impreso un libro titulado: *Sobre los viajes apócrifos de Juan de Fuca y de Lorenzo Ferrer Maldonado* en el que se da á conocer todo lo relativo al primer navegante comenzando por la exposición de su viaje según escribe el inglés Miguel Lok y que copia Purchas sin comentarios, así como las apreciaciones favorables respecto al mismo que le dedica el capitán Burney en su obra *Viajes al mar del Sur.*

También se inserta la discretísima memoria que escribió el insigne escritor D. Martín Fernández de Navarrete cuando fué comisionado por el Gobierno para que rebuscase prolijamente los archivos de la Península y emitiera informe sobre cualquier documento que se refiriese al piloto Juan de Fuca. Por dicha memoria se viene en conocimiento de que en nuestros archivos no existe papel alguno donde se mencione al citado piloto; y analizando luégo la relación del mismo y extractando las opiniones emitidas por los mismos españoles que han explorado el estrecho de Fuca, deduce que es de todo punto apócrifo el viaje de este navegante.

Hoy se halla fuera de toda duda la configuracion topográfica de aquel estrecho, y no es necesario indicar que un paso por él del Pacífico al Atlántico, ha sido siempre de todo punto imposible. Como creo que el ilustrado auditorio conoce perfectamente la relación del viaje de Juan de Fuca, sin dar sobre él más pormenor, refiriéndome á él, termino diciendo que no puede admitirse como probable para hacerlo verídico el socorrido recurso de las convulsiones geológicas, porque se encontraría desmentido con los más recientes estudios de aquellos terrenos. Débese, pues, negar en absoluto el viaje de Juan de Fuca tal y como él pretende haberlo realizado; pero ¿debe negarse igualmente que este piloto haya descubierto el estrecho que más tarde reconocieron Vancouver y otros muchos ilustres marinos? ¿Débese negar, si no la existencia de Juan de Fuca, al ménos el que haya pasado gran parte de su vida al servicio de la Armada española? Creo que no. Cierto es que no se conservan en nuestros archivos documento ni escrito alguno en los que aparezca siquiera por casualidad el nombre de Juan de Fuca, y esto nos autoriza á dudar de la verosimilitud de su viaje en los puntos más capitales que de él refiere. No pudo ser nombrado por el virey de Méjico piloto de una expedición de tres buques para descubrir nuevas tierras, porque hubiera constado como tal; no pudo haber perdido los 60.000 ducados que supone en el apresamiento de la nao de *Acapulco*, por las razones antes expresadas; no pudo, en fin, haber encontrado en el estrecho de su nombre una tierra fértil y rica en oro, plata y perlas, porque jamás en él han existido; pero creo, si no probable, posible el que dirigiendo una pequeña carabela y una lancha armada, se remontase hasta cerca de los 48 grados de latitud, que por error craso, comprensible en aquella época, fueran en realidad próximamente 49. Esto es todo lo que puedo conceder de verosímil á cuanto abarca la relación de Juan de Fuca. Él embocó tal vez el canal que allí existe, navegándole algunas millas, y satisfecho viró por redondo, confiando á su fantasía el com-

plemento de una exploración extraordinaria. En efecto, cuando Juan de Fuca refería á Mr. Lok el resultado de su viaje, aún no se tenía conocimiento del estrecho indicado, y parece difícil que él lo adivinara en situación tan poco errónea. Lo que entónces entrevió, bien pudo antojársele camino verdadero que le hubiera conducido sin gran dificultad hasta el Océano Atlántico. Su discurso sustituyó á sus ojos, y describió como si hubiera visto lo que presumía y tal vez lo que confiaba encontrar si probara de nuevo fortuna.

No menciono la defensa que de él hace Flericu en su introducción al *Viaje de Marchand*, porque carece hoy de toda lógica y de todo fundamento. No expresamos las varias opiniones de otros geógrafos, por lo vagas é indecisas. Además, cualquiera que haya sido su grado de veracidad, el viaje de Juan de Fuca encierra un interés muy secundario, puesto que en el caso más favorable hubiera de concedérsele la sola gloria del descubrimiento del estrecho que bojea la isla Vancouver.

Ya se ha visto que cuando este estrecho era poco conocido y se prestaban á toda conjetura sus naturales límites, de qué manera fué rechazado por apócrifo el viaje de Fuca, sobre todo en lo que se refiere á haber hallado un paso para el Atlántico.

Debo, pues, terminar diciendo que en nuestros días ha perdido todo interés la aclaración de lo que realmente hizo el piloto griego, porque nos consta cuál pudo ser su máximo triunfo y éste carece de importancia absoluta en la historia de los grandes descubrimientos.

No diré lo mismo respecto al pretendido viaje de Maldonado. La importancia de este viaje es tal, que de no ser apócrifo glorificaría su nombre, colocándolo á la altura de los descubridores más notables. El hubiera realizado en el siglo XVI una derrota del Atlántico al Pacífico por el N. de América, ó sea el llamado *paso del Noroeste*, navegación tantas veces emprendida por marinos de todas las naciones

y no realizada hasta ahora, si bien el inglés Mac-Clure en 1850 adquirió el convencimiento de la existencia del paso. Merece, pues, mucha atención y estudio cuanto sobre este hecho se refiere y es de justicia extremar su examen para conceder á Maldonado toda la gloria ó todo el ridículo que debe corresponder al que emprende y realiza tan extraordinaria exploración, ó al que inventa y miente con inaudito descaro.

Mucho se ha escrito y mucho se ha discutido ya sobre su viaje y sobre su persona; con tanto caudal de datos y con presencia de documentos tan explícitos y concluyentes, que nuestra tarea se ha reducido á una simple recopilación ordenada y á un comentario por demás sencillo y corto.

El primer escritor que dió á conocer en nuestro siglo con alguna amplitud el viaje de Maldonado, fué el duque de Almodóvar bajo el pseudónimo de Eduardo Malo de Luque en su obra *Establecimientos ultramarinos de las naciones europeas*. Esté notable erudito examinó la relación del citado viajero y no se atrevió á admitirla como auténtica ni como apócrifa.

En 1790 un respetable miembro de la Academia de Ciencias de Paris, M. Buache, leyó su célebre *Memoria* en defensa del viaje de Maldonado, sin parar mientes en los manifiestos errores que entraña, y alargándose en consideraciones entusiastas, en aquellos lugares de la relación que pudieran pasar como verosímiles. Esta acalorada defensa tanto como poco preconcebida, alcanzó el eco que era de esperar, ocupando la atención de geógrafos y astrónomos muy notables en Francia, Alemania, Italia é Inglaterra; pero á la vez que poníase en discusión y procurábase en principio conceder á Maldonado la gloria de haber descubierto el paso del NO., los doctos marinos é ilustres geógrafos españoles, protestaron de aquella inmerecida suposición y por cuantos medios estuvieron á sus alcances hicieron saber á Europa que el viaje de Maldonado era una invención ridícula, y que en nuestro país se rechazaba en

absoluto toda opinión favorable y más aún toda tesis concediendo á España la realización de tan glorioso descubrimiento.

Entre los marinos que con mayor caudal de lógica refutaron la *Memoria de Buache*, debemos citar al capitán de fragata D. Ciriaco de Cevallos, al de igual clase D. Alejandro Malaspina, á D. Martín Fernández Navarrete y á otros varios distinguidos oficiales cuyas disertaciones notables han logrado poquísima publicidad.

Los reducidos límites á que debe concretarse esta Memoria, no me permiten aducir ninguna de las argumentaciones empleadas por dichos comentaristas y mucho menos reproducir la relación del viaje de Maldonado. Así pues, terminaré diciendo, que una vez leidas las expresadas refutaciones, se habrá adquirido el convencimiento de que el dicho Ferrer Maldonado, fué un embaucador y su viaje totalmente apócrifo. Para dar mayor prueba de esta conclusión, me propuse insertar, como remate digno de su poca envidiada referencia, un documento que contiene la causa que se le formó en Guadix per estafador, cuyo documento tuvo ocasión de examinar el Sr. Fernández de Navarrete y sacar copia de él en el Archivo de Indias de Sevilla. Pero de esta copia no tengo noticias y cónstame hoy que el original que según Navarrete existía en aquel Archivo entre los documentos llevados de Simancas, rotulado, *Junta de guerra del Consejo de Indias,* después de registrados escrupulosamente dichos legajos, nada se expresa en ellos de la causa que se le siguió en Guadix á Maldonado. Al mismo tiempo no puedo dudar de la veracidad del Sr. Navarrete, por lo cual supongo que se haya extraviado ó lo hayan introducido bajo distinta rotulación de la que indicaba aquel erudito.

Pero no es de absoluta necesidad la presencia de esta prueba acusadora, porque aun prescindiendo de los malos antecedentes de Ferrer Maldonado, sobran motivos poderosos para rechazar en absoluto como apócrifa su debatida navegación.

Creo, como todos sus comentaristas españoles, que las invenciones ridículas y los relatos absurdos de compatriotas nuestros, contribuirían á menoscabar las verdaderas glorias adquiridas y á desmentir la merecida fama de discretos y veraces que gozan nuestros historiadores.

Por eso declaro mi firme convencimiento de que la relación de Maldonado no admite defensa alguna, ni se halla resquicio en ella para dudar de que es apócrifa y falso todo lo que contiene.

En el mismo libro á que hago referencia, he insertado varios apéndices curiosos de las gestiones de Maldonado y que son los únicos documentos que mencionan á este falso descubridor y que existían inéditos en el Archivo general de Indias.

También me atrevo á mencionar un trabajo que inserto en el mismo volumen, titulado *Última teoría sobre la Atlántida* por el doble motivo de abarcar uno de los temas propuestos al Congreso, y porque se halla presente un distinguido sabio francés, al que tuve el honor de dirigirme, refutando ciertos puntos de pura teoría que expresa en una de sus más notables obras.

Cónstame que el ilustre profesor á quien me refiero, Monsieur Paul Gaffarel, presentará en este Congreso una brillante y magnífica disertación sobre la antigua Atlántida, cuyas conclusiones no puedo asegurar si serán idénticas á las que aducía dos años hace, en su obra *Estudio sobre las Relaciones de América y el antiguo continente*, es decir, las mismas que fueron objeto de mi respetuosa refutación.

Según mi opinión humilde, si la Atlándida existió, hubo de ocupar probablemente el gran banco sobre el que hoy se asientan las Azores y cuya superficie es próximamente igual á la de la Península ibérica.

Después de esta noticia, el Sr. **W. Reiss**, vicepresidente de la Sociedad geográfica de Berlín, presentó al Congreso algunas publicaciones, entre

ellas, dos del Sr. Bastian acerca de los *Vasos del Perú* y de las *Piedras pintadas de Colombia;* la del propio Sr. Reiss *La Necrópoli de Ancon en el Perú*, importante recopilación de materiales para la historia de la civilización y de la industria del imperio de los Incas, y la del Sr. Voss sobre los *Sílices de Yucatán*. A seguida relacionó los trabajos que se verifican actualmente en la organización del museo de Etnografía de Berlín, bajo la dirección inteligente del Dr. Bastian, anunciando que la Etnografía americana tendrá considerable representación y que el establecimiento será abierto al público dentro de tres ó cuatro años á lo más.

El Sr. **Bamps**, invitado por la presidencia, manifestó que no habia pensado hacer uso de la palabra en esta sesión, pero que con el mayor gusto expresaba la complacencia con que habia escuchado la comunicación del Sr. Reiss, aprovechando la ocasión de ampliar un tanto las opiniones que habia iniciado en la sesión inaugural relativamente á la importancia de los museos etnográficos y arqueológicos, como medio de desarrollar y extender los estudios americanistas. Hizo notar que estos museos, que en algún modo hacen tangible la ciencia, son indispensables al conocimiento exacto de las antigüedades americanas. El arte antiguo de la cerámica del Nuevo Mundo, de estudio tan vario y curioso desde su origen á la desaparición, á través de los progresos y transformaciones que tuvo, no pudiera considerarse de otro modo mejor, demostrándolo evidentemente la irresistible atracción que

llevaba á todos los miembros del Congreso, arqueólogos, antropólogos ó etnógrafos hacia la magnífica exposición de antigüedades americanas organizada en obsequio suyo en Madrid, como arsenal de preciosos elementos de doctrina. Encareció en este concepto, el valor que tenían las noticias comunicadas por el Sr. Bamps, tanto más, estando encomendada la clasificación de los objetos á personas de compotencia tan notoria como la del profesor Sr. Bastian y del mismo Dr. Reiss, ya que han sido enviados á América por su Gobierno con la misión de hacer exploraciones científicas y de adquirir objetos dignos de figurar en las colecciones nacionales del imperio alemán.

Por último, expresó el deseo de ver citación para que se verifique en Berlín la sexta sesión del Congreso, á fin de contar con la oportunidad de proseguir en el museo que se instala ahora en aquella capital, los estudios experimentales y comparados, los más fecundos sin duda, empezados con tanto provecho á beneficio de la maravillosa Exposición de Madrid.

Volviendo al terreno de la geología presentó el Sr. Bamps una Memoria escrita en francés por la señora inglesa Marcella T. Wilkins, que en el Congreso anterior de Bruselas se hizo justamente aplaudir por otros interesantes trabajos sobre materia tan profunda. La Memoria es como sigue:

Hypothèse sur la Disparition de l'Atlantide.

Messieurs: C'était avec les plus flatteuses espérances que je caressai le plaisir que me promettait une visite à Madrid pour assister à votre Congrès. Mais des circonstances inattendues m'empêchent pour le moment d'entreprendre un si long voyage, et je dois me borner par l'intermédiaire bienveillant de M. Bamps, le délégué belge, de vous offrir l'hommage de mon estime, comme à la nation la plus chevaleresque et la plus humanitaire de toute la famille européenne.

Je répète le mot humanitaire; parce que je connais vos us et coutumes, et vos lois civiles que visent de concert et toujours à la protection des êtres faibles sujets à leur régime.

J'ai un plaisir infini à proclamer ce que je sais de vos vertus et de votre humanité chrétienne.

Après ce petit exorde; que je me suis permis de formuler en vous saluant; permettez que j'ajoute quelques mots au sujet de l'hypothèse que j'ai eu l'honneur d'avancer pendant la séance de votre Congrès à Bruxelles le 26 septembre 1879.

Pas plus à présent qu'alors je ne me permettrai d'approcher de cette docte arène, si dignement occupée par les savans ici assemblés; ma seule ambition doit être de vous indiquer les quelques conclusions auxquelles je suis arrivée en étudiant les magnifiques découvertes du jour.

L'hypothèse que j'avais avancée était que, selon toute probabilité, le dernier déluge a eu son origine dans l'Océan Pacifique; et que les premiers habitans de l'Amérique n'étaient que des refugiés, venus d'un continent submergé par ce cataclysme.

Comme preuve de cette probabilité, je vous ai cité l'aliment sacré des Indiens, composé de certaines plantes qu'ils

cultivaient soigneusement; mais qui cependant ne se trouvent à l'état sauvage nulle part sur le globe ce qui ferait présumer une patrie disparue depuis longtemps sous les eaux.

Je vous ai cité les traditions des Indiens eux mêmes; qui tous, rapportent leur première arrivée en Amérique, à un cataclysme diluvien surgi dans les eaux du Pacifique.

Je vous ai même cité les archives historiques du Mexique, qui enregistrent une certaine époque, reculée, comme L'ÂGE DES EAUX.

Et je vous ai cité encore d'autres faits qui pris ensemble, m'ont porté à former l'hypothèse sus-dite; que cependant j'ai formulée assez timidement, et plutôt comme une idée que je soumettai à l'examen du Congrès.

Mais aujourd'hui ce n'est plus avec la même timidité que je parle. Car après de longues et serieuses études, cette idée qui n'était d'abord que vague, a fait place à une ferme conviction: et je crois à n'en pouvoir plus douter, que les eaux du Pacifique, poussées par un mouvement que nous n'avons pas encore saisi, et à une époque encore indéterminée, se sont entassées derrière les barrières infranchissables des Andes; et qu'ayant gagné les hauteurs des premières gorges, elles y sont passées, et de là se sont precipitées sur les plaines, qu'elles auront encore traversées dans toute leur étendue pour arriver finalement aux bords de l'Atlantique.

Et voici un fait remarquable qui se rattache à ce cataclysme. Sa marche à travers l'Amérique centrale, semble avoir pris une direction oblique du Sud-Ouest au Nord-Est; décrivant une ligne qui coupe l'équateur sous un angle de vingt à vingt-deux degrés environ; ce qui naturellement amènerait le torrent du déluge à travers le Sahara pour déboucher plus loin par la Tripolitaine, dans le lit marmoréen de la Méditerranée.

Par une coincidence singulière, cette ligne semble se répéter dans la courbe occidentale de l'Amérique du Sud,

la courbe occidentale de l'Afrique et la côte occidentale de l'Indoustan; comme si la mer à une époque antique avait pris cette direction en s'efforçant de briser les barrières qui l'empêchaient de prendre possession de leurs plaines.

Je ne dis pas que ces courbes se rattachent au déluge.— Je ne fais qu'indiquer la coïncidence.

Et pour ce qui est de ma théorie, je ne l'ai pas formée à la légère. L'invasion de la mer n'a pas eu lieu sans laisser des traces bien distinctes de son passage. Ainsi, nous voyons naître aux pieds mêmes des cordillères de l'Amérique centrale, ces immenses plaines connues sous le nom de *llanos* ou Savanes; mesurant plus d'un million d'hectares dans toute leur étendue entre l'Amazone et les montagnes qui bordent la province de Cumana, toujours et toutes exposées aux effets fertilisateurs d'un soleil tropical et cependant recouvertes d'un bout à l'autre d'un herbage pauvre, et propre seulement à la nourriture des bestiaux sauvages qui errent dans ces solitudes; où pas un arbre, pas un arbuste, ni même une plante à fleur, ne vient varier la monotonie de leurs tristes horizons.

Mais dès qu'un indien, un *peon*, un colon quelconque, se prend à travailler le sol, à l'instant son petit bout de terrain se transforme en jardin fleurissant comme la rose, riche de toute la belle végétation des tropiques, et rendant mille pour cent aux peines du laboureur.

Pour lors il devient évident, que cette vaste étendue de surface ait été, dans un temps préhistorique, soumise aux effets de quelque influence sterilisatrice; et la question de si cette influence a été le passage torrentiel de la mer, nous met en présence d'un autre fait qui semble le prouver.

Pendant les grandes sécheresses qui suivent la saison des pluies, quand l'herbe est pour ainsi dire brulée jusqu'aux racines: vienne seulement un nuage chassé par l'orage lointain, et qu'il arrive à se décharger en averse sur quelque point de ces parages; si à cette averse suit immédiatement la chaleur intense du soleil, alors il se forme une évapo-

ration presqu'instantannée; et on voit sur toute la surface, se developper une couche de cristaux de sel d'une blancheur éblouissante semblable à une nappe de neige; et on m'a assuré, que ces cristaux avaient parfaitement le goût de sel marin. Or, je vous demande, d'ou vient ce sel? Si ce n'est d'une ancienne mer?

Et un autre fait vient en corroboration. C'est l'énorme quantité de grosses pierres entassées l'une sur l'autre à l'entrée des vallées où une branche des cordillères court le long de la province de Cumana. C'est tout comme si un vaste, un effroyable torrent, se trouvant empêché dans sa marche, par les pierres qu'il entrainait, les avait laissées à l'entrée des gorges qui bordaient son chemin.

Ce phénomène n'a pas échappé à l'observation du grand Humboldt; qui, en les rapportant dans le récit de ces voyages, n'a pû s'empêcher d'exprimer son étonnement; et aurait même avoué qu'il ne pouvait l'expliquer autrement que par le passage torrentiel d'une immense inondation.

Et Humboldt n'est pas le seul, ni le dernier qui ait fait cette observation. Prèsque tous les voyageurs, qui ont livré leurs observations au public ont fait la même remarque et il n'y a pas longtemps encore notre auteur Charles Kingsley en traversant l'île de la Trinidad aurait signalé que les grandes eaux torrentielles y avaient marqué leurs traces dans un temps où cette île était encore reliée au Continent.

De ces faits donc, je suis arrivée à la conclusion, que le déluge, prenant cours à travers les *llanos*, n'a fait que balayer la surface—le courant étant encore trop impétueux peut-être pour y laisser d'autres restes que la sterilité.

Mais le voilà aux bords de l'Atlantique comment se conduira t-il?

L'Atlantique qui pourrait nous en compter long—se tait. —Seulement il nous montré du doigt, le gulf-stream qui s'en va courant, galopant, vers le nord d'abord;—puis vers l'Orient; pour arriver sur les côtes occidentales de l'Europe;

—et sans jamais perdre une seule fraction de son identité, ni de son impulsion—ni de sa belle couleur bleue quand elle se disperse dans la Méditerranée.

Est-il donc douteux que le déluge, mille fois plus impétueux que le gulf-stream, ait de même franchi l'Atlantique pour arriver en Afrique où nous retrouverons ses traces dans l'énorme stérilité qui règne comme une désolation eternelle dans ces régions?

Examinons le Sahara! d'où vient ce monde de sables mouvants? de sables accumulés en si vaste quantité? Voulons nous l'apprendre? Tournons nos regards un moment vers l'Europe! Nous verrons sur toutes les plages occidentales, par ci, par là, les mêmes effets—des sables amoncelés—des sables mouvants, que la mer aura déposés pendant les hautes marées et les inondations orageuses!

Ce qui se fait en petit sous nos yeux; s'est fait en grand en Afrique dans les journées cataclysmales du déluge. Nous ne pouvons pas mettre en doute que la mer ait été le grand facteur des sables du Sahara! Aussi nous y verrons réproduit le phénomène des cristaux de sel; et sur une échelle bien plus vaste encore —jusqu'au point de nous faire l'effet d'un *mirage;*—c'est à dire, l'aspect illusoire d'une grande mer, là où nous savons trop bien, qu'il n'existe que des sables à l'infini.

D'ailleurs il est tr s bien connu, que dans certains endroits, on n'a qu'à fouiller assez profondément dans ces sables pour y trouver de véritables traces d'eau de mer, comme si le déluge y avait filtré et les y avait laissé, comme témoins de sa présence.

C'est précisément cette circonstance qui a donné lieu à une conjecture assez plausible d'ailleurs et longtemps acceptée par nos savants, à savoir: que le Sahara ait été le lit d'une branche primitive de l'Atlantique; mais qu'un soulèvement du terrain ayant élevé le fonds au dessus du niveau de l'Océan; les eaux se sont écoulées, laissant derrière elles, les sables que nous connaissons.

Mais je puis affirmer en toute confiance qu'il n'y a pas eu de soulèvement ici—il n'y a pas eu de mer non plus—ni sur le système tertiaire ni *avant le déluge*; et que s'il y en a eu depuis c'était seulement des mares où des fonds de bassins par ci, par là, laissés par le torrent qui courait vers la Méditerranée.

Et voici q'une découverte toute récente vient prouver ma théorie: la découverte dans le sol, sous les sables, de pointes de flèche en silex, en quantités innombrables.

«Preuve incontestable (dit Paul Bourde dans la *Revue »des deux mondes*, fevrier 1881), de l'existence d'une po»pulation nombreuse, qui trouvait à ce temps reculé un »climat favorable à la vie, dans ces mêmes contrées qui »semblent vouées aujourd'hui à une stérilité éternelle! La »mission à Ogla et Hassi a ramassé des débris de taille de »silex, sous une incrustations gypseuse de 60 centimètres, »déposée par des sources qui ont cessé de couler depuis des »temps géologiques.»

Moi, au contraire! J'aurai dit de ces sources qu'elles auraient été étouffées par les sables.

Et quand nous réfléchissons, que notre globe, posé obliquement sur le plan de son orbite; ait du se refroidir par ses pôles graduellement vers l'équateur; nous comprendrons facilement que cette ancienne population s'est multipliée, s'est répandue, a joui de la vie, à une époque où la chaleur de ces latitudes n'atteignait plus déjà le dégré qu. détruit la vie; il me semble qu'il ne serait pas difficile de determiner cette époque aproximativement.

« Mais! » — me direz vous — « si véritablement la mer a »passé par là, comme vous voulez nous le faire accroire; où »sont les coquillages qu'elle aura déposés pendant sa mar»che? Les a t-on ramassés aussi; comme les silex taillés?»

Certes non messieurs! pas dans les couches de sables. La mer n'en a jamais déposé là. Possible, dans les fonds de ces mares et de ces bassins par ci, par là, qui sont restés après que le torrent avait cessé, petits bassins qui ont com-

muniqué longtemps avec l'Océan du dehors; encore possible! mais jamais dans les sables qui marquent le passage du torrent. Car il faut connaître le caractère et les habitudes des coquillages pour déduire quoique ce soit de leur présence ou de leur absence. Petites créatures nées pour folâtrer dans les eaux! comme les papillons dans les airs! ils ne voguent pas plus que ces derniers dans les orages de leur élément. Ils fuient le mouvement torrentiel, et dès que l'agitation se fait sentir sur la surface, vite! ils se laissent tomber cherchant le calme dans les profondeurs du fonds. Mais que la tourmente soit passée et qu'une douce marée se mette à baiser le pan du manteau fleuri de la terre, alors les voilà qui remontent de nouveau, respirer l'air frais de la surface; se balancer mollement entre deux eaux; ou à se laisser entrainer vers la plage, pour la broder et la parsemer, des plus jolis trésors de l'Océan.

Non! le déluge n'a pas laissé de coquillages sur ses traces dans le Sahara. Il aura laissé la stérilité dans les savanes de l'Amérique, et des sables éternels sur les plaines de l'Afrique, pendant que son torrent se dirigeait vers le bassin de la Méditerranée—par la Tripolitaine comme je l'ai déjà indiqué.

Arrivé là—que s'est il passé?

La mer a t-elle talonné le sol de la Syrie? et de l'Arménie? cherchant quelque bas fonds convenable où elle pourrait décharger ses eaux superflues? et par là épuiser l'impétuosité de son mouvement? A t-elle jeté un bras latéral dans le bassin du pont Euxin? a t-elle cherché à franchir les hauteurs escarpées du Caucase qui lui barraient le chemin?

Je n'ose pas m'aventurer plus loin!

Toujours est-il, que nous voilà en présence de deux mers suspectes; la Caspienne et l'Aral juste sur la ligne du chemin oblique que le déluge avait pris en quittant les pieds des cordilières.

Mieux vaut abandonner ce terrain à de futures investi-

gations, et revenir contempler la Méditerranée. Elle est pleine. Les eaux sont calmes. Il parait qu'il y a eu un rebondissement dans la force du mouvement original.— Peut-être en se brisant contre le Caucase—car le passage de Gibraltar a été payé! Peut-être par l'apaisement du grand mouvement dans le Pacifique lontain, car les eaux superflues sont allées de la Méditerranée, se perdre dans les vagues générales de l'Atlantique.

Mais quel cataclysme avons-nous entrevu? Quel effroyable désastre! Quelle noyade de peuples et de nations! C'était pour eux la fin du monde!

Par la trouvaille des flèches de silex dans le sol sous les sables, nous pouvons fixer l'époque de ce cataclysme juste dans L'ÀGE DE PIERRE.

Et que cette théorie n'effraie pas les âmes pieuses! Les saintes écritures en constatant le simple fait du déluge, ne nous disent pas de quel côté le mouvement s'est produit; si c'est vers l'Orient ou vers l'Occident. Et après tout; comme l'Arche de Noé a été construite sans voile ni aviron, il nous est permis de supposer, que les eaux, dans leur crû l'avaient soulevée à peu de distance peut-être du mont Ararat, où elle s'est finalement arrêtée.

Cependant, avant de finir, je vais vous prier de m'accorder encore quelques instants.

Je voudrais recapituler les faits, et en suivant exactement la chaîne des circonstances qui m'ont amenée à la conclusion émise m'assurer autant que possible, que j'aurai rendu ma théorie aussi claire pour vous qu'elle l'est déjà dans mon propre esprit, à cet effet marchons à rebours.

J'ai présumé l'entrée des eaux du déluge dans le bassin de la Méditerranée parce que ce bassin se trouve juste sur le chemin oblique que prit le grand courant en quittant les pieds des cordilières.

Je l'ai fait passer par la Tripolitaine, parce que cette dernière, montre une échancrure prononcée, avec des côtes, basses, stériles et sabloneuses, où en fouillant on arrive à des bas fonds de mer très distincts. (Et par parénthèse je pourrais même hasarder l'opinion qu'on ne trouvera pas de traces d'eau de mer à l'Ouest de la Tripolitaine—car les sables qui ont enterré les monuments de la Thébaide y ont été poussés par *les vents* et non pas par le déluge.)

J'ai avancé que c'était la mer qui aura rejeté les sables sur ce grand terrain africain appelé le Sahara, parce qu'elle en agit de même tous les jours sur les côtes occidentales de l'Europe.

Et j'ai jugé que le rejet de ces sables aurait eu lieu par le fait d'une convulsion énorme de la mer (énorme en raison du volume du rejet), parce que j'ai remarqué que c'était toujours en temps d'orage et de haute marée que les sables s'accumulent sur les plages de l'Europe.

Et j'ai déduit de la rencontre des flèches de silex dans une conche sous les sables, qu'un peuple primitif, chasseur, aurait été atteint par cette convulsion; et que par conséquent, nous pouvons rapporter le grand cataclysme à l'époque de l'homme primitif chasseur à L'ÂGE DE PIERRE.

Et le Sahara! Ces sables éternels! où donc la mer les a t-elle pris? Elle n'en a pas déposé, en Amérique! Je sais qu'elle ne les a pas arrachés du fonds de l'Atlantique, puis que son courant marchait sur la surface seulement, comme font tous les courants—le Rhône à travers le lac de Génève—l'Amazone sur 135 kilomètres dans l'Océan—le Gulf stream enfin, et tant d'autres! Et comme je sais d'ailleurs que la mer rend toujours d'un côté ce qu'elle prend à la terre d'un autre côté. Je me demande:

Où donc a t-elle pris cette immensité de sables qu'elle a rejetés sur le Sahara?

Elle les aura pris sur la surface de l'Atlantique.

Quelque chose donc a du se trouver sur son chemin, et

les sables ne sont autre chose que le détritus stérilisé de ce quelque chose.

Qu'est ce que c'était?

Messieurs, était-ce l'Atlantide!?

Cependant je ne supposerais pas que le torrent aurait submergé le tout—cette partie seulement qui se serait trouvée sur son chemin—et en admettand le fait; et supposant toujours que la partie septentrionale de l'Atlantide ait été épargnée, et que son terrain fut composé du système tertiaire ou quaternaire, ce que la mer gourmande—alors il n'est plus douteux que la destruction commencée au temps du déluge n'ait été completée plus tard; et le détritus en forme de sables rejetés sur les plages du golfe de Gascogne l'aurait été très lentement et la plus grande partie du sol se serait dispersée dans les eaux générales de l'Océan, car la quantité des dunes amoncelées sur les plages du golfe, ne répond guère à l'étendue d'un si vaste terrain comme je supposerais l'Atlantide.—(Ce serait là le sujet d'une investigation future.)

Maintenant à tout ceci; j'aurais encore un petit mot à ajouter—que j'adresserais tout modestement comme de juste, à tous ceux qui supposeraient venir de l'Europe, les fondateurs des civilisations expirées de l'Amérique. Je prierai instamment ces messieurs, de se rappeler que tous les monuments, tous les signes d'une première civilisation se trouvent alignés à l'Occident et aux pieds des cordilières—pas un seul à l'Orient de l'Amérique dans toute son étendue! où les immigrés se seraient naturellement assis, en arrivant après un si long voyage?

Mais revenons à notre itinéraire à rebours. Nous voilà en Amérique sur les *llanos*. Il n'y a certainement pas de sables ici, pas une trace! Ainsi donc vous me ferez remarquer tout naturellement.

« Puisqu'il n'y a pas de sables dans les plaines de l'Améri-

»que Centrale, pour marquer la submersion d'un continent »dans le Pacifique comme vous nous l'avez fait supposer »dans le Congrès de 1879. Votre idée n'était donc qu'un »rêve?»

Non messieurs, ce n'était pas un rêve. Le continent a réellement existé! et a été submergé—mais dans des circonstances qui demanderaient un rapport à part—et je crains d'avoir abusé trop longtemps déjà de l'attention prolongée de cette auguste assemblée.

Je dois donc remettre au prochain Congrès, si j'ai le bonheur d'être encore de ce monde, pour vous rendre compte de bien d'autres faits que j'ai recueillis, et que je recueille toujours sur LA CAUSE de ce grand mouvement de la mer que aura sumergé dans le Pacifique tout un continent vaste, riche, fertile, varié—où peut-être s'est réveillée la première étincelle de l'intelligence humaine—et dont les refugiés dans les journées fatales du déluge, ont rapporté dans leur nouvelle patrie leurs précieuses traditions, pour être reproduites plus tard, dans ces monuments restés dans les plaines et les forêts de l'Amérique, et qui restent encore pour nous enveloppés d'un si profond mystère.

MARCELLA T. WILKINS.

3, rue Taider.

Concedida la palabra al **Sr. Botella**, presentó la notable carta geológica de España de que es autor, la del Océano Atlántico formada por Stieler y modificada á los fines que se proponia demostrar, é hizo resumen oral de la Memoria que sigue, inspirada en el tema de la convocatoria del Congreso

Pruebas geológicas de la existencia de la Atlántida; su fauna y su flora.

Recorriendo la larga historia que desde los más remotos comienzos envueltos en espesísimas nieblas, llega por serie frecuentemente interrumpida y salvando hondos abismos hasta la edad presente, hay cierto fenómeno, más de una vez repetido, digno por su carácter especial de singular atención y de meditación profunda. Ocurre, en efecto, que en medio de tantas y tantas páginas borrosas, eterna desesperanza de la docta investigación, aquí y allá se destacan algunos mal definidos renglones en extraños y singulares signos, que desafiando al tiempo, sobrenadando sobre las edades, venciendo el olvido, se repiten, si bien más ó menos transformados, en todas las tradiciones, se tropiezan en todos los pueblos y con sus formas casi impalpables, pasando al través de todas las generaciones, va trasmitiéndose de unas en otras, vivos, imperecederos, y siempre revestidos de todo el encanto, de toda la atracción de sus misterios mismos, cual si el velo que los cubre fuere mayor aliciente á ese sentimiento que arrastra á pesar suyo nuestro espíritu hacia lo insondable y lo incognoscible; sentimiento venturoso y manantial fecundo de donde, si no siempre sale la verdad, brotan sin embargo gérmenes preciosos que el tiempo ha de vivificar más tarde. Como tema obligado hemos de discurrir hoy sobre una de esas tradiciones, la de la célebre y desaparecida Atlántida, y sin pretender comunicar á tan docta asamblea la convicción que nos anima, intentaremos añadir algunos hechos, algunas pruebas en apoyo de la opinión por nosotros sustentada, dejando á sabios esclarecidos y á investigaciones posteriores la resolución final de tan interesante problema.

De todos es conocido el poético relato que el insigne filósofo griego consigna en sus admirables diálogos del Timeo

y del Critias con respecto á ese gran continente, la Atlántida, que horrendo y repentino cataclismo sepultó en los abismos del mar «en noche fatal y en un solo día.» Hoy puede decirse que aquella remota tradición admitida por todos los historiadores antiguos, considerada luego como fabulosa, debatida posteriormente y comentada con singular calor, se halla en su esencia fuera de duda á los ojos de la moderna crítica y que las investigaciones posteriores así como las observaciones de las ciencias naturales se aunan acumulando sus pruebas en favor de su antigua existencia. El sitio que hubo de ocupar, es el que aparece incierto todavía; pero fundados en el texto mismo de Platón y en el conjunto de pruebas históricas y científicas debidas á los modernos trabajos de los Unger, Gaffarell, Marcou, etc., á cuya sombra nos atrevemos á presentar alguna de las debidas á nuestras propias investigaciones, procuraremos aducir las razones que nos llevan á enlazar directamente la Atlántida con nuestro propio territorio.

Por otra parte, el interés que entraña la existencia de ese gran continente, su desaparición cuando la tierra se hallaba ya en gran parte habitada y la importancia que puede tener para explicar emigraciones confirmadas en cierto modo por tradiciones comunes á los pueblos del antiguo y del nuevo mundo, son títulos bastantes para que siquiera por breves momentos llamemos sobre este particular vuestra atención.

Al referir á Solón las grandes catástrofes que á largos intervalos pueden ocurrir en nuestro planeta, el antiguo sacerdote de Sais repite un hecho tan comprobado por la historia misma de la tierra y tantas veces repetido en mayor ó menor escala, que hoy no ofrece ni siquiera sombra de duda. Las especies fósiles marítimas que pueblan el interior de nuestros continentes y que no sólo cubren los llanos, sino que alcanzan las mayores altitudes, muestran en demasía los cambios repetidos que en épocas determinadas han ocurrido en la diversa repartición de los mares y de las

tierras, y asimismo sin recurrir á las grandes y principales fases por que ha pasado nuestro planeta, son tantos los ejemplos que pudieran citarse dentro del período de la historia escrita de comarcas enteras invadidas por las aguas, de ciudades destruidas y sepultadas bajo las ondas, de terrenos alternativamente cubiertos y abandonados por los mares y de islas enteras desaparecidas al influjo de leves oscilaciones de la débil corteza que habitamos, que esa clase de fenómenos no causa ya asombro ni extrañeza, por más que los acompañe el natural espanto de ver desvanecerse la confianza innata en la estabilidad del suelo sobre que se desarrolla nuestra vida.

No hay nadie, por tanto, hoy día, que dude un instante que el fondo de la citada tradición sea exacto, y sea cual fuere el sitio ocupado por la Atlántida, su desaparición posible es un hecho que pertenece ya á la ciencia. Veamos ahora si concretando los hechos, discutiendo los datos, aprovechando las investigaciones de modernos estudios y apoyándonos en los testimonios irrecusables que nos suministra la observación atenta, podremos, marchando de lo conocido á lo desconocido, avanzar algo más con ciertos visos de probabilidad, hacia la determinación de la segunda parte del problema.

Al hablar del poderoso ejército de los atlantes, dice el venerable sacerdote que «proceden de una isla mayor que »la Libia y el Asia, colocada delante del estrecho donde se »levantaban las columnas de Hércules. De esa isla podía »pasarse con facilidad á otras islas y á todo el continente »que baña el mar interior, porque lo que está más allá del »estrecho, se parece á un puerto con angosta entrada pero »es un verdadero mar y la tierra que le rodea continente »verdadero.»

«En esta isla Atlántida imperaban reyes de grande y ma»ravilloso poder, que extendían su dominación sobre la isla »entera, sobre algunas otras islas y porciones del continente »y también por la parte de acá del estrecho sobre la Libia

»hasta el Egipto y sobre la Europa hasta la Thirrhenia. »Más tarde, grandes terremotos é inundaciones tragaron en »un solo día y una noche fatal todos los guerreros de la »Grecia, desapareció igualmente la isla Atlántida, y desde »entonces aquel mar se volvió inaccesible, dejando de ser »navegable por la cantidad de limo que la isla sumergida »dejó en su lugar» (1).

Dejando para más adelante el ocuparnos de estos últimos pormenores, notables por su minuciosidad, parece tan señaladamente determinada la situación de la Atlántida, que no se comprende en verdad cómo ciertos comentadores hayan llegado á colocarla, quién en la Escandinavia (Rubbeck), quién en el Sahara (Kerchmaier), quién por fin en el mismo Mediterráneo entre Malta, Sicilia y la Cerdeña. M. Paul Gaffarell en sus estudios sobre las relaciones de la América y del antiguo continente encuentra igualmente claro el texto de Platon, y discutiendo con excelente criterio todas las diversas hipótesis, aduce la concordancia de las pruebas que suministran al efecto las ciencias naturales.

«La geología, dice este distinguido sabio, establece como uno de sus principios más comprobados, que siempre que en los estratos de islas y de continentes separados actualmente por algún brazo de mar ó sometidos á otras condiciones climatológicas, se encuentran identidad de floras, identidad de faunas, puede deducirse con certeza

---

(1) No deja de tener interés la comparación de los efectos que produjo un simple terremoto en estas mismas regiones en 1755. El terremoto de Lisboa fué un verdadero cataclismo, porque en tres sacudimientos y 6 á 7 minutos, destruyó toda la ciudad, haciendo perecer más de 30.000 personas. Se extendió desde la punta septentrional del África hasta Noruega é Islandia, conmoviendo toda la Europa y asolando varias poblaciones de Berberia. El Atlántico se vió fuertemente agitado hasta más allá de las Antillas, adonde las aguas tornadas negras, se elevaron de 6 á 7 metros, en tanto que en Cádiz alcanzaban hasta 20 metros sobre su nivel ordinario, derribando altas murallas. Se valúan en unas 600.000 las personas que sucumbieron de resultas de esta formidable catástrofe.

que esas comarcas debieron de estar unidas anteriormente.

De tal manera probó Murchisson la antigua conexidad de Inglaterra y de Irlanda, Forbes la de Irlanda y de España y Bourguignat la de España y el Africa septentrional. Apoyado por tanto en las observaciones de Oswald Heer, Klee, Gaudry, Unger, Reclus, Codazzi, etc., etc., deduce M. Gaffarell la unión de Europa y de América, señala las conexiones entre las Antillas y Tierra-firme, indica la necesidad de un istmo, isla ó continente que en otro tiempo facilitara las comunicaciones entre la América y la Europa, y valiéndose de los mapas de Stieler donde se apuntan las diversas profundidades observadas, marca este continente como limitado por las Azores, las Canarias y las Antillas, cuya existencia todavía de ayer, explicaría las analogías y semejanzas de idiomas, religiones, costumbres, monumentos y tradiciones y hasta de ciertos adornos y trajes entre americanos, irlandeses, iberos, etruscos y egipcios.

Estas observaciones son exactísimas; prescindiendo de las diversas cuestiones que se enlazan con este tema y concretándolo al único punto de vista físico y geológico, la unión de ambos continentes puede afirmarse por completo, sin que esto entrañe que la Atlántida hubo de ocupar toda la inmensa superficie del Océano que limitan las Azores, las Canarias y las Antillas, ni tampoco que alguno de los principales grupos de estas islas existieran desde entonces en la forma que hoy las conocemos.

Veamos ahora cómo hubo de intervenir en este enlace nuestro territorio y cuáles eran las condiciones climatológicas que le informaban al ocurrir la catástrofe señalada.

Desde luego, al echar una mirada sobre el mapa geológico de esta Península, llama sobre manera la atención que en tanto que la serie de los terrenos sedimentarios se halla representada en casi todo el largo desarrollo de sus costas, tanto orientales como occidentales, al llegar al extremo NO. desde Aveiro á Avilés y sobre una longitud de más de 1.200 km., las orillas del mar se presentan cortadas por

altísimos acantilados, accidentadas por numerosos *fiordos*, labrados unos y otros principalmente en aquellos elementos que formaron las primeras capas de nuestro globo ó, en corto trecho, en las que vinieron inmediatamente después. Y como sea cual fuere la intensidad de los agentes destructores, sus efectos no llegan nunca á borrar en su totalidad los vestigios de lo que fué, sin que aquí ó allá subsistan algunos restos que atestigüen su anterior existencia, queda por tanto patente y demostrado, que desde los albores de la existencia de nuestro planeta hasta nuestros días, lo que debía ser el territorio Galaico y parte de la Lusitania, se presentó siempre dominando los mares con una extensión fácil de determinar hacia los rumbos de Sur y Mediodía, pero incierta hacia los que se prolongaban al Norte y Occidente fuera de sus límites actuales, que rebasaba sin embargo.

Prosigamos pues, el curso de nuestras investigaciones.

A los terrenos cristalinos y arcaicos suceden en orden cronológico los terrenos paleozóicos propiamente dichos; el islote primordial se ensancha, cubre casi todo el N. de nuestra Península, se extiende por el S. comprendiendo la Lusitania, y tras larga serie de revoluciones sucesivas se alzan á la superficie los depósitos de los mares carboníferos, luego los pertenecientes al trias, y por fin, los del jurásico y del cretáceo que hacia el S. se presentan junto á Coimbra, al N., hácia Avilés, pero respetando siempre el continente primitivo, donde no penetran por ningún golfo, donde no entran por ninguna ría, y cuyas fronteras fáciles de seguir en su mayor parte, permanecen siempre indeterminadas en aquellas que ocultan hoy celosas las ondas del Atlántico. Aquí cabe, sin embargo, una observación y de tal importancia, que con seguro fundamento ha de abrir ancho campo á nuestras deducciones. En los lignitos del cabo Mondego las investigaciones del eminente geólogo portugués Cárlos Ribeiro, han revelado la existencia de toda una flora americana; Forbes, por otro lado, des-

cubre en Asturias otra flora (1) cuyos elementos similares sólo existen en la actualidad en Irlanda, y por fin en las costas lusitanas desde Ovar hasta Aljezur (algo al N. del Cabo de San Vicente) formaciones de agua dulce de la época terciaria más moderna, son las que se presentan interrumpidas bruscamente al bordear las playas; y si bien en contra de este último hecho puede aducirse, que basta á veces un simple cordon litoral como divisoria entre los depósitos marinos y lacustres, como quiera que, salvo contadas excepciones que no imprimen carácter distintivo, las migraciones vegetales requieren para la extensión de sus zonas ó completa continuidad ó cortas interrupciones, queda asentado de modo irrebatible que las observaciones y el examen geológico nos llevan por naturales deducciones, á pesar de tantos trastornos y de oscuridades tantas, á concluir sin esfuerzo que desde el período carbonífero lazos conservados hasta épocas muy cercanas, unían nuestra Península al llamado Nuevo Mundo, así como á la parte septentrional de la Europa, ya por un istmo ó continente, ya por islas á corta distancia repartidas.

Dueños ya de este primer dato, fundado en consideraciones meramente geológicas, veamos ahora si las del orden físico en nuestro territorio, correspondientes á esas mismas épocas de la historia de nuestra tierra, confirman las deducciones anteriormente expuestas. Volviendo al mapa geológico de nuestra Península, aparece que durante la última parte del período mioceno grandes lagos que en junto median 127.344 km.² (2) ocupaban nuestra Península en su mayor parte, formando las grandes cuencas de Duero,

---

(1) *Saxifraga cimbrosa; S. elegans, S. hirtuta, S. genus, S. hirta, S. affinis: Erica Makae, Er. mediterranea; Pubrecia polifolea; Arbutus unedo.*

(2) El lago del Duero media próximamente 43.088 km.², el del Ebro con el brazo que entraba por Daroca y Teruel tenia 39.826 km.² y la superficie del Tajo y Guadiana alcanzaba á 44.430 km.²

Ebro, Tajo y Guadiana, ora separadas, ora, lo que es más probable, comunicando entre sí; en sus marjales y partes pantanosas así como en las montañas y cordilleras cubiertas de la más brillante vegetación, predominaban los árboles y arbustos siempre verdes, en que alternaban con numerosas formas tropicales (palmeras, tuliperos, caneleros, etc.), otra porción de especies (nogales, álamos, alcanforeros, pinos, encinas, enebros, abedules, hayas, etc.) peculiares de las regiones templadas y frias, en la proporción de 131 especies correspondientes á las de la zona templada, 266 á otras de la zona cálida y 85 á las de la zona tórrida. En la fauna se reflejaba la misma mezcla de temperatura, y aun cuando la circunstancia de haber desaparecido la mayor parte de los grandes mamíferos hace difícil establecer la debida comparación, tanto estos mamíferos como las demás especies de las faunas marinas y terrestres (moluscos marinos y corales, equinodermos, etc.) muestran que aquel mundo orgánico en todas sus manifestaciones llevaba entonces el sello característico de un clima húmedo, tropical, con visos de templado, cuya índole era principalmente insular y donde predominaban grandes masas de agua y de vegetación.

Para explicar la existencia de estos grandes lagos citados, los eminentes sabios de Verneuil y Collomb admitian una disposición muy distinta de la que hoy afecta nuestra Península, pues dicen textualmente:

«Si se colocasen hoy unos lagos en la situación que »tenían los que son objeto de nuestro estudio, desaguarían »inmediatamente hácia el S. y hácia al O., y aun cerrando »todas las barreras y nivelando el suelo, sólo tendrían una »existencia efímera y se desecarían por falta de alimenta»ción, sobrepujando considerablemente la cantidad de agua »evaporada á la recibida. Para que estos lagos existieran »era preciso que contasen con medios de alimentación pro»porcionados á su magnitud; debían recibir grandes ríos »que aportaran un volumen de agua considerable; y como

»los Pirineos que existían ya en aquella época, oponían »una barrera infranqueable á toda comunicación entre »España y lo restante de Europa y por todos los otros lados »estas comarcas se hallaban rodeadas del mar, hay que ad»mitir otra configuración para la España; hipótesis que re»cuerda la Atlántida de Platón y la unión probable seña»lada por Forbes de Irlanda con España.»

Admitimos desde luégo con los eminentes sabios cuyas investigaciones han derramado tanta luz sobre la constitución geológica de nuestro suelo, y ya lo sustentamos en otro lugar (1), que era muy distinta la disposición de nuestro territorio, pero disentimos, sin embargo, de nuestros amigos, en la necesidad de esas grandes corrientes fluviales que imaginan; porque, de haber existido, como en nuestro planeta nunca se borran en absoluto los rastros de los acontecimientos característicos, algunas huellas habrían de notarse; y ya observa muy atinadamente D. Casiano de Prado que no se perciben en ninguna parte indicios de la marcha de esas corrientes ultra-peninsulares.

En realidad, para explicar la persistencia indudable de las grandes lagunas centrales, no hace falta recurrir á semejante hipótesis, pues basta con la discusión detenida de las condiciones geológicas y meteorológicas de nuestra Península en la época terciaria (2), y su examen comparado con el de las circunstancias actuales.

---

(1) APUNTES PALEOGEOGRÁFICOS.—ESPAÑA Y SUS ANTIGUOS MARES. Madrid. *Boletín de la Sociedad de Geografía.* 1877.

(2) Del resumen de las observaciones meteorológicas efectuadas en la Península durante el último decenio de 1865 á 1874 que publica el Anuario del Observatorio de Madrid, y de los datos recogidos en el excelente libro del ingeniero de montes D. Andrés Lauradó, podemos deducir los resultados siguientes con relación á nuestras grandes cuencas y á las cantidades y distribución de las lluvias que reciben anualmente. La cuenca del Ebro, que mide 83.530 km.², recibe anualmente una capa de 523 mm. de agua de lluvia, correspondiente á cuarenta y siete días, por término medio, siendo la tempera-

En efecto, la configuración especial que afectaban entonces los continentes, la mayor altitud de las cordilleras, que se deduce necesariamente de la simultaneidad de floras y faunas en cierto modo antitéticas, la brillante vegetación que vestía sus faldas así como las orillas de los lagos y de las ciénagas, la abundantísima evaporación producida por las extensas masas de agua que á la par que ocupaban las cuencas centrales se prolongaban casi sin discontinui-

---

tura media de 15°, la máxima de 41° y la mínima de 8°.—La cuenca del Duero, de 79.000 km.², recibe anualmente una capa de 451 mm., correspondiente á noventa y un días, por término medio, siendo la temperatura media de 14°, la máxima de 39° y la mínima de 7°.—Y en fin, la cuenca del Tajo, que tiene 51.000 km.², recibe anualmente 388 mm. de agua de lluvia, correspondientes á ochenta y seis días de lluvia, siendo la temperatura media de 13°, la máxima de 37° y la mínima de 6°.—Y como la evaporación media del agua expuesta en un receptáculo á la acción de la intemperie asciende en Madrid á 4,30 mm., por término regular, en veinticuatro horas, ó sea 1,50 m. en la totalidad del año, es evidente que en las circunstancias de la época presente y aun suponiendo totalmente cerradas las citadas cuencas y convertidas en otros tantos lagos interiores, estos no tardarían en desecarse por la sola accion de las influencias atmosféricas. Y es que hoy las circunstancias en que nos hallamos son las más desfavorables, pues la disposición de las cordilleras, la influencia de los vientos reinantes y la falta casi total de vegetación arbórea en nuestras regiones montañosas, se unen para oponerse á la frecuencia de las lluvias, reduciéndolas á un corto número de días en el año y exponiendo la tierra sin defensa á los rayos abrasadores de un sol canicular.—Aun así, sin embargo, conviene recordar que no pasa año sin que á tiempos, bastante repetidos, turbiones espantosos envien á nuestros ríos tal suplemento de caudal, que supera todos los cálculos, llevando á los mares, en medio de la desolación y de las ruinas, volúmenes de agua de tanta consideración, que á no tener salida, es poco menos que seguro que la evaporación quedaría vencida á su vez por estas lluvias excepcionales, sin introducir alteración alguna en los demás componentes que paralizan sus efectos.—No es éste, sin embargo, el terreno en que pretendemos fundar la posibilidad del predominio de las lluvias sobre la evaporación y por tanto la existencia de aquellos lagos con caracteres propios de permanencia. Tratamos de edades pasadas, cuyas circunstancias especiales no son ya un misterio, gracias á

dad por el Oriente hasta el Océano Índico y que favorecía un clima algo más cálido en término medio, son causas todas más que suficientes para que hubiera de mantenerse sobre las cumbres montañosas casi perpetuo manto de nubes con lluvias frecuentes y torrenciales, dando sobrados motivos, sin acudir á otros factores, para justificar la facilidad con que pudieron ser mantenidas aquellas grandes masas de agua, cuyos canales de alimentación dejan bien

---

los magníficos y sapientísimos trabajos de los sabios naturalistas, ya citados, que las han hecho objeto de sus investigaciones, y debemos pues colocarnos en igualdad de condiciones, para encontrar lógicamente la solución que buscamos. El profesor Osvald Herr, examinando las numerosas especies de vegetales y animales cuyos restos nos conservan las capas terciarias europeas, comparando las de las regiones más septentrionales así como las de las regiones centrales y meridionales, y procediendo por deducciones rigurosamente lógicas, ha llegado á probar que semejante mundo orgánico no hubiese podido desarrollarse con una temperatura igual á la que reina actualmente, y que al efecto era preciso admitir un aumento sobre las condiciones actuales, de 9º para el período del mioceno inferior, de 7º para el mioceno superior, y por último de 3º para el plioceno. Las temperaturas medias en cada una de aquellas divisiones geológicas debieron ser por lo tanto y respectivamente de 23º, 21º y 17º, oscilando entre las máximas de 47º, 45º y 41º, y las mínimas de 2º, 0º y 4º. — Pero el calor no es la única causa que influye en la formación de los climas; la humedad, el relieve del terreno, la configuración especial de los continentes, accidentados por numerosas península, rodeados de mulplicados archipiélagos, son otros tantos componentes, prescindiendo de otras muchas circunstancias locales que concurren con su correspondiente influencia. — Colocado nuestro territorio al extremo occidental de un inmenso océano, que con cortísimas interrupciones se extendía por Oriente hasta las regiones Índicas; surcado de montañas cuyas altitudes alcanzaban ya entonces hasta algo más de 2.500 á 3.000 m.; cubierto en su casi totalidad por selvas impenetrables y ocupadas sus cuencas centrales por profundas lagunas, su situación especial,—avanzada del gran continente atlántico,—la altitud, forma y disposición de sus multiplicadas crestas y todos sus demás accidentes orográficos, obraban de consuno para atraer y concentrar en no escasa cantidad la inmensa evaporación producida por tan extensas masas de agua, manteniendo sobre sus

marcados á su vez los anchos cauces y formidables cantiles dentro de los cuales sólo ocupan pequeñísimo espacio nuestras principales corrientes actuales, atestiguando, asimismo las numerosas cavernas escalonadas á diversas alturas hacia su nacimiento con la espesísima capa de toba que revisten hasta la parte superior, los poderosos torrentes que vomitaban al azarbe común.

---

cumbres perpetuo manto de nubes que el enfriamiento natural convertía en lluvias abundantes y constituyendo algo semejante á la zona constante de nubes y lluvias, que por efecto de los vientos alísios se producen en las regiones tropicales, y que designan los marinos ingleses con el nombre de *Cloud rings* (anillo de nubes). Hallábanse reunidos, por lo tanto, en casi todos sus términos, los mismos elementos que detienen en la elevada cordillera del Himalaya las nubes procedentes del Océano Indico y que hacen llegar la cantidad de agua derramada á 7,67 m. hacia la vertiente occidental de los Ghattes y á 14,80 m. en Cherra Ponjee en los montes Garrows al S. del valle de Brahmaputra.—Y como en las regiones trópicales la evaporación máxima anual sólo asciende á 5 m., resulta con toda evidencia que sin llegar á las cantidades citadas de aguas derramadas, por más que no tengan nada de improbable, las lluvias frecuentes y torrenciales de nuestro clima terciario peninsular, debieron ser causa más que suficiente para la alimentación de numerosos y caudalosos ríos, y para suplir con creces las pérdidas debidas á la evaporación; hipótesis que cobra más fuerza todavía al interrogar las huellas que conserva nuestro territorio, pues por poco que nos fijemos en el régimen de nuestros ríos, tenemos que reconocer que aun los de más caudales son meros arroyos comparados con lo que fueron entonces; Tajo, Ebro, Guadiana, Duero y Guadalquivir así como sus tributarios y los de menos renombre, trazan apenas pequeño surco en medio de sus antiguos cauces, que á gran distancia elevan de ambos lados sus formidables cantiles ó sus lechos de guijos y arenas superpuestos.—Los manantiales mismos de donde nacen, han disminuido extraordinariamente ó surgen á niveles inferiores; blancas cascadas de piedra reemplazaron las tumultuosas cataratas de otros siglos y en sus cercanías escalonadas á diversas alturas, verdaderas cavernas abren sus enormes fauces revestidas de gruesa capa de toba, señal indeleble de la pasada grandeza de aquellas, y pruebas irrebatibles de los poderosos torrentes que arrojaban por do quier.—F. DE BOTELLA.—*Apuntes Paleogeográficos.—España y sus antiguos mares.*—Madrid, 1877, pág 121 y siguientes.

A lo que conducen mayormente estas consideraciones es á presumir, como complemento, *la existencia hacia el Oeste* de algún gran continente cuya influencia sobre los vientos reinantes favorecía aquellas condiciones meteorológicas y por tanto la larga persistencia de los grandes lagos terciarios mientras otras causas originadas por la esencia misma de nuestro globo no vinieran á variar el sistema orográfico de la Península, produciendo su desagüe natural.

De modo que procediendo por deducciones rigurosas apoyadas en los datos que nos suministraban la constitución del suelo, la comparación de las faunas y de las floras y las condiciones meteorológicas, hemos llegado á deducir la existencia necesaria de uno ó de varios continentes que, partiendo del NO. de nuestra Península debieron ocupar en gran parte el Océano Atlántico desde los tiempos más remotos hasta la última época terciaria cuando menos. Terminada esta última época, principia una nueva era, que la presencia incontrovertible del hombre ha hecho señalar con el nombre de *homozoïca*, produciéndose en ella los acontecimientos recientes que al variar la disposición de las tierras y de las aguas hubieron de producir el último trastorno general y la consiguiente disposición de los continentes tal cual se presentan hoy á nuestra vista; nos resta pues investigar ahora si, partiendo de esos nuevos acontecimientos, se encuentra razón bastante para explicar la desaparición de los territorios que nos ocupan.

Por causas no bien aclaradas todavía, la mayor parte de nuestros continentes se halla cubierta por ciertos depósitos sueltos, muebles, incoherentes, diversamente acumulados y desigualmente repartidos, pero distintos siempre por sus caracteres de los depósitos sedimentarios comunes. —Ocupando altitudes fuera del alcance de las aguas actuales, extensiones que exceden á todo lo que podemos concebir con respecto á estas últimas, dichos depósitos, que se designan con el nombre de *diluvium* ó *aluviones antiguos*, llevan el sello de acciones rápidas y violentísimas, pues á la vez

que multitud de surcos labran profundamente el terreno, las rocas se muestran á veces pulimentadas, estriadas y acanaladas y en medio de la enorme masa de cantos redondeados y achatados que por lo común arrastran las aguas, se notan otros muchos de naturaleza y aspecto distinto, que asombran por su magnitud y más todavía al observar, que no sólo afectan disposiciones especiales, sino que son completamente extraños por su constitución á las comarcas donde yacen, siendo preciso para encontrar otros semejantes recorrer distancias inmensas, salvar cumbres elevadas, valles y lagunas, y aun mares profundos.—Todo son ruinas, pero ruinas diversas y en diversos tiempos acumuladas, pues sobre las rocas surcadas, estriadas y pulimentadas, así como entre los grandes *diluvium* en que todo se mezcla y confunde, se distinguen otros depósitos regularmente sedimentados, unos de arcillas y arenas (Till) con frágiles conchas desaparecidas de los mares circunvecinos; otros con conchas marinas, fluviátiles y terrestres análogas á las especies existentes todavía en las mismas latitudes; otros con selvas enteras sepultadas, y algunos por fin con dientes, muelas, defensas y huesos en confuso amontonamiento con gravas, cantos, guijos y arenas; hallándose asimismo, lo que es más de notar bajo el punto de vista especial de la historia de nuestra raza, entre las diversas capas de los diferentes *diluvium*, restos evidentes, certísimos de la mano del hombre.—Por dos veces, cuando menos, la superficie de nuestro hemisferio hubo de verse invadida por olas inmensas que pasaron rápidamente asolando y barriendo todo lo que se oponía á su paso; períodos de calma más ó menos dilatados separaron esos espantosos cataclismos, alcanzando por aquel entonces extraordinario desarrollo los llamados *glaciares* ó *heleros*, según se infiere de los fenómenos que precedieron, acompañaron y siguieron á aquellos diluvios.

La intervencion de los fenómenos glaciares en los fenómenos aluviales explica la diversidad de estructura y de

disposición que afectan los materiales detríticos, fija los cauces probables en que se derramó la multitud de sus enormes cantos, ya en el Norte de Europa desde Inglaterra á los montes Urales por Alemania, Baviera y Rusia, partiendo de los montes de Suecia y Noruega (Diluvium Escandinavo); ya en el Mediodía irradiando de la mole Alpina por Francia, Suiza é Italia (Diluvium Alpino), y por último señala con las primeras rocas *aborregadas*, *pulimentadas* y *estriadas* los límites antiguos de los primeros glaciares y los primeros momentos de la era homozoica.

Extraño parece, por cierto, á primera vista, que la mayor parte de los rastros humanos, armas, utensilios y hasta objetos de arte tallados, grabados y esculpidos en piedra, hueso, asta ó marfil, huellas irrebatibles de la aparición y existencia del hombre, coincidan precisamente con esa época en que, revestida la tierra con dilatada cubierta de hielos, los rigores del clima y las invasiones repetidas de las aguas debían oponerse al desarrollo de la especie; pero es que la influencia de estos hechos, por más que sean ciertos y evidentes, se ha exagerado por mucho tiempo. La invasión de los glaciares ni fué repentina ni significa un descenso extraordinario en la temperatura general de la atmósfera que nos rodea. Para extenderse le basta con la simple alteración de alguna de las circunstancias meteorológicas que influyen en el clima. Con tal que los inviernos sean largos y lluviosos y los veranos no muy cálidos, esto es, que la nieve amontonada no se derrita en seguida, ni desaparezca en la estación veraniega, las heleras no tardan en extenderse.—Y como precisamente, según antes dijimos, una extraordinaria humedad fué el distintivo de los últimos periodos mesozoicos, en que la evaporación de inmensas masas de agua y veranos de calor moderado mantenían en la atmósfera nubes casi continuas, apagando y absorbiendo los rayos solares, los glaciares pudieron alcanzar latitudes más bajas; retrocediendo, por el contrario, cuando, disipándose las nieblas que enturbiaban la atmósfera, la irra-

diación recobraba de nuevo toda su influencia. Acciones violentas interrumpidas por periodos de tranquilidad relativa, son pues la característica dominante de la era homozoica; pero intervienen asimismo y con tan determinada influencia los movimientos orogénicos que ha sufrido con frecuencia la corteza de nuestro globo, que no huelga el que nos detengamos un instante á considerar las particularidades que señalan estas últimas contracciones terrestres.

Por efecto del enfriamiento secular de nuestro globo y de la reducción de volumen que entre otras causas produce la solidificación al estado cristalino de las rocas que del interior han venido sucesivamente á aumentar el espesor de la corteza terrestre (1), se establece cierta falta de relación entre la capacidad de esta envoltura exterior y el volumen de su masa interna, que obliga á la primera, cuyo enfriamiento es hoy casi insensible, á menguar de continuo en capacidad, para seguir adaptándose exactamente á sus masas internas.—Así pues, progresiva y ligeramente llega á apartarse de la forma esferoidal que le conviene; pero como asimismo tiende por otro lado á volver gradualmente á una figura casi idéntica, esa tendencia, bien obrando sola ó en combinación con otras causas internas, puede explicar la formación súbita de las arrugas y de los diversos abollamientos que se han producido en su superficie y que designamos con el nombre de Montes, Sierras y Cordilleras; de modo que con la mayor probabilidad puede decirse, que todos los sistemas de montañas observados, han aparecido desde la época en que el enfriamiento medio anual de la masa del globo, empezó á superar al de la superficie, efectuándose este fenómeno por la compresión lateral de un huso de la esfera terrestre, por ser esta la forma más senci-

(1) Según M. Delesse este elemento sólo ha debido producir una disminución de 1.130 metros en la longitud del radio terrestre.

lla, más en armonía con la figura esferoidal y la que requiere el menor gasto de fuerza viva.

Naturalmente, tales compresiones, al efectuarse, traen consigo trastornos espantosos y los consiguientes cambios en la disposición de los mares y continentes; ocurridos repetidas veces desde la creación de nuestro planeta, es de notar, que hacia la mitad de la era homozoica, tres de estos sistemas de pliegues enlazados entre sí vienen precisamente á influir sobre la corteza terrestre, señalándose por tres distintas hileras de volcanes ó influyendo, como era de suponer, sobre el régimen general del aspecto exterior.

Pero, dejemos hablar aquí al ilustre maestro Elie de Beaumont:—«Los Andes, dice, forman parte de un sistema de montañas que no sólo no se limita á la América Meridional, pero ni siquiera al nuevo mundo y parece extenderse á ambos continentes, enlazándolos en el estrecho de Behring, donde su contacto es casi inmediato.

»Este sistema es probablemente muy moderno. M. d'Orbigny, partiendo de observaciones detenidas, concluyó que las conchas recientes levantadas en las playas del Océano Atlántico y del Gran Océano, no deben haberlo sido por una acción lenta, sino por el levantamiento súbito y general de toda la costa que dió al continente la configuración que hoy afecta.

»El sistema de los Andes, cuyos respiraderos volcánicos se hallan todavía en actividad, forma el rastro más marcado y mejor señalado de la configuración actual del globo terrestre. Por sistema de los Andes entiendo ese enorme rodete montañoso que corre entre el Océano Pacífico de un lado y los continentes de ambas Américas y del Asia por otro, siguiendo desde Chile hasta el imperio de los Birmanes la dirección de la mitad de un círculo máximo de la tierra y que sirve como de eje central á esa línea volcánica en zig-zag que bordea el Gran Océano, siguiendo aquí y acullá las líneas de fracturas más antiguas, pero sin separarse de la zona litoral.

»Terrible hubo de ser, sin duda, en la historia de los habitantes del globo, y quizás también en la historia del género humano, aquel día en que esa inmensa batería volcánica de más de 270 bocas principales tronó por vez primera. Quizás se enlacen las tradiciones de ese diluvio universal que se encuentran en casi todos los pueblos del continente, con tan grande y tremendo acontecimiento.

»A este círculo máximo, tan notablemente marcado por una serie de volcanes escalonados, acompañan otros dos círculos máximos igualmente modernos, caracterizados de idéntica manera, que se cortan en ángulo recto á distancia de 90° y dividen la superficie del globo en ocho espacios esféricos triangulares; son estos el *Círculo volcánico Mediterráneo*, que, juntando el Pico de Tenerife al Etna, atraviesa oblicuamente el Atlántico en la región que hubo de ocupar la Atlántida de Platón, y el del *Tenaro*, que corta al anterior en Italia, en los Abruzzos, y al primero en las llanuras situadas entre el Madera y el Ucayali á unos 650 km. al NE. del Cuzco, un tanto hacia afuera de los Andes, pero á escasa distancia del pié de la Cordillera. El *Círculo del Tenaro* corre desde el Etna, el Stromboli y el Vesubio y, abarcando una serie de accidentes volcánicos antiguos y modernos, llega hacia el N. á encontrar el *Círculo máximo de los Andes* entre los volcanes de la península de Alaska y los del Monte Elías y del Pico del Buen Tiempo, llegando luego al Mauna-Loa.

«Los círculos máximos de comparación teóricos de los sistemas de los *Andes*, del *Tenaro* y del *Eje volcánico Mediterráneo* constituyen un sistema trirectangular.»

«De los ocho triángulos trirectángulos que forman los tres círculos máximos perpendiculares entre sí, dos de ellos determinan un huso rectangular cuyos dos vértices se encuentran en la América meridional y en los mares de la China. El *círculo máximo* de comparacion del *sistema de la cordillera principal de los Alpes*, colocado á 4° 29′ 57″ N. con respecto al del *Eje volcánico mediterráneo*, pasa por

las dos puntas de este huso, que reduce á una anchura de 85° 30″ 12″ 54.

«Este huso así reducido y fraccionado por el *sistema del Tenaro* en dos triángulos birectángulos, abarca todavía el Océano Atlántico septentrional y la mayor parte de los continentes de la América septentrional y del Asia. A sus lados se enlazan las dos principales líneas montañosas del antiguo y del nuevo mundo, de las cuales Buffon había notado ya que se dirigían poco más ó menos, la una de E. á O., la otra de N. á S. De su punta occidental se destaca la cordillera de los Andes de Chile, coronada de conos volcánicos, que forma el eje de la punta meridional del continente americano. La punta meridional del Africa sigue el círculo máximo de comparación del *sistema del Tenaro*, que corta el huso en dos partes iguales, y que sale del Africa por su punta SE., el cabo Cavo-Rock, para ir á parar poco más ó menos al foco volcánico del monte Erebo. Por fin, el gran reguero volcánico de los Andes y del Japón viene á encorvarse alrededor de la punta oriental del huso, tomando la extraña forma de una especie de anzuelo, alrededor del cual se agrupan confusamente las tierras de la Australia, terminadas al Sur por las puntas de la Nueva Zelandia y de la tierra de Van-Diemen.

«El gran *círculo primitivo de la red pentagonal*, que representa con tan extraña precisión la costa rectilínea de Chile y ciertos accidentes orográficos del interior de la China y que dibuja casi con igual exactitud la costa occidental de la Nueva Holanda, pasa por los dos extremos del huso, formando con el eje del sistema de los Andes un ángulo de 41°.

«Articulado, digámoslo así, con el eje de la *cordillera de Chile* y espléndidamente jalonado por serie numerosa de volcanes, el círculo máximo de comparación del *sistema de los Andes* bordea el antiguo imperio de la China y el extinguido imperio de los Incas, atraviesa el imperio de los Aztecas y el imperio del Japón, pasa entre las mesas elevadas de Quito y de Bogotá, y deja á corta distancia el istmo

de Panamá, las ruinas misteriosas de Palenque y las soledades auríferas del Chocó y de las Californias.

»El opuesto lado del ancho huso que acabamos de considerar no es menos notable: presenta la anomalía singular de los dos círculos máximos de comparación pertenecientes á dos sistemas de montañas muy aproximados en su edad y en sus direcciones, que sólo separa un ángulo de 4° 29′57″. Estos dos sistemas casi superpuestos, el de los *Alpes principales* y el del *Eje volcánico mediterráneo*, constituyen el accidente más marcado de la corteza terrestre, puesto que comprende el Himalaya.

»La ciencia moderna no ha sido la primera en notarlo. La China, la India, la Persia lo han enlazado con sus mitos cosmogónicos. Allí tenían sus fuentes los cuatro ríos del Paraíso terrestre; sobre el monte Ararat los armenios muestran todavía el sitio donde debió atracar el Arca de Noé. Los poetas griegos y latinos celebraron de consuno el Cáucaso y el Atlas; colocaron cerca de las columnas de Hércules el jardín de las Hespérides y las islas Afortunadas. Esta zona todavía vacilante y mal consolidada, agitada desde la Persia á Lisboa por tremendos terremotos, forma sin embargo el eje del antiguo continente y termina en el Atlántico hacia aquellos sitios donde existió, sino es un mito, la Atlántida de Platon» (1).

Si sencillas ondulaciones de la corteza terrestre hacen sentir sus efectos, como sucedió en el terremoto de Lisboa, sobre una superficie de más de tres millones de kilómetros cuadrados, ó destruyen en una longitud de mil quinientos kilómetros todas las poblaciones situadas entre Bogotá y Popayan, como en el más reciente de Nueva Granada de 16 de Noviembre de 1827, considérese la influencia que hubo de ejercer la formación simultánea de los tres sistemas que

(1) L. Elie de Beaumont. *Notice sur les systèmes de montagnes*. P. 1290 y siguientes.

acabamos de citar, cuando, abarcando el globo entero con su triple reguero de volcanes, dieron lugar, entre otros fenómenos, á la depresión que hoy cubren las aguas del Atlántico y que en su parte principal se atribuye con razón al relieve actual de la superficie.

Tales son pues las conclusiones á las cuales nos conducen de consuno las consideraciones físicas y geológicas y asimismo el examen de los grandes acontecimientos que han venido á labrar en la sucesion de los tiempos la corteza de nuestro globo, concurriendo unos á fijar con ciertos visos de certeza la situación del famoso continente desaparecido, otros á explicar las causas de su desaparición repentina. Si ahora, recurriendo al mapa del Atlántico de Stieler, en que numerosos sondeos vienen á revelarnos los rasgos característicos de la topografía submarina, y si para que resalten á la vista las relaciones entre las diversas profundidades llegamos á suponer por un momento que influya el fondo del Océano en toda su extensión un movimiento de entumescencia que no pasára de 2.000 brazas, esto es, un movimiento comprendido de tal manera en los límites naturales, que considerado en sus mayores altitudes quedaría muy por bajo de las principales cordilleras, equiparándose á lo sumo á nuestra cordillera Cántabro-pirenaica; entonces por virtud de ese solo movimiento al variar los límites actuales de los mares y continentes Francia, Inglaterra, Irlanda, la Escocia y la Islandia aparecerían desde luego unidas con la Groenlandia, el Labrador, el Canadá y Terranova; el continente americano tomaría por límites orientales el canal de Bahama, uniéndose las grandes y pequeñas Antillas con las Barbadas y Venezuela y dividiéndose el Atlántico, surgiría una península inmensa (Lám. I) que, arrancando del quincuagésimo paralelo, llegaría hacia el S. hasta el vigésimo, enlazaría las Azores con el continente Boreal; nuestra España á su vez prolongaría sus costas hasta comprender las Canarias é Islas del Cabo Verde, que unidas entre sí, formarían nuevamente parte del Africa

de la que parecen desprendidas y clara y distintamente vendrían á dibujarse por cima de las aguas nuevos y extensos territorios cuyas condiciones y relaciones especiales los colocarían en perfecta concordancia así con la tradición como con las consideraciones anteriores.

No he de insistir en estas coincidencias, por más que sean de notar, al compararlas con los resultados á que anteriormente habíamos llegado, siguiendo distinto orden de ideas, y por más también que, justificando enlaces y estrechando distancias, pudieran explicarse fácil y sencillamente emigraciones, identidades y analogías que han llamado desde luégo la atención, viniendo á robustecer la hipótesis de un distinguido marino (1) y compañero nuestro, que en la meseta que forman los Azores creía encontrar por el estudio de los acantilados que la limitan las señales de su probable asomo á la superficie en época no muy lejana, relativamente, de nuestras actuales civilizaciones.

Resumiendo lo que precede, resulta de la discusión de los datos que nos suministran la geología, la física del globo en determinado período y las observaciones geográficas actuales:

Que el territorio que hoy forma el extremo más occidental de nuestra Península debió extenderse hácia Poniente, uniéndose sobre una longitud de más de 1.200 km. desde Aveiro á Avilés con otra cualquier extensión de territorio, ya fuera isla ó continente;

Que con respecto á este supuesto territorio, el examen de los restos fósiles de las floras del antiguo y nuevo continente permite deducir hasta el período cretáceo, cuando menos, sus enlaces harto seguros hácia Poniente y hácia el N. con la América septentrional y asimismo con la Irlanda;

Que las peculiares consideraciones orográficas de nuestra

---

(1) D. Pedro Novo y Colson.—*Última teoría de la Atlántida.—(Boletín de la Sociedad geográfica de Madrid.)*

Península, su configuración en las épocas terciarias y sus circunstancias meteorológicas conducen igualmente á afirmar la existencia hacia los rumbos citados de un gran continente atlántico, cuya influencia, acumulando las nubes sobre las cimas montañosas que más encumbradas entonces rodeaban nuestros lagos interiores, proporcionaban fácil y natural alimentación á los poderosos manantiales cuyos restos se presentan hoy á nuestra vista, contrarestando victoriosamente la influencia de la evaporación sobre la inmensa extensión de los 125.000 km.² á que se extendían esas dilatadas lagunas interiores;

Que desaguado en su casi totalidad nuestro territorio, merced al movimiento orogénico que se conoce con el nombre de levantamiento de Córcega y Cerdeña y marca la divisoria inter-oceánica-mediterránea, la ruptura que hácia el Occidente nos señalan los acantilados de nuestras costas galáicas y la desaparición consiguiente de la Atlántida de Platon, hubo de ocurrir hácia mediados de la época cuaternaria, coincidiendo con el gran movimiento orogénico trirectangular que señalan en la superficie de nuestro globo 300 bocas volcánicas, horrible catástrofe que no es de sorprender quedara tan hondamente impresa en la memoria y en las tradiciones de todos los pueblos entonces existentes, pues obraron en ella á la par los dos más poderosos agentes de destrucción, el agua y el fuego.

Por lo demás, por horroroso que fuera, este acontecimiento entra seguramente en el orden de los hechos naturales, pues en las circunstancias actuales un sencillo movimiento orogénico suficiente para producir una cordillera del mismo orden que la cordillera Cántabro-pirenaica, trazada sobre el mapa del Atlántico, bastaría para que surgieran de nuevo de las ondas del Océano los continentes desaparecidos, en forma análoga ó parecida á la que dibujamos.

Que la Atlántida existiera y desapareciera luego, no tiene pues, nada de extraño, y en cuanto á las causas de su desaparición, repetiremos, para concluir, las propias palabras

del gran maestro que tenemos tanto gusto en citar: «Puesto »que crisis inmensas acompañadas de la elevación de cade»nas de montañas y seguidas de movimientos impetuosos »de los mares, capaces de asolar vastísimas extensiones de »la superficie del globo, parecen por un espacio de tiempo »inmenso haber formado parte del mecanismo de la natu»raleza, no hay nada de absurdo en admitir que lo que ha »sucedido gran número de veces desde las más antiguas »épocas hasta las más modernas, sucediera otra vez más »desde que el hombre existe en su superficie.» Y esto con tanto más motivo que todo induce á suponer que las causas eficientes de los fenómenos geológicos subsisten y que la tranquilidad relativa en que vivimos, ha de atribuirse no á su total aniquilamiento, sino más bien á que se hallan momentáneamente adormecidas.

Madrid 25 de Setiembre de 1881.

FEDERICO DE BOTELLA Y DE HORNOS.

El presidente **Sr. Gaffarel**, dió gracias á los oradores que habían ilustrado la sesión y anunció que la mesa del Congreso ponía á disposición de los socios tres volúmenes que podrán recoger en la Secretaría: *Relaciones geográficas de Indias; Los restos de Colón, y Tres relaciones de antigüedades peruanas;* después de lo cual levantó la sesión, siendo las doce del día.

CUARTA SESIÓN.

LUNES 26 DE SETIEMBRE Á LAS DOS DE LA TARDE.

Geología.—Historia de América precolombiana.—Historia del descubrimiento.

Antes de abrirse la sesión, el Sr. **Duque de Veragua** rogó al señor Delegado de Rusia, Vicepresidente, que se sirviese ocupar el sillón, y habiéndolo hecho dijo:

Son Altesse le Prince **Michel Gortchacow:** Profondément sensible à l'attention du Duc de Veragua qui veut bien me céder le fauteuil présidentiel, je suis heureux, Messieurs, d'avoir l'occasion de vous exprimer ma reconnaissance de l'honneur que vous m'avez fait de m'élire un des Vice-Présidents d'honneur. J'ai vivement regretté qu'il ne m'ait pas été donné de vous en offrir déjà hier toute ma gratitude. Le Gouvernement Impérial sera également sensible à votre attention. Je vous en remercie en son nom.

Mon père, le Chancelier de l'Empire, a pour principe politique, depuis plus de 25 ans qu'il dirige comme Ministre des Affaires Etrangères la politique de la Russie, la non-intervention dans les affaires intérieures des autres pays. Voilà bientôt 25 ans que je suis dans la carrière et

que je sers sous ce principe. Vous m'invitez aujourd'hui à m'en écarter, puisque vous me faites m'occuper des affaires des autres, et d'affaires *intérieures*, car nous sommes ici pour gratter la terre, afin de faire jaillir la lumière, la vérité et la liberté de la pensée. Mais mon père dit aussi que l'histoire est l'aïeule de la diplomatie et que sans histoire il n'y a point de diplomatie. Je dois donc aujourd'hui me départir de la ligne de conduite que j'ai suivie jusqu'à présent dans ma carrière diplomatique,—la non-intervention dans les affaires intérieures des autres pays,—mais l'homme a toujours aimé le fruit défendu. Nos ancêtres précolombiens l'ont certainement aussi goûté. Je cède à la tentation de ce fruit défendu et je vais vous suivre de tout mon cœur. *(Applaudissements.)*

Je déclare la séance ouverte.

Messieurs: Je vous propose d'établir l'ordre suivant pour les déliberations. Je crois qu'il serait utile d'indiquer à la fois deux orateurs, en sorte que le second aie le loisir de se préparer pendant que le premier parlera. Si l'Assemblée est d'accord, j'observerai cet ordre durant la séance. *(Assentiment.)*

Je donne la parole à M. Houghton; après lui elle sera à M. de Saussure.

El Sr. **Houghton**: Señores: Me dirijo en particular á los socios de este Congreso, porque tengo seguridad de que en esta tierra de España, en este país donde toda idea noble y generosa encuentra eco, ha de ser acogida la moción que voy á presentar con unánime aprobación y aplauso. *(Atención.)*

Propongo á los que estamos aquí reunidos, españoles y extranjeros, que nos asociemos á la manifestación de luto y de dolor que en estos momentos afecta á cincuenta millones de ciudadanos de un gran país, oyendo el clamor de las campanas, que convocan al pueblo americano á la tumba de su padre. Llora ese pueblo ahora mismo al primer Ma-

gistrado de la nación alevosamente asesinado; llora al que murió víctima de la pasión política, cumpliendo sus grandes deberes; al que va á descansar en las orillas del lago Erie, lugar por él mismo designado en su lenta agonía; al que fué nuestro consocio.

No hablo bien el español, pero no son ciertamente necesarias grandes frases en apoyo de mi propuesta. ¡Quién será el que no haya oido llamar una vez siquiera en las puertas de su hogar al ángel de la muerte! Asociémonos, repito, á esa gran manifestación de sentimiento, y si el Congreso lo acuerda, suspéndanse un momento sus trabajos en demostración triste de piedad cristiana. *(Asentimiento unánime.)*

El Sr. Príncipe **Gortschacow** contestó que el Congreso participaba del noble sentimiento tan elocuentemente expresado por el Sr. Houghton, y que á no estar limitado por el Reglamento el número y la duración de las sesiones, hubiera él propuesto que se suspendiera la de este día en señal de luto y testimonio de alta consideración; no siendo esto posible, la suspensión sería de algunos momentos, durante los cuales invitaba á los presentes á levantarse y mostrar en recogimiento la impresión dolorosa que los afectaba, siguiendo la práctica establecida en las Asambleas de algunos paises.

Dicho esto se levantó el Sr. Presidente, y lo hicieron todos, permaneciendo en pié, con la cabeza inclinada y en profundo silencio. Terminada la solemne manifestación de duelo, se acordó por unanimidad enviar un despacho que la trasmitiera á los Estados-Unidos.

El Secretario Sr. **Fernandez Duro**, leyó el tele-

grama dirigido por conducto del Ministro de España, así redactado:

«El Congreso de Americanistas, reunido hoy en Madrid en la primera sesión ordinaria, unánimemente pide á V. E. trasmita á la señora viuda, madre é hijos del general Garfield y al pueblo americano, la sincera expresión de su simpatía y pesar por la gran pérdida que ha sufrido América.»

Aprobada la redacción, á los pocos minutos volvió á leer la traducción en inglés, que fué igualmente aprobada, en esta forma:

«Americanist Congress, to day assembled in Madrid for its first session unanimously asks you to convey to widow, mother and children of general Garfield and american people sincere expression of its sympathy and condoleance for great loss experienced by America.»

Entrando en la orden del día, concedida la palabra por el Sr. Presidente, **M. H. de Saussure** expuso que no poseía el idioma español lo bastante para pronunciar un discurso ni para discutir las opiniones que el Sr. Fernández de Castro había emitido en la sesión de la mañana, y así, esperando que no tomaría á mal algunas observaciones que le ocurrían, las haría en francés. El discurso extractado es como sigue:

«M. **Henri de Saussure**, a parlé de la géologie de l'île de Cuba, à propos de la communication de M. F. de Castro.

Il émet quelques doutes au sujet de l'époque à laquelle cette île fut séparée du continent. Il suppose que la séparation à dû être un peu plus ancienne que ne le pense le savant géologue de Madrid et dans cette opinion il s'appuie sur les indications que fournissent la géologie et la faune de Cuba. 1.° L'intéressante carte géologique exposée par M. de Castro montre que l'île offre un axe composé de roches cristallines ou éruptives et que les terrains sédimentaires forment, pour ainsi dire, des zônes concentriques autour de cet axe, zônes qui sont assez régulièrement rangées suivant l'ordre chronologique des terrains dont elles se composent: les plus anciens s'appuyant contre l'axe primitif, les plus modernes formant la zône des côtes. Les côtes de l'île, en effet, telles que M. de Saussure les a observées, sont formées en plus grande partie de terrains madréporiques, encore actuellement en voie de formation.

Il semblerait donc que l'île à graduellement émergé des flots de la mer, au fur et à mesure que son axe se soulevait, et cette émersion se continue encore de nos jours, car le terrain madréporiques des côtes forme aujourd'hui en plusieurs endroits des falaises élevées au dessus du niveau de la mer. De ces faits l'on peut conclure que l'île tend actuellement à se joindre à la Floride. D'autre part, si une récente séparation entre Cuba et la presqu'île avait eu lieu, la côte nord de l'île montrerait les traces d'un affaissement, en ce sens que les terrains modernes seraient submergés et que la zône des terrains tertiaires ou secondaires plongerait dans la mer.

2.° L'argument tiré de la paléontologie quaternaire, en particulier de la présence de restes de *Megalonyx* et d'*Hippopotame*, est sans doute d'une grande importance au point de vue de la présomption d'une connexion de l'île avec le continent à l'époque quaternaire; mais il n'est cependant pas absolument concluant, car on pourrait citer l'exemple de certaines espèces qui dans deux contrées differentes ne sont pas caractéristiques de la même période géologique.

L'*Elephas antiquus*, p. ex., qui, au nord des Alpes appartient à l'époque tertiaire, se trouve en Italie aussi dans le terrein quaternaire (parce que dans cette contrée il n'a pas subi les effets de la période glaciaire qui paraissent l'avoir détruit au nord des Alpes). On pourrait de même supposer que certains animaux éteints sont plus anciens à Cuba que sur le continent américain. Ceci sans doute n'est qu'une hypothèse, mais elle indique au moins la possibilité du fait.

3.° La faune actuelle de Cuba est une faune remarquablement spéciale. Elle renferme des types exclusifs à cette île et, pour ne parler que des mammifères, p. ex.: nous pouvons nommer le genre *Capromys* représenté à Cuba par trois espèces; puis le singulier insectivore connu sous le nom de *Solenodon paradoxus*, etc. Ce sont là des animaux qui, s'il y avait eu une connexion moderne avec le continent, se fussent certainement répandus dans ce dernier (1).

D'autre part des animaux très communs sur le continent américain, tels, p. ex., que le Crotale (serpent à sonnettes) et le Trigonocéphale, n'existent pas à Cuba.

De ces faits M. de Saussure conclut que la communication directe ou indirecte entre Cuba et le continent américain à pu avoir lieu à l'époque tertiaire et peut-être même encore au commencement de l'époque quaternaire, mais qu'à ce moment il est survenu une séparation, et que dès lors il y à eu au contraire exhaussement lent, avec tendance d'amener une soudure entre l'île et la Floride.

En ce qui concerne la connexion plus ou moins ancienne de l'île avec le continent, on peut se demander si c'est bien par la Floride qu'elle a eu lieu et non par une terre océanique qui aurait fourni d'une part à Cuba la partie spéciale de sa faune actuelle, et d'autre part au continent aussi bien qu'à Cuba une partie de la faune tertiaire ou quaternaire.

---

(1) Le cerf de Virginie à été importé à Cuba.

Quoiqu'il en soit, la Floride parait être elle-même une création quaternaire.

En somme, comme le dit M. de Saussure, ses vues ne diffèrent que fort peu de celles de M. de Castro et sa communication tend plutôt à compléter qu'à contredire les idées émises par ce dernier.»

El Sr. **Fernández de Castro**: M. de Saussure, que ha tenido la bondad de hacerse cargo de las indicaciones que yo había expuesto sobre el tema de la «Unión de la isla de Cuba con el continente americano,» empezó diciendo que esperaba no tomaría yo á mal las observaciones que hiciera. Lejos de eso, doy á S. S. las más expresivas gracias, tanto por haberse tomado el trabajo de prestar atención á mis insignificantes palabras, cuanto por la naturaleza de las observaciones que hizo.

M. Saussure conviene en lo más importante de mis indicaciones y acepta las conclusiones del trabajo que he presentado al Congreso, esto es, que la isla de Cuba ha estado unida al continente americano. En lo único que al parecer discrepamos, es en que S. S. supone que ese hecho debió de ocurrir en una época anterior á la que yo indicaba. Me parece que S. S., sin duda, no entendió bien lo que dije y consigno en la nota que he dejado sobre la mesa. Yo no he dicho que en época posterior á la existencia del hombre haya estado unida la isla de Cuba al continente americano. No. Antes de escribir la nota, pregunté si la frase del tema *en tiempos precolombianos*, se refería sólo á una época posterior á la existencia del hombre; y uno de los señores que componen la Mesa me indicó que en su concepto abrazaba desde los tiempos geológicos más remotos hasta el descubrimiento de Colón. Pues bien, al hablar y al redactar la nota, dije que yo no iba sino á dar pruebas positivas y materiales, cual lo era la existencia de ciertos mamíferos fósiles en la isla de Cuba, que por la pequeñez del territorio no podían ser indígenas de ella, sino que debían de proceder

de otro más grande. Yo no me he fijado en la época cuaternaria, para decir que en ella estuvo la isla de Cuba unida al continente americano, sino porque esa es la época en que generalmente se cree que existieron el *megalonis* en América y el hipopótamo en Europa. Si S. S., que tiene motivos para ser muy competente en geología (puesto que lleva el nombre de una gran ilustración europea, y su señoría mismo se ha distinguido también por sus trabajos); si S. S., repito, me afirma que el *Megalonis* y el Hipopótamo pueden ser terciarios, en ese caso convendré con S. S. y reconoceré que la unión de la isla de Cuba con el continente americano fué en la época terciaria y no en la cuaternaria, porque yo no me he fijado para decir lo segundo, sino en la edad que generalmente se atribuye á los terrenos en que se encuentran esos mamíferos.

Es cuanto tenía que decir. *(Aplausos.)*

El **P. Fidel Fita.** Señores; seré brevísimo. La Historia, el tribunal más augusto que existe sobre la tierra, al juzgar á los hombres celebérrimos, se reserva siempre el derecho de corregir sus fallos. Y entre los hombres que figuran en alta escala al principio de la historia de América, indudablemente descuellan Fray Bernal Buyl y D. Pedro Margarit; á los que Washington Irwing apellidó con hermoso renombre: « *The first apostle and the first general of the new world.*» (El primer apóstol y el primer general del nuevo mundo.)

Siguiendo Washington Irwing la idea propuesta por uno de los españoles que más han trabajado para el desarrollo de la historia crítica de América (ya entendéis que aludo á Navarrete), ha sentado que tanto el primer general como el primer apóstol del nuevo mundo, abandonaron sin autorización el puesto de honor que tenían: «Accompanied by a band of malcontents, he and friar Boyl toke possesion of some ships in the harbour, and set sail for the Spain: the first general and apostle of the new world thus setting

the flagrant exemple of unauthorized abandonment of their post (1).»

La acusación es bien clara. ¿Tiene la historia derecho para revisar esta causa? Indudablemente.

Ocho años há, hallándome en Barcelona, examiné varios registros de cartas de los Reyes Católicos, que están numerados y diligentemente custodiados en el archivo general de la Corona de Aragón. Al abrir el registro 3.685, y al llegar á su folio 26, ví una carta de los Reyes fechada en 7 de Junio de 1493, dirigida desde Barcelona á su embajada de Roma y consignada por el secretario de ambos Monarcas, Miguel Perez de Almazán. A dicho registro se trasladó la carta en aquel mismo día ó pocos después. ¡Cuál fué mi sorpresa cuando me encontré con una figura de Fray Bernal Buyl enteramente opuesta á la que hasta ahora ha descrito la historia!

Pintan Washington Irwing y el conde Rosselly de Lorgues á Fray Buyl como benedictino, como hombre altivo é intrigante, como hombre que supo suplantar un puesto; y según la carta, cuya veracidad no puede dudarse porque está registrada como auténtica y á la vista misma de los Reyes Católicos, no era entonces ermitaño benedictino, sino mínimo de la Orden de San Francisco de Paula. Yo la publiqué en Barcelona esta carta, por todo extremo importante, en mi obra *Los Reys d'Aragó y la Seu de Girona*, en folio, serie 2.ª, página 92, columna 1.ª, con otros datos que ilustran la memoria, así de Fray Bernal Buyl y de D. Pedro Margarit, como del famoso César Borgia.

Desde luego, las acusaciones que el conde Rosselly de Lorgues en su *Vida é historia de Cristóbal Colón*, ha propuesto contra la conducta de Fray Buyl, caen por su base y por su fundamento. Pero había que destruir al mismo tiempo las razones en las cuales se apoya el fallo que gene-

(1) *Life and voyages of Christ. Col.*, VIII, 2.

ralmente aparece acreditado. ¿Regresó Fray Buyl á España con autorización competente? ¿Abandonó su puesto de honor y de alto cargo que á la vez le habían confiado el Papa y los Reyes Católicos?

Esta es la cuestión.

Claro está que en el cargo espiritual dependía del Papa, y en el cargo temporal dependía de los Reyes Católicos. La Bula, en la cual se dan á Fray Buyl facultades apostólicas, es la que ha de determinar en primer lugar el fallo de la crítica. ¿Dónde está esa Bula? Raynaldi publicó un fragmento de ella, pero todavía está, por decirlo así, vacilante su autenticidad, ó por lo menos requiere un examen más detenido. Caresmar, en el siglo pasado, la llamó apócrifa, diciendo que esta Bula no puede ser verdadera, por la contrariedad que encierra desde la primera cláusula. Dice en el texto de Raynaldi: *Dilecto filio Bernardo Boil fratri ordinis Minorum Vicario dicti Ordinis in Hispaniarum regnis...*

Ahora bien. ¿Cómo se concilia que un franciscano *(ordinis Minorum)* sea Vicario general de su orden en los reinos de España, cuando entonces no existía ese título? En esto se funda nuestro doctísimo Caresmar para negar la autenticidad de este documento; y en verdad que el argumento es fuerte.

Para resolver la cuestión, me dirigí al que fué Nuncio de Su Santidad en España, al Cardenal Simeoni, y le rogué cuando iba á Roma para ser nombrado Secretario de Estado de Su Santidad Pío Nono, que me hiciese el favor de mandar sacar una copia auténtica del registro Vaticano. Tuvo la bondad de enviármela, y está en mi poder. Pues bien; aquí es donde la historia puede fallar si tenía ó no Fray Buyl autorización para dejar aquel puesto.

Las palabras de la Bula son terminantes. Las he publicado en el *Boletin Histórico*. Las palabras de la Bula, como el Congreso podrá ver por los documentos que he reunido, dicen en el punto que atañe á la discusión, lo siguiente:

Tibi, qui presbyter es .... accedendi et inibi, QUAMDIU VOLUERIS, commorandi, plenam, liberam et omnimodam... facultatem... concedimus pariter et elargimur.

Se le concedía, pues, potestad para estar allí cuanto tiempo él quisiera; podía él, de su propio grado, sin esperar ninguna orden, volverse; y por lo tanto no faltó á su deber apostólico regresando á España porque le plugo.

Entra en segundo lugar la cuestión del permiso regio. ¿Tenía autoridad de los Reyes Católicos para volver? La tenía seguramente, como no tardaré en demostrarlo. Hubo disensiones entre Fray Buyl y Cristóbal Colón, ¿quién lo niega? Entre los motivos que la causaron, pláceme apuntar el de la nacionalidad á que respectivamente pertenecían. La energía catalana y la altivez genovesa no podían menos de estar en lucha latente, y estallar cuando estaban en contacto; y por ésta, ó por otra ocasión, podía volverse á España Fray Buyl y sus compañeros castellanos y aragoneses. Pero ¿podía con autorización de los Reyes Católicos regresar á España Fray Buyl? Este es el punto controvertido. A esto no se contesta sino con documentos auténticos emanados de la misma autoridad. ¿Dónde están? ¡Pues en dónde han de estar! En el Archivo de Indias. Allí está el fundamento de nuestra verdadera historia enlazada con la de América. Navarrete no tuvo en su poder todos los documentos que obran allí para formar el proceso crítico, de manera que la posteridad quede, no sólo convencida, sino también satisfecha de que aquella historia es cabal y perfecta.

Por eso, á pesar del sol ardiente que en Sevilla, no hace mucho extendía su manto de fuego, me atreví á entrar en aquel archivo: cogí el Códice auténtico, escrito por Hernando Álvarez, bajo el dictado de los Reyes Católicos, y seguí carta por carta las que eran trasmitidas á Fray Buyl. Pues bien; resulta que en el momento crítico de la lucha, lucha en que ya se evidenciaba (según la describe Oviedo) aquella especie, no diré de enemistad, sino de discordia, ocasionada por razón de los esclavos; en aquel momento,

repito, los Reyes Católicos contestaron á una carta de Fray Buyl. Dicha carta de los Reyes Católicos todavía está inédita, y yo prosigo la publicación de estos documentos en el *Boletín Histórico*, como todo el mundo podrá ver. Pero entre tanto, y no abusando de la bondad del Congreso que tiene la amabilidad de oirme, me permitiré leer algunas líneas de esa carta, fechada en Segovia á 16 de Agosto de 1494 (1): «Por ende nos vos mandamos é encargamos, si vuestra salud da lugar á ello, que por servicio nuestro en todo esso sobreseais en ello, fasta que nos vos escrivamos, é si vuestra disposicion no diere lugar á ello é hubiérades de venir, dexad allá el R.° qual convenga con vuestro poder, para que en todo lo espiritual de allá pueda proveer.»

Se reduce la carta de los Reyes á manifestar: «Hemos recibido la vuestra, en que os quejais de vuestra falta de salud, y al mismo tiempo nos indicais que la carencia de buenos intérpretes os imposibilita para difundir la palabra evangélica. Nos, ó nosotros, queremos que si esa salud, que decis gastada, no lo impide, esteis en esa condición que teneis; pero de otra manera, si vos quereis venir, dejad los poderes que la Santa Sede Apostólica os ha concedido, á otro que ha ido con vos.» Los Reyes Católicos dejaban, por lo tanto, el poder de volverse á Fray Buyl; le dejaban en libertad de volverse ó no. Él recibió esta carta—según se ve por la comparación de las fechas,—antes de salir de América, y por consiguiente, tenía legítima autoridad para volver á España. La Historia, delante del documento pontificio y del documento regio, no puede fallar de otra manera. Este es el punto principal.

El secundario, que interesa no sólo á la historia, sino también á la religión, está en ver si Cristóbal Colón se las tuvo con un hombre malo, díscolo, perverso; hombre que le hiciese de tal manera sufrir, que la vida de aquel gran genio se convirtiera en atroz martirio.

---

(1) Registro de Hernando Álvarez, fol. 66 vuelto.

La religión no tiene nada que mendigar á la mentira, ama la luz y el resplandor de la pura verdad, y en donde encuentra el error y la falsedad—aunque sea en el altar,—allí la derriba; y por lo tanto, ha hecho muy bien la Santa Sede Apostólica, al hablársele de canonizar á Cristóbal Colón, de esquivar todas estas sombras, con las cuales el genio ilustre, que no tiene necesidad de ellas para brillar, puede todavía resplandecer. Así que la cuestión secundaria se reduce á ésta sencillamente: si realmente Fray Buyl obtuvo aquel cargo por influencias de un corazón que ambicionaba subir al poder; y, por consiguiente, si debe aceptarse el sistema del conde Rosselly de Lorgues, el cual pretendió que Fernando el Católico falsificara las letras apostólicas ó la Bula, denigrando de este modo el honor español. Para decidir esta cuestión, es necesario compulsar documentos contemporáneos: ellos, y no tradiciones, son los que han de dar luz; y me refiero á esas tradiciones que andan continuamente como las olas agitadas del mar, que se pierden como la espuma que revienta en donde choca.

¿Existen además de las cartas de los Reyes Católicos otros documentos que ilustren la vida y la conducta de Fray Buyl? Ciertamente que existen: ya lo dió á comprender el gran dominico español Villanueva en la obra que, por decirlo así, forma el reverso del anverso de la *España sagrada*. Este es el *Viaje literario por las iglesias de España*. En su viaje por Mallorca, describe el Códice del noble Arnaldo Dezcós, amigo de Fray Buyl, en el cual está consignada la correspondencia de ambos, que poseo completa.

En esta correspondencia encontramos el móvil por el que se hubo de decidir Fray Buyl, de tal modo, que no ambicionó el cargo de acompañar á Colón en el segundo viaje á América. En la carta que á Fray Buyl, poco antes de su salida, dirige Dezcós, pone el cuadro de aquellos que habían hurtado el cuerpo á tan noble carga... *(El Sr. Presidente invitó al orador á que fuera todo lo breve posible, en razón á los muchos individuos del Congreso que iban tomar*

parte en las discusiones.) Sr. Presidente, seré muy conciso y terminaré en dos palabras.

Allí mismo, en esta carta, se ve que Fray Buyl no pudo ambicionar su misión, sino que la tomó sobre sí cuando todos los demás, espantados, no querían arrostrar tan graves peligros. Cuando todos los demás rehuían el puesto, él dijo: «Pues aunque me cueste la vida pasar el Océano, allá voy.» Otros documentos contemporáneos, que me reservo publicar, establecen asimismo que este insigne varón, amigo íntimo de San Francisco de Paula, y primer Vicario general de los Mínimos en España, fué inculpable. Tal era el asunto que yo deseaba someter á la apreciación, no sólo del Congreso de Americanistas, sino de todo el mundo, para que triunfe la verdad en toda la línea. Creo haber demostrado que Fray Buyl fué intachable como primer apóstol del Nuevo Mundo. *(Grandes aplausos.)*

El Sr. **Presidente**: El Sr. Abate Louvot tiene la palabra.

M. Louvot, después de dar gracias á la Mesa, leyó la siguiente memoria:

Des voyages réels ou prétendus des juifs, avant Christophe Colomb, par M. l'abbé Louvot, professeur au collége Saint François-Xavier, de Besançon.

MESSIEURS:

Quelques écrivains ont cru sérieusement et affirmé avec une sorte de conviction passionnée que l'Amérique avait été non seulement découverte, mais encore peuplée par les juifs. Deux d'entre eux ont même composé des traités spéciaux pour essayer de le prouver, l'anglais Thomas Tho-

rowgood en 1650 (1) et le suisse Spizelius en 1661 (2). Dans la premiere moitié du XIXe siècle, un riche anglais, lord Kingsborough (3), consacra la plus grande partie de sa belle fortune, tout son temps et toute son intelligence à la coûteuse publication d'une collection de documents américains, imprimés avec luxe, illustrés avec magnificence et distribués avec générosité, pour établir à son tour que les américains procédaient des juifs. Bon nombre d'érudits ou de voyageurs ont traité incidemment la même question, et partagé la même croyance. Ne serait-ce qu'au point de vue de l'histoire littéraire, le problème mérite les honneurs d'une discussion scientifique.

Il est incontestable que les juifs ont joué un rôle considérable dans l'histoire de l'humanité. Leur activité inouïe, leur persevérance, leur génie commercial, et surtout leurs malheurs les ont dispersés dans toutes les directions. Plusieurs siècles avant Benjamin de Tudèle, un des enfants d'Israël, aurait pu, lui aussi, tracer la triomphante énumération des établissements juifs répandus dans tous les pays alors connus. Sont-ils allés jusqu'en Amérique? les uns se prononcent sans hésitation pour l'affirmative: au contraire, le plus grand nombre est d'un avis opposé. A nous d'examiner les pièces du procès.

Assurément, nous ne considérerons pas comme sérieuses, les raisons très faibles qu'allègue Lescarbot dans son *Histoire de la Nouvelle France*... (4). Je vous parlerai simple-

---

(1) THOMAS THOROWGOOD: *Jews in America or probabilities that the americains, are of that race*. In-1°, Londres, 1650, 2e édition, Londres, 1660.

(2) SPIZELIUS: *Elevatio relationis Montezinianae de reperti in America, tribubus israeliticis, et discussio argumentorum pro origine gentium americanorum Israelitica a Menasse ben Israel conquisitorum*. Bâle, 1661, in-8°.

(3) L. KINGSBOROUGH: *Antiquities of Mexico*. London. 7 volumes in plano. Voir surtout, dans le tome VI: *Argument to show that the Jews in early ages colonised America*.

(4) Voir LESCARBOT: *Hist. de la Nouv. France*. Édit. Tross., t. I, p. 23.

ment pour mémoire des prophéties et des passages d'Écriture Sainte sur lesquelles on a cru devoir s'appuyer pour affirmer la présence des juifs en Amérique avant Colomb. Je serai d'autant plus réservé sur ce point que vous pouvez tous examiner à loisir dans la magnifique Exposition d'Antiquités américaines qui fera l'honneur et la gloire du 4e Congrès de Madrid, le Ptolémée de 1473, sur les marges duquel Christophe Colomb avait pris soin de consigner les diverses prophéties sur lesquelles il s'appuyait. Je vous parlerai également pour mémoire des divers passages de Procope et Suidas relatif à une émigration réelle ou prétendue des juifs en Amérique à l'époque de la conquête des Dix tribus par Salmanasar.

J'arrive de suite aux analogies que l'on trouve dans les traditions, les coutumes, la langue et les traits du visage. En effet, à défaut des preuves historiques, certaines analogies nous permettront peut-être de conclure que les juifs et avant eux, les Chananéens auxquels ils ressemblaient à tant d'égards se sont peu à peu avancés d'une rive à l'autre de l'Atlantique en passant par les îles intermédiaires. C'est ce que nous allons rechercher.

Le souvenir de la double émigration des chananéens et des juifs, semble avoir été conservé par quelques traditions locales. Un des premiers historiens de la conquête, le froid et consciencieux Herrera (1), écrit «qu'un grand nombre d'indiens avaient appris de leurs ancêtres que la terre de Yucatan avait été peuplée par des nations venues de l'Orient et que Dieu avait délivrées de l'oppression en leur ouvrant un chemin vers la mer.» Landa, témoin oculaire et l'un des principaux acteurs de la conquête de ce pays, dit aussi: «Quelques anciens du Yucatan, prétendent avoir entendu de leurs ancêtres que cette terre fut occupée par une race de gens qui entrèrent du côté du Levant et que Dieu avait

---

1) Voir Herrera, IV-X, 8.

délivrées en leur ouvrant douze chemins vers la mer. Or, si cela était vrai, il s'en suivrait que tous les habitants des Indes occidentales seraient descendus des juifs.» Des traditions analogues ont été recueillies tout récemment encore, chez les Montagnais, peuplade de la Nouvelle-Bretagne, par un observateur dont on ne saurait récuser la haute compétence ou la froide impartialité le Père Petitot (1). Quelques écrivains sont plus explicites encore: Lizana et Torquemada (2) tracent avec précision la route de ces peuplades errantes, d'après des documents indigènes qui étaient en leur possession et affirment que les populations du Yucatan venaient de Cuba, mais qu'elles avaient successivement habité les Antilles, les Canaries et l'Afrique. Or, on sait combien Colomb et les premiers navigateurs ou historiens de l'Amérique, avaient été frappés de la ressemblance qui existait entre les insulaires des Antilles et ceux des Canaries. Mr. Berthelot, dans son histoire bien plus récente des Canaries, constata la même analogie, et de plus, établit que plusieurs noms de personnes ou de localités sont identiques dans ces deux archipels. Que si maintenant nous rapprochons ces traditions américaines, de la tradition conservée par Procope et Suidas, et de la dispersion des tribus juives sous Salmanasar, nous constaterons entre ces différents récits une grande ressemblance ; mais il faut nous défier de la tendance qu'ont toujours eu certains écrivains, et en particulier les historiens de l'Amérique, à forcer les analogies entre l'ancien et le Nouveau-Continent, et pour confirmer les traditions que nous avons enumérées, nous avons besoin d'autres preuves.

A coup sûr, ce ne sont pas les ressemblances qu'on a cru trouver entre les coutumes juives et américaines qui triompheront de notre défiance. Sans doute Manassés-Ben-Is-

---

(1) Voir Père Petitot : *Nouvelles Annales des voyages*. Février, 1869.

(2) Torquemada : *Histoire des Indes*.— Lizana : *Histoire de N. Dame de Izaval*, cités par Brasseur de Bourbourg (traduction de Landa, p. 357).

raël (1) rapporte que Montesinos, voyageant dans l'Amérique méridionale, reconnut dans son guide un israëlite qui l'assure que bon nombre d'indiens ayant la même origine que lui, habitaient les cordillières, mais Manassés était juif lui-même, et l'on connait l'orgueil national de cette race, et son ardent désir d'étendre sa puissance et d'augmenter sa rénommée: certes, s'il avait pu prouver son assertion, il n'aurait pas manqué de le faire; or, non seulement il garda le silence à ce sujet, mais encore il avoue qu'il ne parle que par ouï-dire. En effet, les voyageurs qui ont traversé les Andes, depuis Humboldt jusqu'à Castelnau et Paul Marcoy n'ont pas trouvé trace de ces prétendus juifs. Il est vrai qu'Adair (2), voyageur et marchand anglais du XVIIIe siècle, qui vécut 4 ans parmi les indiens et observa leurs coutumes avec intérêt, que Gumilla (3), supérieur des missions de l'Orénoque et recteur du collége de Carthagène en 1748, que lord Kingsborough (4), le systématique compilateur des antiquités mexicaines, et que plusieurs autres écrivains ont fait au sujet de la prétendue similitude entre les coutumes juives et américaines de curieuses remarques. Ainsi, les américains du midi, le même que les juifs, offrent à Dieu les prémices de leurs fruits; ils célèbrent toutes les nouvelles lunes, et font au commencement de septembre une grande cérémonie d'expiation. Chez eux, comme au temps de Ruth, le frère du défunt prend la veuve pour épouse; chez eux, la purification, le bain, le jeûne sont en usage. Ils ont même une arche sainte, soigneusement enfermée dans un sanctuaire, et la portent devant eux à la guerre, en prenant soin que jamais elle ne touche terre: enfin, ils pratiquent la circoncision. Adair, Gumilla et Kingsborough en concluraient que les américains descendent des juifs.

---

(1) Cité par de RIVERO: *Revue des Races latines*. Avril, 1859, p. 198.

(2) Voir ADAIR: *History of the American Indians*. Boston, 1776.

(3) GUMILLA: *Histoire de l'Orénoque illustré*, t. I, p. 186.

(4) LORD KINGSBOROUGH. Ouvrage cité, t. IV, p. 15.

Ces analogies sont frappantes, mais elles n'ont pas été constatées par tous les voyageurs; et d'ailleurs, une coutume, même étrange, peut se retrouver dans bien des pays, sans que les habitants de ces pays soient de la même race. Pour n'en citer qu'un exemple, la circoncision était pratiquée chez les Ethiopiens, les Arabes, les Egyptiens, les Phéniciens, les Colchidiens, etc. Elle l'est encore aujourd'hui par tous les mahométans.—Qui donc pourtant s'aviserait de prétendre que ces peuples étaient ou sont de la même race?

Ce qui nous frapperait plus encore que ces analogies de coutumes, qui peuvent n'être qu'accidentelles, c'est la perpétuité de la langue. On sait combien les juifs, encore aujourd'hui ont fidèlement conservé, comme un dépôt précieux, leur langue nationale: ils ne l'auraient certainement pas oubliée en Amérique, si réellement, ils y étaient allés. Nous remarquerons pourtant que les juifs, doivent aujourd'hui la conservation de leur langue à la fréquence de leurs communications, et il peut se faire qu'une petite fraction d'entre-eux, isolés et comme perdus au milieu d'un peuple immense, ne recevant aucune nouvelle de leurs compatriotes, et forcé pour se faire comprendre d'adopter la langue de leurs voisins, aient oublié après quelques générations l'idiome national. Quelques mots hébreux pourtant se séraient conservés. Ainsi Lescarbot prétend qu'il a entendu les américains du Nord chanter: «Alleluia»; mais le naïf voyageur entendait probablement de nouveaux convertis au catholicisme, et son enthousiasme érudit lui faisait oublier devant quels américains, il se trouvait. D'ailleurs, comme nous le prouverons plus tard, la région où fut signalé ce chant de joie chrétien et juif fut, à diverses reprises, et bien avant Lescarbot (1), occupée par des colons chrétiens, soit irlandais, soit northmans. Il n'y a donc rien d'étonnant à cette perpétuité ou plutôt à cette continuité dans l'expression des sentiments joyeux.

---

(1) LESCARBOT: *Histoire de la Nouvelle France.*

Les ressemblances signalées par Adair (1) seraient plus importantes. Ce voyageur rapporte, en effet, que certaines tribus péruviennes portent sur la poitrine une coquille blanche où est gravé le mot hébreu *Urim*. Elles chantent en outre *Jé* Meschiha, *Ho* Meschiha, *Vah* Meschiha, c'est-à-dire, les trois syllabes du mot *Jéhovah*, entrecoupées par trois appels au Messie. Adair affirme encore que les coupables sont appelés Haksit, Canaha, c'est-à-dire, pécheurs de Chanaan, et qu'aux offices religieux, les prêtres apostrophent les distraits en leur disant Tschi Haksit Canaha, c'est-à-dire, tu ressembles au pécheur de Chanaan. Certes ces analogies sont étranges, mais elles ne sont ni assez frappantes, ni assez nombreuses pour entrainer la conviction, et d'ailleurs le témoignage d'Adair est trop isolé pour qu'on ait le droit d'en conclure l'identité des langues hébraïque et péruvienne. Telle fut pourtant l'opinion de quelques savants. Le docteur Heinius (2), membre de l'Académie de Berlin, pensait que le péruvien dérive directement de l'hébreu. Le Condamine (3) trouvait aussi des ressemblances, mais il ne citait que six mots hébreux ayant avec le péruvien, des rapports plus ou moins éloignés. Court de Gébelin (4), toujours exagéré dans ses assertions, dressait un dictionnaire de ces mots, et rien qu'à la lettre A, en énumérait 54 : mais la plupart du temps ces assimilations sont forcées et il faut plus que de la bonne volonté pour admettre ces prétendues ressemblances. Le témoignage de Malouet (5), serait moins suspect. Nous lisons, en effet, dans les mémoires de ce froid et consciencieux observateur, qu'un

---

(1) ADAIR. Ouvrage cité.

(2) Cité par PELLONTIER : *Mémoire sur les rapports des celtes et des américains*. (Académie de Berlin, 1749.)

(3) LE CONDAMINE : *Rapport sur les monuments du Pérou en temps des Incas*. (Académie de Berlin, 1746.)

(4) COURT DE GÉBELIN : *Monde primitif*, VIII, 525.

(5) MALOUET : *Mémoires*, I, 158.

juif, établi à Surinam, et nommé Isaac Narci, lui aurait affirmé que les substantifs de la langue des golibis, c'est-à-dire, des indiens des Guyanes, étaient d'origine hébraïque, surtout les substantifs, qui désignaient les choses. Enfin, d'après le rapport d'une voyageur moderne, Castelnau (1), un israélite de Santarem sur l'Amazone, lui aurait indiqué plus de cinquante termes empruntés aux idiomes du pays et tout à fait semblables à ceux des hébreux.

La philologie est une science trop moderne, et ses procédés d'investigation sont déterminés depuis trop peu de temps, pour ne pas avouer notre défiance à l'égard de certaines théories, en vertu desquelles les érudits du siècle dernier, et peut-être même quelques savants contemporains sont portés à conclure de certaines identifications, peut-être accidentelles, à une communauté d'origine entre certaines langues. Les exemples que nous avons allégués à propos de la prétendue ressemblance entre les langues juive et péruvienne, ne nous semblent, jusqu'à nouvel ordre, ni assez nombreux, ni assez précis pour entraîner notre conviction. Tant qu'on n'aura pas démontré que ces deux langues ont les mêmes procédés, soit dans la structure de la phrase, soit dans la formation des mots, et nous ne pensons pas que cette preuve ait jamais été donnée, nous n'hésiterons pas à affirmer que ces ressemblances ne sont dues qu'au hasard, et par conséquent, que la colonisation de l'Amérique par les juifs n'est pas établie par la perpétuité de leur langue dans le Nouveau-Monde.

La perpétuité du type, si réellement elle existe, serait plus remarquable. Quelques voyageurs l'ont constatée, et comme le type juif n'est pas un de ceux qu'on puisse aisément confondre avec d'autres, s'il s'est conservé en Amérique, c'est que sur ce continent s'est produit un phénomène fort intéressant de transmission héréditaire.

---

(1) CASTELNAU : *Voyage dans l'Amérique méridionale*, t. IV.

L'abbé Brasseur de Bourbourg (1), qui a longtemps vécu parmi les indiens du Guatemala, s'exprime en ces termes sur leur compte: «Nous avons en souvent l'occasion d'admirer parmi les populations indiennes du Mexique et de l'Amérique centrale des types juifs ou égyptiens. Plus d'une fois également nous avons observé dans ces contrées des profils semblables à celui du roi de Juda, sculpté parmi les ruines de Karnak. Une foule d'étrangers ont remarqué avec autant de surprise que nous dans certains villages guatémaliens la costume arabe des hommes et le costume juif des femmes de Palin et du lac d'Amatitlan.» Ces observations ont un grand intérêt. Il serait à souhaiter qu'elles soient répétées par d'autres voyageurs et conduites avec plus de rigueur scientifique. Si réellement l'Amérique a été peuplée et colonisée par des juifs, on ne parviendra jamais à le démontrer qu'en étudiant la conformation physique, ou les singularités typiques qui peuvent exister chez l'une et l'autre; mais dans l'état actuel le problème n'a pas été suffisamment étudié. On peut même dire qu'il n'a pas été posé, puisque l'on ne sait pas si ces américains qui ressemblent aux juifs, descendent d'une émigration plus ou moins considérable qui aurait eu lieu, sans laisser de traces authentiques dans l'histoire; ou bien, s'ils ont pour ancêtres juifs débarqués en Amérique, aux premiers jours de la conquête. C'est dans cette direction, et rien que dans cette direction qu'il faut s'engager, pour trouver le sécret si longtemps cherché de la présence des juifs au Nouveau-Monde avant Christophe Colomb. Autrement, de toutes ces ressemblances dans les coutumes, dans la langue, ou dans les traits du visage, nous n'avons jusqu'à nouvel ordre, aucun droit de conclure à la réalité de ces voyages transatlantiques avant l'époque officielle. *(Aplausos.)*

El Sr. **Presidente**: Tiene la palabra el Sr. Espada.

---

(1) Brasseur de Bourbourg, I, 17.

El Sr. **Espada**: Estoy seguro de que el Congreso ha oido con tanto gusto como yo la Memoria del Sr. Abate Louvot sobre la probabilidad de que los judíos hayan poblado ó no, ó colonizado siquiera una parte del Nuevo Mundo; pero notando de paso que entre las citas que autorizan este importante estudio falta la de un tratado clásico en la materia: el *Origen de los indios del Nuevo Mundo*, por el P. Fr. Gregorio García, impreso en 1606. En él se discuten extensa y detenidamente todas las cuestiones relativas á la primitiva población de América por las gentes del Antiguo Mundo, y la que ha servido de tema al señor Abate con toda holgura, é invirtiendo en ella nada menos que un libro de los cinco que componen aquel tratado; pues, por fortuna, su autor no tenía que luchar en el caso con el gran impedimento de nuestros investigadores y críticos de antigüedades americanas, las Sagradas Escrituras; lejos de eso, encontraba en ellas un texto que le venía muy á propósito, el cap. 13 del libro 4.º de Esdras, donde se habla de la emigración á tierras incógnitas de las diez tribus de Israél cautivas de Salmanasar.

Por supuesto que el P. Gregorio, que era discretísimo, aunque muy erudito, se guarda muy bien de resolverse respecto á los judíos en nada que pudiera comprometer la independencia y elevación de criterio con que en los otros libros expone las razones en pro y en contra de la población de América por los egipcios, fenicios, cartagineses, árabes, etc., etc.; porque él vió antes que ningún otro las dificultades que desgraciadamente aún prevalecen en la solución de los problemas etnológicos americanos, y consisten en que no hay pueblo del Mundo Antiguo que no presente con los del Nuevo alguno ó algunos rasgos de semejanza é identidad en las costumbres, artes, lenguas, religión y facciones, hasta el punto de que, si nos fijamos en el español primitivo, v. gr., prescindiendo absolutamente de los restantes, con un poco de paciencia y algo de tolerancia en las etimologías, sin duda vendremos á concluir

que los americanos proceden de nosotros. ¿No dijo Barco Centenera que los caribes *tupis* eran de orígen extremeño? Y echando por el mismo camino llegaremos á idéntico paradero con los carios, etruscos, pelasgos, tártaros, chinos, etc., y por remate y fin en frente de este dilema: ó los americanos derivan de todas las naciones del Antiguo Mundo, ó de ninguna.

Los datos aducidos por M. Louvot en prueba de ciertas conexiones de raza entre los indígenas de América y los hijos de Israel son ciertos—salvo en lo relativo á su fisonomía ó idioma, donde sólo puede encontrarlas el que no los conozca;—pero sobre ser fruto de ajenas y no muy nuevas observaciones, en nada esclarecen, á mi juicio, las dudas del P. García, cuya obra, á ser más frecuentada, quizás hubiera evitado muchos de los modernos estudios acerca del origen de los primitivos pobladores de América.—He dicho.

El Sr. **Presidente**: El Sr. Martín Minguez tiene la palabra.

El Sr. **Martín Minguez**: Me dispensará el Congreso que por breves instantes haga observaciones referentes á la grave cuestión que se discute en este momento.

No soy el único que se ha ocupado de este particular; otros lo han hecho anteriormente, entre ellos el Sr. Amador de los Rios, que ha tratado del asunto en el prólogo de su obra acerca de los judíos en España.

Encontramos en América, no solamente en los monumentos arquitectónicos, sino también en las sepulturas, restos fehacientes de un gran pueblo; y autores modernos, en su número el venerable Pí, han demostrado que no puede negarse que hay algo del pueblo egipcio en las comarcas de los Incas.

Ahora bien; esto, no sólo es cierto en lo que toca al arte, sino que además, en las teogonías y cosmogonías se advierten rastros por los cuales puede suponerse que pasaron al Asia, y del Asia pudieron ir á colonizar la América, dando mayor fuerza á la hipótesis la relación directa que

tiene la lengua egipcia en su gramática con la lengua del Perú, y la que, por la parte opuesta, tiene con el Tagalo, que viene perfectamente á unirse con la Malaya al Sur de África, en la isla de Madagascar.

Tales observaciones son de utilizar con procedimientos semejantes á los del zoólogo que por el hallazgo de un hueso investiga las formas del animal á que perteneció; una columna, el resto de una momia, algunas palabras, el dato más insignificante al parecer, viene á veces á descubrir relaciones entre los pueblos. Por este método, con estudios como los del asiriólogo Birman Ofel es como únicamente podemos llegar á un resultado práctico.

Si la historia antigua de nuestro propio suelo es oscura, ¿cómo queremos conocer la de América, prescindiendo de lo que hemos aprendido antes, y desechando los términos de relación?

Opiniones que hoy se consideran herejías científicas, vendrán acaso con el trascurso del tiempo y el trabajo de la historia, á recibirse por verdades ortodoxas. Pero ésta, señores, no es cuestión de un día, ni el Congreso la decidiría dedicándole todas sus sesiones. Si yo he pronunciado estas pocas palabras ha sido con objeto sólo de fijar la atención en el influjo que haya podido tener el pueblo egipcio en la lenguística americana.

El Sr. **Presidente** concede la palabra al señor Vinson.

M. **Vinson:** J'ai écouté avec la plus grande attention les honorables orateurs qui m'ont précédé. Je ne partage pas leurs opinions, mais je trouve que l'honorable abbé Louvot n'a même pas été assez loin. La discussion ne peut-être soulevée en ce moment au point de vue anthropologique, la science n'étant pas assez avancée. Cependant, au point de vue de la linguistique, auquel j'ai continue de me placer, il n'est pas permis de dire qu'il y ait eu des relations direc-

es entre les juifs et les américains. Certes, je ne suis pas pour la négation absolue: j'appartiens à l'école des sciences positives, qui procède en déduisant ses conclusions des faits qu'elle a observée. Jusqu'ici, les observations ethnographiques n'ont aucune valeur, parcequ'elles sont trop peu nombreuses et qu'elles ne fournissent pourtant que des témoignages discutables. Dans des questions de la nature de celle qui a été soulevée, on s'écarte de la voie sage, de la voie de la science rigoureuse qui seule mène au but, au progrès. Eh bien, je me borne à déclarer qu'il est impossible à la science de la linguistique de trouver une relation directe entre les langues américaines et les langues sémitiques, voire même les langues dites chamétiques.

El Sr. Dr. **Hijar**, delegado de Méjico, ofreció al Congreso, en nombre del Gobierno que representaba, las importantes obras históricas de D. Manuel Larrainzar y D. M. Orozco y Berra, cuyos títulos y condiciones se expresan en la relación general de libros, recibiéndose con reconocimiento tan valiosa expresión.

D. **Justo Zaragoza** ofreció asimismo ejemplares de las obras de que es autor, extendiéndose en consideraciones acerca de los primitivos proyectos de canales inter-oceánicos en el Nuevo Mundo, cuya apertura absorbe actualmente la atención de las naciones civilizadas. Dió noticia de que desde el año de 1508, reinando D. Fernando el Católico, se determinó el estudio de un canal que uniera los mares del Norte y del Sur, como entonces se denominaban, á través del istmo de Panamá, siendo notable que ya por entonces se fijaran los tres parajes que actualmente han indicado los más distin-

guidos ingenieros de Europa, informando al Rey los promovedores de la idea, que aprovechando el curso natural de los ríos, rectificándolo y profundizándolo en algunos sitios, se conseguiría con gasto reducido la inmensa ventaja de una comunicación fácil y rápida.

El Sr. **Presidente**: El secretario Sr. Fernández Duro va á dar cuenta de algunas comunicaciones.

El Sr. **Fernández-Duro** presentó al Congreso cinco ejemplares de rocas de la isla de Cuba que ha remitido desde la Habana el Sr. D. Antonio López Prieto, acompañadas de reseña, titulada *Nota geológica referente á las rocas graníticas de Palmira*, y quedaron unas y otra sobre la mesa para el examen de los señores socios. Quedaron igualmente los Índices de documentos del Archivo de Indias, sección de Patronato, ofrecidos por el coronel, capitán de fragata D. Francisco Carrasco, y otro de documentos relativos á la historia de la isla de Cuba, reunidos y presentados por el Sr. D. Jacobo de la Pezuela, académico de la Historia. Por último dió cuenta de una comunicación dirigida al Congreso por D. Alfredo Mirapens solicitando recomendación en pró del propósito que tiene de publicar por el procedimiento de la foto-litografía una serie de fac-similes de los más importantes documentos que existen en los Museos y Archivos nacionales.

Varios señores pidieron la palabra, y otorgada por el Sr. Presidente, que manifestó dejaba á la

resolución del Congreso lo que se estimara conveniente, se hizo manifiesto el deseo general de ver publicadas series de documentos como la que el Gobierno de España ha dado á luz con el título de *Cartas de Indias,* y la que más recientemente se ha repartido con el de *Relaciones geográficas de Indias;* pero al mismo tiempo prevaleció la opinión de no corresponder al Congreso otra decisión en el asunto que la de su apoyo moral al proyecto del editor Sr. Mirapens.

Encareciendo los beneficios que semejantes publicaciones reportan, dijo el Sr. **Varela**, delegado de la República Argentina, que á la presentación de los que existen en los archivos de América, acompañada de mutuas concesiones, se debía la desaparicion de la única nube negra que se había presentado sobre el horizonte americano con la cuestión de límites de aquel territorio y el de Chile, cuestión felizmente arreglada. Recibióse con grandes aplausos esta declaración.

EXPOSICION BOTÁNICA.

Terminada la cuarta sesión, los señores de la Mesa del Congreso, seguidos de los asistentes, se trasladaron al Jardín Botánico, en cuyas salas se había dispuesto una exposición de la flora americana, con el doble objeto de solemnizar la reunión de los americanistas y de conmemorar el Centenario

de la instalación del Jardín en el sitio actual, ordenada por el sabio monarca Carlos III el año de 1781.

El director del establecimiento, D. **Miguel Colmeiro**, explicó el pensamiento de aquel Rey, solícito restaurador de la Botánica, que quiso se creara en la corte un hermoso lugar de instrucción y de recreo y esparcimiento á la vez para el público *(civium saluti et oblectamento)* y desarrolló la historia de la fundación y adelantos en discurso que se oyó con atención y aplauso (1), y que contestó el señor E. Dognée, de Bélgica, en levantados conceptos. El Presidente, Sr. **Duque de Veragua**, anunció entonces á los concurrentes que el Sr. Colmeiro ponía á su disposición ejemplares de la obra de que es autor, *La Botánica y los botánicos de la Península hispano-lusitana* (2), y los invitó á visitar los salones de la Exposición, que muchas damas favorecían con su presencia.

Colocadas con orden y elegancia se veían curiosas colecciones de los productos vegetales del Nuevo Mundo: maderas, semillas y plantas preparadas. Aparte se mostraban las colecciones de dibujos y acuarelas, las obras publicadas y las inéditas de gran interés, por ser algunas fruto del trabajo de

---

(1) El discurso se distribuyó impreso á los socios del Congreso. Lleva por título: *Discurso leído ante el Congreso de Americanistas el día 26 de Setiembre de* 1881 *en la cátedra del Jardín Botánico de Madrid, para celebrar el Centenario de su instalación en el Prado, por D. Miguel Colmeiro, decano de la facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid y director del Jardín Botánico.* Madrid. Imprenta de Fortanet, 1881. En 8.°, 16 págs.

(2) Impreso en Madrid en 1858. 1 vol., 8.° mayor.

los viajeros comisionados por el referido rey Carlos III para estudiar la flora en los que por entonces eran vireinatos de su corona. La *Flora Peruviana et Chilensis* de Ruiz y Pavón; los manuscritos de Caldas, Mutis, Mociño, Sessé, La Gasca, y los magníficos herbarios de Nueva Granada, Méjico, Cuba y otros, que exceden de 15.000 especies vegetales, pasando de 9.000 los dibujos tomados de las plantas vivas americanas.

Examinó la concurrencia las estufas de plantas exóticas y algunas ya aclimatadas al aire libre, visitando todas las dependencias del establecimiento.

QUINTA SESIÓN.

MARTES 27 DE SÉTIEMBRE Á LAS NUEVE Y CUARTO DE LA MAÑANA.

Antropología.—Arqueología.—Etnografía.—Historia.

El Sr. **Duque de Veragua** rogó al Vicepresidente, D. Manuel M. de Peralta, Ministro plenipotenciario de la República de Costa-Rica en Madrid, que se sirviera presidir la sesión que iba á tener principio, y habiendo ocupado el sillón, siendo las nueve y cuarto de la mañana,

El Sr. de **Peralta**, con elocuente frase, dió las gracias por la honra que se le dispensaba llamándole á compartir en esta parte la discusión de las interesantes cuestiones presentadas á las deliberaciones del Congreso. Anunció que concedería el uso de la palabra á los que la habian pedido por el orden en que estaban inscritos en la orden del día, advirtiendo que en cumplimiento del art. 3.º de los Estatutos generales, se reuniría á las dos de la tarde el Consejo central, á fin de acordar y proponer el lugar de reunión del Congreso quinto que ha de

verificarse el año de 1883, y que el Secretario general iba á leer con este objeto lista de los señores designados.

El Sr. **Fernández Duro** leyó en efecto la lista publicada en la página 22 del presente volumen, y enterado el Congreso, dió cuenta de una comunicación dirigida á la Secretaría por D. Santiago Pérez Junquera, del comercio de libros de Madrid (1), manifestando que, deseoso de ofrecer á los señores extranjeros que han concurrido á esta solemnidad, testimonio de simpatía y consideración, y memoria al mismo tiempo de su visita á esta capital, les ofrecía un ejemplar numerado del libro de Menasseh Ben Israel sobre el origen de los americanos, que acababa de reimprimir por su cuenta, á plana y renglón, siguiendo con fidelidad el que se dió á luz en Amsterdam el año de 1650, con retrato y biografía del autor y noticia bibliográfica de las obras principales sobre orígenes, historia y conquistas de América.

El Sr. de **Peralta** propuso al Congreso se sirviera declarar que había oido con gusto la comunicación y que se manifestara al Sr. Junquera su reconocimiento por el generoso donativo de un libro tan interesante y tan difícil de obtener por la rareza de los ejemplares de la edición de Amsterdam. Así se acordó. Concedió después la palabra al Sr. Gaffarel, que leyó la siguiente memoria:

---

(1) Calle de la Salud, núm. 11.

L'île des Sept Cités et l'île Antilia, par M. Paul Gaffarel.

Parmi les îles fantastiques dont les cartographes du moyen-âge aimaient à parsemer l'Océan, il en est trois dont le nom se retrouve souvent. Nous avons raconté ailleurs l'histoire de la plus connue de ces îles, l'île de Saint-Brandan (1); nous voudrions en ce moment suivre la fortune géographique des deux autres, l'île des Sept Cités et l'île Antilia.

I.

La légende chrétienne de l'île des Sept Cités eut un grand retentissement au moyen-âge, et contribua à tourner l'attention publique vers les mers occidentales, où déjà quelques savants s'accordaient à trouver l'emplacement du Paradis terrestre (2). On racontait qu'à l'époque de la conquête de l'Espagne par les Arabes, après la défaite de Xerés la Frontera, et la disparition du roi wisigoth Roderick, sept évêques, sous la direction de l'un d'entre eux, l'archevêque de Porto, s'embarquèrent suivis de leurs ouailles, et s'abandonnèrent à leur destinée. Après une longue navigation, ils abordèrent une île inconnue, et s'y fixèrent après avoir brûlé leurs vaisseaux. Comme ils étaient sept, et que chacun d'eux se construisit une demeure particulière, l'île prit le nom d'île des Sept Cités. Martin Behaim (3), sur sa

---

(1) GAFFAREL: *Les voyages de Saint-Brandan et des Papae dans l'Atlantique au moyen-âge.* (Société de Géographie de Rochefort, 1881.)

(2) D. CALMET: *Dissertation sur le Paradis.* (Commentaires sur la Bible, t. I, p. 331.)—LETRONNE: *Opinions cosmographiques des Pères de l'Église.* (Revue des deux mondes, 1831.)—MAURY: *Encyclopédie moderne* (article Paradis).

(3) STUEVEN: *Dissertatio historico-critica de vera novi orbis inventore.*—MUHR: *Diplomatische Geschichte des Berühmten Ritters Behaim.*

fameuse mappemonde de Nuremberg (1492), dessinait cette île avec la légende suivante: «Quand on se reporte à l'année 714 après la naissance du Christ, lorsque toute l'Espagne fut envahie par les mécréants d'Afrique, alors l'île nommée Sette Citade, ci dessus figurée, fut peuplée par un archevêque de Porto en Portugal, avec six autres évêques et des chrétiens, hommes et femmes, lesquels s'étant enfuis d'Espagne sur des vaisseaux y vinrent avec des bestiaux et leur fortune.» Même après la découverte de l'Amérique Fernand Colomb (1) croyait à l'existence de cette île, et il en raconte l'histoire en termes à peu près identiques. «On racontait qu'au huitième siècle de l'ère chrétienne sept évêques Portugais, suivis de leurs ouailles, s'étaient embarqués pour gagner cette île, où ils avaient bâti sept villes, et qu'ils n'avaient plus voulu quitter, ayant d'ailleurs brûlé leurs vaisseaux et leurs agrès pour s'interdire la possibilité du retour.»

Sans discuter ici la réalité ou la fausseté de cette légende, nous reconnaîtrons cependant que l'instinct de tous les peuples conquis est de rêver au jour de restauration. Les juifs ne croient-ils pas encore à leur Messie libérateur et triomphant? Les Gallois ont longtemps espéré le retour de leur héros national, Arthur. Les Irlandais d'Amérique sont attendus par leurs compatriotes d'Europe pour tenter le grand œuvre de la restauration. Quand les Incas furent détruits par les Espagnols, leurs sujets se racontèrent entre eux que les descendants d'Atahualpa reviendraient un jour relever l'antique monarchie des fils du Soleil. De même en Espagne, où, d'après la tradition, un grand nombre de Goths s'étaient soustraits à la domination arabe, et avaient trouvé un refuge dans l'île des Sept Cités. Aussi comprend-on que cette légende se soit fidèlement conservée dans les souvenirs populaires, et même qu'avec le

(1) F. Colomb: *Vie de l'amiral*, §. IX.

temps elle ait été embellie et augmentée. Bientôt, en effet, on ne se contenta plus de mentionner l'existence de l'île mystérieuse: on prétendit l'avoir retrouvée (1). En 1447 un portugais, poussé par la tempête dans l'Atlantique, aurait débarqué dans une île inconnue, où ils trouva sept villes, dont les habitants parlaient le portugais (2). Ces derniers auraient voulu le retenir, car ils ne voulaient avoir aucune communication avec leur ancienne patrie, mais il parvint à s'échapper, et revint en Portugal, où il raconta à don Henri de Viseu ses étonnantes aventures. Ce prince réprimanda vertement le capitaine pour s'être enfui sans avoir complété ses renseignements, et le marin effrayé ne reparut plus. Néanmoins cette histoire fit du bruit. Les érudits de l'époque identifièrent la prétendue découverte avec l'île Phénicienne mentionnée par Aristote (3) et par Diodore de Sicile (4), et, dès lors, elle prit place sur les cartes sous le nom, que nous lui connaissons, d'île des Sept Cités.

On a cru retrouver cette île à Saint Michel, une des Açores. A l'extrémité orientale de cette île s'étend une vallée, d'environ trois lieues carrées: c'est un ancien cratère (5), semblable à une immense chaudière. Il est entouré de montagnes escarpées, avec deux petits lacs dans le fond. Le sol en est de lave et de pierre ponce, mais recouvert d'un

---

1) Horn: *De originibus americanis*, p. 7. anno MCCCXLVII.

2) Ce détail est confirmé par F. Colomb (passage cité, §. IX): «Le capitaine et les marins reprirent la mer en toute hâte et firent voile vers le Portugal, certains que l'infant les louerait de leur conduite. Le prince au contraire les en blâma sérieusement, et leur ordonna de retourner vers cette île, d'y séjourner et de venir leur rapporter ce qu'ils y auraient vu. Ces gens, pris de frayeur, s'en allèrent avec leur navire et ne reparurent plus en Portugal. Entre autres détails ils avaient dit que les mousses du navire, ayant ramassé sur le rivage du sable pour nettoyer leurs ustensiles, avaient reconnu que ce sable était pour les deux tiers d'or fin.»

3) Aristote: *De mirabilibus auscultationibus*, §. 8.

4) Diodore de Sicile, lib. v, §. 19-20.

5) D'Avezac: *Iles de l'Afrique*, p. 71.

humus fertile. Quelques misérables chaumières répandues dans cette vallée composent un hameau qui porte en effet le nom de Sept Cités. Serions-nous donc en présence des sept villes bâties jadis par les proscrits? Mais, à première vue, plusieurs milliers d'entre eux n'auraient pu vivre et prospérer dans un espace aussi étroit. Sans doute les tremblements de terre sont fréquents aux Açores. Ils peuvent avoir et détruit la ville et transformé le sol; mais au moins trouverait-on encore les débris des maisons, et rien de semblable n'existe. Le nom seul s'est conservé, et encore jurerait-on qu'il est d'origine moderne, et que le hameau actuel des Sept Cités a été ainsi denommé par quelque érudit, enquête de souvenirs rétrospectifs. Ce n'est donc pas aux Açores qu'il faut chercher l'île des Sept Cités.

Ce ne sera pas non plus sur le continent américain. On le croyait pourtant au XVIe siècle. Un père Franciscain, Marcos de Niza (1), sur la foi de vagues récits, s'enfonçait en 1539 dans l'Amérique du Nord, du côté de la Californie, avec l'espoir de trouver dans un contrée nommée Cibola par les indigènes les Sept Cités de la légende. Accompagné de trois franciscains et d'un nègre qui connaissait la contrée, il atteignit des régions inexplorées, et raconta à sa retour qu'il avait vu dans le lointain sept villes resplendissantes, dont il avit pris possession au nom du roi d'Espagne. Ses récits enthousiastes décidèrent le départ d'une expédition considérable, commandée par un gentilhomme de mérite, P. Vazquez de Coronado (2); mais la petite ar-

(1) La relation de son voyage est insérée dans la collection TERNAUX-COMPANS (vol. x, p. 256-281). Voir dans le même volume le *Voyage à Cibola* en 1540, par PEDRO DE CASTANEDA (p. 1-255).—F. DENIS: *Californie* (Univers Pittoresque, p. 8).

(2) *Collection Ternaux-Compans*, t. IX, p. 319-363.—F. H. SIMPSON: *Coronado's march in search of the Seven Cities of Cibola, and discression of their probable location.* (Smithsonian Institution, 1869, p. 309-310. —VIVIENS DE SAINT-MARTIN: *Année géographique*, 1872, p. 239.

mée, après avoir supporté bien des fatigues, arriva au pied d'un rocher aride, sur lequel s'élevait en effet Cibola, village si peu considérable qu'il y a des fermes de Nouvelle Espagne qui ont meilleure apparence.

Le Cibola du XVIe siècle, ce Tombouctou américain, comme l'appelle ingénieusement Humboldt (1), ne réalisa donc pas les rêves des premiers conquérants. On n'y trouva ni sept cités chrétiennes, ni peuple ayant gardé de vieilles traditions, mais Cibola n'en existait pas moins, dans un pays voisin du Rio Gila, non loin des sources du Rio del Norte, et, chose singulière, la région comprenait soixante dix bourgades, réparties en sept provinces. Il paraîtrait même qu'aujourd'hui encore, à Zuni, ville principale de l'ancien Cibola, se rencontrent des Indiens à cheveux blonds et au visage clair. «A leur aspect, écrivait un voyageur contemporain (2), on est tenté de s'écrier: ce ne sont pas là des Indiens. Il y en a beaucoup parmi eux dont le teint est aussi clair que celui des sang-mêlés. Parmi les femmes en particulier, plusieurs ont la peau presque blanche, et les yeux gris, bleus ou couleur noisette.» Il est vrai que ces indications n'offrent rien de précis, et nous ne devons pas oublier que Cibola est le pays des mirages, puisque en 1540 Vazquez de Coronado (3) prit pour des hommes vêtus de blanc et semblables à des religieux de la Merci quelques uns de ces grands hérons blancs, que les Espagnols nomment encore *soldados*, parce que vus de loin et à contre jour ils ressemblent à des sentinelles; mais l'existence de ces Indiens à teint pâle, et dans une région rigoureusement divisée en sept cantons, n'en est pas moins singulière, surtout si on la rapproche d'une curieuse légende conservée par Sahagun (4), histo-

---

1. HUMBOLDT: *Histoire de la géographie du nouveau continent*, II, 271.

2. CATLIN: *Letters and notes on the manners, customs and conditions of the nort American Indians*, I, 93.

3. VAZQUEZ DE CORONADO: *Collection Ternaux-Compans*.

4. SAHAGUN: *Historia de las cosas de Nueva España*, liv. I, p. 18.

rien sans grande critique, mais qui eut le mérite de rapporter fidèlement les traditions indigènes. Il s'agit de l'origine des Nahuatl : «La relation qu'en donnent les anciens, dit-il, est qu'il vinrent par mer du côté du Nord... On conjecture que ces naturels sortirent de sept grottes et que ces sept grottes sont les sept navires ou galères dans lesquels arrivèrent les premiers colons.» Ces premiers colons étaient-ils les diocésains des sept évêques visigoths, et le Cibola, où se trouvent aujourd'hui encore des Indiens à teint blanc, était-il réellement le pays des Sept Cités, nous n'oserions l'affirmer, car ce nombre fatidique de sept peut n'être dû qu'au simple hasard, tout aussi bien que la présence d'une race blanche dans la région de Cibola. Nous devions toutefois mentionner ces analogies, sans nous permettre pour cela d'établir une concordance absolue entre le Cibola américain et l'île chrétienne des Sept Cités.

II.

Une autre île que les cartographes du moyen-âge mentionnent encore fréquemment, et parfois même confondent avec l'île des Sept Cités, est l'île Antilia. Les uns trouvent un certain rapport entre Antilia et Atlantide (1); les autres, versés dans la connaissance des langues orientales, ont pensé qu'Antilia correspondait au Gezyret el Tennyn ou île des serpents des cosmographes arabes (2): en effet, sur quelques

---

(1) D'Avezac (*Iles de l'Afrique*, p. 28) cite un document géographique de 1455 portant la désignation suivante: «Ceste isle est appelée de Antillis. Platon assure que ceste isle estoit presque aussi grande que l'Afrique, et il dit que dans ceste mer se voient des grands heurtements des courants qui passoient sur ceste isle sablonneuse, à raison desquels sables la susdite isle s'est presque effondrée par la volonté de Dieu, et ceste mer est appelée mer de Batture.»

(2) Beache: *Mémoire sur l'île Antilia* (Mémoires de l'Institut, an 1806).

cartes du XIVe et du XVe siècle, est figurée une île auprès de laquelle est dessinée un homme dévoré par des serpents. Cette île est appelée Antilia, ce qui pouvait être la traduction de l'arabe Tennyn. On a encore prétendu que l'etymologie d'Antilia était ante insula, île antérieure, et, en ce cas, Antilia ne serait qu'une réminiscence de cette île mystérieuse de l'Océan, nommée par Aristote ἀντιπόρθμος et par Ptolemée ἀπροσίτος (1). Quelle que soit l'origine de cette dénomination, elle existe, et nous devons suivre sa fortune à travers les cartes ou les traités géographiques.

Pierre de Médine (2), écrivain espagnol du XVIe siècle, auteur des *Grandeurs et choses mémorables de l'Espagne*, raconte que, dans un Ptolemée offert au pape Urbain VI, qui régna de 1378 à 1389, il remarqua l'île Antilia, qui portait la légende suivante: «Ista insula Antilia, aliquando a Lusitanis est inventa, sed modo, quando quaeritur, non invenitur.» Comme aucun cartographe du XIVe siècle ne mentionne l'Antilia, il est probable qu'il ne s'agit ici que d'une de ces cartes supplémentaires, que les savants du XVIe siècle ajoutaient aux manuscrits ou aux éditions de Ptolemée, au fur et à mesure des découvertes géographiques, afin de mettre en quelque sorte au courant leur auteur favori. On a encore voulu trouver l'Antilia sur la carte dressée en 1367 par Picignano (3). En effet, dans une île dessinée très à l'Ouest dans l'Atlantique, sont figurées deux statues avec la mention suivante: «Hae sunt statuae quae stant ante ripas Antilliae, quarum quae in fundo ad securandos homines navigantes, quare est fusum ad ista maria quousque possint navigare, et foras porrecta statua est mare sorde quo non possint intrare nautae.» Mais la carte de Picignano est d'une lecture difficile. *Ad ripas Antilliae* peut tout aussi bien se

(1) ARISTOTE: *De mundo*, III.

(2) D'AVEZAC: *Iles de l'Afrique*, p. 27.

(3) ZURLA: *Viaggi veneziani*, t. II, p. 324.—HUMBOLDT: *Histoire de la géographie du nouveau continent*, t. II, p. 177.—BEACHE: Mémoire cité.

lire *ad ripas Atullio*, et même *ad ripas istius insulæ*. A vrai dire la première indication certaine de l'Antilia ne peut être fixée qu'au l'année 1414, époque à laquelle, d'après Behaim (1), un navire espagnol s'approcha pour la première fois de cette île et la fit connaître à l'Europe. Dès lors l'Antilia figure, en effet, sur presque toutes les cartes. On la retrouve sur le Portulan ancônitain de 1424 conservé à la Bibliothèque grand ducale de Weimar (2), et sur celui du Génois Beccaria ou Beclaria, conservé à la Bibliothèque de Parme (3). La carte du Vénitien Andrea Bianco dressée en 1436 et publiée par Formaleoni en 1783 (4), celle du Génois Bartholomeo Pareto dressée en 1455 et publiée par Andrés, la mappemonde de Fra Mauro en 1457 et la carte d'Andréa Benincasa dressée en 1476 mentionnent pareillement l'Antilia. Le mathématicien Florentin Paolo Toscanelli, qui fut le correspondant de Colomb et le confirma dans sa résolution de chercher à l'Occident la route des Indes, avait dessiné avec soin une carte du voyage à entreprendre dans cette direction, et l'Antilia y figurait comme une station intermédiaire sur la route de Lisbonne aux Indes par l'Ouest. Dans la lettre qui accompagnait cette carte (5), il parle de l'Antilia comme d'un pays très connu. Malheureusement la carte de Toscanelli est perdue, et il est à peu près imposible d'évaluer avec précision les distances fixées par l'érudit Florentin. Il est vrai que nous possédons encore le globe dressé quelques années plus tard par Behaim (6), globe qui

---

(1) DE MÜRR: *Notice sur Behaim*. Trad. Jansen.—JOMARD: *Monuments de la géographie*, carte 52.

(2) D'AVEZAC, ut supra, p. 21.—HUMBOLDT, id., t. II, p. 190.

(3) FORMALEONI: *Saggio sulla nautica antica dei Veneziani*.

(4) ANDRÉS: *Sur une carte géographique de* 1455.

(5) TOSCANELLI: *Lettre à Colomb*. Édition Harrisse (D. Fernando Colon, historiador de su padre). «Ab insula Antilia vobis nota ad insulam nobilissimam Cippangu,» etc.

(6) *Reproduction de ce globe dans* JAMARD, ouv. cit. carte 52.

n'est à ce qu'on croit qu'une copie de la carte de Toscanelli, et l'Antilia y est indiquée sous le 330me degré de longitude orientale. Ortelius (1) et Mercator la dessinent encore dans leurs atlas. En général toutes les cartes lui donnent une forme rectangulaire, et en font un pays à peu près aussi grand que l'Espagne. Les côtes sont décrites avec une grande apparence d'exactitude. On y retrouve les mêmes détails que dans ces terres imaginaires du pôle Sud, qu'on dessina avec tant de soin dans les atlas jusqu'au milieu du XVIIe siècle. Donc à partir du XIVe siècle tous les marins ont cru à l'existence de l'Antilia. Il nous reste à déterminer la position qu'ils lui assignaient.

Chercherons-nous l'Antilia dans l'archipel des Canaries? Mais ces îles avaient été visitées dès le XIIIe siècle, vers 1275, par le Génois Lancelot Maloisel, et en 1291 par Tedisio Doria et les frères Vivaldi, d'autres Génois. Pétrarque, né en 1304, nous apprend qu'une flotte de guerre Génoise avait pénétré aux Canaries toute une génération avant lui. Au XIVe siècle cet archipel fut encore reconnu ou visité en 1341 par Angiolini del Tegghia, en 1360 par deux navires espagnols expédiés par Luis de Lacerda, en 1377 par le Biscayen Ruys de Avendaño, en 1382 par F. Lopez, en 1386 par le castillan d'Ureno (2). L'atlas catalan de 1367 édité par Buchon, la carte de Mecia de Viladestes et le Portulan de la Bibliothèque de Dijon (3), marquent ces îles. Au commencement du XVe siècle, lorsque Jehan de Béthencourt (4) partit de Normandie avec le dessein bien arrêté de conquérir les Canaries, non seulement il amenait avec lui de France des interprètes canariens, mais encore la chronique rédigée par ses aumôniers nous apprend que ces îles étaient de-

(1) ORTELIUS, n° 5.—MERCATOR, n° 3.

(2) D'AVEZAC: *Iles de l'Afrique*, p. 40.

(3) GAFFAREL: *Portulan inédit de la Bibliothèque de Dijon*.

(4) *Le Canarien*, édit. GRAVIER, p. 22, 16.

puis longtemps fréquentées par les marins. Si donc la première mention authentique de l'Antilia est seulement de 1414, comme nous l'avons établi plus haut, ce n'est pas dans les Canaries que nous devons la chercher.

L'archipel de Madère, depuis longtemps connu des Arabes, l'était aussi dès le XIVe siècle par les Européens et particulièrement par les Italiens (1), car toutes les cartes marines de cette époque lui donnent des dénominations italiennes (2). Ce n'est donc point là encore qu'il nous faut chercher l'Antilia.

Les îles du Cap Vert ont été découvertes à une époque bien plus récente: c'est en 1456 que le Vénitien Ca da Mosto et le Génois Antonio Uso di Mare (3) reconnurent les premiers ces îles; mais elles sont peu éloignées de la côte, tandis que toutes les cartes du temps représentent l'Antilia au milieu de l'Océan et ne cessèrent jamais de la dessiner en même temps que l'archipel du Cap Vert.

Où donc trouver cette Antilia fantastique? Buache (4) se prononce en faveur des Açores, bien que les Açores fussent connues et dessinées dès le milieu du XIVe siècle, si du moins on en croit le Portulan médicéen de 1351 (5). Aussi bien si l'Antilia eût correspondu à Saint Michel ou à toute autre île du groupe Açoréen, on ne l'aurait plus figurée sur les cartes de l'époque, qui présentent au contraire simultanément, ainsi que celles de Bianco ou de Behaim, l'Antilia et les Açores.

L'Antilia serait-elle donc l'Amérique? A propos de la carte de Bianco, qui marque deux îles séparées par un détroit, Antilia et la Man Satanaxio, un géographe allemand, Has-

(1) D'AVEZAC, GRAVIER, ouv. cit.

(2) Insula di Legname, Deserte, Salvage, Porto Santo, etc.

(3) D'AVEZAC, ouv. cit., p. 27.

(4) BUACHE, mém. cit.

(5) D'AVEZAC, ouv. cit., p. 36.

sel, prétend que ces deux îles figurent les deux parties du continent américain, que l'on croyait, en effet, aux premiers temps de la découverte, séparées par un détroit. Formaleoni (1) n'hésite pas à l'affirmer, mais cette hypothèse n'est soutenue par aucun argument sérieux. Il est probable qu'inspirés par je ne sais quelles réminiscences antiques et de vagues traditions, les cartographes du moyen-âge confondirent sous le nom unique d'Antilia les côtes de plusieurs îles récemment découvertes. Ainsi Beccaria dans sa carte de 1435 appelle Antilia et l'archipel qui l'entoure *Insulæ de novo repte* (repertæ). Puis, à mesure que ces îles furent mieux connues, que leurs contours, leur grandeur et leur position furent déterminés avec plus de précision, on se contenta d'éloigner dans la direction de l'Ouest cette île imaginaire, qui servit désormais à désigner toutes les découvertes incertaines. L'Antilia fut l'Hespérie du moyen-âge, qui recula toujours, comme celle de l'antiquité, devant les explorateurs hardis et les voyageurs aventureux.

Antilia disparaîtra, en effet, des cartes, dès que le nouveau-monde sera découvert. Si aujourd'hui ce nom s'applique encore à tout un archipel, c'est l'effet d'un pur hasard géographique. Colomb, Gomara, Acosta, Oviedo et les premier historiens espagnols ne parlent jamais de l'Antilia. Les mappemondes ajoutées suivant l'usage aux éditions de Ptolemée ne la mentionnent pas davantage. Sur les cartes de Juan de la Cosa et de Ribeiro il n'y a pas trace du nom des Antilles. Dans le recueil italien de toutes les îles du monde par Benedetto Bordone, dans l'*Isolario* de Porcacchi, dans la *Cosmographie* d'André Thevet (1575), dans la *Description des Indes occidentales* par Herrera (1615), jamais ne figure le nom d'Antilles. L'archipel qui porte aujourd'hui ce nom est désigné sous la dénomination de Lucayes, de

1 Ouvrage cité.

Caraïbes, ou bien encore de Camercanes (1). Sans doute Pierre Martyr (2) avait déjà proposé ce nom dans ses Oceanica, et Americ Vespuce (3), la seule foi qu'il cite Colomb, parle aussi d'Antilia, mais, malgré cette double autorité, les Antilles pendant encore tout un siècle devaient être inconnues. C'est seulement à partir du XVIIe siècle que la grande célébrité des cartes de Wytfliet (4) et d'Ortelius, qui, sans doute par souvenir d'érudition, avaient fait revivre cette appellation, fixa pour toujours sur les cartes d'Amérique le nom d'Antilles.

L'Antilia est donc un mythe géographique, mais auquel on cessa de croire beaucoup plus vite qu'on ne l'avait fait pour l'île de Saint Brandan. Seulement, par un singulier hasard, aucune terre ne porte aujourd'hui le nom du Saint Irlandais, tandis que le magnifique archipel de la mer du Mexique a conservé le nom qui ne lui fut définitivement attribué que longtemps après sa découverte. Ce mythe, quelle qu'ait été sa fortune, nous prouve donc, une fois de plus, combien était profondément gravée dans les esprits la croyance à l'existence d'îles ou de continents dans l'Atlantique.

III.

Aussi bien nous avons encore à enregistrer d'autres îles, dont l'existence est tout aussi problématique, mais aux-

---

(1) HUMBOLDT, ouv. cit., t. II, p. 199-200.

(2) P. MARTYR: *Oceanica*. Decade I, p. 2. «In Hispaniola Ophiram insulam sese reperisse refert Columbus, sed cosmographicorum tractu diligenter considerato, Antiliæ insulæ sunt illæ et adjacentes aliæ.»

(3) HYLACOMYLUS: *Cosmographie*, introductio: «Venimus ad Antigliæ insulam, quam paucis nuper ab annis Christophorus Columbus discooperuit.»

(4) WYTFLIET: *Atlas*, carte 76.—ORTELIUS: Toutes les cartes de son atlas relatives à l'Amérique.

quelles on croyait au moyen-âge, avant la découverte officielle du Nouveau-Monde. Un récit quelconque de voyage, même invraisemblable, se répandait-il; quelque marin prenait-il pour une terre la trompeuse apparence d'un nuage à l'horizon; il annonçait au retour sa prétendue découverte. Aussitôt cartographes de se mettre à l'œuvre, et, associant leurs désirs à de confuses notions, de créer quelque terre nouvelle, qui ne disparaissait des cartes qu'après des découvertes bien authentiques. Telles furent les trois îles que d'ordinaire on trouve marquées à côté de l'Antilia sur la plupart des cartes et portulans que nous citions tout à l'heure. La première, à vingt lieues environ à l'ouest d'Antilia et parallèlement à elle, est de forme carrée; elle a nom Royllo. La seconde est à soixante lieues au Nord: on la nomme de la man Satanaxio ou San Atanagio. La dernière enfin, au nord de la seconde, complète le groupe, et s'appelle Tanmar ou Dannar.

De ces trois îles celle qui se retrouve sur le plus grand nombre des cartes est l'île de la man Satanaxio, ou de la main de Satan. Cette dénomination est singulière. Devons-nous y voir quelque vague reflet de la légende de Saint Brandan, ou quelque nouveau conte sur les dangers de l'Océan? Formaleoni (1), en consultant à la Bibliothèque Saint Marc de Venise l'atlas d'Andrea Bianco, sur lequel Danse de Villoison venait d'appeler l'attention de l'Europe savante, avouait naïvement qu'il avait longtemps cherché une explication plausible de ce nom. A force de consulter les vieux auteurs, il découvrit un roman de Christoforo Armeno, intitulé *Il Pellegrinaggio de tre giovanni*, dans lequel on parlait d'une certaine contrée de l'Inde, où, tous les jours, une grande main sortait de l'eau, saisissait les matelots et les entraînait dans l'abîme avec leurs navires. Cette main ne pouvait être que la main de Satan, d'où le

(1) FORMALEONI, ouv. cit.

nom donné à l'île mystérieuse. Sans doute, pendant de longues années, on plaça l'enfer dans ces parages. Ainsi la carte de l'Atlantique, insérée dans la Raccolta de Ramusio (1), plaçait au Nord de Terre-Neuve l'île des Diables, dont on voyait en effet voltiger à l'entour toute une légion. Ruysch, dans son atlas de 1507-1508, insérait dans cette région de l'Océan une insula dœmonum; Cortereal (2) donnait également à une île sur la côte du Labrador le nom d'isola de los Demonios; Thevet (3) enfin, dans sa *Cosmographie* de 1575, raconte avec candeur les souffrances et les persécutions qu'endurent les malheureux indigènes ou les navigateurs européens conduits par leur mauvaise fortune dans l'archipel des Démons; mais, quelle que soit l'explication donnée, l'existence de l'île en question demeure toujours problématique. S'il nous était permis d'aventurer une hypothèse, nous croirions volontiers que les navigateurs de l'époque rencontrèrent, en s'aventurant dans l'Atlantique, quelques uns de ces gigantesques icebergs, ou montagnes de glace, arrachés aux banquises du pôle Nord, et entraînés au Sud par les courants, dont la rencontre, assez fréquente, est, même aujourd'hui, tellement redoutée par les capitaines. Ces icebergs, quand ils se heurtent contre un navire, le coulent à pic; et comme ils arrivent à l'improviste, escortés par d'épais brouillards, ils pasaissent réellement sortir du sein des flots, comme sortait la main de Satan, pour précipiter au fond de l'abîme matelots et navires.

Une autre explication, beaucoup plus naturelle, consiste à lire San Atanagio au lieu de man Satanaxio. Le déchiffrement des portulans du moyen-âge qui sont parvenus jusqu'à nous est très difficile, et pour un lecteur dont les con-

---

(1) Ramusio: *Raccolta di Viaggi*, II, 336.

(2) Id., III, 129.—Ortelius: *Theatrum mundi*.

(3) Thevet: *Cosmographie universelle*.

naissances paléographiques seraient médiocres, comme l'étaient par exemple celles de Formaleoni, le premier éditeur de l'atlas de Bianco, on peut lire indifféremment l'une et l'autre leçon. En ce cas la prétendue île de Satan serait tout simplement l'île placée sous l'invocation de Saint Athanase; ce qui était plus conforme aux habitudes des marins de l'époque.

Quelle que soit l'origine de cette appellation, nous ne sommes pas fixés sur la position de l'île, pas plus que sur la position des deux îles voisines, Royllo et Tanmar. Elles disparurent successivement des cartes, même avant l'Antilia, qui du moins a laissé son nom à un immense archipel, tandis que ces îles fantastiques sont rentrées dans l'obscurité, dont elles ne seraient jamais sorties sans le singulier et très persistant pressentiment des marins ou des érudits de l'époque, relativement à l'existence de terres à l'Occident.

Nous en dirons autant pour l'île de Bracie, Berzyl ou Brasil, que les cartes du moyen-âge dessinent au milieu de l'Atlantique. On la trouve par exemple sur le Portulan médicéen de 1351 et sur la carte de Picignano (1367). Il y en a même trois ainsi désignées sur cette dernière carte: la première au Sud, sous le parallèle de Gibraltar; la seconde au Sud-Ouest de l'Irlande, accompagnée de deux navires et d'un homme dont on ne voit plus que la tête, car il est dévoré par des serpents; la troisième au Nord de la précédente, avec une bête fantastique qui enlève un homme dans sa gueule et porte l'inscription I^a de Mayotus seu de Braçir. La carte catalane de 1375 et une autre carte de 1384 la nomment I^a de Brazil. Elle porte le même nom sur le Portulan de Mecia de Vila Destes (1413), et les cartes d'Andrea Bianco (1436), et Fra Mauro (1457), et toujours elle figure à l'Ouest de l'Irlande. Nous lui trouvons le même nom et la même position dans le Ptolémée de 1519, dans le très ancien atlas manuscrit de la Bibliothèque de la Faculté de médecine de Montpellier, composé peu après le voyage de

Magellan (1), et dans le Ramusio de 1556. Un siècle et demi après la colonisation des Açores par le Portugal, on continuait à placer une île de Brazil à l'Ouest ou au Nord-Ouest de Corvo. Les atlas d'Ortelius et de Mercator marquent encore ce nom. Le souvenir de cette île errante s'est même conservé jusqu'à nos jours dans le Brazil Rock, rocher ou plutôt fond rocheux, marqué sur les cartes de l'Atlantique à quelques degrés à l'Ouest de l'extrémité la plus occidentale de l'Irlande.

L'identité de ce nom avec celui d'une des plus vastes contrées du Nouveau-Monde peut paraître singulière. Indiquerait-elle donc quelque mystérieux pressentiment de la découverte d'Alvarez Cabral et de Gonneville? Il n'est pas besoin d'aventurer cette hypothèse. Il en est en effet de Brasil comme d'Antilia. Ces noms furent appliqués à des terres inconnues avant d'être fixés définitivement (2). Par un curieux hasard, un bois rouge propre à la teinture des laines et des cotons commença par désigner le pays oriental d'où on le tirait, Malabar et Sumatra; puis ce nom fut appliqué à une île de l'Occident où on crut le retrouver, et enfin à la contrée américaine, qui l'a conservé (3). Il ne nous faudra donc pas ranger le Brazil parmi les îles fantastiques mais plutôt parmi ces terres voyageuses, dont le souvenir s'est perpetué par la tradition, et qui n'ont conquis qu'à une époque relativement moderne la certitude de leur existence.

Dans ces mêmes parages, c'est-à-dire entre l'Irlande,

---

(1) Cet atlas (in 4°, 22 cartes, n° 70) appartenait jadis à un conseiller au parlement de Dijon, de Clugny. Le détroit de Magellan y est marqué, tandis que les côtes du Chili et du Pérou sont encore en blanc.

(2) Un savant allemand, SIGISMUND HADELICH (*Mémoires de l'Académie d'Erfurth*, t. II), a composé une dissertation pour prouver, d'après certains passages de Daniel Kimschi et autres rabbins, que, quatre siècles avant Colomb, on parlait déjà de la terre et du bois de Brésil.

(3) GAFFAREL: *Histoire du Brésil Français au XVI*me *siècle.*

Terre-Neuve et les Açores, sont également marquées les deux îles Mayda ou Asmaïdes et isla Verde (1). Après la découverte de l'Amérique elles figurent avec régularité sur les cartes, mais leur position est incertaine. De nos jours elles sont encore marquées ou plutôt signalées comme écueils à éviter, et sous les noms de Maïda et de Green Rock. Leur existence n'est donc nullement problématique.

Ainsi donc Sept Cités ou Antilia, La Man Satanaxio ou Brazil, voyages réels ou imaginaires, terres chimériques ou îles réelles, les géographes du moyen-âge, mêlant d'antiques traditions à des découvertes récentes, ont toujours placé à l'Ouest ces prétendues contrées. Assurément ce n'est point encore là l'Amérique, mais c'est déjà la direction de l'Amérique.

El secretario Sr. **Fernández Duro**: El Sr. Jiménez de la Espada ofrece á los señores extranjeros que se han servido asistir á este Congreso un ejemplar de su *Biblioteca hispano-ultramarina*, tomo v, que trata de la historia de los Incas, y el cual podrán recoger dichos señores en la Secretaría exhibiendo su tarjeta personal.

El Presidente Sr. **Peralta**: Tiene la palabra el señor Espada.

El Sr. **Jiménez de la Espada**: Mi objeto al ofrecer un ejemplar á cada uno de los señores que forman el Congreso Americanista es el siguiente:

Suministrar un fundamento más á la crítica que en mi concepto merecen las historias que hasta ahora pasan por oficiales y fidedignas entre nosotros acerca de los sucesos, tanto anteriores como coetáneos, de la conquista, y aun posteriores á nuestra dominación ultramarina. Este libro, que tengo el honor de ofrecer al Congreso, es la segunda

---

(1) Voir l'atlas catalan de 1367, édité par Buchon.—PTOLÉMÉE, de 1519.—PLEURIOT DE LANGLE, (*Bulletin de la Société de Géographie de Paris*, Juillet 1865.)

parte de la gran crónica que escribió Pedro de Cieza de León, la cual ha sido fraudulentamente plagiada por alguno de nuestros más reputados cronistas: delito literario que ha traído por consecuencia que un modesto y laborioso soldado, conquistador y descubridor de los primeros, que anduvo todo el país que describió y conoció de todos los sucesos de que se hizo cargo en su obra admirable, que antes que nadie se atrevió á descifrar y ordenar los anales misteriosos de los tiempos anteriores de la conquista, haya sido suplantado por el que hoy todavía lleva la palma y la primacía entre los escritores de antigüedades peruanas, el inca Garcilaso de la Vega.

El año 1550 acabó Pedro de Cieza de León la historia de los Incas, y en el de 1606 concluyó Garcilaso la suya. Yo pregunto á los señores que me escuchan, que tanto conocen la antigua historia de América, si han visto alguna vez, al tratarse de los Incas y sus hechos, citar como autoridad el nombre de Pedro de Cieza de León. Nunca. Garcilaso ha sido el que ha llevado siempre la preferencia; y hasta el famoso Prescott, desmintiendo en este punto su erudición y sagacidad indiscutibles, ha pospuesto á las afirmaciones y fantasías de Garcilaso los textos de otros que han escrito con anterioridad á él y con más garantías de veracidad y acierto.

Paréceme, pues, justificado mi empeño de propagar el conocimiento de esta obra hasta ahora usurpada totalmente por el cronista Herrera, á costa de la gloria de su autor. Y los que tengan la bondad de leerla comprenderán sin gran esfuerzo la superioridad de crítica que distingue á Cieza de León comparado con Garcilaso. Este conocía mejor que Cieza la lengua de los soberanos y gentes que pretendía historiar, como que era la de toda su familia y la suya, como que era inca; pero apasionado por las cosas de su familia, convirtió en fábulas, abultándolos y adulterándolos, los hechos que como reales y positivos consigna en su crónica Pedro de Cieza. Yo creo, pues, que en desagravio de la memoria de este desgraciado cronista, es justo que se

propague este escrito, como todos los suyos, y cundan sus ideas entre los que se dedican al estudio de las antigüedades americanas. He dicho.

El Presidente Sr. **Peralta:** Creo interpretar los sentimientos del Congreso dando las gracias al Sr. Espada por la interesante publicación que acaba de ofrecerle. Efectivamente, Pedro de Cieza de León merece los elogios y el puesto eminente entre los historiadores del Perú que el Sr. Espada le ha asignado.

Creo ser también intérprete del Congreso al dar gracias por el interesantísimo trabajo que sobre las relaciones geográficas del Perú ha tenido la bondad de ofrecernos el señor Ministro de Fomento, á cuya obra ha puesto una admirable introducción el Sr. Espada. *(Aplausos.)*

Tiene la palabra el Sr. Fernández Duro.

El Sr. **Fernández Duro** presentó á la mesa, quedando á disposición de los señores del Congreso, catálogos de cartas geográficas é hidrográficas y memorias impresas relativas á los temas sexto y noveno del programa, en la parte de *Historia y Geología*, dando idea del contenido en la forma siguiente:

Expediciones precolombianas de los vizcainos á Terranova y á los países del litoral inmediatos.

En esclarecimiento del problema histórico enunciado de esta manera en el tema 6.° de los de este Congreso, y ya examinado en los anteriores, he redactado el estudio que impreso someto al juicio severo de esta asamblea, acompañándolo de no escaso número de documentos inéditos guardados en nuestros archivos. Desgraciadamente, si en conjunto arrojan vehementes indicios de haber sido visitada la costa NO. de América mucho antes que pensara Colón en

dirigir sus carabelas á las Indias, ninguno demuestra el hecho de modo concluyente.

Los vascongados, comprendiendo en este nombre á los habitantes de la costa del golfo de Cantabria, preponderaban con la navegación de los mares de Europa en los siglos XIII y XIV. Rivalizando con los ingleses, por la fuerza de las armas habían conseguido, entre considerables ventajas comerciales, el derecho de pescar en las costas de Irlanda y de Escocia, y ya en el siglo XIV figura entre los artículos que devengaban derechos de aduanas en San Sebastián y otros puntos el abadejo ó bacallao y el sain ó grasa de ballena.

A mi juicio, ya fuera persiguiendo á este cetáceo, ya por efecto de cualquiera de los frecuentes temporales de las regiones septentrionales, debieron llegar á la costa americana aquellos osados marineros, utilizarse de sus puertos para tomar agua y leña, y de los bancos explotando la pesca, sin dar á la tierra otra importancia que la de la utilidad que les reportaba. Comunicando con los indígenas, dando nombres euskaros á los lugares, no llegaron, sin embargo, á sospechar, luégo que en el mundo circulaba la pasmosa noticia del viaje de Colón, que la ribera que frecuentaban, donde no había oro, plumajes ni otra cosa que pudiera asombrarles, fuera parte del Mundo nuevo.

Eran los pescadores de ballena y bacallao gente ruda y ajena á otro conocimiento que el del oficio. En el siglo XVI resulta de información auténtica que los más acreditados capitanes, alguno de los cuales llegó á ser almirante de la Marina Real, no sabían leer. ¿Habían de ser más instruidos doscientos años antes?

Así se explica la carencia de noticias escritas y la de las tradicionales, atendiendo á que la *Terra nova* era relacionada en la idea de los marineros con la de Islandia é inmediatas que antes conocían.

Estas deducciones y la esencial de la prioridad de descubrimiento del Canadá están extensamente razonadas en mi

dicho estudio, una parte del cual va dedicada á la cuestión, no por secundaria menos debatida, de si descubierta la costa por los vascos pertenece la gloria á los españoles ó á los franceses. Presumo que en ello he logrado ver claro, sin otro mérito que el de hacer abstracción del falso amor de patria y el de fijar la atención en los muchos documentos que demuestran el íntimo y necesario enlace de los que vivían á uno y otro lado del Vidasoa en las empresas de la pesca. El examen me lleva á una conclusión que parece á primera vista paradoja. Digo:

«Es muy posible que españoles, franceses é ingleses descubrieran á la vez la *Terra nova*, sosteniendo unos y otros con igual razón la primacía sobre los demás navegantes. Basta conocer la composición de los equipajes balleneros para que se conciba que no es absurda la idea. Vizcainos y guipuzcoanos los maestres de chalupa y arponeros; bretones y labortanos los pilotos y los cortadores; de cualquier parte que fuese el capitán, en el bajel que llevaba por objetivo el sain, por aventura el rápido regreso y por bandera la ganancia, estaban representadas las tres nacionalidades, toda vez que los dichos labortanos, franceses por naturaleza, fueron súbditos ingleses hasta mediados del siglo XV. Y no obstante, eran estos tripulantes de la misma raza y de la misma lengua. Eran vascos.»

Progresos de la cartografía americana.

Para la discusión de este tema ha presentado el Depósito hidrográfico índice razonado de las cartas y planos inéditos que posee. El Depósito de la Guerra y la Dirección de Ingenieros militares los han remitido igualmente, y el coronel capitán de fragata D. Francisco Carrasco ha formado un resumen de las más notables que se conservan en el Archivo de Indias. El índice de esta sola colección asciende á 1.050 cartas. La Real Academia de la Historia, el Archivo

histórico nacional y el Sr. D. Manuel Rico y Sinobas muestran en la Exposición algunos ejemplares raros y curiosos de sus respectivas colecciones, figurando á su cabeza, procedente del Museo Naval, la primera carta en que fueron trazadas las tierras del Nuevo Mundo, monumento geográfico que por sí solo haría famoso el nombre de Juan de la Cosa.

En el volumen de *Relaciones geográficas* dedicado al Congreso por el Gobierno de S. M., ha escrito el Sr. D. M. Jiménez de la Espada una introducción que servirá de fundamento á los trabajos que en lo sucesivo se encaminen al estudio de los progresos de la Cartografía americana, por las noticias peregrinas y serias deducciones con que rompe el velo que ocultaba el origen y propósito de las instrucciones que se dieron á los navegantes y pobladores de Indias, y descubre los autores de un pensamiento que hoy mismo se consideraría colosal.

Estimando que el cargo de Secretario con que he sido honrado traía consigo la obligación de allegar algun otro dato en esta materia tan relacionada con los estudios de mi profesión, he formado y presento la corta ofrenda de una relación de 800 cartas sueltas ó que forman atlas y portulanos, obra de oficiales y pilotos de la Marina española en los siglos XIV al XVII inclusive, todas inéditas y, con pocas excepciones, trazadas sobre pergamino, con ricas iluminaciones en oro y colores y adornos de bajeles, banderas, escudos de armas, rosas náuticas, figuras de hombres y animales. Una de ellas, anónima, que en facsímile presento asimismo, indica los nombres primitivos que los españoles pusieron á las tierras del Canadá y el lugar en que la expedición de Jaques Cartier sufrió tantos trabajos y muertes. Por último, ofrezco á la consideración de los estudiosos otro documento desconocido hasta ahora del público: una curiosa é interesante crítica del monopolio en la construcción y venta de las cartas y de la ignorancia de los pilotos de la Casa de Contratación, que ponían dos graduaciones distin-

tas como medio de corregir la variación de la aguja, mediando el siglo XVI, crítica humorística del hijo del gran Almirante, que tiene por título *Coloquio sobre las dos graduaciones diferentes que las cartas de Indias tienen, escrito por Hernando Colón.*

El Presidente Sr. **Peralta**: El Congreso da gracias al Sr. Fernández Duro por los interesantes trabajos que presenta siguiendo las huellas de ilustres marinos españoles que, como Fernández Navarrete y tantos otros, han procurado á la historia americana sólidos fundamentos.

Tiene la palabra el Sr. Neussel.

El Sr. **Neussel**: He recibido el encargo de los señores Künner y Reiss de presentar en nombre del Museo etnográfico de Berlín trece láminas fotográficas que representan algunos de los objetos mejicanos de aquel centro; de su importancia el mismo Sr. Reiss ha de decir algo.

El Presidente Sr. **Peralta**: El Sr. Reiss, aludido, tiene la palabra.

El Sr. **Reiss**: La parte etnográfica del Museo de Berlín es muy rica en monumentos y piedras esculpidas procedentes de la América del Sur. La dificultad de traer á Europa esas piedras de gran volumen hace que sean raras y que estén diseminadas en varias capitales, y de aquí la imposibilidad del estudio comparativo, que es el único que puede descubrir la relación entre unas y otras. Teniendo en cuenta estos inconvenientes, el Director del referido Museo etnográfico ha decidido fotografiar los objetos más notables, con el propósito de enviar las láminas á las direcciones de los museos públicos ó privados de Europa que estudian la arqueología americana, solicitando igual representación de los objetos que poseen, bien sea en fotografía ó en vaciado de yeso; y á tener la idea aceptación, no es dudoso que el procedimiento ha de dar beneficiosos resultados, reuniendo en todos estos centros los elementos que existen dispersos, aumentándolos continuamente con las nuevas adquisiciones y formando para los estudiosos lo que

nunca podrían conseguir consumiendo tiempo y capital en viajes, y fiando á la memoria ó á dibujos rápidos é imperfectos las impresiones de cada objeto distinto.

De las primeras fotografías, que son las presentadas, unas son de Méjico, otras de Colombia, y es digna de atención especial una de Bogotá. Las hay también de hachas encontradas en el Ecuador.

Siento mucho que el tiempo no haya permitido sacar otras fotografías de las piedras esculpidas de Santa Lucía de Guatemala que han llegado hace pocos días á Berlín, porque hay figuras singulares no vistas ó consideradas hasta ahora. Representan ciertos hombres adorando á una deidad que está en el cielo, con forma casi semejante á la que en nuestras iglesias tiene el Santo Padre. En otras se ve un enfermo en la cama, visitado por la muerte bajo el aspecto de esqueleto humano, y están trabajadas con estilo muy natural y distinto del convencional que se observa en los monumentos de la América central que se conocen. Todas ellas se publicarán dentro de poco, y se facilitarán como las otras.

Aparte de las que ya posee el Museo de Berlín, siendo de gran interés y novedad los monumentos y esculturas de San Agustín, de los cuales sólo existe el mal dibujo inserto en la *Historia de Colombia* de Acosta, un viajero alemán ha tomado del natural vistas exactas que entrarán á formar parte de las colecciones fotográficas, colocándose Alemania con ellas en la línea de los Estados que procuran la propaganda de los estudios del continente americano. *(Aplausos prolongados.)*

El Presidente Sr. **Peralta**: Tiene la palabra el señor **Bamps**.

M. **Bamps**: Je ne savais pas que j'étais inscrit pour prendre la parole aujourd'hui; cependant, puisque M. le Président me l'a accordée, je dirai un mot au sujet de la communication que l'honorable M. Reiss a faite au Congrès. Plus heureux que moi, il a pu s'exprimer en espagnol.

Tout le monde se sera souvenu que l'honorable M. Reiss est le collaborateur d'un américaniste distingué, le docteur Bastian, de Berlin. Les musées d'éthnographie américaine d'une certaine importance sont très rares. Madrid partage avec Berlin l'avantage d'avoir pu réunir une collection d'objets des plus intéressants pour l'éthnographie américaine, et nous avons été heureux à ce point de vue de pouvoir admirer l'Exposition des antiquités américaines qui a été ouverte sous les auspices du Comité d'organisation de la session actuelle. Je tiens même à ajouter que l'Espagne peut se féliciter de posséder de plus grands trésors encore pour la science américaine que ceux qu'il nous a été donné de considérer. Quant aux richesses éthnographiques qui se trouvent à Berlin, on en fait en ce moment un classement pour compte du Gouvernement allemand, sous la direction de l'honorable docteur Bastian. A propos de ce savant, je vous dirai que, quelques jours avant de me mettre en voyage pour Madrid, j'ai reçu de lui une lettre que je regrette de n'avoir pas sur moi pour en donner lecture au Congrès. M. Bastian dit, dans cette lettre, qu'il regrette beaucoup de ne pouvoir assister à notre réunion, et il ajoute qu'il compte ouvrir prochainement la collection des objets éthnographiques qu'il a recueillis dans ses nombreux voyages entrepris avec le concours du gouvernement allemand, en vue de réunir les éléments d'une section d'éthnographie américaine à créer au Musée de Berlin. Je suis persuadé que le Congrès prendra bonne note de la nouvelle donnée par l'honorable M. Reiss, à savoir, que la ville de Berlin sera heureuse de recevoir dans un temps donné une réunion de notre Congrès, et j'ai l'espoir que si la prochaine session ne peut pas se tenir à Berlin, les membres du Congrès qui assistent en ce moment à nos travaux se souviendront de cette obligeante communication.

Je remercie M. Reiss d'avoir exprimé le vœu de voir les différents musées étrangers échanger entre eux des photographies d'antiquités américaines. Certainement, ce

serait là une chose très utile; mais il me semble que la reproduction par la photographie ne serait pas suffisante; car, à moins qu'on ne tirât une épreuve de chaque face des objets intéressants conservés dans les musées, il serait difficile de se rendre un compte exact de l'objet reproduit, surtout lorsqu'il porte des caractères un peu frustes. Je crois donc entrer mieux dans les vues de l'honorable M. Reiss et de nos honorables collègues, qui paraissent être tous partisans convaincus des institutions éthnographiques qu'on a proposé de créer, en demandant que les directeurs des musées en voie de formation échangent entre eux des moulages pris sur les antiquités américaines. Cela offrirait de grands avantages, car il existe dans les différents musées des spécimens très curieux, comme il y en a ici, par exemple, que personne n'avait jamais étudié. Nous pourrions ainsi obtenir pour nos musées des moulages bien exécutés, sans que les originaux subissent une détérioration quelconque. En Belgique, on s'occupe de l'organisation d'un musée éthnographique, et le directeur de cette institution ne demanderait pas mieux j'en suis convaincu que de prêter son concours à une échange comme celui que j'ai proposé. *(Applaudissements.)*

M. **Reiss**: Je suis parfaitement d'accord avec l'idée émise par l'honorable préopinant, et si j'ai parlé de photographies, c'est que je voulais donner le moyen aux directeurs de musée de demander le moulage des pièces qui offrent de l'intérêt pour eux.

El Presidente Sr. **Peralta**: Tiene la palabra el Sr. Rodríguez Ferrer para explanar el asunto iniciado en sesión anterior, acerca de la antropología cubana.

El Sr. **Rodriguez Ferrer** explicó los fundamentos de la memoria que sigue:

De los terrícolas cubanos con anterioridad á los que allí encontró Colón, según puede inferirse de las antigüedades encontradas en esta Isla por el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Miguel Rodríguez-Ferrer.

De las investigaciones arqueológicas que han tenido lugar en nuestros días en la Isla de Cuba y del tipo de alguno de los ídolos encontrados en ella, ¿puede inferirse que estos hubieron de pertenecer á otros terrícolas cubanos que los que allí encontró Colón?

Hé aquí el tercer tema propuesto en la Sección de la Arqueología, según lo dispuesto en el art. 19 de los Estatutos de este Congreso, á cuyo contenido trato de contestar de un modo afirmativo, sintiendo sólo que, al quererlo razonar con las indagaciones y los objetos que el tema exige, tenga que invocar demasiado mi humilde personalidad, por no saber de otra más competente que haya hecho en aquella apartada isla estas investigaciones, ni tener noticia de haberse encontrado otros objetos, por cuya circunstancia no dudo se me dispensará, que no sea sino á los adquiridos por mis investigaciones, á los que tenga que referirme para sostener mi aserto y fundamentar mis juicios.

Mis viajes por tan apartada como importante isla tuvieron lugar por los años de 1847-48 y parte del 49, habiendo arribado á sus costas, no con el afán de personales medros, sino con una misión literaria y el deseo de suplir con mis individuales fuerzas la posición oficial que ya alcanzara (1), y que me hubo de arrancar una de esas vicisitudes políticas tan comunes, por desgracia, en la española patria.

Por aquella época, si la isla de Cuba se encontraba muy

(1) Me encontraba ya de Jefe Político y último Intendente de Cantabria.

adelantada en ciertos ramos de la literatura y de las ciencias naturales (1), con relación á la arqueología apenas se notaba otra manifestación que algún artículo del docto señor Bachiller y Morales, tan entendido y erudito para la historia y las tradiciones todas de aquella isla. La exploración y los viajes de estos estudios en la misma estaban por principiar. Hasta la geología, que tanta conexión tiene con la verdadera prehistoria, no había contado en Cuba con otras publicaciones que el *Ensayo* del gran Humboldt al principiar el siglo, y después las parciales de algún extranjero comisionado á sus minas, ó los no más generales del ingeniero de minas D. Policarpo Cia, tan laborioso como entendido. La propia paleontología cubana, de mucha mayor afinidad con la prehistoria, si bien cuenta al presente con un cultivador que vale por muchos (2), por aquellos días aún no había hecho aplicación de sus conocimientos á aquella tierra, porque sus *Memorias* sólo comenzaron á ver la luz pública diez y ocho años después (3).

Pues por estos días fué cuando me propuse, con menos capacidad y medios que patriótica intención, estudiar cuanto la isla de Cuba podía ofrecer de notable con relación á las ciencias físicas y sociales para revelarlo después en una

---

(1) El ichthyologo D. Antonio Parra fué el primero que en 1787 publicó sus trabajos sobre los peces de esta isla; y á nuestro arribo á ella ya habían llegado á complementar el conocimiento de su fauna d'Orbigny, Bibron y Cocteau, singularizándose el naturalista D. Felipe Poey, á quien tuve el honor de tratar. Ya también eran conocidos, respecto á su Flora, los nombres de los señores La Ossa, Auber y Monteverde, y á estos han sucedido naturalistas tan competentes como los doctores Gundlany y Sauvalle.

(2) El Excmo. Sr. D. Manuel Fernández de Castro, Inspector del Cuerpo de Minas.

(3) La parte primera de estas *Memorias sobre la existencia de los grandes mamíferos fósiles de la Isla de Cuba* fué leida por primera vez en la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana en 1861 y publicadas en 1865.

obra que ya he comenzado á publicar (1), y antes de presentar la condición de los hombres que entonces la ocupaban, pretendí remontarme, con la luz de la arqueología, á la averiguación de otras generaciones que hubieran podido poblarla, motivo por el que me decidí á buscar sus huellas ó reliquias, únicos caracteres con que es dable rastrear la existencia que tuvieron los diferentes pueblos que nos han ido precediendo en peregrinación por este nuestro asendereado planeta. Mas, como consigno en otro lugar, estos documentos no se encuentran sino entre ruinas, en la oscuridad de las cavernas ó entre las más ocultas capas del propio suelo que pisamos, y á estos parajes mismos tuve necesidad de recurrir si había de revelar algo sobre los antiguos habitadores de Cuba, intentando salvar (tal vez en vano) el vacío que aparece en su historia, con anterioridad á la española raza, que la conquistó y pobló.

Paso, pues, á ocuparme de estas antigüedades, buscadas y halladas á mucha distancia de todo centro de población, en inhospitalarias costas ó entre impenetrables selvas, como lo particularizo más extensamente en otras páginas (2). Es cierto que me acompañaba gran fuerza de voluntad para sobreponerme á ciertos obstáculos y hasta peligros; pero mis recursos individuales no eran bastantes á dominar cuantas dificultades en semejantes reconocimientos se presentan, cuando hay que llevar por muchos días una vida nómada, y cuando lo de menos es hacer noche en desiertos bosques para dormir en la cama aérea de una hamaca; lo peor, el que concluían los abastecimientos que tenían que llevarse á manera de convoy, y que más de una vez fuera preciso dejar las excavaciones practicadas para huir de la tempestad, sin burlar á veces sus rigores. Mas con todos estos inconvenientes, no han dejado de ser algún tanto

(1) *Naturaleza y civilización de Cuba.*

(2) *Naturaleza y civilización de Cuba*, Estudios arqueológicos.

fructuosos mis trabajos, toda vez que os he podido presentar, en el improvisado museo del Ministerio de Ultramar, los cráneos, la mandíbula, los ídolos y los *ceranautes*, de que os hablaré con la brevedad que nuestro reglamento recomienda, pero de los que puede inferirse, según el tema lo exige, que hubieron de pertenecer á otros terrícolas cubanos que los que allí encontró Colón.

Luego que atravesé las altas cumbres y hasta las afiladas cimas *(cuchillas* las llaman en el país) que median desde el puerto de Santiago de Cuba al de Baracoa (1), encontrábame ya en esta población, primera capital que habitaron los Velazquez, los Narvaez, los Cortés, los Montejos, los Morales, los Rojas, los Velascos, los Porcayos, los Fernández de Córdoba, el P. Las Casas y tantos otros que pasaron después desde este punto á escribir con sus hechos la inmortal conquista de aquel mundo cuyas dos principales porciones estaban aún por descubrir; cuando me hablaron por vez primera de que caminando desde allí al Cabo de Maisi, y entre espeluncas, por donde se descolgaban con cuerdas los colmeneros de la abeja de la tierra, se encontraba una cueva de donde habían extraido ciertos cráneos *(carabelas* decían) que no tenían particiones *(suturas* querían decir) ni tampoco frente, según algunos ejemplares que habían traido.

Como las personas que me lo anunciaban eran las más serias de esta población, mandé hacer los preparativos que la distancia y el tiempo requerían, como más circunstanciadamente relato en otras páginas. Aquí sólo diré, que conseguí con mis acompañantes, después de muchas peripecias, dar al fin con esta cueva, situada á siete leguas de Baracoa, al S. de Pueblo Viejo, y á más de tres del puertecito de Mata, y por lo tanto, más al interior. Su boca apa-

---

(1) Por esta parte oriental están las mayores alturas del país, formando el colosal triángulo de su parte oriental. Sobre éste se destaca el monte *Turquino*, que cuenta 7.000 piés sobre el nivel del mar.

recía sobre un riscón calcáreo que descansaba sobre otro promontorio ó meseta de una roca igual perteneciente á los desfiladeros que corren al pié del rio Maya, por cuyo cauce entonces seco, tuvimos que ir, para poder ascender á esta caverna cuyo ascenso más fuerte sería de unos cinco minutos, con paso nada lento. Ya dentro de ella, nada encontramos en este primer recinto, pero sí cierta hendidura que ofrecía una entrada muy baja y angosta á otro interior, recinto ó cámara, en cuyo fondo se divisaban restos de unos esqueletos. Introdujéronse dos negros con hachas encendidas, y á ellos seguí con mis acompañantes arrastrándonos con dificultad bastante. Ya dentro, esta cámara aunque baja de techo no dejaba de ser espaciosa y casi circular, encontrándose toda alfombrada con el abundante excremento de los quirópteros, cuya abundancia formaba más de medio metro de espesor. Pues entre esta materia aparecían esparcidos unos siete cráneos, fémures y otros huesos fracturados, los que dejaban adivinar en su revuelto abandono, que el hocico de los puercos cimarrones ó montaraces los habían trastornado de aquella manera. Y como no podíamos dilatar nuestra permanencia teniendo que volver antes del anochecer al punto en que habían quedado los caballos y los bastimentos; ni pudimos hacer excavación alguna, ni levantar una sola de aquellas capas estalágmitas, si bien creí entonces dentro de esta cámara, como he seguido creyendo después, que estos esqueletos no habían sido arrojados ni enterrados allí, sino depositados muy naturalmente sobre el suelo de aquella cueva que formaba como una estancia sepulcral. Desde entonces concebí la idea de que esta cámara cuya forma pertenece en la prehistoria á la tercera categoría de aquellas cavernas que sin haber servido de habitación al hombre ó á las fieras, eran escogidas para túmulos ó grutas sepulcrales, era de la clase de las encontradas en Europa pertenecientes á tiempo remotísimo, como lo ha confirmado después la afamada d'Aurignac descubierta en el alto Garona por M. Lartet más de cuatro años des-

pués (1), en la que predominan las circunstancias casi iguales de su topografía y de su distribución interior. Como la francesa, se elevaba la de Cuba sobre la base de una montaña; como la francesa tenía la de Cuba una entrada que había sido artificialmente cerrada; y como la francesa tenía un conjunto de cráneos y restos de cadáveres allí depositados. Pero se diferencia, y no poco, de la condición anatómica de la raza india ó cubana que en esta isla halló Colón. Hé aquí sus dibujos, y marcadas además las principales notas frenológicas que sobresalen en estas cabezas por el órden con que están de su mayor protuberancia:

EN EL HOMBRE (FIG. 1.ª)	EN LA MUJER (FIG. 2.ª)
1. Veneración.	1. Cautela.
2. Cautela.	2. Aprobatividad.
3. Causalidad.	3. Afeccionividad.
4. Memoria local.	4. Idealidad.
5. Aprobatividad y afeccionividad.	5. Veneración.
6. Idealidad.	6. Causalidad.
7. Adquisividad y constructividad.	7. Adquisividad y constructividad.
8. Secretividad.	8. Secretividad.
10. Combatividad.	Carece de habitividad.
Carece de habitividad.	
— amor propio.	
— amor á la vida.	

Estos cráneos son dolicocéfalos y su gran depresión frontal es de lo más pronunciado. Veamos ahora por qué no pueden parecerse estas cabezas á las de los indígenas cubanos que aquel Almirante encontrara.

A falta de su comparación física, tenemos la descripción histórica por los mismos escritores que en la isla llegaron á connaturalizarse con su presencia y con sus costumbres.

(1) El descubrimiento de M. Lartet tuvo lugar en 1852: el mio á 26 de Febrero de 1817. Véase al final el documento núm. 1.

Entre estos está Las Casas, cuya pluma nos hace la siguiente descripción: *Eran por lo regular, dice, de estatura mediana, tenían la nariz ancha, la frente espaciosa, el pelo lácio y los ojos grandes, y negros;* todo lo cual cuadra con una exactitud severa á un individuo que hoy existe en esta corte procedente de las indiadas ábsadas en el territorio de Mérida de Yucatan, localidad fronteriza al cabo occidental de Cuba, cuya procedencia, como hijo de los que viven todavía en el estado de naturaleza, presenta el verdadero tipo de los aborígenes que en Cuba saludó Colón. Se me podrá objetar, que estos últimos al rigor de la conquista, como se alzaron muchos pudieron dejar sus huesos en esas cuevas de la isla. A esto contestaremos, que también hemos visitado esos osarios ó *enterrorios* de indios, como por allí se nombran, principalmente sobre la Vuelta Abajo en algunas de las espeluncas que dominan al rio Cuyaguatege; pero, ni sus cráneos presentan igual depresion frontal, ni en ninguna de estas cuevas noté la forma especial de la que vengo hablando, escogidas para sarcófago en tiempos muy primitivos, segun las observadas en Europa. Los *enterrorios* de indios que se encuentran en las dos costas y en diferentes puntos de la isla, son de tiempos posteriores á la conquista, en cuyas cuevas querían salvar, al ménos, del poco respeto del invasor, los restos de sus padres, porque en la América, segun dice Chateaubriand, las tribus que la poblaban cuando su descubrimiento, no tenían más que un monumento, que era sus tumbas (1). Pero estos osarios no eran parecidos á los antiguos y primitivos en donde recogí estos cráneos, contemporáneos tal vez, á los que de igual anti-

---

(1) Chateaubriand dice: «*No tienen, pues, las tribus del Nuevo Mundo más que un monumento que es la tumba: quítese á los salvajes y se les quitará su historia, sus leyes y hasta sus dioses, y se arrebatará á esos hombres la prueba de su existencia como la de su nada ante las generaciones futuras.*» Memorias de Ultratumba, tomo I, pág. 327.

güedad se advirtieron en Méjico y de que habló Clavijero en su historia antigua de Méjico (1).

Antes de consentir esta antigüedad también se me opondrá, que en Cuba ha habido siempre negros *apalancados* ó alzados, y que de estos han podido provenir estos cráneos, pues ya se sabe que muchas de sus naciones en Africa comprimen artificialmente sus cabezas como lo hacen otras en América. A esto responderemos, que entre las sierras áridas y Tajadas en que estos cráneos se hallaban no podían tener á su alrededor donde hacer sus plantíos, y que excluye por completo este parecer el propio estudio anatómico de estos cráneos, por medio del que se observa, que el agujero occipital central y los maxilares verticales se diferencian bastante de la raza etiópica.

Rebatidas estas hipótesis, sólo me resta hacerlo con la más autorizada no sólo por serlo de un gran naturalista como el Sr. D. Felipe Poey, sino porque este mismo se apoya en otra no menos respetable, cual es la del Dr. Morton sobre los cráneos americanos. Morton afirma que los de esta forma son de indios caribes, porque está fuera de duda que estos acostumbraban á aplastar la frente de sus hijos por medio de un aparato especial, ofreciendo además entre las láminas que presenta su libro, la marcada con el núm. 65, que representa un caribe de la isla de San Vicente. El Sr. Poey notando su identidad, no ha dudado atribuir á estos cráneos una procedencia igual, porque ni á él ni á mí nos sirve de escrúpulo que la isla de San Vicente no sea la isla de Cuba, y por lo tanto un tipo extraño al suelo de esta última. La historia nos dice, que en 1504, con grandísima repugnancia de la inmortal Isabel I, y á fuerza de exagerarle las costumbres antropófagas y sodomitas

(1) Clavijero dice así: «*Los chinimecos enterraban los cadáveres en las cuevas* »*de los montes; cuando se civilizaron algun tanto, adoptaron en este y otros usos* »*los ritos y costumbres de los acolhuas ó colhuas que eran lo mismo que los de los* »*mejicanos.*»

de los caribes, se dió la órden de su esclavitud, porque aunque originarios de la cuenca del Orinoco, bajaban por las Antillas y exterminaban á sus habitantes, y á la isla de Cuba pudieron llegar algunos de estos como á cualquiera otra de estas islas. La dificultad no consiste en esto: la mayor para mí está precisamente en el propio estudio frenológico que el Sr. Poey ha hecho de estos cráneos en su ya citado *Repertorio*, y que esto tenga aplicación no sólo á estos dos por una singularidad, sino á otros dos más de igual procedencia en sus cuarenta y seis notas frenológicas. De todas ellas resulta, que están en primera línea la *veneración* la *idealidad*, la *afeccionabilidad* la *maravilliosidad*, preponderando así las notas más opuestas á la condición moral que tenían los caribes, cuando sus propensiones é impulsos eran los más opuestos á semejantes sentimientos. Consta por el contrario, por los conquistadores é historiadores, la más patente contradicción en sus hábitos y costumbres. Y en efecto: ¿cómo admitir en estos hombres insensibles y feroces la veneración más pronunciada, cuando consta su habitual indocilidad, su vida salteadora y su modo de vivir siempre vagabundo, sin otro superior á quien obedecer, sino á su crueldad y sus apetitos? ¿Cómo admitir la *afeccionabilidad* en hombres que no denotaban un solo sentimiento de piedad para con los inocentes niños, ya cociendo sus cuellos y sus piernas para comérselos, ya gozándose en sus carnes palpitantes para devorarlos, ya esclavizando á los hombres, y castrando á los hijos de estos para engordarlos mejor y engullírselos? Como se ve, hay un contrasentido muy pronunciado entre estas notas con lo que los caribes fueron en la americana tierra, y es preciso concluir que, ó no son de caribes, ó que no tiene nada de cierto, ni aun de probable, la ciencia del Dr. Gall. Mas como la respetabilidad del Sr. Poey es tanta como naturalista no pretendo contradecir su afirmativa, sin tener el honor de agregar á mis razones, algún fundamento que me dan las suyas.

El Sr. Poey sin apasionarse como sabio, ya confiesa en su Repertorio (1) que muchos dudan que los caribes tuvieran un aparato especial para aplastar la frente de sus hijos, no mencionándolo el historiador Pedro Martir de Angleria. Y á esta confesion del Sr. Poey, voy á agregar, que ni el Dr. Chanca que navegó con Colón en su segundo viaje cuando se descubrió la Guadalupe y demás Antillas menores, residencia de estos caníbales, y que es el que más desciende á pintarlos en su físico y costumbres, dice sólo escribiendo á la ciudad de Sevilla, que: «se conocían cuáles eran »caribes y cuales no, por que estos traían en cada una de »sus piernas dos argollas tejidas de algodón, la una junto »á la rodilla y la otra junto á los tobillos, de manera que »les hacen las pantorrillas grandes y los sobre dichos lu»gares muy ceñidos, que esto me parece tienen ellos por »cosa gentil, sin que por esta diferencia conocemos los unos »de los otros;» ni D. Juan Bautista Muñoz, que tuvo ante su vista tantos escritos, y sobre todo los del P. Las Casas, tampoco consigna en el tomo primero de su malograda Historia nada sobre esta costumbre, y sólo habla de ella el cronista Oviedo, que es á quien sigue Morton. Este, sin embargo, no advirtió que el cronista capitán sólo así se expresa: «esta manera de la frente se hace artificialmente; »porque al tiempo que nacen los niños les aprietan la cabe»za de tal manera en la frente y en el colodrillo, que como »son las criaturas tiernas las hacen quedar de aquel ta»lle, anchas de cabeza adelante y de atrás y quedan de mala »gracia.» (2). Esta operación, como se ve, no ha podido dar en los cráneos que habeis tenido á la vista, la configuración que presentan, tan distante de la aplastada que ofrecen las cabezas á que se refiere Oviedo. Aquellas eran anchas de adelante y de atrás. En estas, en la del hombre, la presión

(1) *Repertorio físico natural de la Isla de Cuba.*

(2) Crónicas de Indias.

artificial pudo empezar en la del eminencia número 1.°, punto de reunión de las suturas frontales ó parietales cuya operación hubo de hacerse poco á poco, que es el argumento más fuerte del Sr. Poey. Pero como esta misma eminencia falta en la cabeza tenida por mujer, ya el argumento queda sólo en la mitad de su fuerza y se la quita por completo este otro: Si en el hombre aquella eminencia la produjo el artificio, por la propia razón no debian existir en este mismo cráneo las protuberancias marcadas con los números 4 y 3 con anterioridad á la del número 1. Por último la Junta facultativa del Museo en el documento que publicamos al final, número 2, abona también nuestro humilde parecer, pues que lo refuerza explicándose de esta manera: «La Comisión no puede menos de reconocer la singularidad »é interés que ofrecen ambos cráneos, cuya perfecta simili»tud con el de una raza india americana pudo la Comisión »observar á la vista de un vaciado en yeso. La cuestión de »ser el aplastamiento del frontal y occipital y consiguiente »exageración del diámetro trasusual en los parietales obra »de compresiones artificiales, así como la distinción que »Poey hace de la procedencia masculina y femenina de los »cráneos, siquiera le conceda escasa importancia, no cree »la Comisión pueda resolverse tan de plano sin tener á la »vista una numerosa serie craneológica de que por desgra»cia carece el Museo. Sin embargo, atendida la circunstan»cia de no ser uniforme la depresión de que se trata en la »frente y occipucio, la Comisión se inclina más bien á con»siderar *como natural el aplastamiento, que hijo de hábitos »ó costumbres, en dicha raza caribe*» (1). Pero si la Comisión no tuvo á la vista más que estos dos cráneos y no una numerosa serie craneológica, es interés mio agregar aquí, que fueron siete los extraidos de la caverna con esta depresión más ó menos exagerada, pero siempre bajo la serie de

(1) Véase al final el documento número 2.

una configuración misma (1). Y con esta rectificación sobre dichos cráneos, quedan desvanecidas, á mi parecer, cuantas objeciones han podido hacerse contra su gran antigüedad, sin que tampoco puedan ser de los indígenas de Cuba que saludó Colón, ni de los caribes del Orinoco, ni de algunos negros alzados por aquellas espeluncas pertenecientes á la africana raza. Por el contrario, siendo dolicocéfalos como el del célebre de M. Neanderthal, que se tiene por uno de los restos más primitivos del hombre, y como los que nos presentan los trabajos últimos de M. Desor, también de los más antiguos entre las tres categorías de lo prehistórico; ¡cuán importante no hubiera sido, por lo tanto, como he dicho en otras páginas (2), haber dado á conocer estos cráneos tantos años hace! Porque todas estas afinidades que la nueva ciencia está encontrando cada día en la arqueología de los dos mundos, refuerzan la idea de su pasada unión y pueden con el tiempo á fuerza de ser observadas y repetidas, constituir el mejor criterio sobre el orígen de los antiguos habitantes de América, y si se pobló por los extremos de la Septentrional que se acerca más al Oriente del Asia, ó por tribus Africanas, Libias, Persas y Egipcias, cuestiones todas puestas hoy al tapete de la discusión y sobre las que no he dejado de hacer algunas observaciones en mis *Estudios arqueológicos sobre la Isla de Cuba* (3).

Encontrábame de vuelta de mis expediciones por la región Oriental de Cuba, y hacía poco que me hallaba en la capital del departamento central, ó sea en la ciudad de Puerto Príncipe, cuando recibí una carta de cierto joven en-

---

(1) Los cráneos encontrados fueron más de siete; dos dejé en la Universidad de la Habana y otros dos traje á la Historia Natural de esta corte, que son los presentados. Los demás, como era natural, quisieron llevarlos mis acompañantes.

(2) Véase mi *Monografía* en la obra titulada *Museo español de antigüedades* bajo la dirección del Dr. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado.

(3) Véase Naturaleza y civilización de Cuba.

tonces muy aventajado en sus aficiones literarias, á quien había tenido el placer de tratar en Santiago de Cuba (1), dándome noticia de otros *enterrorios* cuyo reconocimiento debía procurar en este departamento. Interrogados fueron al punto por mí los dueños de las haciendas de la costa Sur, en donde se suponía que existían tales enterramientos, y aunque con grandes dificultades por no tenerse de ellos más que reminiscencias, salí de Puerto Príncipe en su busca con dirección á un punto llamado el embarcadero del *Remate*, que distará como unas 16 leguas de la ciudad nombrada. Desde el *Remate*, según lo tenían dispuesto los prácticos, seguí en una canoa por estrechos canalizos hasta desembocar en el río de la Rioja. Desde aquí continué por otro de estos caños más de un cuarto de legua, y dejando éste á la izquierda, navegamos como media legua más aportando por fin á un cayito ó mogote de tierra, que habría sido casi imperceptible en el agua si no hubiera aparecido circunvalado por la vegetación de los *mangles* (2) que desde lejos lo aumentaban. Con gran dificultad, pues, pudimos desembarcar y ascender sobre este cayo: pero no era otro el punto en donde me designaban que en pasados años se habían visto los esqueletos sobre que me escribía el Sr. Santacilia, cuyas noticias hubieron de llegarle tal vez por las Memorias de la Sociedad Económica de la Habana, pertenecientes al año 1843, tomo 17, página 457, en las que leí después:—«Puerto-Príncipe.—Esqueletos humanos fósiles.—En la mayor »parte de los periódicos de la Isla se ha publicado esta »curiosa noticia que reproducimos con el objeto de per»petuarla en nuestro archivo de antigüedades:—Quiera »Dios que tal indicación sea bastante para estimular á los »amantes de las ciencias al examen de estos esqueletos hu»manos, y que el amigo del editor de Puerto-Príncipe cum-

(1) El Sr. Santacilia. Véase al final el documento número 3.

(2) *Rizophora*, planta marítima muy peculiar de estas deshabitadas costas.

»pla religiosamente sus ofertas, aclarando dudas para en-
»riquecer nuestra historia.—Há muchos años que habíamos
»oído hablar de los que se encuentran en la jurisdicción
»en nuestra costa del S., mas siempre con alguna vague-
»dad, hasta ahora que nos acaba de dar la noticia nuestro
»ilustrado compatriota D. Bernabé Mola, á quien el amor
»de la ciencia le hizo solicitar otras personas que hubiesen
»visto por sí los referidos esqueletos, para adquirir la no-
»ticia con alguna más individualidad, según se ha servido
»comunicárnosla, en unión del sujeto que á él se la dió,
»el apreciable patricio, igualmente interesado en los ade-
»lantos del país, D. Francisco Antonio de Agramonte. El
»punto donde existe ese que llamaremos cementerio en que
»reposan los mencionados esqueletos, como hemos dicho,
»está en la costa del S., inmediato á la bahía de Santa Ma-
»ría Casimba, y al estero y sitio nombrado por dicho mo-
»tivo de los Caneyes, puesto que se ven por allí disemina-
»dos varios de estos, especie de sepulcros de forma cónica
»bastante achatada, y presentando, de consiguiente, vistos
»de perfil, la abertura de un ángulo muy obtuso. El rumbo
»del lugar mencionado con respecto á esta ciudad, ó par-
»tiendo de aquí en su busca, es el OSO. y aún tal vez
»con más exactitud un cuarto más para el O. franco; y su
»distancia de donde nos hallamos como 16 leguas provin-
»ciales ó cubanas en línea recta. Bajas y anegadizas, como
»generalmente son nuestras costas del S., en particu-
»lar por Vertientes, no es de extrañar que con el discurso
»de los siglos haya invadido el mar alguna parte del terreno:
»á lo ménos, así lo demuestra el hallazgo de los esqueletos
»á que vamos contraidos, pues sólo puede vérseles y obser-
»vírseles mientras permanece baja la marea, que entonces
»queda seco el expresado cementerio. Descúbrense en él
»como incrustados en aquel fondo duro, varios esqueletos,
»al parecer de individuos de ambos sexos y de niños, pues
»los de estos se encuentran colocados entre las dos piernas
»de las que figuran ser mujeres. La alta talla, casi gigan-

»tesca que se ha notado en dichos esqueletos, nos hace pre-
»sumir que sean de la raza india que habitó esta isla antes
»de su descubrimiento por los españoles, extinguida desde
»entonces totalmente; y el orden de su enterramiento nos
»autoriza á conjeturar la existencia entre ella de alguna
»práctica bárbara, como la que sobre el particular se ha
»observado en otras partes. Sus huesos se hallan perfecta-
»mente conservados y petrificados, según se nos ha dicho;
»mas no echaremos en olvido lo que dice Cuvier al hablar
»de los esqueletos semejantes encontrados en la Guadalupe
»incrustados en la piedra á orillas del mar, que en su gran-
»de obra descubre: sostiene, pues, que tales huesos no son
»propiamente fósiles en el sentido restricto que da á esta pa-
»labra, aunque sí lo sean en el más lato. Un amigo nuestro
»se propone visitar personalmente estos esqueletos, para
»proporcionarnos los más exactos pormenores acerca de
»ellos.» Hasta aquí lo impreso por las curiosísimas y eru-
ditas Memorias de la Sociedad Económica de la Habana.
Mas si estos hechos hacía más de tres años que habían sido
publicados en la Habana, en Puerto-Príncipe no pude en-
contrar quién me los indicara. Mientras tanto, lo que había
sido cayo ó costa, había ya desaparecido tragado por la mar
y por las mismas razones de que se hace cargo el Sr. D. Ber-
nabé Mola en el anterior escrito. Yo solo hallé este cayito,
pero tan pequeño, que no contaba sino veinte y tres pasos
de circunferencia. Tampoco encontré el *pavimento duro* de
que habla el Sr. Mola, ni el de *hormigon* que indica la carta
del Sr. Santacilia; sino un compuesto desleido de arena
colorífera y multitud de conchitas bivalvas, cual terreno de
reciente acarreo. Mandé, sin embargo, cavar á los negros
en varios puntos de esta pequeña circunferencia y el agua
del mar era lo primero que rellenaba el hoyo que se hacía.
A pesar de todo, en uno de estos hoyos se encontró como
una brecha de huesos entre el fango que los envolvía, y de
esta brecha salieron después las dos partes que componen
la mandíbula que habréis visto en el improvisado Museo

del Ministerio de Ultramar, representada aquí bajo diferentes fases, según las siguientes muestras que dibujó y publicó más tarde el Sr. D. Felipe Poey en su *Repertorio físico natural de la Isla de Cuba.*

Como en los dibujos se ve, la primera figura representa á esta mandíbula vista por detrás; *a*, incisivo segundo de la izquierda: *b*, incisivo segundo de la derecha: *c*, canino derecho: *m*, línea del medio: *p*, dos protuberancias y encima una depresión.

La segunda, es vista por delante: *a* y *b* como en la figura 1.ª *c*, canino izquierdo: *g*, eminencia triangular: *h*, agujero barbal.

Como aquí se advierte, *a* y *b*, estaban en su lugar y por un accidente se desprendieron: *c*, estaba también en su lugar y se perdió; pero se encontró con fractura reciente. De que es canino no hay que dudar, porque no tiene más que una raíz y su base es ancha y redonda. El molar (fig. 3.ª) estaba desprendido y pegado al ángulo interno de la mandíbula: su corona no está picada, sino cóncava por el uso y se ve alrededor el esmalte. Los incisivos han perdido el filo y se ve tambien en ellos la sustancia de un marfil que el uso ha descubierto. La rama derecha de esta mandíbula acaba donde debían empezar los molares posteriores: no hay señal alguna de alveolo. Con todo, este molar (fig. 3.ª) cuya corona *b*, está tan de acuerdo con la del canino *c*, prueba que la tenía en la mandíbula superior; tal vez en la rama izquierda de la interior. Que la mandíbula es humana, lo comprueba el Sr. D. Felipe Poey, manifestando que es á un tiempo compuesta de un solo hueso, de ángulo muy abierto, casi redondeada y de eminencia anterior triangular más adelantada que los dientes, y lo confirman los cuatro incisivos y el molar tuberculoso. Pero difiere de las comunes en que los incisivos están comprimidos lateralmente, con corona trunca ó usada y el abiselamiento interno convexo, advirtiéndose que por algún accidente carece de molares. Su fosilización además es completa.

Tal es la descripción de las partes que componen esta singular mandíbula, ya colocadas todas en su lugar y conservada hoy en el Museo de Historia Natural de esta corte, al que la doné desde 1850, y que por un particular destino ha dormido por más de catorce años el sueño del olvido. Descubierta por mí en 1847, y entregada en 1850 con otros objetos al señor Ministro de Fomento de aquella época para que se sirviera nombrar una comisión para su estudio; con mi vuelta á Ultramar quedó condenada á formar un bulto más en el cajón que la contenía, hasta mi segunda vuelta á Europa catorce años después en que ya encontré un gran apoyo en la junta de profesores de nuestro Museo Nacional, cuyo amor á la ciencia no en vano invoqué. Está junta nombró una comisión que presentase dictamen sobre los ya referidos cráneos y la mandíbula que ahora nos ocupa. Hé aquí cual fué su parecer tocante á esta reliquia en 16 de Marzo de 1871, habiendo ya indicado el que emitió sobre los primeros:

«Tocante al asunto delicado cuanto trascendental de la »mandíbula de Puerto-Príncipe, la comisión no puede me»nos de empezar por reconocer de común acuerdo el estado »fósil de dicho resto orgánico, según se desprende tanto de »su simple inspección, cuanto de los escritos del natura»lista cubano y del Sr. Graells; por más que prescinda éste »del estado que ofrece la mandíbula, por suponer esta cir»cunstancia una antigüedad mayor que la que puede conce»derse á los restos humanos de las edades de piedra. — La »comisión, persuadida de la inmensa responsabilidad que »asume desde el momento en que está llamada á decir si un »resto orgánico en estado fósil es ó no humano, hoy que »tanto preocupa á los sabios la remota antigüedad del hom»bre, sin juzgar *à priori* el asunto por lo ocasionado que es »tal método á inducir en error, ha meditado profundamente »acerca del difícil problema que la junta se sirvió someter »á su criterio y viene hoy á presentar á su juicio las reflexio»nes siguientes:

Fig. 1.

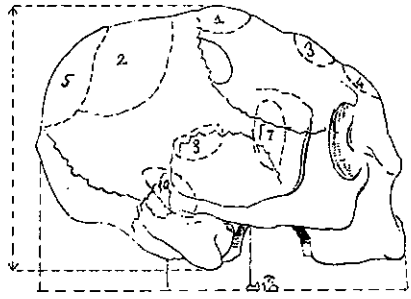
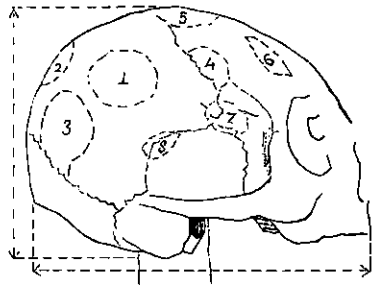


Fig. 2.



Craneos encontrados en Cuba.

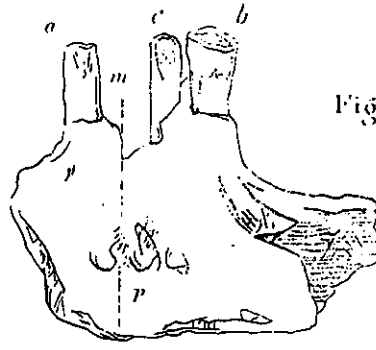
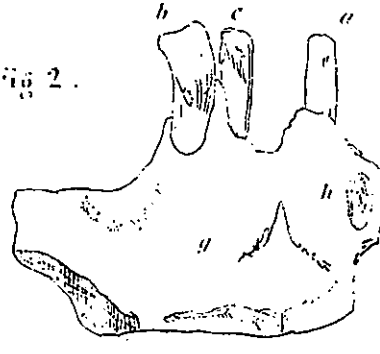


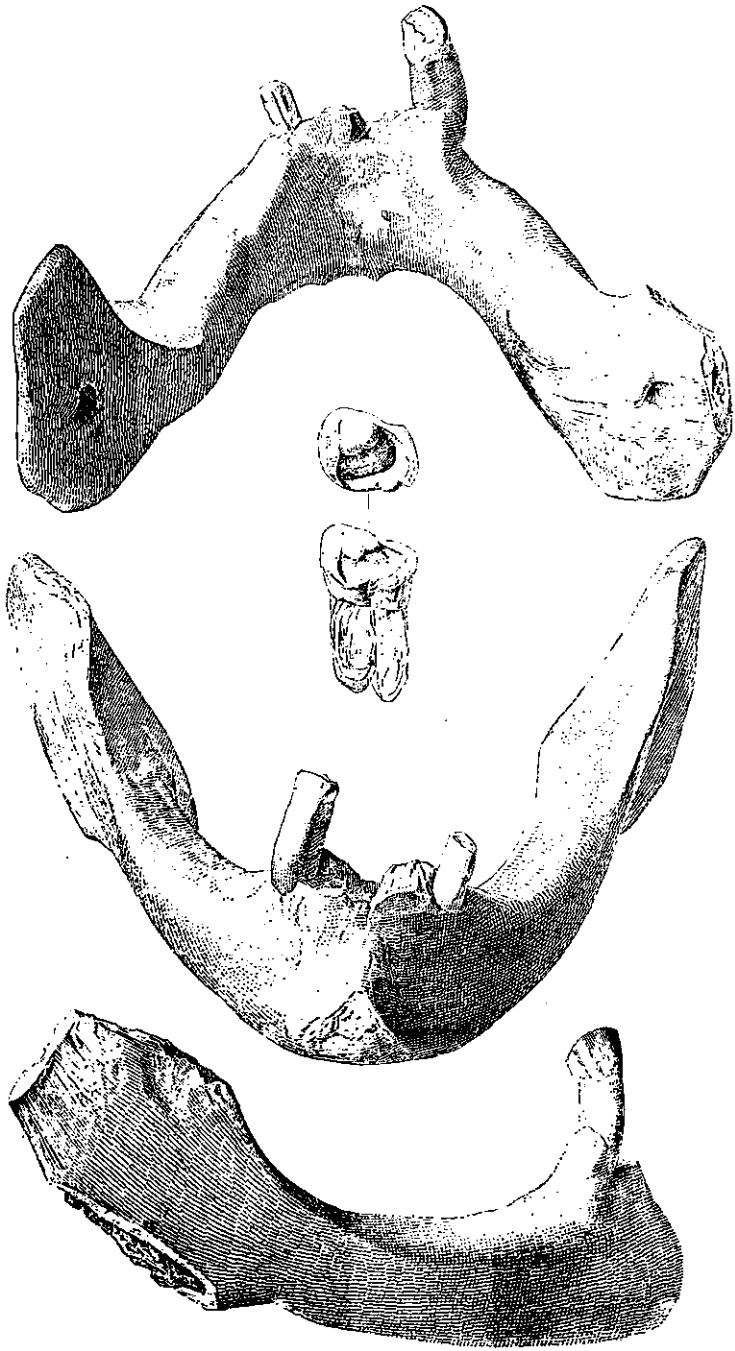
Fig. 1

Fig. 3.

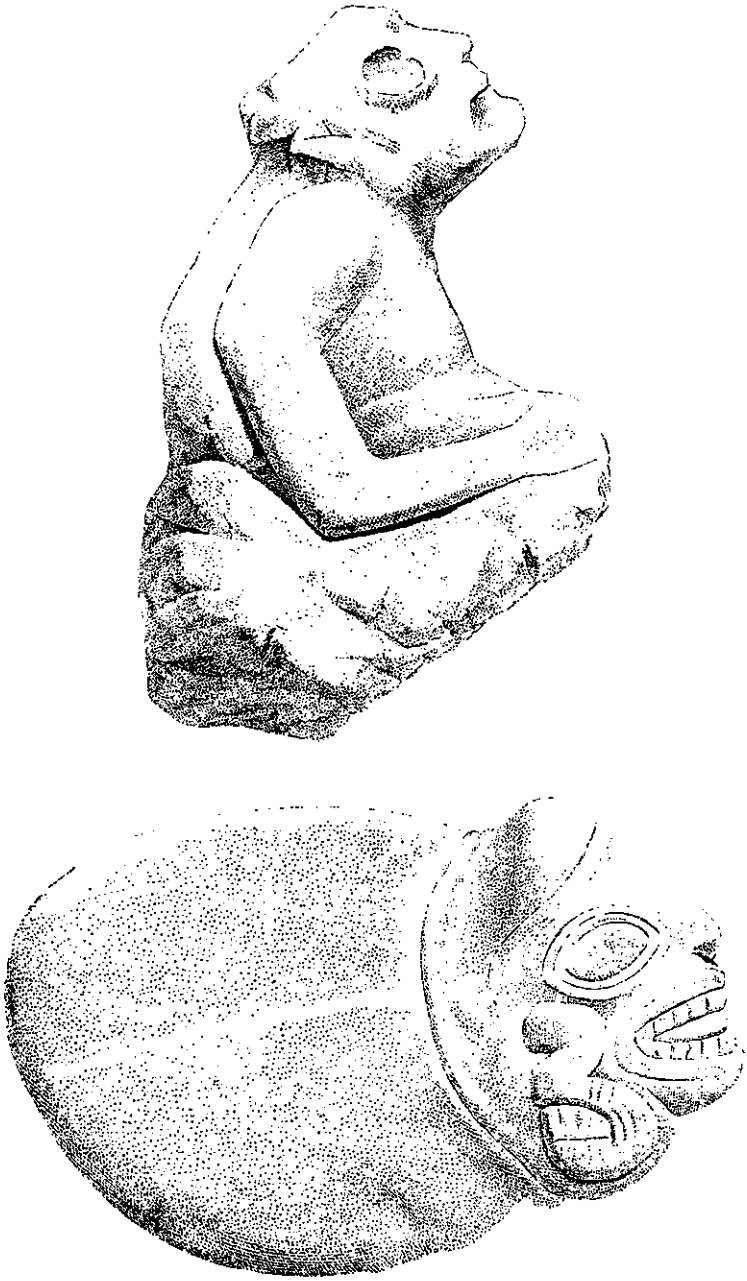
Fig 2.



Mandibula fósil.



Mandibula fósil.



Idolos encontrados en Cuba.

»La primera se desprende inmediatamente y á primera »vista de la forma especial de la mandíbula inferior que »examinamos y de las estrechas y armónicas relaciones que »con la superior la enlazan, á la vez que con la cavidad en»cefálica. Dicha forma es tal, y en tan superior grado carac»terística de la mandíbula humana, que no dudamos un »momento en referirla al hombre.

»La segunda consideración se deduce de la fórmula denta»ria que ofrece la indicada mandíbula, y de la forma y posi»ción que ocupan los caninos. La proximidad de aquellos á »estos que en el hombre especialmente y en muchos de los »primates llega casi al contacto, junto con el pequeño volu»men y en el caso presente hasta el aspecto de la corona que »lejos de ser aguda, se presenta redondeada y con un bor»de casi circular y saliente de esmalte, son todas estas ra»zones poderosas y decisivas en pró de la naturaleza, ó pro»cedencia humana de dicho resto orgánico fósil, opinión »que pone, fuera de toda duda el molar que la acompaña.

»Tercera: la disposición particular de la entrada y salida »del conducto dentario, siquiera esta última se halle algún »tanto obliterada; las fosetas que ofrece la cara externa á »derecha é izquierda de la sínfisis: la proyección de la ex»tremidad inferior de la barbilla y hasta la estrechez en sen»tido vertical de las ramas horizontales, todo esto puede »decirse ser peculiar de la mandíbula humana» (1).

Si, pues, semejante mandíbula es humana y muestra tales diferencias al lado de las comunes ante las que ofrece, por otra parte, una gran semejanza por las circunstancias de sus dientes con los del hombre perteneciente á la edad

(1) Al llegar aquí, la Comisión se hace cargo de las dudas que abrigara un individuo de ella, el Sr. Graells, para tener por de naturaleza humana esta mandíbula, y sigue refutándolas; cuyas razones, por una y otra parte, las pueden ver mis lectores en este documento que, íntegro, ponemos al final.—Número 2.

de piedra tallada, en cuyo período no cortaban como nosotros la carne con los incisivos, ni la trituraban con los molares, cual lo expresa el Sr. Poey, sino que hacían una y otra cosa con todos ellos como se prueba en las momias egipcias, cuya mandíbula superior aparece achatada en vez de afilada, sobreponiendo y no justaponiendo sus quijadas en el acto de la masticación; ya se concibe qué antigüedad no alcanzaban los hombres que tenían tales costumbres, costumbres que no eran por cierto las de los indios que en Cuba saludó Colón.

Pasando ahora de su particular estructura á las circunstancias de su yacimiento tan necesarias para cualquiera conclusión científica que pueda tomarse sobre estos objetos; ya que no pudo hacerse su estudio, porque como ya dejamos consignado faltaba el suelo en que hacerlo (1), trataremos de suplir este extremo con una observación paleontológica.

Vivísima luz ha derramado sobre el suelo de Cuba la notable memoria del Sr. Fernández de Castro ya invocada por mí anteriormente, por haber sido de los primeros que se han ocupado de la paleontología de esta isla. Este escritor tan competente en la materia, justifica con los ejemplares que presenta de restos del hipopótamo no encontrados hasta el dia en América, y los del *Megalonyx* por él descritos, que la presencia de estos grandes mamíferos que vivieron en la época última de los terrenos terciarios, y según otros en los cuaternarios ó postpliocenos, hace presumir que esta fauna cuaternaria estuvo en relación con la del continente ameri-

---

(1) De esta imposibilidad parece desentenderse el Sr. D. Francisco Jimeno en un artículo publicado en la *Revista de Cuba* (31 de Mayo de 1880), para formular cierto cargo al descubridor de esta reliquia, *de no haberse hecho de la manera debida*, en cuanto al conocimiento indispensable de los fósiles característicos del terreno en que yacían; pero como no había terreno, al descubridor le sobra el cargo.

cano, en cuyo período, como en el de Europa, hubo de presentarse y aparecer el hombre primitivo. ¿Y habrá pertenecido al mismo este maxilar humano? ¿Estuvo acaso reservado á Cuba el presentar esta huella de tan remotos terrícolas sobre la negativa del gran Cuvier, acerca de la existencia del hombre fósil *homo diluvii testis?* (1). Tal vez á este Congreso pueda caberle la gloria de fallar, al menos, sobre el verdadero carácter de esta mandíbula, prueba, tal vez, incompleta, pero de ningún modo poco importante para esta justificación. De cualquier modo, bien se puede asegurar desde hoy con ella á la vista, que si no perteneció al *homo diluvii testis*, no masticó tampoco con la rama de este maxilar, ninguno de los terrícolas cubanos con quienes conversó Colón. Y siguiendo esta tesis, que es la del programa que aquí nos reune, pasaré á probarlo también por medio de los ídolos, segun así lo especifica este programa mismo.

A la región oriental de Cuba pertenece un gran busto ó figura de piedra de color negro, de cualidad durísima, entrando en su composición el carbonato de cal, toda vez que el ácido nítrico produjo efervescencia sobre su materia cuando se le aplicó. Mide tres piés de altura por uno de diámetro en su base, con peso de más de dos arrobas, y esta magnitud y esta dureza para ser labrado, excluye por lo tanto el ningún arte y la simplicidad que ofrecía el pueblo indio de Cuba cuando lo sorprendió Colón. Descubrióse en la parte más oriental de esta isla, cuando yo la recorría en busca de estos objetos, porque en esta parte ha sido donde han tenido lugar los más antiguos, manifestando que si hoy es la más desierta y despoblada, fué un dia tal vez la más habitada, ya por ser su área por donde corren los mayores ríos, ya por encontrarse entre sus cumbres las tierras y los

(1) Sabido es que el hombre fósil de la Guadalupe, que tan primitivo se creia, apareció después como el de la Suiza, de formación muy reciente.

valles más feraces. Merecí al dueño, en cuya hacienda se encontró, la iniciativa de enviármela, y yo la he regalado después al Museo de la Universidad de la Habana.

Esta figura, como aquí se ve, está en la actitud de otras muchas de los ídolos mejicanos, si se coteja con las que se hallan en obras manuscritas ó impresas, con las que he podido compararla (1). Podrá no tener su cabeza esos rasgos de ferocidad que caracteriza á los ídolos americanos, como dice, ocupándose de esta misma figura, un escritor cubano (2), pero participa del carácter. También este crítico lo encuentra más parecido al mono que al hombre. Mas, de cualquier modo que sea, tenga rasgos más ó menos dulces, represente al animal ó al hombre, ó sea emblema misterioso de aquellas indianas liturgías; lo que corresponde á mi propósito es afirmar que este ídolo no perteneció á los sencillos cibonelles que no conocían instrumento alguno para esculturar esta figura, pues cuando los visitó Colón no poseían otros ídolos que los pequeños dioses domésticos ó penates á que llamaban *zemis*, ídolos, que también encontré, y de los que me ocupo en otras páginas, y no en estas, por ser contemporáneos al descubridor Almirante. Para estos no necesitaban de otros instrumentos que sus dedos aplicados al blando barro: pero para el ídolo de que vengo hablando se requería, cuando menos, los de cobre, pues sabido es que la región americana ofrece la particularidad sobre la Europa, que en la primera precedió su uso al bronce mediante cierto procedimiento con que lo endurecían.

---

(1) Sobre todo con las que ofrece la grandiosa de *Lord Kingsborough*, con el texto del franciscano Sahagún en su *Historia universal de Nueva España*.—Véanse sus láminas 10 á 18 de su primer volumen, y en la figura 11 de la lámina 58 aparecen representaciones con manos que llegan hasta la tierra, si bien tienen cierto ropón sin pliegues que le dan el aspecto de una campana.

(2) D. Andrés Poey, en su Memoria *Cuba Antiquitates*, etc., traducida y publicada en el tomo IV de la *Revista de la Habana*, año de 1855.

Igual razonamiento debe deducirse de otro ídolo recogido por mí en Cuba y que se encuentra en el Museo Arqueológico de esta corte cuya figura es la siguiente:

Este ídolo fué encontrado en una caverna del cabo ó punta Maisi de la isla, y es su materia de una roca arenosa, con una veta de cuarzo que atraviesa la parte más ancha de su forma, ofreciendo la figura de un ofidiano ó boa, y los dientes, los ojos y los piés de un fantástico monstruo. El escritor ya nombrado advierte en él tanta simetría, que hace observar que cuantos rasgos se ven de un lado, otros tantos se ven en el otro, pareciendo casi imposible se hubiera hecho á ojo sin ayuda de compás, manifestación de un arte y de una civilización anterior á los últimos indígenas de Cuba. Podrá decirse, que tanto este ídolo como el anterior vinieron de afuera, de Méjico, tal vez: pero entonces ¿cómo á la imagen no precedió el culto? Ninguno sacerdotal se encontró en Cuba que pudiera formularlo: sus *cehiques* eran más médicos charlatanes, que ministros de regularizado culto, y las manifestaciones que los terrícolas de Cuba tenían á su descubrimiento no pasaban de un realismo natural, cuales eran sus bailes y sus fiestas religiosas que más parecían públicas borracheras, que misterios y sacrificios. Pertenecieron, pues, estos ídolos á otros terrícolas anteriores á los que en Cuba encontró Colón. Quizás son tan antiguos como las grandiosas ruinas de Mitla, Uxmal, Izamal y Chichen-Itza en Yucatán fronterizas á Cuba, y de cuyos constructores pertenecientes á una época muy lejana, ya daban testimonio por tradición los mismos indios (1); edificios tal vez contemporáneos al tremendo ca-

(1) Hé aquí lo que ya se escribia por los años de 1587, por los primeros visitadores del Nuevo Mundo, de estas y otras antigüedades: «No saben los indios con certidumbre quién edificó aquellos edificios ni cuándo se edificaron, aunque algunos de ellos se esfuerzan en querer declararlo trayendo para ello imaginaciones fabulosas y sueños, pero nada de esto cuadra ni satisface; la verdad es que ellos se llaman el dia de hoy de Uxmal, y un indio

taclismo que dividió á Cuba del continente, separándola el golfo mejicano. ¿Y cómo extrañar que entonces hubiera concluidas tan colosales obras...? (1). Pero parece vóime desviando del tema del programa y vuelvo á concretarme más directamente á su tesis.

»viejo y ladino y bien entendido certificó al padre Comisario, que segun de»cian sus antepasados habia noticia de que hacia mas de novecientos años »que se habian edificado.» Así se expresa Fray Alonso Ponce en su *Relación de las cosas que le sucedieron en las provincias de la Nueva España.* Y en otro lugar, al hablar de la ciudad y convento de Mérida de Yucatán, así se expresa respecto á la fundación del convento de su Orden: «Nuestro convento está »pegado con la mesma cibdad, puesto sobre un *Ku* ó *mal* antiguo, y aun edi»ficada parte de él sobre los mesmos edificios viejos de los indios antiguos...» También dice después, ocupándose de la grandeza de otros edificios piramidales, á los que llama *Kues* ó *mules:* «En este barrio (el llamado San Cristó»bal en la propia ciudad de Mérida), no lejos del convento, están tres *Kues* ó »*mules* en que solian ofrecer antiguamente sacrificio á los ídolos, y agora hay »puesta una cruz en cada uno; sin estos hay otros pequeños y en medio de la »cibdad hay uno muy grande y alto, del cual han sacado casi toda la piedra »con que se han hecho las casas del pueblo y cada dia van sacando que todos »estos mules son hechos de enchimiento á mano, y admira mucho considerar »de donde se pudo recoger tanta piedra y que haya habido tanta gente en »aquella provincia que bastase *á hacer tantos cerros* y labrar tantos edificios »como en ella hay.»

No es, por último, inoportuno que yo recuerde aquí, para calcular la remota antigüedad de estos monumentos, y que no fueron los terrícolas que habia en el Nuevo Mundo, cuando su descubrimiento, los que pudieron elevarlos, que los *altos lugares de la Biblia*, como el Siehem, c. 9, tenian una forma igual, pues afectaban de piedra más ó menos la forma piramidal por medio de unos escalones para subir á la cumbre.

(1) M. Alciele d'Orbigny cuenta que en el Perú y San Luis se encuentran monumentos de piedra cuyas dimensiones llegan á 100 piés (33 metros) de alto y 266 metros de diámetro. Según el propio autor, los restos de camino por las mismas crestas de los Andes, entre Cuzco y Quito, y á una altura de 1.000 metros, entre ruinas de palacios que llaman *casas blancas*, están revelando que estas construcciones inmensas y el propio sistema de comunicación fué igual un dia en Asia, África y América, y que por consiguiente se comunicaban también estas partes.

En Cuba han aparecido otros testimonios arqueológicos que permiten leer aunque en confusos caracteres, la existencia remotísima de otros pueblos que nos han precedido en peregrinación por este nuestro asendereado planeta. Por Cuba hubo de pasar uno de estos, y para afirmarlo así, me refiero á las hachuelas de piedra (1) que he encontrado por aquellos campos de su región oriental, por más que se suponga en Cuba como en Europa que son producto de ciertas explosiones eléctricas. En Cuba se afirma esto último más, porque como los rayos de esta isla multiplican su descenso junto á los ástiles elevados de sus palmeros, atribuyen á estos objetos igual dirección y procedencia y las llaman como en Europa *piedras de rayo*. También como en España, como en Francia, en Italia y el Brasil, se han pisado allí con gran indiferencia, ó mirado como talismanes, hasta que Mahudel en 1734 las hubo de reconocer como primeros instrumentos de nuestra humana raza dejando ya de figurar cual simples objetos de curiosidad en el gabinete de los sabios con el nombre de *ceraunites*. Varias de estas piedras llegaron á mis manos en aquella isla, y aquí presento el dibujo de dos (fig. 1.ª y 2.ª) que el Congreso habrá podido notar en el Museo improvisado del Ministerio de Ultramar.

La segunda tiene además la particularidad de que fué encontrada en el tronco de una caoba que se hubo de aserrar para el ingenio del *Jiquero* en Bayamo, cuyo accidente ya supone la gran fecha de su encierro, si su existencia por su misma construcción y destino no la ofreciera otra aún

---

(1) Se han llamado piedra de los riñones y piedra de hijadas por los americanos españoles, según Ximénez (1615). También jade oriental ó nefrita *(lapis nephriticus)*, por creerlas de efectos benéficos para el mal de riñones; pero ya se distinguen estas de procedencia oriental de otras fabricadas con minerales de diferentes países. Sobre su composición mineralógica, véase el sustancioso artículo de nuestro amigo el competente profesor D. F. Quiroga, en el *Boletín de la Institución libre de Enseñanza*, núm. 86, 16 de Setiembre de 1880.

más apartada. Ambas pertenecen á la segunda edad de piedra, ó sea al período de su pulimento, y por lo tanto, no es la antigüedad de los toscos desbastes lo que las singulariza, sino su regularidad, el perfeccionamiento de su forma y un extremado pulimento, todo lo que ya supone un proporcional progreso. La mayor es de diorita de 0m,14 de largo; la menor de serpentina de 0m,07 de largo, y ambas han ofrecido hasta hoy (1), cierta especialidad en Cuba como en la Escandinavia. Que en ambos puntos no se encuentran sino estos representantes de la edad *neolítica* ó de un progreso posterior á la de los desbastes rudos de la *arqueolítica*, perteneciendo más los primeros que los segundos á los pueblos invasores. Inútil es sin embargo, que yo dilucide aquí si estos objetos tuvieron en Cuba, como en el mundo viejo, otro fin que el de defenderse y se llaman tal vez impropiamente *hachas*, por haber sido otros sus fines industriales. A mi objeto sólo cuadra afirmar aquí, que por estas medallas de otros hombres y de otros terrícolas, bien se deduce que hubo en Cuba quienes los aplicaban mejor que los indígenas de la conquista, que no conocieron nunca su construcción.

---

(1) Y decimos *hasta hoy*, porque el Sr. D. Francisco Ximeno, competente en la paleontología, y muy dado á los nuevos estudios prehistóricos en Cuba, después de mi ausencia de aquella isla, no hace mucho que en un artículo de la *Revista de Cuba* (31 de Mayo de 1880, núm. 5) dice: «No obstante de aseverar »Vilanova que en la isla de Cuba sólo se han encontrado hachas pulimenta»das, correspondientes á época más moderna, tenemos en nuestra colección »dos puntas de flechas *mesolíticas*, una de forma aguzada como de lanza, de »cuatro chanfles, de un decímetro de largo por tres centímetros en su mayor »anchura é igual á la representada en los *Archives of Alborigiae Knowledge*, »por H. R. Schoolcraft, publicados por orden del Congreso Americano; muy »semejantes á este ejemplar los hemos recibido de la península del Yucatán.» Habla después de otra á manera de flecha triangular, y así concluye: «*Seguros de su autenticidad no conocemos con certeza el lugar de la isla donde han sido hallados ambos objetos.*»

Pertenecen igualmente á esta segunda edad de piedra (aunque á tiempos tal vez ménos remotos), los despojos ó Kjökkenmödding *(rebut de cuisine)* que hube de descubrir en la propia isla en el bosque de una hacienda llamada *La Bermeja* á diez leguas del puerto de Manzanillo y diez y ocho de Bayamo. Bajo este arbolado y por una gran extensión pude observar ciertas acumulaciones de huesos que parecían ser de tortuga, con otros restos culinarios, cual se encuentran en las costas de Dinamarca y Suecia sobre los que me extiendo más en mi publicado libro (1). Pues aquí como sucede en aquellos pueblos no pude encontrar tampoco en las ligeras excavaciones que mandé hacer, instrumento alguno de metal, circunstancia que caracteriza á los vestigios de las poblaciones lacustres ó paláfitas que se han dejado ver en los lagos de la Suiza y que revelan la faz última de la edad de piedra en su tránsito desde la del pulimento á la de los metales. ¿Y quienes fueron los hombres que labraron tales hachuelas, y quienes los que dejaron tantos despojos, que suponen grandes multitudes y convites tan extraordinarios? Hé aquí un misterio de difícil penetración, pero que no impide asegurar, que semejantes costumbres no las tenían los indígenas que ocupaban la isla de Cuba cuando la descubrió Colón.

Para concluir: en la isla de Cuba hube de observar, también allá por su confín oriental y cerca de una localidad llamada *La gran tierra de Maya*, ciertas indicaciones de unos trabajos regularizados de tierras de los que me ocupo con la debida extensión en otras páginas (2). Estas obras presentaban bastante punto de contacto con las construcciones térreas de baluartes, templos ó cercados *(earth works enclo-*

---

(1) *Naturaleza y civilización de Cuba*, tomo publicado, cap. III. Véase al final el documento núm. 1, en que se confirmó posteriormente el mismo descubrimiento.

(2) *Naturaleza y civilización de Cuba*, tomo publicado, cap. III.

sures) pertenecientes á los aborígenes de la cuenca de Mississipí en aquel nuevo continente y de los que nos ha dado un cabal conocimiento la Sociedad etnológica americana desde 1845, publicando sus correspondencias con los señores E. G. Squier y E. H. Davis (1). Acaso sean estas obras y cercados térreos las manifestaciones de otra transición del arte para llegar á los teócalli de Méjico, como la ya indicada del pulimento de las hachas lo fué para el adelanto del bronce. ¿Y no aparece algo semejante á esto en nuestra vieja Europa (2), advirtiéndose siempre en todos estos vestigios que en nuestros días tanto se indagan y se rastrean, que ha sido una la comunicación de nuestro planeta; y una también en época indescifrable de reunión de los dos mundos? (3). Sobre uno y otro extremo poco podré afirmar: pero sí negaré, á propósito del tema que hasta aquí vengo siguiendo, que las construcciones de *Maya* y de *Pueblo Viejo* en Cuba, pudieran ser obra de sus terrícolas, cuando á sus playas aportó Colón.

---

(1) Publicó estas Memorias curiosísimas el Instituto Smithsoniano con el título de *Smithsonian Contributions to Knowledge*.

(2) Palassou nos habla de unas obras que tienen gran semejanza con las de la cuenca del Mississipí, y que se encontraban cerca de los Pirineos, suponiéndolas levantadas por los Iberos y los Aquitanos. Estaban hechas con revestimientos de tierra mezclada con hierba, formando unos recintos singulares como para contener el empuje de un ejército. El Bigorre y el Bearn los muestran aún intactos. El cardenal Marca fué el primero que se hubo de ocupar de estos campamentos que creía obra de moros; pero como dice un ilustrado articulista, los moros nunca pusieron los piés en la circunscripción de Bayona. Véase la *Revista Euskara*. Antigüedades ibéricas, núm. 25, Abril 1880.

(3) La presencia de las hachas y amuletos encontrados en América fabricados con minerales de Oriente, como nefrita ó jabeita, y que, según Del Río, Dana y otros mineralogistas de aquel continente, no se conoce allí ya simiente alguna de estas sustancias, cual sucede en Europa, bien prueba que vinieron de afuera y son rastro indeleble de que había comunicación y relaciones comerciales por todo el planeta. Pero ¿por qué conducto han llegado tanto á la Europa como á la América? Hé ahí lo más difícil de la cuestión.

Creo haber demostrado mediante los objetos á que me he contraido, cuales son los cráneos encontrados, la mandíbula desenterrada, los ídolos expuestos, las ceraunites descritos, los Kjökkenmöddings indicados; que todas estas reliquias, que todas estas memorias son huellas tangibles, rastros seguros de que por Cuba pasó un pueblo que dejó todos estos vestigios, pueblo y raza al que no podré señalar época, pero sí asegurar, que *no pertenecian á él los terrícolas cubanos que allí encontró Colón*, tesis propuesta por el programa de este Congreso, del que he procurado no separarme con digresión alguna, pecando más por ser breve y metódico, que largo y razonador según la materia lo requería.

DOCUMENTOS Á QUE SE HACE REFERENCIA EN LA ANTERIOR MEMORIA.

Documento número 1.

ITINERARIO QUE EL AUTOR DE ESTA MEMORIA LLEVÓ DE BARACOA HASTA LA CUEVA DEL INDIO EL 26 DE FEBRERO DE 1847 Y SUS INCIDENTES.—ES PARTE DEL GENERAL QUE LLEVÓ POR LA ISLA.

«Salimos de la ciudad á las siete de la mañana hacia el centro del partido de Mata y la hacienda M. Coutin, natural de la isla de Borbón, donde fuimos agasajados fina y generosamente.—De Baracoa cuatro leguas.

»Atravesamos en seguida *Vega abajo*, los pantanos y *bagasal* de la boca del río Vialla y el *paso real de Mata*, en donde principió á empaparnos una lluvia torrencial, hasta la primera estación que encontramos á orillas del puerto mismo, donde nos secamos algo y apagamos la sed que nos atormentaba. Aquí se nos incorporó el capitán del partido, D. B. Cautillo, y llegamos á la tienda de Felició, donde nos esperaban nuevas cabalgaduras, dispuestas allí por este funcionario. Hecha esta operación, continuamos recorrien-

do la boca del puerto, la playa de *Guadado* y llegamos á *Barriquitas* cuyo solitario dueño Estéves, nos dió hospitalidad para pasar la noche, contándonos en ella lo que en los años 15 y 16 le hicieron sufrir los piratas, hasta hacerle una descarga con los ojos vendados, antes de entregarles lo que solicitaban.—Tres leguas del Puerto de Mata y siete de Baracoa.

»De *Barriquitas* salimos muy de mañana, y retrocedimos á *Variguas*, siguiendo rumbo al S. por una quebrada que por aquí forman calcáreas y cortadas cumbres, á que llaman *farallones* y siguiendo el mal llamado camino real de Maisí, y á poco tuvimos que dejar los caballos para subir á pié la cuesta de los Algodones y la de *Javu*, bajando al arroyo *Guagui* ó *Malanga*, donde admiramos una ceiba colosal (arbol *Eriodendron anfractuosum*) y observamos que todas las lianas ó bejucos enredaban á la derecha, menos el llamado en lengua del país *tocino*, que siempre rastrea por tierra, y si se enredaba á otro vegetal lo hacía de izquierda á derecha. Continuamos bajando siempre á pié, la gran pendiente del río Yumuri, á cuya margen, almorzamos en platos de blancas *yaguas* (grandes peciolos de la palma regia), emprendiendo en seguida otra mayor subida á que dan lugar las cumbres, *Pelada*, *Lechuza*, y otra gran mesa corrida hasta los ranchos de *Pueblo Viejo*, adonde llegamos por la tarde y pasamos la noche, habiendo salido de explorador de la cueva que buscábamos, á poco de nuestra llegada, el Sr. Lafita y el mayoral de este punto. Pero ninguno de los dos pudo dar con ella, y retrocedieron cansados sobre las ocho de la misma.

»Al romper el día salgo yo con los prácticos y demás acompañantes, y haciendo rumbo al SO. por aquel mar de bosques y sierras, porción de veces lo cambiamos sin dar con la buscada cueva. En el entretanto, Lafita con un negro había dado ya con la misma; pero no encontrándonos había llegado á *Pueblo Viejo*, llevando de muestra un cráneo y unas tibias.

»Seguimos por nuestra parte buscándola, hasta que la descubrimos sobre las diez de la mañana, situada al S. de los ranchos de donde habíamos salido, en los terrenos de la gran tierra de *Maya*, y cuyo río divide estas dos haciendas.—Dista de *Pueblo Viejo* como una y media leguas.

»Esta caverna ocupa un riscón elevado que descansa sobre otro promontorio ó meseta caliza de masa contorneada, perteneciente á las inaccesibles sierras que por aquí se levantan coronadas de bosques antiquísimos, sierras que atraviesa el río *Maya*, por cuyo curso pasamos en seco por dos arcos ó túneles. Desde esta meseta á la boca principal de la caverna, se presenta como una gran gradería de soboruco (calizo cavernoso), por la que subimos, tardando como unos cinco minutos. Muchas de sus piedras habrían servido en tiempos para taparla; otras bocas más pequeñas siguen tapiadas. Ya en esta principal, se descubría el mar sobre las selvas, lo que denota su gran altura. Su primer recinto de unos veinte pasos, forma como un medio círculo, cuya bóveda sostiene una estalactita concrecionada á manera de machón. En su fondo estaba el agujero natural y angosto que comunicaba á otras cámaras, y que había estado tapado. Introducidos por él con trabajo, á la derecha, y bajo otra bóveda por la que sólo era dable andar á gatas, se encontraban los cráneos y huesos sin yacimiento especial, ya truncados y esparcidos por los puercos sobre una capa espesa del excremento de los murciélagos que por estos antros abundan. A la izquierda se presentaba un pasadizo que daba á otros dos recintos, los que más prolongados ya, recibían en su fondo la luz por ciertas claraboyas naturales y otra boca que á la espalda tenían. La cualidad geonóstica de esta caverna era de caliza terciaria, compacta, de cemento fino y silex, pues echaba chispas con el eslabón, sin fósiles al parecer. Recogimos los cráneos, y retrocedimos á Pueblo Viejo: pero otro diluvio de agua contribuyó á perdernos en lo más encumbrado de aquellos bosques de la gran tierra, debiendo á la práctica y á la experiencia del

francés *M. Laborde*, sacarnos de tan mal estado, cuando ya el práctico lloraba confesándose incapaz de podernos sacar de aquellas soledades.

«Llegamos al fin á Pueblo Viejo á las cuatro de la tarde, y como el negrito de Lalita nos hubiese precedido con el cráneo que ya hemos indicado, nos lo presentó en seguida con los siguientes versos que acompañó á su presente pidiendo alguna gratificación, los que por curiosidad ponemos á continuación, como tipo y modelo del estro natural de estos africanos, ya medio civilizados entre los blancos:

Aaquí tá negro José
Diciendo á su amo Ferrer
Perase, ahora va á ver
Peculación que jasé.
A la cueva yo me fué
Ante que su amo llegá
De contento to sorá
Con calavera que vé
Brinca cantando, ¡jé! ¡jé!
Mi gala (1) ya tan ganá.»

Documento núm. 2.

INFORME DADO POR LA COMISIÓN QUE DESIGNÓ LA JUNTA FACULTATIVA DEL MUSEO DE MADRID, SOBRE LOS CRÁNEOS Y LA MANDÍBULA DE QUE SE HABLA EN ESTA MEMORIA.

«La Comisión designada por la Junta facultativa del Museo en sesión del 16 del corriente, para evacuar el informe que solicita el Ilmo. Sr. D. Miguel Rodríguez-Ferrer en su escrito de 21 de Febrero último, en lo referente á los cráneos y mandíbulas que procedentes de Cuba regaló al Gabinete en 1850 y de que trata en una obra que va á dar

(1) *Gala* por allí vale tanto como gratificación.

á luz, enterada de los justos deseos del mencionado donador y persuadida del crédito que alcanza el establecimiento á que pertenecen sus individuos esclareciendo las dudas que tocante á puntos científicos pueda tener el público, ha examinado con el detenimiento y escrupulosidad que el caso requiere, los objetos sometidos á su examen; y después de compararlos con los análogos, siquiera sean pocos existentes en la colección osteológica del Gabinete, y previa lectura de los dictámenes de los señores Graells y Poey, confrontando el del último con los dibujos que lo acompañan, someten hoy á la superior ilustración de la Junta el siguiente proyecto de informe, para cuya mayor claridad lo separan en dos partes, refiriéndose la primera á los cráneos y la segunda á la mandíbula encontrada en un cayo al S. de Puerto-Príncipe.

»Respecto de lo primero la Comisión no puede menos de reconocer la singularidad é interés sumo que ofrecen ambos cráneos, cuya perfecta similitud con el de una raza india americana pudo la Comisión observar á la vista de un vaciado en yeso. La cuestión de ser el aplastamiento del frontal y occipital y consiguiente exageración del diámetro transusual en los parietales obra de compresiones artificiales, así como la distinción que Poey hace de la procedencia masculina y femenina de los cráneos, siquiera le conceda escasa importancia, no cree la Comisión pueda resolverse tan de plano, sin tener á la vista una numerosa serie craneológica, de que por desgracia carece el Museo. Sin embargo, atendida la circunstancia de no ser uniforme la depresión de que se trata en la frente y occipucio, la Comisión se inclina más bien á considerar como natural el aplastamiento, que hijo de hábitos ó costumbres en dicha raza caribe.

»Tocante al asunto delicado cuanto trascendental de la mandíbula de Puerto-Príncipe, la Comisión no puede ménos de empezar por reconocer de común acuerdo el estado fósil de dicho resto orgánico, según se desprende tanto de

su simple inspección, cuanto de los escritos del naturalista cubano y del Sr. Graells; por más que prescinda éste del estado que ofrece la mandíbula, por suponer esta circunstancia una antigüedad mayor que la que puede concederse á los restos humanos de las edades de piedra. La Comisión, persuadida de la inmensa responsabilidad que asume, desde el momento en que está llamada á decidir si un resto orgánico en estado fósil, es ó no humano, hoy que tanto preocupa á los sabios la remota antigüedad del hombre, sin juzgar *á priori* el asunto por lo ocasionado que es tal método á inducir en error, ha meditado profundamente acerca del difícil problema que la Junta se sirvió someter á su criterio, y viene hoy á presentar á su juicio las reflexiones siguientes:

»La 1.ª se desprende inmediatamente y á primera vista de la forma especial de la mandíbula inferior que examinamos y de las estrechas y armónicas relaciones que con la superior la enlazan, á la vez que con la cavidad encefálica. Dicha forma es tal, y en tan superior grado característica de la mandíbula humana que no dudamos un momento en referirla al hombre.

»La 2.ª consideración se deduce de la fórmula dentaria que ofrece la indicada mandíbula, y de la forma y posición que ocupan los caninos. La proximidad de aquellos á estos que en el hombre especialmente, y en muchos de los primates llega casi al contacto, junto con el pequeño volumen y en el caso presente hasta el aspecto de la corona que lejos de ser aguda, se presenta redondeada y con un borde casi circular y saliente de esmalte, son todas estas razones poderosas y decisivas en pro de la naturaleza, ó procedencia humana de dicho resto orgánico fósil, opinión que pone fuera de toda duda el molar que la acompaña.

»3.ª La disposición particular de la entrada y salida del conducto dentario, siquiera esta última se halle algún tanto obliterada: las fosetas que ofrece la cara externa á derecha é izquierda de la sínfisis; la proyección de la ex-

tremidad inferior de la barbilla y hasta la estrechez en sentido vertical de las ramas horizontales, todo esto puede decirse ser peculiar de la mandíbula humana.

»Esto, no obstante, alguna duda abriga, si no la Comisión cuyo franco y claro parecer se acaba de expresar, al menos, uno de sus individuos (el Sr. Graells), quien insiste en la creencia de que las razones por él aducidas en el escrito que á instancia del Sr. Rodríguez-Ferrer redactó para dudar de la naturaleza humana de este resto, son aún tan valederas como entonces. Estas razones son las siguientes: 1.ª el estado fósil de la mandíbula que supone mayor antigüedad que la que puede concederse á los restos humanos de las edades de piedra: 2.ª la existencia de un diastema ó barra considerable que impide ver el primer falso molar; hecho que atendida la completa osificación y desarrollo de la mandíbula, no puede atribuirse á no haber aparecido aún los molares que siempre preceden á los caninos que en el citado ejemplar existen: 3.ª que la falta de vestigios alveolares parece oponerse á la obliteración que corresponde al diastema, así como el haber subsistido los incisivos inclinan el ánimo del Sr. Graells á negar la caida de los molares que debía haberse verificado antes ó al mismo tiempo, si el individuo había alcanzado una notable longevidad: 4.ª la compresión, forma y longitud de los incisivos que no corresponden y aun exceden de las proporciones de altura á los de nuestra especie, por más que quiera aducirse lo que se nota en las momias de Egipto: 5.ª la forma que ofrecen los caninos, y 6.ª por fin, en que no somos los únicos mamíferos que tienen esta parte del esqueleto compuesta de un solo hueso; ni la fórmula I $\frac{4}{4}$ C $\frac{1-1}{1-1}$ ni los molares tuberculosos de incremento determinado, caracteres bastantes comunes en los primates, de las primeras familias sobre todo. Y aunque todas estas razones encuentran hoy en sentir de la Comisión una explicación satisfactoria, no puede menos aquella de respetar duda tan prudente, si bien se atreve á ofrecer á la consideración de la Junta y por

vía del esclarecimiento del grave asunto de que se trata, las consideraciones siguientes: 1.ª La existencia del hombre fósil contemporáneo del Elephas primigenius, del Ursus spelaeus y de otras especies extinguidas y fabricante de las armas de piedra, es un hecho tan universalmente admitido desde el hallazgo de la famosa mandíbula de Moulín Quignon, y de los cráneos de Neanderthal, de Enguis, de Cro-Magnon, y de tantos otros como se han exhibido en los congresos de Arqueología prehistórica celebrados en París, Copenhague, etc., que no puede negarse un descubrimiento de tamaña significación. Y si bien es cierto que las dudas indicadas datan de 1869, hoy podía comprometer su reputación el profesor que se atreviera á negar esta gran conquista de la ciencia prehistórica. 2.ª La barra que se nota entre los caninos y primeros molares, carácter de primer orden en el caso presente, puede explicarse muy bien, así como la desaparición de los alveolos, por la caída de los primeros molares, que no siempre es posterior á la de los incisivos y caninos, y por el proceso mismo de la nutrición y desarrollo del hueso que como es sabido, oblitera por completo el hueco que deja el diente al caer. 3.ª En cuanto á la compresión y desmedidas proporciones de los incisivos, es accidente que no deja de presentarse con alguna frecuencia en determinadas razas, y hasta en individuos de todas ellas. 4.ª Tocante al canino, precisamente resulta de la comparación entre el que ofrece dicha mandíbula y el de los primates adultos que se han tenido á la vista, ser propio del hombre el que examinamos, no solo por la forma, sino más particularmente por sus exiguas proporciones que contrastan singularmente con las enormes de aquellos.

«En vista de todo lo cual, y sin dejar de respetar las mencionadas dudas del Sr. Graells, la Comisión no vacila un momento *en considerar como humana la mandíbula fósil de Puerto-Príncipe.* Antes de terminar este escrito, la Comisión quiere expresar á la Junta el deseo de que se signifique al Ilmo. Sr. D. Miguel Rodríguez el aprecio con que

ha recibido los mencionados objetos cuya significación es excusado encarecer, pues tanto los cráneos por su forma y aspecto singular y anómalo, cuanto la mandíbula por ser humana y además fósil, con la circunstancia de haberse hallado 14 años ántes que la de Moulin Quignon que tanta fama dió al Sr. Boucher de Perthes, merecen se le den las gracias y se inscriba el nombre del donador al pié de los mencionados objetos.» Madrid 24 de Marzo de 1871. *Graells, Perez Arcas.—Vilanova*, Ponente y Secretario.

Documento núm. 3.

CARTA DEL SR. D. PEDRO SANTICILIA Á QUE SE HACE ALUSIÓN EN EL TEXTO.

«Sr. D. Miguel R. Ferrer.—Mi estimado amigo: recordando la promesa que hice á V. de darle cuantas noticias supiera respecto del cementerio indio descubierto en la jurisdicción de Puerto-Príncipe, por si visitarlo quería durante su permanencia en aquella ciudad, paso á satisfacer su buen deseo, manifestando cuanto sé en el particular.—Por informes recibidos, así por escrito como verbalmente, de parte de algunos amigos naturales de aquel país, existe como á 16 ó 20 leguas de la ciudad de Puerto-Príncipe, en cierta hacienda de crianza nombrada Santa María, perteneciente segun parece, á D. Mauricio Montejo, un cementerio, que así puede llamarse el lugar de que paso á ocuparme.—Miránse, pues, como incrustados en el suelo innumerables esqueletos, de talla algunos en extremo alta.—El pavimento ó lugar en que se encuentran está formado, segun me han informado, de cierta mezcla ó masa digna de atención por su extraña dureza.—Algunos me han dicho que esa mezcla es como la llamada mezcla romana; otros que es idéntica á la que usamos aquí para el solado, conocida con el nombre de *hormigón*.—Como quiera que sea, esta mezcla

merece un escrupuloso examen. ¿Quién sabe si hay alguna identidad entre la materia de que se compone aquel suelo y la de que se forman las murallas descubiertas por V. en la hacienda de Pueblo Nuevo?—Semejante coincidencia sería en extremo luminosa, sin duda, y podría servir de base para las cuestiones arqueológicas que con frecuencia se promueven respecto de este país.—Sin entrar en observaciones sobre la ignorancia en que acerca de la arquitectura se encontraban los aborígenes de este suelo, á juzgar por lo que acerca de ella nos han narrado los historiadores primitivos, bastaría sin duda aquella coincidencia para creer se conocía aquí antiguamente el uso de la mezcla, tal vez por otra raza que habitara este país antes, mucho antes de su descubrimiento.—Esto nada tiene de inverosimil, si se atiende á que únicamente convienen los geólogos en la unión que existió un día entre las islas del Archipiélago y el continente americano, bastando fijar la vista en el mapa para convencerse de esta verdad.—Sabido es que, cuando Grijalva hizo su primer viaje al continente, hubieron de notar casas de mampostería en la península de Yucatán, y sabido es, segun los mismos historiadores, que aquellos países adelantados tenían comunicación con nuestros pacíficos isleños.—¿Por qué, pues, no hemos de creer conociesen los primeros *Ciboneyes* el uso de la mezcla?—He creido deber hacer á V. estas obervaciones para suplicarle, en nombre de la civilización, se dedique á esas indagaciones, útiles á todas luces por los conocimientos que pueden proporcionarnos.—Afortunadamente, la civilización tiene en V. uno de sus más laboriosos y entendidos apóstoles, y yo confio en que esas cuestiones quedarán suficientemente aclaradas y que sacaremos de ellas todo el partido posible.—El cementerio indio de que hablo á V., se halla sobre la costa del Sur, y parece ha sido reconocido por cierto señor de aquella ciudad.—Por la carta que me enseñó V. del amigo Latorre, parece que el ilustrado *Lugareño* tiene noticias de dichos cementerios, y este buen patricio podrá dar á V. los

conocimientos que necesitar pueda para recorrerlo.--Suplico á V. disimule los defectos de esta carta, mandando en lo que guste á su más sincero afectísimo amigo y seguro servidor, Q. B. S. M.—*P. Santacilia.*—Casa de V. y Junio 23 de 1847.»

Documento núm. 4.

OFICIO DEL JUEZ PEDÁNEO DEL DISTRITO EN DONDE APARECIERON LOS RESTOS HUESOSOS.

Capitanía de Vicana.—En vista del oficio de V. S. de 7 del presente, me trasladé á la hacienda de la propiedad de D. Rafael Buelta, nombrada la Bermeja; de ésta me dirigí recto al Norte, y como á un cuarto de legua se halla el terreno donde se encuentran las ostras y capas de huesos; en el que con los peones necesarios cavé en diferentes puntos y en todos encontré las ostras y huesos de que V. S. tiene conocimiento, y algunos pequeños pedazos de barro que figuran ser de ollas, todo esto se halló á una cuarta de hondo y á una tercia poco más no se encuentran más que tierra común. El terreno en que se encuentran dichos huesos se halló á un cuarto de legua recto al Norte de la hacienda dicha, menos de medio cuarto del rio nombrado Canei, al mar dos leguas y media, á la villa de Manzanillo diez leguas, y á la ciudad de Bayamo diez y ocho.—Dios guarde á V. S. muchos años.—Vicana y Setiembre 16 de 1847.—*Francisco José de Céspedes.*—Sr. D. Miguel Rodriguez-Ferrer, ex-jefe político é Intendente, y autorizado por S. M. en esta isla.

El Secretario Sr. **Fernández Duro** dió cuenta de haber recibido los informes pedidos á los señores de Saussure y doctor Hijar acerca de la mandíbula de que trata la Memoria anterior, según se insertan á continuación.

Rapport de M. Henri de Saussure sur un os maxillaire inférieur trouvé à Cuba, par M. Ferrer.

La mâchoire que le Congrès m'a chargé d'étudier est incontestablement une mâchoire humaine. Elle a été découverte par M. Ferrer dans des fouilles exécutées au bord de la mer sur les côtes de l'île de Cuba. Son état de fossilisation ne nous a pas paru être aussi avancé qu'on la supposait, et ne peut-être considéré que comme fort incomplet.

Voici les observations que j'ai pu faire sur cette pièce, en dehors de toute comparaison exacte, qui aurait exigé des collections que je n'avait pas à ma portée:

1° Cette mâchoire est d'une grandeur un peu inférieure à la moyenne et semble avoir appartenu à un sujet du sexe féminin.

2° Elle a perdu toutes ses molaires, et les alvéoles en sont entièrement oblitérées. Les branches horizontales sont réduites de près de la moitié de leur hauteur par la destruction de leur partie alvéolaire, et se sont abaissées presque jusqu'au trou mentionner.

3° La partie antérieure de la mâchoire ne porte que trois dents, soit: la canine droite, l'incisive médiane droite, et l'incisive latérale gauche.

Les trois dents se trouvent donc être espacées par suite de la chûte ou de l'enlèvement des deux autres incisives. En outre les bords alvéolaires ont été artificiellement enlevés, en sorte que ces dents ne tiennent plus dans leurs alvéoles que par l'extrémité des racines. Ces racines ont une forme très comprimée.

4° Les branches montantes de la mâchoire sont incomplètes; il y manque les condyles et les apophyses coronoïdes. La branche droite semble avoir été taillée; elle a une forme arrondie et les bords en sont un peu amincis en biseau. La branche gauche, qui avait probablement reçu

la même forme que la branche droite, est en partie brisée, et laisse voir le parenchyme intérieur, dont les vacuoles n'ont pas été remplies par la fossilisation et qui n'a guère subi d'altération.

5° Le bord inférieur de toute la mâchoire est remarquablement épais, fortement arrondi et n'est guère comprimé.

6° Les dents qui subsistent dénotent un âge très avancé, car la couronne en est usée de plus de moitié.

Ces circonstances envisagées dans leur ensemble permettent de conclure que la mâchoire en question a appartenu à un sujet très âgé, ayant perdu depuis longtemps la totalité de ses molaires, et ce fait suffit croyons-nous pour expliquer les anomalies de ses formes. La perte des molaires conduit en effet à la résorption des bords alvéolaires, ce qui peut reduire la branche horizontale du maxillaire de près de la moitié de sa hauteur, et donner lieu par compensation à un épaississement de cette branche, surtout à son bord inférieur.

Parmi les crânes que nous avons eu sous les yeux, postérieurement à l'examen de cet os, il s'en trouve deux qui offrent presque exactement les mêmes caractères, les molaires ayant disparu, la branche horizontale s'étant abaissée d'autant, et le bord inférieur s'étant épaissi. L'un de ces crânes provient des environs d'Arles et appartient au type gallo-romain, l'autre est un crâne d'esquimau, ce qui montre que les modifications ci-dessus décrites ne sont point une affaire de race, mais simplement un accident pathologique qui se prononce de la même manière dans toutes les races humaines.

L'étroitesse anomale de la branche horizontale apparait du reste accidentellement chez des sujets qui n'ont pas perdu leurs molaires. Nous connaissons des exemples de ce fait sur deux crânes de femmes, dont l'un provient de la côte de Mozambique et l'autre du Malabar. Dans ces deux crânes la partie incisive de la mâchoire est beaucoup plus élevée que la branche horizontale, offrant sous ce rappot

une ressemblance parfaite avec la mâchoire de Cuba. Quant à la forme très comprimée des racines des incisives nous la retrouvons également chez divers sujets et nous ne pouvons y reconnaître qu'un accident individuel.

On voit par ce qui précède que la pièce en question n'offre aucun caractère spécial, et que son apparence tient simplement aux modifications qui résultent d'un âge très avancé. Rien dans cet objet ne dénote l'existence d'une race extraordinairement antique. D'autre part le gisement où cette mâchoire a été trouvée ne fournit aucun indice sur son âge géologique. La couleur brune de l'os, quoique lui donnant un air de haute antiquité, n'a elle-même rien de caractéristique et peut être le résultat d'un long séjour dans l'eau ou dans la vase.

L'objet a été trouvé dans une fouille exécutée à fleur d'eau, très probablement dans les terrains madréporiques modernes qui forment la plus grande partie des côtes de Cuba. La fouille n'a pu être poussée à fond vu l'arrivée des flots de la mer qui l'ont submergée.

En dehors de ces considérations, la forme probablement artificielle qu'offre la branche montante droite, semble indiquer que cette mâchoire rentre dans la catégorie des os sculptés. Nous serions tenté d'y voir une amulette ou un instrument servant à un usage quelconque. Nous supposons qu'elle est tombée d'un canot et qu'elle a fini par être engagée dans les travertins madréporiques qui se forment actuellement encore sur presque toutes les côtes de Cuba; qu'elle a ensuite été ensablée et englobée dans la formation moderne, mais sans adhérence aucune avec la gangue.

7° Il m'a été soumis en même temps que cette mâchoire une dent libre que je déterminerai comme la troisième molaire droite inférieure. Cette dent est également excessivement usée; la couronne en est entièrement détruite à la face externe jusqu'au collet, et diminuée de plus de moitié à la face interne. Elle offre donc le même caractère que la canine et les incisives qui sont restées adhérentes à la mâchoire

décrite, mais elle ne saurait appartenir à cette dernière, puisque les alvéoles des molaires en sont toutes oblitérées. Il est assez singulier que cette dent ait été trouvée dans la même fouille que la mâchoire. On pourrait toutefois supposer qu'elle faisait partie d'un collier ou de quelque autre parure qui se serait perdue en même temps que la mâchoire; mais ce n'est là qu'une hypothèse.

En résumé, nous ne pouvons voir dans la pièce qui nous a été soumise qu'un os datant d'une époque préhistorique plus ou moins ancienne et nous n'osons pousser plus loin nos conclusions.

Dictamen acerca de la misma mandíbula, del doctor D. J. B. Híjar y Haro.

Sr. Rodríguez Ferrer: Se ha servido V. honrarme indicándome que formule por escrito mi opinion sobre la curiosa mandíbula fósil que nos presentó en el Congreso de Americanistas, y voy con sumo gusto á complacerle, por más que el breve estudio que de ella he hecho, me deja mucho que desear.

Que el despojo es humano no cabe dudarlo porque la longitud de sus ramas horizontales no permite confundirla con ninguna de las mandíbulas inferiores de los cuadrumanos conocidos hasta aquí. No insisto en el estudio de los dientes y otras particularidades, porque la verdad me parece obvia.

Dando por sentado que el maxilar sea humano y prescindiendo de las consideraciones á que daría lugar la inspección de los cóndilos articulares por no existir las ramas ascendentes, la primera dificultad que se presenta es, averiguar porqué no coexisten los alvéolos de los dientes molares con los dos dientes incisivos y el canino izquierdo, que al través de las revoluciones de los siglos quedan en pié, en sus respectivos puntos de inserción.

Un distinguido arqueólogo, de alta competencia científi-

ca, cree que los alvéolos de las muelas fueron raspados—supongo que con alguna piedra pomez ó algun fragmento volcánico, por no conocerse entonces la lima metálica—á fin de que pudiera servir de peineta á alguna elegante dama de aquellos oscuros tiempos.

Yo pienso de otra manera: el trabajo de fosilización que petrificó la pieza anatómica se extendió á las cavidades alveolares y produjo su obliteración.

Si esto es ó no verdad, dejo á la mineralogía, á la química ó á la anatomía general, los honores de la respuesta.

Lo que me parece sumamente raro, es que los citados incisivos y el laniar izquierdo, permanezcan en su sitio cuando esta clase de dientes son los primeros que en el sepulcro abandonan sus cavidades, quedando casi siempre en pié los molares mayores, que acompañan al esqueleto hasta su completa destrucción.

En atención á las reducidas dimensiones de la mandíbula, á la suavidad de las líneas huesosas que corresponden á la inserción de los músculos y á la forma de los dientes que más se asemejan á los de leche que á los definitivos, se podría suponer que la pieza había pertenecido á una niña de cuatro á siete años próximamente; pero al notarse que por la parte superior, las cuñas de los incisivos están visiblemente gastadas, se duda si en vez de haber sido un órgano constitutivo de una niña, lo fué de una mujer diminuta que frisara en los sesenta años.

Para entrar en esta cuestión que juzgo de interés, sería preciso entrar en el estudio de la osificación de los dientes y de los maxilares, lo cual no me permite hacer el breve espacio de tiempo de que puedo disponer.

Por lo que pueda convenir á V. en las provechosas elucubraciones á que se dedica y para que haga las deducciones á que haya lugar, en el presente caso, tengo el honor de poner en conocimiento de V. una observación, de cuya anomalía en mayor ó menor escala dan cuenta los fisiólogos de todos los tiempos: me refiero á un niño indígena de

Jalisco (Méjico) de raza pura, que nació con los cuatro incisivos de abajo y dos incisivos y un canino arriba.

Esta anomalía constrasta fuertemente con la de una niña española que sufriendo un padecimiento profundo del esqueleto (osteitis rarefiante escrofulosa) llegaba á los nueve años con algunas piezas molares y sin ningún incisivo en la mandíbula inferior ni superior.

La oclusión de los alvéolos molares del curioso y bien conservado maxilar inferior que V. se ha servido presentarnos en el Congreso de Americanistas ¿reconocerá por orígen la anomalía fisiológica antes expuesta ó será la consecuencia obligada de un estado patológico?

Dejo al clarísimo entendimiento de V. la revelación del misterio.

El Secretario Sr. **Fernández Duro:** El Ministro Plenipotenciario de España en Washington ha remitido al Congreso la siguiente comunicación redactada en castellano, que le ha sido enviada desde Baltimore con fecha 22 de Agosto.

Memoria acerca de la prioridad del descubrimiento por los españoles de la región de los lagos, por Mr. George A. Leakin, de la Sociedad histórica de Maryland.

Muy señor mio: Tengo el honor de llamar su atención hacia un objeto relacionado con las antigüedades americanas que solo los archivos de España pueden dilucidar, es decir, el establecimiento en este país entre San Agustín y los lagos del N., de los españoles, con anterioridad á la ocupación de los holandeses, suecos, franceses ó ingleses.

1.° En 1570, F. R. Segura vice-provincial de los jesuitas españoles en Florida, desembarcó en las orillas del Chesapeake. Su objeto era la conversión de los indios, uno de los cuales habiendo sido hecho prisionero en Florida

y convertido al cristianismo, sirvió de guía á los misioneros quienes más tarde perecieron víctimas de su traición. *Relatio ytineris pág. 122.*

2.° Melendez con una fuerza armada se internó al Norte de San Agustín y erigió un establecimiento en las orillas de Rappahannock ó Potomac. No puedo citar por el momento la autoridad en que fundo este dato.

3.° El gobernador Seymour de Nueva-York dijo en un discurso:—Una pequeña colonia de españoles existió por algún tiempo cerca del lago Inondaga, pero fué destruida por los indios.

4.° Agustín Herman, despachado por el gobernador holandés Stuyvesant para tratar con los gobernadores de Maryland y de Virginia respecto á las líneas de demarcación sostenía su reclamación, en el hecho del descubrimiento de Colón previamente al de Raleigh en 1578, y cuando se le requirió hiciera una explanación contestó «que cuando los Estados generales (Holanda) se hicieron independientes de España se llevaron consigo todos los derechos de los españoles en América.

5.° En un mapa (1670) hecho por Herman, actualmente en mi posesión, dice, es cierto que los españoles tenían gran provisión de minerales más allá de las montañas, y recomienda se tenga esto presente con objeto de podérselo arrebatar algún día.

6.° William José Onseley Esq. Agregado á la Legación de Inglaterra en 1829 habla de ciertas minas en Charlotte (Carolina del Norte), en que se encontraron útiles de importación extranjera.

7.° En una obra publicada en los Estados-Unidos, Schovlcraft, menciona una piedra rasa encontrada cerca de Manluis (Nueva-York) con una inscripción española del año 1520, y el gobernador Seymour añade: «los españoles fabricaron fuertes mucho antes de que los holandeses, franceses ó ingleses visitaran esta región y se encuentran restos de crucifijos y de armas.»

8.° En una carta publicada por la Sociedad histórica de Long Island, Dantrers dice: «le pregunté al indio Hans quiénes eran los primeros cristianos que se habían visto por aquí;» y el replicó «los españoles ó portugueses que compraban maíz ó grano español pero no permanecieron mucho tiempo; después vinieron los holandeses á Gobernor Island y á Fort Orange ó Albany, y después vinieron los ingleses.

9.° Johann Schoner, sabio matemático alemán, construyó en 1520 un gran globo que se conserva aun en la ciudad de Nuremberg, en el cual la parte superior de la América del Norte es llamada *Terra de Cuba*.

He reunido estos datos incompletos que creo serán suficientes para promover mayor investigación por parte de la sabia asociación de Americanistas que se ha de reunir en Madrid el 25 de Setiembre, y si este asunto fuese honrado con su atención, me complaceré en conservar el resultado de sus deliberaciones en los archivos de la Sociedad histórica de Maryland.—Con este motivo tengo el honor etc. Firmado.—*George A. Leakin.*

El Sr. **Pezuela:** Me he levantado únicamente para decir, que en la biblioteca de la Real Academia de la Historia, en cuyo local nos hallamos, existen pruebas de la prioridad de los españoles en el reconocimiento y aún establecimiento en la región de que trata la memoria que acaba de leerse. La historia de la Florida y la Luisiana se condensa en los documentos y libros conservados en dicha biblioteca y por estar inéditos y no ser conocidos de los que han escrito de aquellas partes, se han propalado especies erróneas, sobre todo al tratar de la ocupación de la Florida por Pedro Menendez de Avilés (1).

---

(1) Acerca de algunas de las cuestiones planteadas por el Sr. G. A. Leakin, puede consultarse la interesante obra del Sr. Barcia, *Ensayo cronológico para la historia de la Florida*. — C. Fernández Duro.

El Secretario Sr. **Fernández Duro** presentó la siguiente memoria recibida de la Legación de los Estados-Unidos de América, en Madrid.

Smithsonian Institution. Bureau of Ethnology.—Washington Sept. 7, 1881.

EXCMO. SR. PRESIDENTE DEL CONGRESO INTERNACIONAL DE AMERICANISTAS:

Sir: The International Congress of Americanists is organized for a purpose in which I am deeply interested and it is with profound regret that I find myself unable to be present at the session in Madrid.

I beg to express my appreciation of the appropriateness of the place selected for the meeting, it being the capital of the country so largely connected with early explorations on this hemisphere and where many of the archives of those explorations are deposited.

It will be interesting to the Congress to be informed that the agencies for anthropologic investigation now existing in America are numerous ad that the general work has of late been prosecuted by them with great vigor and success.

First in importance among these is the Smithsonian Institution at Washington which for many years has devoted a portion of its revenues and a larger proportion of its publications to the general subject, as will be seen from its Annual Report for the year 1879, a copy of which accompanies this letter. Other most efficient agencies are the Peabody Museum at Cambridge, Massachusetts, and the Archaeologic Institute of America at Boston both of which assist explorations, form collections, and issue publications of great value.

In all of the principal cities of the United States Archaeo-

logic museums are founded. There are also many state, city and county societies throughout the country devoted to the study of American antiquities and anthropology in general, which collect materials from year to year and publish information concerning them. Principal among these are the Davenport Academy of Sciences and the Anthropological Society of Washington. An abstract of the proceedings of the last mentioned society is herewith submitted.

In addition to these agencies many of the learned societies which embrace the wider scope of general science devote attention in their meetings and publications to the subject of American and general Anthropology. This is the case with the National Academy of Sciences and with the American Association for the Advancement of Science, the latter of which has organized an independent section of anthropology, presided over by one of its vice presidents. The sessions of that section are more generally attended and attract more interest than those of any other of the sections of that association which annually gathers several thousand persons to its meetings held in different parts of the country.

For a long period of years the Government of the United States has supported scientific research in this department in numerous ways and by various agencies until at last a Bureau of Ethnology has been established, supported by appropriations made by the National Legislature.

Herewith I transmit an account of its operations for the fiscal year ending June 30, 1880, introduced by a brief history of its organization. The account is substantially the same as that contained in the report of the Director for the same year, which is yet unpublished. From the fact that the assistants and collaborators of the Bureau are widely scattered throughout North America it is impossible to present a succint account of the operations for the year just passed.

In addition to the paper above-mentioned I also transmit

the following publications of the Bureau of Ethnology and other papers which may possibly be of interest:

Introduction to the Study of Indian Languages, 1 st. Edition, by J. W. Powell.

Introduction to the Study of Indian Languages, 2.d Edition, by J. W. Powell.

Introduction to the Study of Mortuary Customs, by Dr. N. C. Yarrow.

Introduction to the Study of Sign Language, by Brevet Lieut Col. Garrick Mallery, U. S. army.

Annual Report of the Smithsonian Institution, for 1879.

Abstract of Transactions of the Anthropological Society of Washington, D. C., for the years ending June 30, 1880, and January 18, 1881.

Outlines of the Philosophy of the North American Indians, by J. W. Powell.

Mythologic Philosophy, an address, by J. W. Powell.

Volumes 1 and 3, *Contributions to North American Ethnology* (1).

It will thus be perceived that the field has already been extensively cultivated and its magnitude recognized. The large number of the native tribes in America with their diversities in languages, customs mythologies and other characteristics, the great area of the pueblos and ruins, the wide distribution of mounds and of works of art scattered every where over the territory continue to require research. But in all of these departments hurried and superficial examination can now accomplish nothing of value. The mere notes of tourists and anthropologic travellers will only add to the mass of materials already published by the same class of writers, which is now known to be generally worthless; indeed worse than worshless as it has misguided inquiry and has been made the basis of false theories. A

(1) Las indicadas obras no se han recibido en la Secretaria del Congreso.

sufficient amount of information obtained by true scientific methods of research is already collected to incite further research of the same kind in useful directions and to form the basis of accurate deductions. What is now needed is careful, painstaking research by scientific men who will devote a long time to special branches of investigation.

In this labor the scholars of Europe, trained as they are in the methods of science and grasping its guiding principles, can perform an important part, and their assistance and cooperation has and ever will be heartily welcomed.

May I be permitted to suggest that it might be of interest to the members of the Congress to visit America for the purpose of surveying the general aspects of the field of research, the methods of investigation adopted, and the results accomplished; and at the same time meet American scholars engaged in this department. This possibly could be accomplished by holding one of its meetings in this country, and I most earnestly extend an invitation to the honorable and learned Congress to hold an early session in America should the invitation be accepted, I beg to be informed thereof at an early date that suitable preparation may be made by the Anthropologits of America for the appropriate reception of your honorable body.

I am with profound respect, Your obedient servant, J. W. POWELL. Director of the Bureau of Ethnology.

A SKETCH OF THE OPERATIONS OF THE BUREAU OF ETHNOLOGY, FOR THE YEAR ENDING JUNE 30, 1880.

The explorations of the Colorado River of the West begun in 1869 by authority of Congressional action was, by the same authority, subsequently continued as the second division of the Geographical and Geological Survey of the Territories, and finally as the Geographical and Geological Survey of the Rocky Mountain Region.

By act of Congress of March 3d 1879, the various Geo-

logical and Geographical Surveys existing at that time were discontinued and the U. S. Geological Survey established.

In all the earlier surveys anthropologic researches among the North American Indians were carried on. In that branch of the work finally designated as the Geographical and Geological Survey of the Rocky Mountain Region, such research constituted an important part of the work. In the act creating the Geological Survey provision was made to continue work in this field under the direction of the Smithsonian Institution on the basis of the methods developed and materials collected by the Geographical and Geological Survey of the Rocky Mountain Region.

Under the authority of the act of Congress providing for the continuation of the work the Secretary of the Smithsonian Institution entrusted its managements to the former Director of the Survey of the Rocky Mountain Region and thus a Bureau of Ethnology was practically organized.

In the annual Report of the Geographical and Geological Survey of the Rocky Mountain Region for 1877 the following statement of the work at that time appears:

ETHNOGRAPHIC WORK.

During the same office season the etnographic work was more thoroughly organized, and the aid of a large number of volunteer assistants living throughout the country was secured. Mr. W. H. Dall, of the United States Coast Survey, prepared a paper on the tribes of Alaska, and edited other papers on certain tribes of Oregon and Washington Territory. He also superintended the construction of an ethnographic map to accompany his paper, including on it the latest geographic determination from all available sources. His long residence and extended scientific labors in that region peculiarly fitted him for the task, and he has

made a valuable contribution both to ethnology and geography.

With the same volume was published a paper on the habits and customs of certain tribes of the State of Oregon and Washington Territory, prepared by the late Mr. Georges Gibbs while he was engaged in scientific work in that region for the government. The volume also contains a Niskwalli vocabulary with extended grammatic notes, the last great work of the lamented author.

In addition to the maps above mentioned and prepared by Mr. Dall, a second has been made, embracing the western portion of Washington Territory and the northern part of Oregon. The map includes the results of the latest geographic information and is colored to show the distribution of Indian tribes, chiefly from notes and maps left by Mr. Gibbs.

The Survey is indebted to the following gentlement for valuable contributions to this volume: Gov. J. Furujelm, Lieut. E. De Meulen, Dr. Wm. F. Tolmie, and Rev. Father Mengarini.

Mr. Stephen Powers, of Ohio, who had spent several years in the study of the Indians of California, had the year before been engaged to prepare a paper on that subject. In the mean time at my request he was employed by the Bureau of Indian Affairs to travel among these tribes for the purpose of making collections of Indian arts for the International Exhibition. This afforded him opportunity of more throughly accomplishing his work in the preparation of the above mentioned paper. On his return the new material was incorporated with the old, and the whole has been printed.

At our earliest knowledge of the Indians of California they were divided into small tribes speaking diverse languages and belonging to radically different stocks, and the whole subject was one of great complexity and interest. Mr. Powers has successfully unraveled the difficult pro-

blems relating to the classification and affinities of a very large numberg of tribes, and his account of their habits and customs is of much interest.

In the volume with his paper will be found a number of vocabularies collected by himself, Mr. George Gibbs, General George Crook, U. S. A., General W. B. Hazen, U. S. A., Lieut. Edward Ross, U. S. A., Assistant Surgeon Thomas F. Azpell, U. S. A., Mr. Ezra Williams, Mr. J. R. Bartlett, Gov. J. Furujelm Prof. F. L. O. Roehrig, Dr. William A. Gabb, Mr. H. B. Brown, Mr. Israel S. Diehl, Dr. Oscar Loew, Mr. Albert S. Gatschet, Mr. Livingston Stone, Mr. Adam Johnson, Mr. Buckingham Smith, Padre Arroyo, Rev. Father Gregory Mengarini, Padre Juan Camelias, Hon. Horatio Hale, Mr. Alexander S. Taylor, Rev. Antonio Timmeno, and Father Bonaventure Sitjar.

The volume is accompanied by a map of the State of California, compiled from the latest official sources and colored to show the distribution of linguistic stocks.

The Rev. J. Owen Dorsey, of Maryland, has been engaged for more than a year in the preparation of a grammar and dictionary of the Ponka language. His residence among these Indians as a missionary has furnised him favorable opportunity for the necessary studies, and he has pushed forward the work with zeal and ability, his only hope of reward being a desire to make a contribution to science.

Prof. Otis T. Mason, of Columbian College, has for the past year rendered the office much assistance in the study of the history and statistics of Indian tribes.

On June 13, Brevet Lieut. Col. Garrick Mallery, U. S. A., at the request of the Secretary of the Interior, joined my corps under orders from the honorable Secretary of War, and since that time has been engaged in the study of the statistics and history of the Indians of the western portion of the United States.

In April last, Mr. A. S. Gatschet was employed as a philologist to assist in the ethnographic work of this Survey.

He had previously been engaged in the study of the languages of various North American tribes. In June last at the request of this office he was employed by the Bureau of Indian Affairs to collect certain statistics relating to the Indians of Oregon and Washington Territory, and is now in the field. His scientific reports have since that time been forwarded through the honorable Commissioner of Indian Affairs to this office. His work will be included in a volume now in course of preparation.

Dr. H. C. Yarrow, U. S. A., now on duty at the Army Medical Museum, in Washington, has been engaged during the past year in the collection of material for a monograph on the customs and rites of sepulture. To aid him in this work circulars of inquiry have been widely circulated among ethnologists and other scholars throughout North America, and much material has been obtained which will greatly supplement his own extended observations and researches.

Many other gentlemen throughout the United States have rendered me valuable assistance in this department of investigation. Their labors will receive due acknowledgment at the proper time, but I must not fail to render my sincere thanks to these gentlemen, who have so cordially and efficiently co-operated with me in this work.

A small volume, entitled «Introduction to the Study of Indian Languages,» has been prepared and published. This book is intended for distribution among collectors. In its preparation I have been greatly assisted by Prof. W. D. Whitney, the distinguished philologist of Yale College. To him I am indebted for that part relating to the representation of the sounds of Indian languages; a work which could not be properly performed by any other than a profound scholar in this branch.

I complete the statement of the office-work of the past season by mentioning that a tentative classification of the linguistic families of the Indians of the United States has

been prepared. This has been a work of great labor, to which I have directed much of my own time, and in wich I have received the assistance of several of the gentlemen above mentioned.

In pursuing these ethnographic investigations it has been the endeavor as far as possible to produce results that would be of practical value in the administration of Indian affairs, and for this purpose especial attention has been paid to vital statistics, to the discovery of linguistic affinities, the progress made by the Indians towards civilization, and the causes and remedies for the inevitable conflict that arises from the spread of civilization over a region previously inhabited by savages. I may be allowed to express the hope that our labors in this direction will not be void of such useful results.

In 1878 no report of the Survey of the Rocky Mountain Region was published as before its completion the question of reorganizing all of the surveys had been raised, but the work was continued by the same methods as in previous years.

The operations of the Bureau of Ethnology during the fiscal year ending June 30, 1880 will be briefly described.

In the plan of organization two methods of operation are embraced:

First, the prosecution of research by the direct employment of scholars and specialists: and Second, by inciting and guiding research immediately conducted by collaborators at work throughout the country.

It has been the effort of the Bureau to prosecute work in the various branches of Norht American anthropology on a systematic plan so that every important field should be cultivated, conditioned only by the limits imposed by the amount appropriated by Congress.

With little exception all sound anthropologic investigation in the lower states of culture exhibited by tribes of men as distinguished from nations must have a firm foun-

dation in language. Customs, laws, governments, institutions, mythologies, religions, and even arts cannot be properly understood without a fundamental knowledge of the languages which express the ideas and thoughts embodied therein. Actuated by these considerations prime attention has been given to language.

It is not probable that there are many languages in North America entirely unknown, and in fact it is possible there are none: but of many of the known languages but short vocabularies have appeared. Except for languages entirely unknown the time for the publication of short vocabularies has passed: they are no longer of value. The Bureau proposes hereafter to publish short vocabularies only in the exceptional cases mentioned above.

The distribution of the Introduction to the Study of Indian Languages, is resulting in the collection of a large series of chrestomathies which it is believed will be worthy of publication. It is also proposed to publish grammars and dictionaries when those have been thoroughly and carefully prepared. In each case it is deemed desirable to connect with the grammar and dictionary a body of literature designed as texts for reference in explaining the facts and principles of the language. These texts will be accompanied by interlinear translations so arranged as to greatly facilitate the study of the study of the chief grammatic characteristics.

BIBLIOGRAPHY OF NORTH AMERICAN PHILOLOGY, BY MR. J. C. PILLING.

There is being prepared in the office a bibliography of North American languages. Il was originally intended as a card catalogue for office use but has gradually assumed proportions which seem to justify its publication. It is designed as an authors catalogue, arranged alphabetically, and is to include, grammars, dictionaries, vocabularies,

translations of the scriptures, himnals, doctrinae christianae, tracts, school-books, etc., general discussions, and reviews when of sufficient importance in short, a catalogue of authors who have written in or upon any of the languages of North America, with a list of their works.

It has been the aim in preparing thes material to make not only full titles of all the works containing linguistics but also to exhaust editions: whether full titles of editions subsequent to the first will be printed will depend somewhat on the size of the volume it will make—there being at present about four thousand five hundred cards—probably about three thousand titles.

The Bibliography is based on the library of the Director but much time has been spent in various libraries, public and private, the more important being the Congressional, Boston Public, Boston Atheneum, Haward College, Congregational of Boston, Massachusetts Historical Society, American Antiquarian Society of Worcester, the John Carter Brown Library at Providence, the Watkinson at Hartford, and the American Bible Society at New York. It is hoped that Mr. Pilling may find opportunity to visit the principal libraries of New York and Philadelphia, especially those of the historical societies, before the work is is printed.

In addition to personal research much correspondence has been carried on with the various missionaries and Indian Agents throughout the United States and Canada and with gentlemen who have written upon the subject among whom are Dr. N. Rink of Copenhagen, Dr. J. C. E. Buschman of Berlin, and the well known bibliographers, Mr. J. Sabin of New York, Hon. J. R. Bartlett of Providence, and Señor Don J. G. Icazbalceta of the City of Mexico.

Mr. Pilling has not attempted to classify the material linguistically. That work has been left for a future publication intended to embody the results of an attempt to clas-

sify the tribes of North America on the basis of language and now in course of preparation by the Director.

LINGUISTIC AND OTHER ANTHROPOLOGIC RESEARCHES BY THE REV. J. OWEN DORSEY.

For a number of years Mr. Dorsey has been engaged in investigations among a group of cognate Dakotan tribes embracing three languages: Ȼegiha, spoken by the Ponkas and Omahas with a closely related dialect of the same spoken by the Kansas, Osage, and Kwapa tribes; the Iciwere spoken by the Iowa, Oto, and Missouri tribes: and the Hotcañgara, spoken by the Winnebago.

In July 1878 he repaired to the Omaha reservation in the neighborhood of which most of these languages are spoken, for the purpose of continuing his studies.

Mr. Dorsey commenced the study of the Ȼegiha in 1871 and has continued his researches in the group until the present time. He has collected a very large body of linguistic material both in grammar and vocabulary and when finally published a great contribution will be made to North American linguistics.

These languages are excessively complex because of the synthetic characteristics of the verb, incorporated particles being used in an elaborate and complex scheme.

In these languages six general classes of pronouns are found:

1st. The free personal.
2d. The incorporated personal.
3d. The demonstrative.
4th. The interrogation.
5th. The relative.
6th. The indefinite.

One of the most interesting features of the language is found in the genders or particle classifiers. The genders or classifiers are *animate* and *inanimate* and these are

again divided into the *standing*, *sitting*, *reclining*, and *moving*; but in the Winnebago the *reclining*, and *moving* constitute but one class. They are suffixed to nouns, pronouns, and verbs. When nouns, adjectives, adverbs, and prepositions are used as predicants, i. e., to perform the function of verbs, these classifiers are also suffixed. The classifiers point out with particularity the gender or class of the subject and object. When numerals are used as nouns the classifiers are attached.

In nouns and pronouns case functions are performed by an elaborate system of post positions in conjunction with the classifiers.

The verbs are excessively complex by reason of the use of many incorporated particles to denote, *cause*, *manner*, *instrument*, *purpose*, *condition*, *time*, etc. Voice, mode, and tense are not systematically differentiated in the morphology but voices, modes, and tenses, and a great variety of adverbial qualifications enter into the complex scheme of incorporated particles.

Sixty-six sounds are found in the Ɛegiha, sixty-two in the Ꞁciwere, sixty-two in the Hotcangara: and the alphabet adopted by the Bureau is used successfully for their expression.

While Mr. Dorsey has been prosecuting his linguistic studies among these tribes he has had abundant opportunity to carry on other branches of anthropologic research and he has collected extensive and valuable materials on sociology, mythology, religion, arts, customs, etc.

His final publication of the Ɛegiha will embrace a volume of literature made up of mythic tales, historic narratives, letters, etc., in the Indian, with interlinear translations Another volume will be devoted to the grammar and a third to the dictionary.

LINGUISTIC RESEARCHES BY THE REV. S. R. RIGGS.

In 1852, the Smithsonian Institution published a grammar and dictionary of the Dakota language prepared by Mr. Riggs.

Since that time Mr. Riggs, assisted by his sons A. L. and J. L. Riggs and by Mr. Williamson has been steadily engaged in revising and enlarging the grammar and dictionary; and at the request of the Bureau he is also preparing a volume of Dakota literature as texts for illustration to the grammar and dictionary He is rapidly preparing this work for publication and it will soon appear.

The work of Mr. Riggs and that of Mr. Dorsey mentioned above, with the materials already published will place the Dakotan languages on record more thoroughly than those of any other family in this country.

The following is a table of the languages of this family now recognized by the Bureau:

LANGUAGES OF THE DAKOTAN FAMILY.

1. Dakóta (Sioux), including four dialects:—
   - (a) Sisíton wan (Sisseton) and Waqpéton wan (Warpeton).
   - (b) Mdéwakan ton wan.

   (These two are about equivalent to the modern Isan'yati (Santee).
   - (c) Ihañk'ton wan (Yanton), including the Assiniboins.
   - (d) Ti'ton wan (Teton).
2. Cégiha, in two (?) dialects:—
   - (a) Uman'han (Omaha), spoken by the Omahas and Ponkas; and
   - (b) Ugáqpa (Kwapa), Spoken by Kwapas, Osages, and Kansas.
3. Tciwére, in two dialects:—

(a) Tc̄iwére, spoken by the Otos and Missouris; and
(b) Tc̄ékiwere, spoken by the Iowas.

4. Hotcañ'gara, spoken by the Winnebagons.
5. N'umañkaki (Mandan), in two dialects:—
   (a) Mitútahañkuc; and
   (b) Ruptári.
6. Hiφátsa (Hidatsa), in two (?) dialects:—
   (a) Hidatsa, or Minnetaree; and
   (b) Absaroka, or Crow.
7. Tutelo, in Canada.
8. Katâba (Catawba), in South Carolina.

LINGUISTIC AND GENERAL RESEARCHES AMONG THE KLAMATH INDIANS, BY MR. A. S. GATSCHET.

Of the Klamatk language there are two dialects, one spoken by the Indians of Klamath Lake and the other by the Modocs, constituting the Lutuami family of Hale and Gallatin.

Mr. Gatschet has spent much time among these Indians, at their reservation and elsewhere, and has at the present time in manuscript nearly ready for the printer a large body of Klamath literature consisting of mythic, ethnic, and historic tales, a grammar and a dictionary. The stories were told by the Indians and recorded by himself and costitute a valuable contribution to the subject.

The grammatic sketch treats of both dialects, which differ but slightly in grammar but more in more vocabulary. The grammar is divided into three principal parts: Phonology, Morphology, and Syntax.

In Phonology fifty different sounds are recognized including simple and compound consonants, the vowels in different quantities, and the dipthongs.

A characteristic feature of this language is described in explaining syllabic reduplication which performs iterative and distribution functions. Reduplication for various pur-

poses is found in most of the languages of North America: in the Nahuatl, Sahaptan, and Selish families it is most prominent. Mr. Gatschet researches will add materially to the knowledge of the functions of reduplication in tribal languages.

The verb is comparatively simple for in it the subject and object pronouns are not incorporated. In the verb Mr. Gatschet recognizes ten general forms which he designates as *verbals*; as follows:

1. Infinitive in a.
2. Durative in ota.
3. Causative in oga.
4. Indefinite in ash.
5. Indefinite in uish.
6. Conditional in asht.
7. Desiderative in ashtka.
8. Participle in ank.
9. Past participle and verbal adjetives in tko.
10. Intentional in tki.

Tense and mode inflection is very rudimentary and accomplished by the use of particles. The study of the prefixes and suffixes of duration is one of the chief difficulties of the language for they combine in clusters and are not easily analyzed and their functions are often obscure.

The inflection of nouns by case endings and post position is rich in forms, that of the adjective and numeral less elaborate.

Of the pronouns only the demonstrative show a complexity of forms.

Another feature of this language is found in verbs appended to contain numerals and thus serving as numerical classifiers. These verbs express methods of counting and relate to form, that is, in each case they present the Indian in the act of counting objects of a particular form and placing them in groups of tens.

The appended verbs used as classifiers signify *to place*;

but in Indian languages we are not apt to find a word so highly differentiated as *place* but in its stead a series of words with verbs and adjectives undifferentiated, each, signifying *to place* with a qualification as *I place upon I lay alongside of, I stand up* by, etc. Thus we get classifiers attached to numerals in the Klamath, analagous to the classifiers attached to verbs, nouns, numerals, etc., in the Ponka, as mentioned above.

These classifiers in Modoc are *animate* and *inanimate* and the animate and inanimate are further discriminated in form; but these form discriminations are the homologues of attitude discriminations in the Ponka, for the form determines the attitude.

It is interesting to note how often in these lower languages attitude or form is woven into the grammatic structure. Perhaps this arises from a condition of expresion imposed by the want of the verb *to be*, so that when existence in place is to be affirmed, the verbs of attitude, i. e., *to stand, to sit, to lie* and sometimes *to move* are used to predicate existence in place and thus the mind cones habitually to consider all things as in the one or the other of these attitudes. The process of growth seems to be that verbs of attitude are primarily used to affirm existence in place until the habit of considering the attitude is established; thus participles of attitude are used with nouns etc. and finally, worn down by the law of phonic change for economy, they become classifying particles. This view of the origin of classifying particles seems to be warranted by studies from a great variety of Indian sources.

The syntactic portion is divided into four parts:

1st. On the predicative relation;

2d. On the objetive relation;

3d. On the attributive relation; and the

4th. Exhibits the formation of simple and compound sentences followed by notes on the incorporative tendency of the language, its rhetoric, figures, and idioms.

The alphabet adopted by Mr. Gatschet differs slightly from that used by the Bureau, particularly in the modification of certain Roman characters and the introduction of one Greek character. This occurred from the fact that Mr. Gatschet material had been partly prepared prior to the adoption of the alphabet now in use.

Mr. Gatschet has collected much valuable material relating to governmental and social institutions, mythology, religion, music, poetry, oratory, and other interesting matters. The body of Klamath literature, or otherwise the text previously mentioned constitutes the basis of these investigations.

STUDIES AMONG THE IROQUOIS, BY MRS. E. A. SMITH.

Mrs. Smith of Jersey City has undertaken to prepare a series of chrestomathies of the Iroquois languages and has already made much progress. Three of them are ready for the printer and that on the Tuscarora language has been increased much beyond the limits at first established. She has also collected interesting material relating to the mythology, habits, customs &, of these Indians, and her contributions will be interesting and important.

WORK BY PROF. OTIS J. MASON.

On the advent of the white man in America a great number of tribes were found. For a variety of reasons the nomenclature of these tribes became excessively complex: names were greatly multiplied for each tribe and a single name was often inconsistently applied to different tribes. Several important reasons conspired to bring about this complex state of synonomy:

1st A great number of languages were spoken and of time the first names obtained for tribes were not the names

used by themselves but the names by which they were known to some other tribes.

2d The governmental organization of the Indians was not understood and the names for gentes, tribes, and confederacies were confounded.

3d The advancing occupancy of the country by white men changed the habitat of the Indians and in their migrations from point to point their names were changed.

Under these circumstances the nomenclature of Indian tribes became ponderous and the synonomy complex. To unravel this synonomy is a task of great magnitude. Early in the fiscal year the materials already collected on this subject were turned over to Prof. Mason and clerical assistance given him and he has prepared a card catalogue of North American tribes exhibiting the synonomy, for use in the office. His is being constantly revised and enlarged and will eventually be published.

Professor Mason is also engaged in editing a grammar and dictionary of the Chata language by the late Rev. Cyrus Byington the manuscript of which was by Mrs. Byington turned over to the Bureau of Ethnology. The dictionary is Chata-English and Professor Mason has prepared an Englis-Chata of about ten thousand words. He has also undertaken to enlarge the grammar by a further study of the language among the Indians themselves.

THE STUDY OF GESTURE SPEECH, BY BREVET LIEUT. COL. GARRIK MALLERY, U. S. A.

The growth of the language of civilized peoples in their later stages may be learned from the study of recorded literature; and by comparative methods many interesting facts may be discovered pertaining to periods anterior to the development of writing.

In the study of peoples who have not passed beyond the tribal condition laws of linguistic growth anterior to the

writter stage may be discovered. Thus by the study of the languages of tribes and the languages of nations the methods and laws of development are discovered, from the low condition represented by the most savage tribe to the highest condition existing in the speech of civilized man. But there is a development of language anterior to this a prehistoric condition of profound interest to the scholar because in it the beginings of language — the first steps in the organization of articulate speech — are involved.

On this prehistoric stage light is thrown from four sources:

1st Infant speech, in which the development of the language of the race is epitomized.

2d Gesture speech, which, among tribal peoples, never passes beyond the first stages of linguistic growth; and these stages are probably homologous to the earlier stages of oral speech.

3d Picture writing, in which we again find some of the characteristics of prehistoric speech illustrated.

4th It may be possible to learn something of the nature of the elements of which articulate speech is compounded by studying the inarticulate language of the lower animals.

The traits of gesture speech that seem to illustrate the condition of prehistoric oral language are found in the synthetic character of its signs. The parts of speech are not differentiated, and the sentence is not integrated: and this characteristic is more marked than in that of the lowest oral language yet studied. For this reason the facts of gesture speech constitute an important factor in the philosophy of language. Doubtles, care must be exercised in its use because of the advanced mental condition of the people who thus express their thought, but with due caution it may be advantageously used. In itself, independent of its relations to oral speech, the subject is of great interest.

In taking up this subject for original investigation va-

luable published matter was found for comparison with that obtained by Col. Mallery. His opportunities for collecting materials from the Indians themselves were abundant as delegations of various tribes are visiting Washington from time to time by which the information obtained during his travels was supplemented.

Again, the method of investigation by the assistance of a number of collaborators is well illustrated in this work and contributions from various sources were made to the materials for study. The methods of obtaining these contributions will be more fully explained hereafter.

During the continuance of the survey of the Colorado River, and of the Rocky Mountain Region, the Director and his assistants made large collections of pictographs. When Col. Mallery joined the Corps these collections were turned over to him for more careful study. From various sources these pictographs are rapidly accumulating and now the subject is assuming large proportions und valuable results are spected.

An interesting relation between gesture speech and pictography consist in the discovery that to the delineation of natural objects is added the representation of gesture signs. Materials in America are very abundant and the prehistoric materials may be studied in the light given by the practices now in vogue among Indian tribes.

STUDIES IN CENTRAL AMERICAN PICTURE.—WRITING, BY PROF. E. S. HOLDEN.

In Central America and Mexico picture-writing had progressed to a stage far in advance of anything discovered to the northward. Some of the most interesting of these are the rock inscriptions of Yucatan, Copan, Palenque, und other ruins of Central America.

Professor Holden has devoted much time to the study of these inscriptions for the purpose of discovering the cha-

racteristics of the pictographic method and deciphering the records, and the discoveries made by him are of great interest.

The Bureau has given him clerical assistance and such other aid as has been found possible.

THE STUDY OF MORTUARY CUSTOMS, BY DR. H. C. YARROW.

The tribes of North America do not constitute a homogeneous people. In fact more than seventy distinct linguistic stock are discovered and these are again divided by important distinctions of language.

Among these tribes varying stages of culture have been reached and these varying stages are exhibited in their habits and customs: and in a territory of such vast extent the physical environment affecting culture and customs is of great variety, forest lands on the one hand, prairie lands on the other, unbroken plains and regions of rugged mountains, the cold, naked, desolate shores of sea and lake at the north and the dense chaparral of the torrid south, the valleys of quiet rivers and the cliffs and gorges of the Cañon land, in all a great diversity of physical features are found imposing diverse conditions for obtaining subsistence, in means and methods of house-building, creating diverse wants and furnishing diverse ways for their supply. Through diversities of languages and diversities of environment, diversity of traditions and diversity of institutions have been produced: so that in many important respects one tribe is never the counterpart of another.

These diversities have important limitations in the unity of the human race and the social, mental and moral homogeneity that has everywhere controlled the progress of culture. The way of human progress is one road, though wide.

From the interesting field of research cultivated by

Dr. Yarrow a bountiful harvest will be gathered. The materials already accumulated are large and are steadily increasing through his vigorous work. These materials constitute someting more than a record of quaint customs and abhorrent rites in which morbid curiosity may revel. In them we find the evidences of traits of character and lines of thought that yet exist and profoundly influence civilization. Passions in the highest culture deemed most sacred, the love of husband and wife, parent and child, and kith and kin, tempering, beautifying and purifying social life and culminating at death, have their origin far back in the early history of the race and leaven the society of savagery and civilization alike. At either end of the line bereavement by death tears the heart and mortuary customs are symbols of mourning. The mystery which broods over the abbey where lie the bones of king and bishop gathers over the ossuary where lie the bones of chief and shamin: for the same longing to solve the mysteries of life and death, the same yearning for a future life the same aur for powers more than human exist alike in the mind of the savage and the sage.

By such investigations we learn the history of culture in these important branches.

INVESTIGATIONS RELATING TO CESSIONS OF LAND BY INDIAN TRIBES TO THE UNITED STATES, BY C. C. ROYCE.

When civilized man first came to America the Continent was partially occupied by savage tribes who obtained subsistence by hunting, by fishing, by gathering vegetal products and by rude garden culture in cultivating small patches of ground, Seminomadic occupancy for such purposes was their tenure to the soil.

On the organization of the present government such theories of natural law were entertained that even this imperfect occupancy was held to be sufficient title. Publicists,

jurists and statesmen agreed that no portion of the waste of lands between the oceans could be acquired for the homes of incoming civilized men but by purchase or conquest in just war. These theories were most potent in establishing practical relations, and controlling governmental dealings with Indian tribes. They were adjudged to be dependent domestic nations.

Under this theory a system of Indian affairs grew up, the history of which, notwithstanding mistakes and innumerable personal wrongs, yet demonstrates the justice inherent in the public sentiment of the nation from its organization to the present time.

The difficulties subsisting in the adjustment of rights between savage and civilized peoples are multiform and complex. Of times the virtues of one condition are the crimes of the other; happiness is misery, justice, injustice. Thus when the civilized man would do the best, he gave the most offense. Under such circumstances it was impossible for wisdom and justice combined to avert conflict.

One chapter in the history of Indian affairs in America is a doleful tale of petty but costly and cruel wars; but there are other chapters more pleasant to contemplate.

The attempts to educate the Indian and teach them the ways of civilization have been many; much labor has been given, much treasure expended. While to a large extent all of these efforts have disappointed their enthusiastic promoters, yet good has been done, but rather by the personal labors of missionaries, teachers and frontiersmen associating with Indian in their own land than by institutions organized and supported by wealth and benevolence not immediately in contact with savagery.

The great boon to the savage tribes of this country, unrecognized by themselves and, to a large extent, unrecognized by civilized men has been the presence of civilization, which, under the laws of acculturation, has irresistibly improved their culture by substituting new and

civilized for old and savage arts, new for old customs, in short, transforming savage into civilized life. These impremeditated civilizing influences have had a great effect. The great body of the Indian of North America have passed through stages of culture in the last hundred years achieved by our Anglo-Saxon ancestors only by the slow course of events through a thousand years.

The Indians of the Continent have not greatly dimnished in numbers and the tribes longest in contact with civilization are increasing. The whole body of Indian is making rapid progress toward a higher culture notwithstandig the petty conflicts yet occurring where the relations of the Indian tribes to our civilization have not yet been adjusted by the adoption upon their part of the first conditions of a higher life.

The part which the General Government, representing public sentiment, has done in the extinguishment of the vague Indian title to lands in the granting to them of lands for civilized homes on reservations and in severalty, in the establishment and support of schools, in the endeavors to teach them agriculture and other industrial arts, in these and many other ways justice and beneficence have been shown. Thus the history of the tribes of America from savagery to civilization is a history of three parts:

First. The history of acculturation—the effect of the presence of civilization upon savagery.

Second. Te history of Indian wars that have arisen in part from the crimes and in part from the ignorance of either party.

Third. The history of civil Indian affairs. This last is divided into a number of parts—into,

1st The extinguishment of the Indian title,

2d The gathering of Indians upon reservations,

3d The instrumentalities used to teach the Indians civilized industries, and,

4t: The establishment and operation of schools.

From the organization of the Government to the present time these branches of Indian affairs have been in operation, lands have been bought and bought again, Indian tribes have been moved and moved again, reservations have been established and broken up. The Government has sought to give lands in severalty to the Indians from time to time along the whole course of the history of Indian affairs. Every experiment to teach the Indians the industries of civilization that could be devised has been tried and from all of these these has resulted a mixture of failure and success.

A review of the Century's history abundantly demonstrates that there is no short road to justice, and peace; but a glance at the present state of affairs exhibits the fact that these tribal communities will speedily be absorbed in the citizenship of the Republic. No new method is to be adopted; the work is almost done; patient and persistent effort for a short future like that of the long part will accomplish all. It remains for us but to perfect the work wisely begun by the founders of the Government.

The industries and social institutions of the pristine Indians have largely been destroyed and they are groaping their way to civilized life. To the full accomplishment of this, three things are necessary:

1st The organization of the civilized family with its rules of inheritance in lineal descent.

2d The civilized tenure of property in severalty must be substituted for communal property.

3d The English language must be acquired that the thoughts and ways of civilization may be understood.

To the history of Indian affairs much time has been given by the various members of the Bureau of Ethnology.

One of the more important of these studies is that prosecuted by Mr. Royce in preparing a history of the cessions of lands by Indian tribes to the Government of the United States.

EXPLORATIONS, BY MR. JAMES STEVENSON.

In the early exploration of the Southwestern portion of the United States by Spanish travellers and conquerors, about sixty pueblos were discovered. These pueblos were communal villages with architecture in untooled stone. In the conquest about half of the pueblos were destroyed. Thirty-one now remain and two of these are across the line on Mexican territory. The ruins of the pueblos yet remain and some of them have been identified.

The Navajos composed of a group of tribes of the Athabascan family and the Coaninis who live on the south side of the Grand Cañon of the Colorado, are now know to be the people, or part of them at least, who were driven from the pueblos.

In addition to the ruins that have been made in historic times others are found scattered throughout New-Mexico, Arizona, Southern California, Utah, and Colorado. Whether the ancient inhabitants of these older ruins are represented by any of the tribes who now occupy the territory is not known. These pueblos people were not homogeneous. Among the pueblos now known, at least five linguistic families are represented but in their study a somewhat homogeneous stage of culture is presented.

In a general way the earlier or older ruins represent very rude structures, and the progress of development from the earlier to the later exhibits two classes of interesting facts. The structures gradually increase in size and improve in architecture. As the sites for new villages were selected more easily defensible positions were chosen. The cliff dweellings thus belong to the later stage.

From the organization of the «Exploration of the Colorado River» to the present time the pueblos yet inhabited as well as those in ruins have been a constant subject of

study and on the organization of the Bureau much valuable matter had already been collected. Early in the fiscal year a party was organized to continue explorations in this field and placed under the direction of Mr. James Stevenson.

Mr. Frank N. Cushing of the Smithsonian Institution and Mr. F. R. Hillers, Photographer of the Bureau, with a number of general assistants accompanied Mr. Stevenson. The party remained in the field until early winter studying the ruins and making large and valuable collections of pottery, stone implements, etc., and Mr. Hillers succeeded in making an excellent suite of photographs.

When Mr. Stevenson returned with his party to Washington Mr. Cushing remained at Zuñi to study the language, mythology, sociology and arts of that, the most interesting pueblo.

An illustrated catalogue of the collections made by Mister Stevenson has been printed.

RESEARCHES AMONG THE WINTUNS BY J. W. POWELL.

During the Tall the Director made an expedition into Northern California for the purpose of studying the Wintuns. Much linguistic, sociologic, and technologic material was collected, and more thorough anthropologic researches initiated among a series of tribes heretofore neglected.

THE PREPARATION OF MANUALS FOR USE IN AMERICAN RESEARCH.

In the second plan of operations adopted by the Bureau, that of promoting the researches of collaborators aid in publication and, to some extent, in the preparation of scientific papers has been given, and by various ways new investigations and lines of research have been initiated. For this latter purpose a series of manuals with elementary discussions and schedules of interrogatories have been prepared.

The first is entitled:

Introduction to the Study of Indian Languages, by J. W. Powell.

This has been widely distributed throughout North America and the collection of a large body of linguistic material has resulted therefrom.

A second volume of this character is entitled:

Introduction to the Study of Mortuary Customs, by Dr. N. C. Yarrow.

This also has been widely circulated with abundant success.

A third hand-book of the same character is entitled:

Introduction to the Study of Sign Language, by Col. Mallery.

This was circulated in like manner with like results.

A second Edition of the Introduction to the Study of Indian Languages, enlarged to meet the advanced wants of the time has been prepared.

It is proposed in the near future to prepare similar volumes, as follows: Introduction to the Study of Medicine. Practices of the North American Indians: Introduction to the Study of the Tribal Governments of North America; Introduction to the Study of North American Mythology.

These three litle manuals are nearly ready. Still others are projected and it is hoped that the field of North American anthropology will be entirely covered by them. The series will then be systematically combined in a Manual of Anthropology for use in North America.

SYSTEMATIC CLASSIFICATION OF THE NORTH AMERICAN TRIBES.

There is in course of preparation by the Bureau a linguistic classification of North American tribes with an atlas exhibiting their pristine homes or the regions inhabited by them at the time they were discovered by white men.

The foregoing sketch of the Bureau for the first fiscal year of its existence is designed to set forth the plan on

which it is organized and the papers appended thereto will exhibit the measure of success attamed.

It is the purpose of the Bureau of Ethnology to organize anthropologic research in America.

J. W. POWELL. *(Director).*

El Secretario Sr. **Fernández Duro** añadió que entre las memorias enviadas al Congreso había algunas otras de difícil clasificación por abarcar distintas materias, pudiendo tener lugar así en la discusión de los puntos históricos como en los relacionados con la Etnografía y la Filología: que en este caso se hallaban un extenso trabajo del Sr. D. Nicolás Fort y Roldán, titulado *Cuba indígena* (1), y otro del Sr. D. Bernardino Martín Mínguez, sin título.

El Sr. **Presidente:** No habiendo quien tenga pedida la palabra, podrá el Sr. Mínguez, si gusta, explanar el objeto de su memoria.

El Sr. **Mínguez:** Procuraré tocar algunos puntos con suma brevedad. Es un hecho el descubrimiento de monumentos primitivos en varias partes de la América Septentrional, así como el de ciertas pinturas en unas cuevas de California, que ofrecen paralelismo y notable semejanza con las que examinó el siglo pasado el P. Hervás, jesuita español tan sabio como poco conocido. En su obra se encuentran elementos bastantes para explicar lo que en esas pinturas hace referencia á un estrecho que daba paso á las regiones americanas; el estrecho de Aniam, trazado en car-

(1) Ha sido publicado separadamente por su autor.

tas antiguas que se conservan en el Vaticano, y la llamada *isla de California.*

Fijando la atención por otro lado, se observa que entre los vasos peruanos reproducidos en el *Museo español de antigüedades* hay uno muy semejante al que describe M. Duruy en la *Historia de los Romanos:* que algunas de las momias presentadas en la exposición del Ministerio de Ultramar se encuentran en posición ó actitud parecida á las de Herculano: que los objetos encontrados en Palenque tienen mucha analogía con los desenterrados en Ceret, indicios todos de la relación que existe á veces entre pueblos y pueblos.

El Sr. Reis ha presentado ayer al Congreso varias láminas del Museo de Berlín, y en la que lleva el número 15 se descubre perfectamente el tocado de los mejicanos, que se parece mucho al de los egipcios; y todavía voy á citar unas *terras cottas* halladas recientemente en Méjico, traidas por el Sr. Pintó, quien ha tenido la bondad de facilitármelas por mediación de D. Ramón Sapella, y son las que presento. ¿Tendrán relación con las que se han hallado en Cirenáica, con las que el Sr. Marqués de Salamanca reunió en Calvi y con otras que se ven en nuestro Museo? ¿Podremos decir de ellas que eran objetos que servian, ya para mutuos regalos en las fiestas de los dioses, ya para ofrendas en las bodas y nacimientos, ó para otros fines ignorados? Entre los que yo presento hay uno que tiene en el pecho dos aberturas, y merece atención especial, porque pudiera ser amuleto ó divinidad votiva, y es de recordar que tenemos en España una lápida græco-egypcia en que hay algo parecido como símbolo de la verdad y de la justicia. Esta lápida, encontrada en la provincia de Almería, está publicada en la obra del Sr. Góngora.

De estas relaciones, de que no puedo ocuparme ahora mas que de paso, hago estudio en el trabajo impreso que he dejado sobre la mesa, y me estimaré muy honrado si alguno de los presentes quisiera examinarlo. Con las que

encuentro en el examen geológico, en la teogonía, en el arte y en otros puntos más, juzgo que no puede negarse el paralelismo que existe entre el antiguo y el nuevo continente. Cuando los objetos que proceden de uno y otro son idénticos, es evidente que responden á idéntica causa.

Debiera extenderme algo más respecto de las lenguas, pero no es esta la sesión á que pertenece el asunto, y además espero que hemos de oir aquí personas que han de darnos gran luz en la materia. *(Muy bien.)*

Resumen de la Memoria presentada por don Bernardino Martín Mínguez.

Exordio.

En los momentos presentes son muy necesarios los escritos de misioneros para conocer á fondo las regiones americanas. Ellos, juntamente con los datos que se encuentran hoy entre las ruinas, pondrán en claro muchos puntos dudosos de aquella historia.

Proposición.

En el nuevo y antiguo mundo hay un paralelismo histórico completo, referentemente á los pueblos primitivos.

Confirmación.

Primer argumento.—Cosmogonías y teogonías.
Segundo argumento.—El Arte.
Tercer argumento.—Lenguas.

PRIMER ARGUMENTO.

Méjico, Perú, Quichés, en comparación con el Egipto, Asiria y Grecia.

SEGUNDO ARGUMENTO.

Méjico, Perú, Yucatán, California, cuenca del Mississipí, etc., en relación también con los tres pueblos anteriores.

TERCER ARGUMENTO.

Lengua quichua y lengua egipcia. Lengua de Arauco y lengua tagala. Observaciones respectivas al euskaro, mejicano y alguna otra lengua.

Concluyese la Memoria llamando respetuosamente la atención del Congreso por lo tocante á las inscripciones de que habla Humboldt, encontradas en las rocas americanas. ¿Tenían caracteres fenicios? Si los de Cádiz son iguales á los americanos, entonces se debe negar, puesto que las monedas gaditanas de caracteres desconocidos *no son fenicias*. Su escritura y su lengua pertenecen á los *Dorios* (1).

Consecuencias.

Los egipcios y los griegos pisaron y habitaron las regiones americanas; y así como esos pueblos han influido tanto en nuestro mundo, lo mismo debe decirse con relación al mundo de los Andes en los tiempos proto-históricos.

El Sr. **Presidente**: Se levanta la sesión.

Eran las once.

---

(1) *Datos de Epigrafía y Numismática españolas*, por Bernardino Martín Mínguez. (En prensa.)

Figuras de barro cocido

encontradas en

San Juan de Teotihuacan

(MEXICO).

SESIÓN DEL CONSEJO CENTRAL.

MARTES 27 DE SETIEMBRE Á LAS DOS DE LA TARDE.

Reunidos en el salón de sesiones de la Real Academia de la Historia los señores de la mesa del Congreso, los delegados extranjeros y los demás que componen el Consejo, presidiendo el Sr. Duque de Veragua y actuando como secretario el general, se abrió la sesión á las dos de la tarde.

El Sr. **Duque de Veragua** manifestó que, en cumplimiento de los estatutos generales y del reglamento de las sesiones, había convocado el Consejo con objeto de designar la capital en que se ha de celebrar el año de 1883 la quinta reunión. Hizo á grandes rasgos resumen histórico del origen y adelantos del Congreso desde que se inauguró felizmente en Nancy hasta el anterior de Bruselas, en que fué designada la villa de Madrid para la presente. Confiando en que los autores de la elección no tendrían motivo para arrepentirse de ella, y en que la marcha progresiva de la institución no hallaría obstáculos en su noble propósito de enaltecer los estudios americanistas, invitó á los señores del

Consejo á deliberar, anunciando que se habían presentado á la mesa dos proposiciones de que daría cuenta el secretario.

El Sr. **Fernández Duro** dijo que la primera estaba suscrita por el Sr. J. W. Powell, director de la sección de Etnología de la *Smithsonian Institution* de Washington, y expresaba el deseo de que cualquiera de las próximas reuniones se verificara en América, y la segunda por D. Justo Zaragoza, en los siguientes términos:

Señores Vocales del Consejo: Señores: Admitido como irreemplazable el valor de los hechos prácticos, de esos hijos legítimos de la experiencia que es, á su vez, madre de la verdad y de los adelantos positivos, hay precisión de reconocer que las conquistas científicas, en ellos fundadas, son de muy fácil logro donde el campo de las investigaciones se presta idóneo y convida con éxitos más ó menos copiosos pero seguros.

Esto es lo primero que salta á la vista al tratar de los estudios americanistas, en los que con frecuencia entra por mucho la noticia de lo que otros hombres supieron, y grandemente les auxilia el conocimiento adquirido por testigos de sucesos, por definidores de objetos, por compiladores de tradiciones, y por los que reuniendo, y analizando, y describiendo, y asimilando ó deduciendo consecuencias de estas labores, forman la suya en la exposición de sistemas é hipótesis, ó de afirmaciones dirigidas á probar lo que, á través del prisma fabricado con materiales escogidos, ven como cierto, y en tal concepto y con perfecta buena fe lo aseguran.

Sabido es que nuestros marinos, soldados y misioneros del descubrimiento, de la conquista y de la colonización de América, reunieron en los fines del siglo XV y en la mayor

parte del XVI cuantos datos, cuantas tradiciones y cuantos objetos consideraron importantes y dignos de ser conocidos en la metrópoli. Pero como de estos no escogitasen sino los que por peregrinos ó curiosos llamaban preferentemente su atención, porque cuando eran de oro ni allá ni aquí se cuidaban tanto de apreciar su arte y manufactura cuanto del peso y el valor que fundidos pudieran tener; y como de las tradiciones sólo las extrañas ó fantásticas ó parecidas á las españolas conservaban, pues en estas, como en los datos preferían el marino y el soldado lo que con la mar y la guerra y la riqueza se relacionara, y el misionero todo lo propio de la religión y de las creencias de los indígenas para destruirlas al someterlos á la suya; de ahí el que nos haya llegado de la vida íntima y del modo de ser de aquellos pueblos un conocimiento no tan exacto que nos exima de proseguir el estudio, aun de lo conocido, y de procurar nuevas investigaciones en verdadera forma científica planteadas.

Aquellos valerosos colectores de pueblos, de ideas y de productos se ocuparon seguramente de muchas más cosas que de las publicadas por la imprenta, según se desprende de los descubrimientos que cada día nos suministran los papeles viejos; y acaso de sus más trascendentales y no bien conocidas jornadas sólo habrá noticias extensas cuando se desentrañen los tesoros de inéditos que nuestro riquísimo Archivo de Indias y los no menos valiosos americanos contienen; mas como las exigencias de los estudios modernos no admitan espera, ni estimen bastante lo escrito para juzgar con buena crítica, preciso se hace pedir á las ruinas lo que los papeles callan: acudir á la investigación y al examen de los objetos en su propia localidad; servirnos para pruebas de los geológicos y paleontológicos recogidos en los puntos donde las ruinas se asientan, y utilizar el fruto de los demás desvelos que conduzcan á satisfacer la sed que crece en razón directa del calor con que la ciencia se desarrolla y extiende.

Mas, por ventura, la Europa, cuna y teatro de los Congresos de Americanistas, ¿es el lugar en donde tales investigaciones han de practicarse? No, ciertamente; aquí ya los sabios, en gran multitud, y el incontable número de libros y de años dedicados al estudio de los orígenes y del desarrollo de los más antiguos pueblos, han acumulado tan alta suma de datos, generadores de escuelas y de sistemas, y constituido base tan ancha y á las veces tan firme, que para edificar sobre ella con seguridades probables basta formar el plano y emprender los trabajos.

No sucede así en América: su territorio, que puede contener muchas Europas, da vida á multitud de razas que se expresan en numerosos dialectos é idiomas no bien conocidos ni contados todavía, de las cuales razas algunas viven hace siglos á la sombra de venerables ruinas, depositarias únicas y semi-mudas de una historia repetidamente milenaria; historia que, cual la de la humanidad, no puede comprenderse bien sin emplear en su estudio los medios que en Europa nos van poniendo en contacto con las obras de nuestros antecesores, y sin hacer excavaciones que nos faciliten, en los objetos que les fueron propios á los aborígenes de América, puntos de comparación con los europeos, y como resultado de las experiencias paso llano y amplio y no interrumpido para encontrar la verdad.

Este bien eterno, tan perseguido y no siempre hallado, se alcanzará, sin duda, con ventaja, celebrando en aquellas partes algunos certámenes científicos que, alternándolos con los europeos, estrechen más y aten fuertemente los lazos de fraternidad entre uno y otro hemisferio, y sublimen y hagan más puro el amor de sus hijos, que no debe entibiarse jamás.

Para conseguir y ampliar estos mutuos cambios de afecto y de conquistas científicas, nada creo más eficaz que someter á la deliberación de ese ilustrado Consejo la idea de celebrar el año de 1883 en una de las capitales de América la quinta reunión del Congreso de Americanistas; y como la

primera nacionalidad asimilada á España en aquellas hermosas regiones fué la que amorosamente, y en recuerdo de la patria nativa, se nombró por Hernán Cortés la *Nueva España*, propongo que sea la ciudad de México la elegida para verificar en ella el importante acto, siempre que tan alto honor se acepte por el Gobierno de aquella República.

Madrid: salón de sesiones de la Real Academia de la Historia, 27 de Setiembre de 1881.—*El vocal de la Junta organizadora del Congreso*, JUSTO ZARAGOZA.

El Sr. **Bamps**, vicepresidente y delegado de Bélgica, manifestó que dos asociados de los Estados-Unidos de América le habían dado encargo de solicitar que la quinta reunión del Congreso se verificase en una de las principales ciudades de la América del Norte, y que el Rdo. Stephen D. Peet, director del *American antiquarian*, aseguraba la acogida que había de tener el Congreso en aquellos Estados, anticipando que obtendría el concurso del Gobierno de aquella gran República. Añadió que cumplida la misión que le había sido confiada, no creía por su parte conveniente trasladar tan pronto las sesiones al Nuevo Continente, y esto no porque desconociera las ventajas que bajo el punto de vista del desarrollo de los estudios americanistas tendría la reunión en los Estados-Unidos, sino porque no consideraba todavía á la institución bastante fuerte ni conocida en Europa para llevarla al otro lado del Océano. Por otra parte, suponía que pocos de los socios europeos se decidirían á emprender el viaje sin otro objeto que el de tomar parte en las discusiones, en lo cual obrarían como los americanos

que, siendo más inclinados á la navegación que los de Europa, se han abstenido, sin embargo, de venir expresamente á tomar parte en las reuniones de americanistas.

El Sr. **Paul Gaffarel**, consejero por Francia, abogó por que la próxima reunión se verificara en los Estados-Unidos, considerando infundados los inconvenientes de esta elección que en su favor ofrecía consideraciones de más importancia, singularmente la del interés científico y la del gran desarrollo que la obra americanista alcanzaría con el ilustrado concurso de los estudiosos del Nuevo Mundo, algo retraidos en los congresos precedentes, y que con seguridad contribuirían ahora con poderoso impulso.

En el mismo sentido habló el Sr. **Houghton**.

Aludido el Sr. **Fernández Duro**, expresó que no tomaba parte en el debate, si bien le parecía que lo esencial en la elección de las capitales que se fijaran para las reuniones sucesivas había de ser la suma de los elementos que concurrieran en pró de la idea que las alimenta.

Usó entonces de la palabra el Sr. **Príncipe Gortschacow**, vicepresidente, ministro plenipotenciario y delegado de Rusia, proponiendo con hábil expresión que el futuro Congreso tuviera asiento en la ciudad de Copenhague. En su razonamiento recordó que las tres primeras reuniones se habían verificado en el centro de Europa, que la cuarta se había traido al extremo del Mediodía, y que convendría tener otra en el lado opuesto antes de decidir

que la institución pasara al otro continente. La designación de Copenhague sería testimonio de reconocimiento á los eminentes servicios prestados por los sabios daneses y homenaje á los descubrimientos que hicieron los antiguos escandinavos. Aseguró el señor ministro que los americanistas hallarían en Dinamarca la más afectuosa acogida, y se ofreció galantemente á servir de intermediario en Copenhague en el caso de que su proposición fuese aceptada.

El Sr. **Dognée**, consejero belga, sostuvo esta indicación, porque habiendo asistido á otro congreso científico en Copenhague, dijo, podía ofrecer por experiencia noticia de la cordial y distinguida consideración con que la nación danesa daba hospitalidad á los que acudían á sus llamamientos.

En el mismo concepto habló el Sr. **Beauvois**, vicepresidente, considerando como la más oportuna y conveniente la elección de Copenhague, por el convencimiento de que la quinta reunión en Dinamarca sería, bajo el punto de vista de la América septentrional, no menos fecunda que la de Madrid en relación con la América meridional y la del centro.

El Sr. **Quijano Otero**, consejero por los Estados Unidos de Colombia, se lamentó de la oposición que algunos de los señores que le habían precedido hacían á la próxima reunión en América, pareciéndole que era inútil encarecer el interés que tendría celebrándola sobre el terreno mismo que se investiga; por lo demás, se complacía en anticipar la se-

guridad de que cualquiera que fuera el lugar de la América latina que mereciera elección, acogería con entusiasmo al Congreso, y muy especialmente lo acogería Colombia.

Contestó el Sr. Presidente **Duque de Veragua** que ninguno de los consejeros había combatido de una manera absoluta la reunión del Congreso en América, siendo evidente que todos estaban persuadidos del precioso concurso que allí habían de encontrar, y de los elementos que para el estudio práctico hallarían en el mundo colombiano. El espíritu de la discusión le hacía creer, contra la interpretación del Sr. Quijano Otero, que no estaba lejos la decisión en favor de cualquiera de aquellos países que por ahora ofrecían el inconveniente de no estar sólidamente asentados los fundamentos de la institución, único manifestado.

Puesta á votación la propuesta del Sr. Príncipe Gortschacow, fué aprobada por unanimidad, y en consecuencia declaró el Sr. Presidente que la quinta reunión del Congreso de Americanistas se verificará en la ciudad de Copenhague el año de 1883. En nombre del Consejo aceptó el amable ofrecimiento de mediación hecho por el Sr. Ministro de Rusia, dándole las más expresivas gracias. Con esto se levantó la sesión.

SEXTA SESIÓN.

MARTES 27 DE SETIEMBRE Á LAS TRES DE LA TARDE.

Arqueología.—Etnografía.—Historia.

El Sr. **Duque de Veragua**, declarando abierta la sesión, notició que habiendo deliberado el Consejo, en cumplimiento de la prescripción reglamentaria, había sido designada unánimemente la ciudad de Copenhague para la quinta reunión del Congreso que ha de verificarse el año de 1883. Seguidamente rogó al Sr. H. de Saussure, delegado de Suiza, que se sirviera presidir los debates de la tarde.

M. de **Saussure**: En prenant place au fauteuil, je ne puis m'empêcher, au risque de tomber dans des redites, de déclarer que je suis profondément touché de l'honneur que le Congrès a bien voulu me faire en me confiant la présidence de cette séance, quoique je ne représente ici que le plus petit pays de l'Europe. Permettez moi de considérer l'honneur que vous me faites, messieurs, comme un hommage rendu à ce pays, qui, si petit qu'il soit, a toujours su

conserver un rang honorable parmi les nations européennes. *(Bravos.)*

Nous avons à nous occuper aujourd'hui de questions d'archéologie et d'ethnographie. Je donnerai la parole en premier lieu à M. Fournier, qui est inscrit pour une lecture.

El Sr. **Fournier**: Voy á limitarme á la lectura de las apreciaciones que respecto al descubrimiento de América tengo consignadas en una obra que se publicará próximamente.

Leyó, en efecto, algunas páginas dedicadas á mostrar las huellas que del pueblo egipcio se descubren en España, las Galias y otras regiones de Europa, y á desarrollar su opinión de que aquel pueblo, que conocía la existencia de la Atlántida, fué el primero que colonizó el Nuevo Mundo, partiendo de aquí, por lo que lo considera ibero-egipcio (1).

El Sr. **Reiss** expuso que la opinión que atribuye á los egipcios ó á sus predecesores el descubrimiento y población de América, después de haber recorrido la mayor parte de Europa y el Indostán, ha dado origen á muchos escritos sostenidos con el apoyo de teorías más ó menos aventuradas que no pueden aceptarse sin pruebas científicas, y hasta ahora no se ha presentado ninguna concluyente.

---

(1) La obra anunciada se ha publicado posteriormente con el título de *Ensayo de Geografía histórica de España desde sus primitivos tiempos hasta la terminación del imperio romano*, por Gervasio Fournier.—Tomo I. Valladolid, 1881.

M. **Dognée** : Messieurs: nous n'avons pas la prétension nous autres étrangers, de vous apporter la lumière, et nous venons plutôt la chercher chez vous. Par conséquent, je ne crois pas pouvoir mettre mes théories en contradiction avec celles que nous entendons ici. Cependant, veuillez permettre à un antiquaire de faire des réserves formelles quant à certaines assertions, et surtout quant aux questions soulevées à propos de la civilisation égyptienne et des dolmens, parce que ces questions sont des plus controversées et qu'on ne saurait les résoudre en se lançant dans les théories générales. Il en est de celles-ci comme des questions de linguistique, et quand j'entendais hier vouloir faire un rapprochement entre les Juifs (1) et les Américains, je me dis une fois de plus qu'il y a du danger à faire de ces rapprochements. On peut trouver des analogies entre toutes les religions existantes, mais il faut se garder de généraliser les faits. Nous devons plutôt tâcher de les réunir pas à pas, l'un à l'autre, afin que plus tard ils deviennent un monument. Nous avons tous intérêt à ce qu'il ne soit pas émis ici des théories générales qui sont en contradiction complète avec la science d'aujourd'hui. *(Bravos.)*

El Sr. **Bamps** comunicó al Congreso haber recibido del Sr. Dr. Briana, cónsul general de Colombia en París, el encargo de anunciar la próxima publicación de ciertos ejemplares de los más raros presentados en la exposición de Madrid, con autorización que había obtenido para ello del Gobierno.

---

(1) A este propósito es de hacer constar, para conocimiento de los que sostienen esta opinión, que en la colección Muñoz que se guarda en la Academia de la Historia, tomo XLII, se comprende un *Dictamen del Dr. Roldan, sobre que los indios del Mar Oceano son hebreos y gentes de las diez tribus de Israel, que Salmanasar cautivó y trasmigró en Asiria.*— C. Fernández Duro.

Leyó después una carta de M. Gabriel Gravier, presidente de la Sociedad normanda de Geografía y uno de los más constantes y entusiastas americanistas, manifestando sentimiento por no asistir á la reunión de Madrid como lo hizo á las de Nancy, Luxemburgo y Bruselas, por la necesidad de hallarse presente en el Congreso simultáneo de Venecia; pero aunque ausente, acompañaba á los colegas de Madrid con su simpatía, y participaba del deseo general del éxito en las deliberaciones.

El Sr. Bamps añadió que había recibido todavía una interesante memoria de Mr. Edwin Barber, de Filadelfia, tratando de la primitiva cerámica americana, é hizo el siguiente resumen:

Les premières productions de l'homme, sur toute la surface de l'habitacle humain, n'offrent pas de différences essentielles. Néanmoins, les similitudes qu'on pourrait relever dans ces productions ne sont pas les indices de rapports préexistants entre les divers groupes de la grande famille humaine; elles sont simplement le signe de la similarité des conditions par lesquelles tous ces groupes ont successivement passé. A l'origine, l'homme eut à lutter partout contre les mêmes difficultés; ses facultés et ses aptitudes natives ne pouvaient subir encore l'influence d'éléments sociaux, mais elles devaient nécessairement se ressentir du milieu physique auquel se rattachait son existence. Dès qu'une civilisation, même rudimentaire, se faisait jour au sein d'un groupe d'hommes, ses produits en portaient l'empreinte; on voyait alors chaque race imprimer, avec une progression identique, des caractères distinctifs sur les œuvres de ses mains. Ces caractères s'accusaient d'avantage à mesure que la civilisation progressait. Les industries de tous les peuples de l'univers fournissent matière à de

semblables observations: l'étude de la céramique américaine, notamment, en démontre la parfaite exactitude.

Les poteries primitives des anciennes populations du Nouveau-Monde, diffèrent peu des produits similaires des aborigènes des autres continents; toutefois, elles révèlent toujours des caractères et des détails topiques qui sont du domaine de l'archéologue. Pour la forme et l'ornementation, les plus anciennes poteries de l'Amérique présentent certaines ressemblances avec celles appartenant en Angleterre, dans le Danemark et dans quelques autres parties de l'Europe, à l'époque la plus reculée. Mais les analogies décroissent, sans que pour cela il y ait la moindre corrélation entre elles, en sens inverse du développement des idées artistiques dans chacune de ces régions.

Les anciennes poteries américaines peuvent être classées, selon les lieux d'où elles proviennent, dans l'ordre suivant: 1, Amérique du Nord; 2, Mexique; 3, Amérique centrale; 4, Amérique du Sud; 5, Pérou. Celles originaires de l'Amérique du Nord se subdivisent en poteries des montagnes, poteries des *pueblos* (agglomérations), et poteries des Peaux-Rouges.

Dans l'Amérique du Nord, les poteries des montagnes sont les plus anciennes; elles sont caractérisées par leur structure grossière et par la profusion des ornements. On trouve ces poteries dans la partie haute de la vallée du Mississipi, surtout dans les États de Iowa et d'Ohio. Les principaux dessins qui ornent les poteries des montagnes consistent dans des lignes diagonales, des cercles ou des carrés, tracés autour des bords, au moyen de bâtons, pointus ou de pierres taillées. La forme la plus commune représente un cône renversé; la base en est plate et étroite, l'ouverture large. Quelques-uns de ces vases primitifs ressemblent beaucoup pour la forme aux anciennes urnes cinéraires de l'Irlande. Il existe une catégorie de poteries des montagnes qu'on a appelées «produits du Missouri.» Elle se rencontre surtout dans les élévations et dans les tombeaux de l'Ar-

kansas, de l'Illinois et du Tennessée. On croit que les produits du Missouri appartiennent à une époque plus reculée que les poteries des montagnes proprement dites. Ces produits étaient en général fortement cuits au feu; il existe cependant des spécimens qui ont seulement été durcis par l'action du feu, ce qui a fait dire qu'ils étaient séchés au soleil. La terre des poteries du Missouri est ordinairement noire ou grisâtre, mêlée de sable ou de coquillages pulvérisés. Ces poteries sont parfois ornées de dessins noirs, rouges ou blancs; on trouve aussi quelques rares spécimens entièrement recouverts d'une couche d'ocre rouge; mais ces couleurs ne sont pas cuites dans la poterie. Les produits du Missouri affectent communément la forme sphérique et sont surmontés d'un col long et étroit. On rencontre également des gourdes et des bols à manche ou bien à anse. Les manches des modèles les moins anciens sont travaillés en forme de têtes d'animaux; parfois la poterie elle-même est moulée sous l'aspect d'un animal. Un grand nombre de poteries représentent aussi des végétaux, des fruits, etc. Enfin, quelques vases exceptionnels ont la forme humaine. En général, la poterie des montagnes n'est jamais de grande dimension. L'étude comparée de la poterie des peuples primitifs des différentes parties du globe montre que les potiers des élévations, aux États-Unis, étaient beaucoup plus avancés dans l'art de mouler la terre que les peuplades européennes à l'âge de la pierre. Pour la forme et les ornements, les poteries des montagnes avaient d'incontestables ressemblances avec les plus anciens vases originaires de la Grande-Bretagne, et avec les poteries trouvées dans les palafittes des lacs suisses. Dans le comté de Gallatin, Illinois, il a été découvert un assez grand nombre de poteries d'une espèce particulière, dépassant en dimensions les autres produits céramiques de l'Amérique du Nord, et offrant ce détail remarquable qu'elles sont couvertes de lignes circulaires, régulièrement coupées à angles droits par d'autres lignes verticales ou obliques. On peut supposer que ces poteries,

lors de leur fabrication, avaient été couvertes de nattes ou enfermées dans des paniers de roseaux tressés, dont l'empreinte se distingue encore sur la surface durcie.

Les poteries des *pueblos* étaient d'une exécution supérieure à celles des montagnes. Les Indiens des agglomérations savaient non seulement mouler des vaisseaux de toutes formes et à tout usage, mais possédaient déjà l'art de les décorer avec une grande variété de couleurs. Ils connaissaient aussi le moyen de polir leurs produits céramiques et de leur donner du brillant. Ces sortes de poteries se trouvent principalement dans le Colorado, l'Utah, l'Arizona et le Nouveau-Mexique. Elles sont de deux espèces: les poteries grossières et rugueuses, et celles dont la surface était unie et brillante. Les poteries de la première espèce se façonnaient au tour, procédé employé par beaucoup de peuplades américaines. L'intérieur du vase se lissait à la main; l'extérieur était travaillé ou incrusté à l'aide de bâtons, de coquillages, de pierres, ou simplement au moyen du pouce du potier. Celles de la seconde espèce, outre qu'elles avaient les faces intérieure et extérieure unies, étaient ornées de dessins géométriques rouges, jaunes, bruns ou noirs, symétriquement tracés sur fond blanc, et quelquefois de figures d'animaux, tels que le cerf, l'ours, l'élan. Au surplus, les potiers des *pueblos* donnaient à leurs produits une variété infinie de formes; ordinairement ils représentaient des animaux et surtout des oiseaux. Pour l'ornementation ces poteries avaient de réelles similitudes avec les anciens vases de l'île de Chypre. Lorsque les Espagnols arrivèrent, en 1539, dans les *pueblos* du Nouveau-Mexique, ils constatèrent que les poteries, fabriquées par les races indiennes occupant alors ces contrées, étaient inférieures, sous le rapport de la délicatesse des procédés, aux spécimens d'une fabrication indigène beaucoup plus ancienne. Cependant, les potiers contemporains de la conquête réusissaient à donner à leurs produits une apparence plus riche et plus gracieuse. A cet égard les Indiens actuels du Nouveau-Mexique n'ont nullement

progressé; leurs arts industriels, les seuls qui leur soient connus, sont restés stationnaires depuis plus de trois siècles.

Les poteries des Peaux-Rouges ont de grandes ressemblances avec les poteries des élévations, mais elles sont d'une forme plus grossière encore. Les Peaux-Rouges ne paraissent pas s'être beaucoup livrés à la fabrication de la poterie. Même dans les temps actuels, les Indiens des États de l'Ouest de l'Amérique fabriquent peu d'objets céramiques; les tribus chez lesquelles on trouve des vases de terre, d'ailleurs sans aucune valeur archéologique, sont les plus isolées et les moins avancées au point de vue social. Les populations des côtes de la Californie ne confectionnaient pas non plus de produits céramiques. Dans les tombeaux de cette partie de l'Amérique, on ne rencontre jamais aucune trace de vases de terre. Pour les usages culinaires, les races californiennes employaient ordinairement des récipients en stéatite. Les anciens habitants de la Californie avaient à ce sujet des coutumes et des procédés semblables à ceux des Esquimaux et des Indiens des côtes nord de l'Amérique.

Au Mexique, les anciennes poteries sont particulièrement remarquables à cause de la finesse de leurs moulures; les poteries mexicaines souvent le cèdent à peine aux produits analogues du Pérou. Aussi, la perfection de ces poteries frappa les conquérants espagnols du XVIe siècle. Parmi les vases d'or et d'argent et les autres objets précieux qu'ils envoyèrent en Espagne, figuraient un grand nombre de beaux vases de terre du Mexique. Les chroniqueurs castillans, qui accompagnèrent Fernand Cortez, parlent fréquemment avec admiration, dans leurs écrits, des produits de la céramique mexicaine qu'ils eurent sous les yeux. L'art cultivé tour à tour par les Toltèques, les Aztèques et les Chichimèques, mais surtout par les tribus Nahuatl, ne consistait pas uniquement dans la confection de vases de terre; ces peuples modelaient déjà des statuettes avec goût et une incontestable entente des formes esthétiques. Un des plus beaux spé-

cimens de cet art mexicain est conservé dans les collections du *Smithsonian Institut*, à Washington. C'est une grande cruche ayant deux anses en forme de serpent; le corps de la cruche est magnifiquement orné en relief de figures humaines enlacées, donnant une vague idée des bas-reliefs romains, le pied se compose d'un serpent dont les trois anneaux sont gracieusement enroulés. Les Incas n'ont rien produit de plus artistique et de plus achevé.

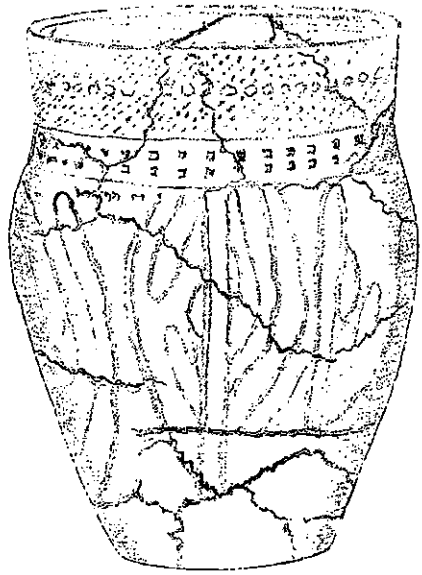
Dans l'Amérique centrale, les produits céramiques les plus remarquables proviennent du Yucatan, du Nicaragua et du territoire de Costa-Rica. Ils sont fort inférieurs à ceux du Mexique et offrent un détail tout à fait caractéristique: les poteries de cette partie du Nouveau-Monde ont presque toujours trois pieds. Elles portent assez fréquemment un ornement disposé de manière à pouvoir servir de sifflet. Parfois aussi elles sont moulées sous la forme d'oiseaux ou de quadrupèdes. Ces poteries sont d'habitude coloriées en rouge et d'une texture grossière. Leur ornementation la plus commune consiste dans des animaux sculptés à la surface, le singe surtout, avec ses grimaces et ses gambades, occupe une large place dans cette ornementation. Sur le territoire du Nicaragua, on a trouvé une poterie funéraire exceptionnelle; elle représente un œuf gigantesque, ayant à l'un des côtés, plus élevé que l'autre, une ouverture circulaire par laquelle on introduisait les dépouilles mortelles. Les productions céramiques de l'Amérique centrale présentent de nombreuses similitudes avec celles de Porto-Rico, de Saint-Domingue et de certaines régions des Indes occidentales.

Les poteries de l'Amérique du Sud, à l'exception de la Bolivie et du Pérou, sont beaucoup moins connues par les archéologues que celles de n'importe quelle autre contrée du Nouveau-Monde située au nord de l'isthme de Panama. La raison en est que les terres intérieures de l'Amérique du Sud n'ont pas encore été bien explorées; le climat est peu favorable dans cette partie du nouveau continent, les voyages y sont difficiles et même dangereux à cause de quelques

peuplades indiennes qui y vivent encore à l'état sauvage. Les parties de l'Amérique méridionale les mieux connues sont les bords de l'Amazone et la vallée de l'Orénoque. Les produits céramiques de l'Amérique du Sud ne sont caractérisés par aucune particularité notable; cependant ils se font remarquer par une grande profusion de décors en couleurs vives. Dans l'Amérique méridionale, les potiers mélangeaient les cendres de certains bois à la terre qu'ils employaient; ils avaient aussi l'habitude de vernir leurs produits à l'aide de gommes naturelles, ce qui marque un progrès énorme. Le procédé du brunissage, en polissant la surface du vase, au moyen d'un caillou ou d'une pierre unie, afin de la rendre dure et brillante, était connu par les tribus des bords de l'Amazone, tout comme par les habitants des *pueblos* de l'Amérique du Nord. Quant à la forme des poteries du Sud du Nouveau-Monde, elle se rapproche beaucoup de celle des produits du Missouri. Comme pour ces produits, la forme la plus fréquemment adoptée par les potiers du Sud, est la reproduction plus ou moins fantaisiste des fruits et des légumes.

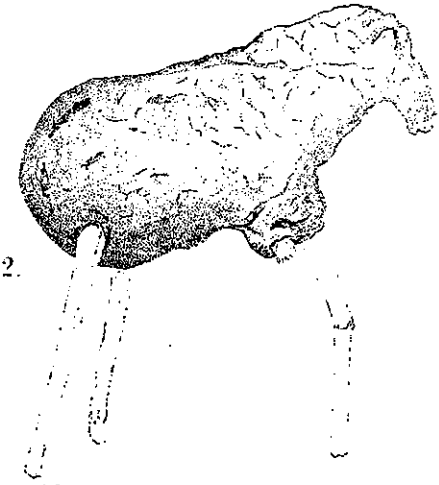
Les poteries de l'ancien Pérou l'emportent beaucoup sur les autres produits céramiques du nouveau continent. L'art chez les Incas était en grand honneur et avait atteint un haut degré de perfection; leurs facultés inventives et imitatives étaient fortement développées, tous les produits de l'industrie incasique le décèlent. Les anciens potiers du Pérou fabriquaient des vases d'une dimension supérieure aux poteries provenant des autres parties de l'Amérique; ces vases avaient jusque trois et quatre pieds de hauteur. Il est hors de doute que les anciennes poteries péruviennes parvenues jusqu'à nous appartiennent à des époques différentes; mais il serait très-difficile de les classer dans un ordre chronologique. Les produits des temps les plus reculés, ne présentent pas de notables différences avec les spécimens de la céramique des autres contrées de l'Amérique du Sud; ceux appartenant à une époque plus récente possèdent des

Fig. 1.



Ancient Mound Vessel from Iowa.

Fig. 12.



Toy Horse. Utah Indians

Fig. 2.

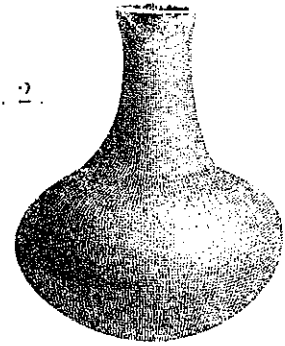


Fig. 4.

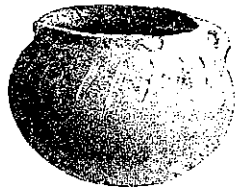
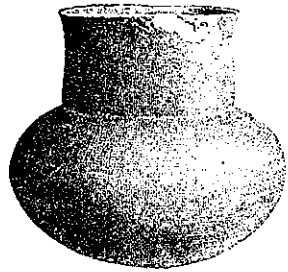


Fig. 5.

Fig. 3.



Mound Pottery from Missouri & Tennessee.

Fig. 8.

Fig. 9.

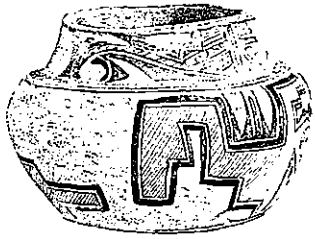
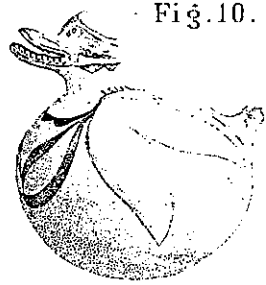


Fig. 10.



Modern Pueblo Pottery from New México.

Fig. 15.

Ancient Peruvian Vase.

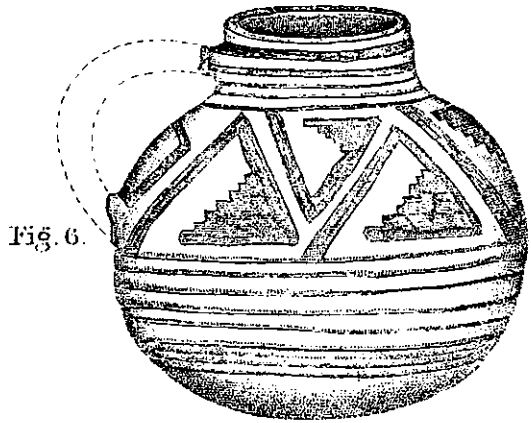


Fig. 6.

Ancient Jug (Pueblo) found in Ruins, in Arizona.

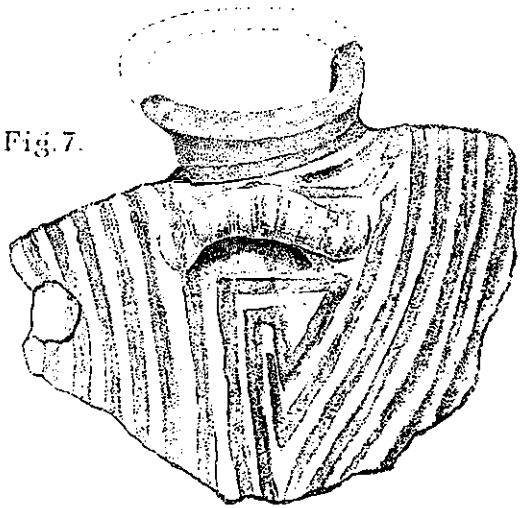


Fig. 7.

Fragment of Ancient Pueblo Jug.

Fig. 1.

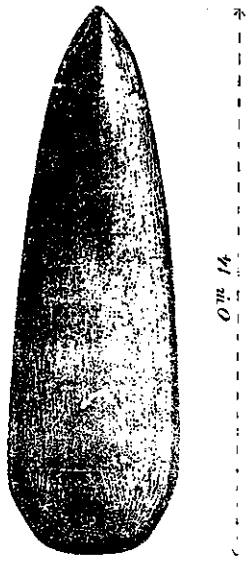
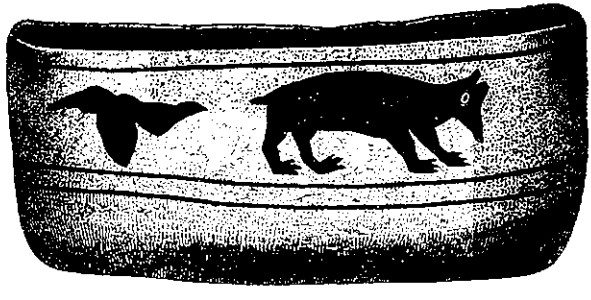


Fig. 2.

Hachas de piedra halladas en Cuba.

Pag. 247.

Fig. 11.



Ancient Pueblo Dish.

traits caractéristiques, qui les distinguent à première vue des autres produits similaires du Nouveau-Monde. Les vases de la première époque et les poteries employées aux usages domestiques avaient une forme très simple. Ceux au contraire destinés aux cérémonies religieuses et aux practiques funéraires étaient décorés avec une grande richesse de détails. Les Incas consacraient beaucoup de temps et de travail aux produits céramiques. La décoration de certains de leurs produits est d'un goût si épuré, qu'il est impossible de méconnaître le génie artistique de cette race. L'imitation de la nature paraît avoir été la grande préoccupation des potiers péruviens. Cependant cette imitation est souvent mitiguée par les idées dominantes dans l'idolâtrie païenne et subit naturellement l'influence des mœurs incasiques. Il n'est pas rare de rencontrer des poteries péruviennes qui sont des caricatures grotesques ou des reproductions volontairement contrefaites des objets qui avaient servi de modèles. L'imitation des beautés de la nature se mêle dans les produits céramiques du Pérou aux créations hideuses de l'imagination. De même que les potiers de certaines autres régions de l'Amérique, ceux du Pérou ont une préférence marquée pour les formes d'animaux et la reproduction de la figure humaine. Tout en cherchant beaucoup l'ornementation, les Incas étaient fort soucieux aussi de l'utilité de leurs produits. Ils s'ingéniaient à faire prévaloir dans leur fabrication des principes de physique, dont on chercherait en vain l'idée chez leurs contemporains indigènes. En effet, les Péruviens fabriquaient des vases auxquels ils donnaient l'aspect de certains animaux; ces vases, soit qu'ils fussent agités d'une manière déterminée, soit qu'on laissât écouler le liquide qu'ils contenaient, faisaient entendre des sons, imitant le cri, le sifflement ou le chant des animaux qu'ils représentaient. Le résultat était obtenu par le passage subit ou graduel de l'air à travers une petite ouverture pratiquée à cette intention, tandis que le liquide s'écoulait par une autre ouverture. Les poteries les plus remarquables du Pé-

rou se trouvent le long de la côte, principalement aux environs des villes d'Arica et de Lima. Les plus anciens spécimens imitent la forme d'une courge, décorée de lignes grossièrement peintes. Des spécimens d'une époque plus récente imitent des oiseaux, des singes, des lamas, des poissons, etc. Une autre espèce de poteries, assez spéciale au Pérou, sont les vases à base pointue; ils ont généralement une anse placée à chaque côté de la partie inférieure et une troisième anse à la partie supérieure, près du goulot. L'ornementation la plus ordinaire des vases péruviens est une sorte de dessin noir et blanc, en forme de damier, sur un fond rouge ou brun; cette ornementation fait l'effet d'une mosaïque finement incrustée. Encore une autre poterie particulière au Pérou, ce sont de grands bols en terre, de couleur rouge claire, sur lesquels se trouvent peintes en brun et blanc des figures d'oiseaux et d'animaux. Mais les produits céramiques péruviens les plus intéressants, ceux qui dénotent le mieux l'art des Incas, sont les poteries qu'on peut désigner sous le nom de vases-portraits. Ces vases exigeaient tout à la fois le travail d'une main exercée et le coup d'œil d'un artiste rompu aux difficultés de son art. On ne saurait guère mettre en doute que ces vases-portraits offrent la caractéristique nationale des races péruviennes. Ils reproduisaient d'ordinaire les traits, souvent caricaturés, de quelque personnage important; parfois aussi ces vases reproduisaient la physionomie des potiers eux-mêmes. Les poteries du Pérou trahissent des analogies avec les productions céramiques des anciens Égyptiens et des Grecs. Ces analogies plus ou moins marquées s'étendent d'ailleurs aussi aux poteries à traits caractérisés de certaines autres parties de l'Amérique, et aux productions de quelques peuples transatlantiques de l'antiquité.

En terminant son analyse, M. Bamps attira l'attention du Congrès sur les observations faites par Mr. Edwin A. Barber, à propos des deux grandes familles de la poterie américaine distinguées par la couleur rouge et par la couleur

noire. Il fit remarquer de quel intérêt serait, pour l'étude de la céramique du Nouveau-Monde, la connaissance des procédés employés par les différentes races indiennes pour obtenir ces deux couleurs dominantes.

A Brief Review of Native American Pottery. By Edwin A. Barber, A. M.

While over the entire habitable globe the first ceramic productions of primitive man present few points of difference, each race or distinct people imprinted on these fabrics, to a certain degree, their own characteristics, from the earliest times. The resemblance does not necessarily arise from intercourse. It is simply the result of a similarity of conditions. The rudest American pottery differs but little from the most primitive fictile productions of any other country, yet it is not difficult to recognize it wherever it is met with.

In form and ornamentation it resembles that found in England, Denmark, Switzerland and other portions of Europe. But as the American races advanced in the scale of civilization and improved in the arts, an individuality was stamped upon their ceramic wares which eminently distinguished them from the productions of any other peoples.

MOUND POTTERY.

The oldest clay vessels known in the United States are found in the mounds of the upper portion of the Mississippi valley and its tributaries, particularly in the States of Iowa and Ohio. This class of pottery is characterized by a coarse, sandy texture and by a profusion of incised decoration, consisting of diagonal and waving lines, zigzags ~~~~~~~~~~~~ and rows of impresed circles or squares,

produced by means of the points of sticks or stones, around the rims of the vessels. The most common form is the flowerpot shaped jar with a wide, open mouth and flat base. Perfect specimens of this older pottery are rarely found, though several were brought to light through the explorations of Messrs. Squier and Davis about a third of a century ago, and a few other excellent examples are now deposited in the Davenport (Iowa) Academy of Natural Sciences (figure 1). Several of these early mound vases strikingly resemble in shape some of the ancient cinerary urns of Ireland.

A class of mound pottery, which has been called «Missouri ware,» because it has been found in great abundance in certain portions of that State, extends through the central and lower valley of the Mississippi River. It has been found in large quantities in the mounds and graves of Arkansas, Illinois and Tennessee, but presents essentially the same features in all of these localities. This pottery is believed to belong to a somewhat more recent period than the older ware previously mentioned. «Missouri pottery» is generally, if not always, burned, though in some cases it has been only imperfectly baked or merely hardened by heat, which gives it the appearance of having been sun-dried. It is generally the natural color of the clay, though in some instances it is ornamented with painted designs in black, red or white, which, however, are not burned in thoroughly, but easily rub off. Occasionally a vessel has been entirely covered with a coating of red ochre. The clay is dark or grayish, mixed usually with sand or pulverized shells of molluscs (*Unios*, etc.) in varying proportions. The most common form of this class of pottery is the globular water-bottle with a long slender neck. Next in number are the bowls with vertical, ear-shaped handles (see figures 2 and 4, from Missouri). Many of them possess handles moulded into the forms of the heads of animals, whilst others represent an entire animal, as a frog or duck, the

head and tail being utilized as handles, whilst the body of the animal forms the vessel itself.

Some of the best examples are moulded in imitation of the human form. The gourd shape is common in mound pottery and the stem or handle seems to have been gradually modified into the heads of animals. Imitations of fishes, reptiles, mammals, birds, shell-fish, vegetables, fruits, etc., frequently occur. Figures 3 and 5 represent ordinary forms from graves in the State of Tennessee. Mound pottery is never great in size, and until recently the largest vessel known did not exceed five and a half inches in height. Within the past few years, however, specimens have been discovered which reach nearly a foot in perpendicular measurement. In certain favorable localities this ware has been found in great abundance, which was the case in south-eastern Missouri, where from two mounds alone, nearly nine hundred specimens of pottery were taken. A careful study of the pottery of primitive peoples in various sections of the globe, reveals the fact that the Mound Builders of the United States were far in advance of European nations of the Stone Age, in the art of moulding in clay.

A singular class of pottery occurs in Gallatin County, Illinois, which undoubtedly was the work of a branch of the Mound Builders. Vessels measuring *from three to five feet in diameter* have been found in considerable numbers, buried singly in the soil. They are of a semi-globular form with projecting rims, made of coarse material which averages one half to three quarters of an inch in thickness. The exterior surface is decorated by a regular series of impressed lines crossing at right angles, which shows that a woven mat or basket of rushes had been constructed, inside of which the vessel had been moulded. In the vicinity of these vessels is located a salt spring, and it has been ascertained that these large, shallow dishes were employed in past times for extracting the salt from the water.

PUEBLO POTTERY.

The ancient Pueblos, or house-building Indians, formerly made a ware which was greatly superior to any other pottery found in the United States. They not only made vessels of every conceivable form and for every possible purpose, but they decorated it in a variety of colors, and possessed the knowledge of imparting to it a slight glaze or polish. Amongst the ruined stone buildings in Colorado, Utah, Arizona and New Mexico, large quantities of broken pottery are found over the surface of the ground. Occasionally a perfect vessel is turned up from beneath the soil. This pottery is of great hardness, containing a considerable amount of silica. It may be divided into two families: 1, The smooth and polished or glazed; 2, The rough or corrugated variety. The former was decorated either externally or internally with geometrical designs in red, yellow, brown or black, usually on a white ground. Some varieties are entirely red, resembling the bright Samian ware of Europe, but without raised ornamentation. The corrugated or indented ware was made by coiling a long strip of clay (a process employed by a number of American races) and smoothing the folds on the interior of the vessel. The exterior surface was then indented by sticks, shells, stones or the thumb of the potter, as may be seen in the fragmentary specimens accompanying this paper. There was an endless variety in form,—mugs, saucers, bowls, basins, bottles, spoons, ladles, jars, urns and pitchers being produced in a profusion of graceful shapes, and occasionally vessels were made in the forms of animals or birds.

The modern Pueblos, the present representatives of the ancient race, still manufacture a ware somewhat inferior in quality, but more profuse in imitative forms. They make large numbers of water vessels after models of birds and mammals, and like the ancient Greeks, employ certain

forms of vessels for every imaginable purpose. Figures 6 and 7 represent two specimens found in the north-eastern corner of Arizona in 1875. The former is a cup of very hard pottery, almost approaching stone-ware. The illustration is three-fifths natural size. Figures 8, 9 and 10 are specimens of modern ware from the Pueblo Indian towns of Cochiti, Zuñi and Laguna, respectively. It will be remembered that in 1539-'41 these villages were visited in New Mexico by several Spanish expeditions, and the inhabitants to day are for the most part in the same state of semi-civilization as they were more than three centuries ago. In some of the Pueblo villages, the art is still pure, not having yet been influenced by European civilization. The surfaces of many Pueblo vessels are decorated with painted representations of animals, such as the deer bear or elk, as may be seen in figure 11, which shows a square dish, seven and a half inches long, from an ancient ruined building near the town of Laguna, New Mexico.

POTTERY OF THE RED INDIANS.

On the Atlantic coast of the United States (especially in Pennsylvania and New Jersey) pottery less than two centuries of age is found in abundance wherever an old Indian village once stood. This ware is generally fragmentary, and vessels are seldom found in an entire state. In general appearance it does not differ materially from much of the mound pottery, but being produced by less civilized tribes, it is coarser and ruder and consequently less durable. The present Indians of the western States make but little pottery now, metal utensils having been introduced by traders, which have superseded vessels of clay. Occasionally, however, some of the more isolated tribes, as the Navajos, Utes, etc., manufacture a few inferior vessels of no archaeological value. The Ute (Utah) children sometimes model playthings from clay, as may be seen in figure 12 which

represents a little toy horse with legs made of twigs of willow.

The former tribes of the California coast did not make pottery, but employed for culinary purposes vessels of steatite or sand-stone. The old graves of California reveal no traces of earthen ware. In this respect the ancient California Indians resembled the Esquimaux and the Indians of the northern portions of North America.

MEXICAN POTTERY.

The pottery of the Nahuatl races is characterized by its elaborate moulding, which in many instances is scarcely inferior to some of the Peruvian productions. It is, however, needless to enter into any detailed descriptions of this well known ware. Amongst the vessels of gold and silver, and other objects, which Cortes and his followers sent to Spain in the 16th century, and the large collections which have since found their way into different portions of Europe, were many ancient Mexican vessels of clay. The early Spanish writers mentioned these wares frequently in their works. De Solis writes «They had drinking-cups, exquisitely made of the finest Earth, different in colour, and even in smell; and of this kind they had all sorts of vessels necessary, either for the service or ornament of a house: For they used no vessels either of silver or gold, which were only seen at the Royal Table, and that on extraordinary Days.»

In the museum of the Academy of Natural Sciences, at Philadelphia, is deposited a large and valuable collection of Aztec pottery, the gift of Messrs. Poinsett and Keating. The Smithsonian Institution owns a large number of clay vessels and statuettes which are examples of the acme of Aztec art. One of these specimens is a double pitcher with two opposite handles moulded in the form of serpents, and two opposite lips for pouring out the liquid, which divide

the top of the vessel into four equal parts. The body of the piece is beautifully and elaborately decorated with raised figures representing human heads and figures, whilst the base of the ewer is a snake in three coils.

As compared with Peruvian ceramics, some of the Mexican productions are scarcely inferior in quality, whilst a few vases which are preserved in cabinets cannot be surpassed in beauty and delicacy of execution by any Incarial designs. Amongst the ruins of Mexican *teocallis* many small terra-cotta heads have been found, as well as a number of large clay masks which are caricatures of the human face.

POTTERY OF CENTRAL AMERICA.

In Yucatan and certain parts of Central America, as Nicaragua and Costa Rica, the ancient aboriginal pottery is particularly characteristic, and will be readily recognized wherever it is seen. Much of the pottery of this section of America is made with three feet; large globular vessels, as well as flat expanded dishes, were frequently made of this tripod form; were well burned, and often decorated in durable colors. The burial urns which have been found in Nicaragua, containing human bones and ashes, are curious. They average eighteen (18) inches in length and are of the form of a gigantic egg, with a circular mouth raised above the larger end.

In the Island of Ometepec, in Lake Nicaragua, sepulchral pottery of this form, and numbers of dishes with tripod supports, often carved to represent animal forms, have been discovered.

The ancient cemeteries of Chiriqui have produced large numbers of earthen vessels, many of them evidently designed for musical instruments, such as flutes, whistles and flageolets. Some of these are moulded in the form of birds and quadrupeds, varying in size from one and a half to four and a half inches.

In the West Indies, as in Porto Rico and San Domingo, ancient pottery strongly resembles that of the adjacent main-land. The ware is frequently red, and of a coarse texture, the ornamentation consisting ordinarily of sculptured animal forms luted on the surface of the vessel, the face of the monkey being a common device on the handles of dishes and other vessels.

SOUTH AMERICAN POTTERY.

The fictile wares of South America, excepting Bolivia and Peru, are not so well known to archaeologists as are those which are found to the north of the Isthmus of Panama. The interior portions of the southern continent have not been so thoroughly explored by scientific men, owing to the unfavorable climate, the difficulty of transportation and the existence of savage and, in some cases, dangerous tribes of Indians. Yet considerable knowledge has been obtained in reference to the pottery of certain portions of the Orinoco and Amazon valleys and other sections of the country. Small collections have been made from various parts, which serve to give a general idea of South American wares. As a rule, the different classes of South American pottery are not characterized by any striking peculiarities which so strongly distinguish many of the North American productions.

The modern pottery of South American tribes is distinguished generally by a profusion of gaudily-colored decoration. The custom of mixing the ashes of certain woods is very general, and in Guiana the bark of the *Couepi* tree is commonly used. The Indians of the interior of British Guiana make a friable ware, chocolate colored, with lines and geometrical designs in brown or black. The general form of the vessels is the water-bottle, though frequently fruits and vegetables are imitated, such as bowls moulded in the form of half of the outside shell of the cocoa-nut.

South American pottery was often varnished with the natural gums of various plants.

The methods employed in making pottery in both of the Americas, were in many respects identical. The *coiling* process was common to both sections and was practiced over a large area. In the majority of instances, American pottery is yet made by women, which has been the case from a remote antiquity. The burnishing process, by which a hard, glossy surface, resembling a glaze, was imparted to the vessels by polishing with a smooth pebble, was known to the Amazonian tribes as well as to the Pueblos of the United States.

PERUVIAN POTTERY.

When we come to study the ceramic productions of ancient Peru, we find that the art had been carried to a higher state of perfection by the Incas and the pre-Incarial races than by any other people on the Western continent. The inventive and imitative faculties seem to have been largely developed in the Peruvian people, as revealed by an almost endless variety in the forms and ingenious designs of earthen vessels. Fidelity to nature, however, in the faithful simulation of animal forms, was sacrificed largely to a heathenish idolatry, and many of the representations are grotesque and distorted caricatures of the objects which evidently served as models. Peruvian pottery is undoubtedly of different epochs though it is difficult to classify it according to chronological order, yet all of the better wares possess distinctive characteristics which mark the ceramic art in Peru. The earliest vessels, and those employed for domestic purposes, were made in the simplest forms, but those designed for religious and mortuary ceremonies were often fashioned after the most elaborate models. Much time and labor were expended in the decoration of these wares and a degree of artistic genius is revealed

which we would scarcely expect to find among semi-civilized nations. Vessels were frequently ingeniously moulded in the form of animals and human beings, yet so managed as to combine the useful with the ornamental,—the accurate representation of the original model with the hideous creations of the imagination. The acoustic principle was also employed in the construction of a certain class of vessels. Utensils were frequently moulded in the shape of animals which, on being rocked backward and forward or from side to side, emitted a sound, which in some cases resembled the notes of the animals represented. This effect was produced by the passage of air through a small aperture in the vessel, while the liquid was being emptied from another. A characteristic and common form of vessel was the waterjar possessing an arched syphon handle.

The best Peruvian pottery is found along the coast, notably near the towns of Arica and Lima. The prevalent ornamentation on the Arica or southern pottery is a black and white design (check-work, having the appearance of fine inlaying or mosaic-work) on a red or brown ground. Large vases (sometimes reaching three or four feet in height) with pointed bases are common, possessing two opposite vertical handles on the lower portion of the body, and one horizontal handle near the neck. Large bowls were frequently made of a light red clay and painted with figures of birds and animals in brown and white. In a large mound of sand near Arica many earthen vessels have been found in connection with delicate stone arrow points, a mummy wrapped in a shroud of beaten gold, and a large number of other interesting objects.

A small collection of Peruvian pottery, recently exposed for sale in New York City, consisted of ninety-two (92) pieces, including many curious specimens of pre-Inca ware. The greater portion of the collection was of the red and black variety, mostly in the form of human heads or animals. Amongst these specimens the older pieces simulate

the gourd form and are decorated with roughly painted lines. The more recent examples represent owls, monkeys, llamas, fishes, etc., etc. One piece from southern Peru is formed of two globular vessels, on each of which stands a miniature man, who together support an elaborately decorated cradle which holds an infant. The mouth of this vase rises from the head-dress of one of the men, whilst the whistle hole enters the head of the other. The specimens of this series which represent the art of the north of Peru are made of a dark clay covered with a black, lustred pigment.

In the valley of the Santa River, which empties into the Pacific Ocean about one hundred miles north of the city of Lima, lies an immense cemetery, extending a distance of nearly twenty miles, which contains millions of earthen vessels of a variety of types. These are found in the dry sand along, or near, the sea-shore, at a depth of six to ten feet. The most interesting examples, and those displaying the highest skill in the sculptor's art, are what may be termed *portrait vases*, which seem to be accurate copies of the heads and features of the potters themselves. There can be but little doubt that these productions represent the national characteristics of the Peruvian races, and, in many cases, it is highly probable that they were individual portraitures. One of these vases from the Santa Valley is represented in figure 13. The face and hair at the back of the neck are a light brick color, whilst the cap or head-dress and band passing under the chin, as also the eyes, are of a lighter shade or cream-colored. The features are regular and denote considerable strength of character. The entire surface of the vessel exhibits traces of having been carefully modeled by hand.

Much of the pottery of Peru bears, in many respects, a striking analogy to some of the ancient Egyptian and Grecian productions. It is not difficult, however, to discover remarkable resemblances between the strongly marked

fictile fabrics of other sections of America and the ceramics of other trans-atlantic peoples of antiquity. The Pueblo ware of the United States presents many points of similarity, especially in the style of ornamentation, to the ancient vases of the Island of Cyprus. Some of the early pottery of the Mound-Builders is almost identical in form and decoration whit many of the oldest forms from Great Britain and the Palafittes of the Swiss lakes. The rude ware which is found scattered in fragments over almost every site of an old Indian encampment in the North-eastern portion of the United States can only be distinguished by an experienced eye from the coarsest Roman wares of France and other parts of Europe. Yet with all these points of resemblance, there are certain shades of variation which will always be found in ceramic productions of independent origin and which enable the ethnologist to discriminate between the manufactures of the various American races and the early peoples of the Eastern Hemisphere.

El Sr. **Presidente:** Tiene la palabra el Sr. Montejo y Robledo.

El Sr. **Montejo y Robledo** leyó un resumen de la memoria siguiente, fundado sobre el tema del programa:

¿Cuáles son las principales enfermedades contagiosas que recíprocamente han cambiado entre sí los pueblos del Antiguo y del Nuevo Mundo?

SEÑORES:

Fijar el origen y principio de las palabras; señalar las mudanzas que han experimentado con el trascurso del tiempo y á su paso por diferentes idiomas, y enumerar después con exactitud sus varios significados históricos, decía un amigo

mio versado en las humanas letras, era empresa más enmarañada, trabajosa y difícil de lo que comunmente solía pensarse. A su juicio mostrábase bien clara esta verdad en la etimología de la palabra *Buba* que podría, como asegura nuestra docta Academia de la lengua, ser provincial de Asturias, aun cuando él la consideraba más propia de los pueblos andaluces porque se inclinaba á pensar en su ascendencia árabe. Cotejando las incluidas en el diccionario de la lengua que tienen significación aproximada á la de Buba é inducen á creer en parentesco más ó menos cercano por su composición alfabética cifrada y por su analogía de pronunciación, creía que era asunto digno de especial estudio de filología etnológica, dado que existían voces de aquella condición en las lenguas euskara, griega, latina, árabe, francesa y castellana. No he de intentar este complejo, delicadísimo y difícil estudio, puesto que para mi especial propósito tan sólo necesito tomar de él las dos siguientes, negación y afirmación:

1.ª La palabra Buba no es americana como afirmó el cronista de Sevilla D. José Velázquez y Sánchez en sus *Anales epidémicos* impresos y publicados en 1866; y 2.ª la palabra Buba existía en la lengua castellana antes del descubrimiento del Nuevo Mundo.

Para convenceros de que no es americana ha de bastar el recuerdo de que no está incluida en los vocabularios de las lenguas indígenas de América; antes bien en los que tienen correspondencia española figura siempre como voz castellana.

Se encuentra en algunos incunables de nuestra lengua anteriores á 1493, y en los mismos existen también sus derivaciones los adjetivos abubado y buboso; doble hecho que constituye prueba plena é irrecusable de que la palabra Buba existía y era usual en el romance antes del descubrimiento de Colón.

Ahora bien ¿qué significa la palabra Buba? «Buba, dice el diccionario de la Academia Española: sustantivo femenino,

provincial de Asturias: Postilla ó tumorcillo de materia que sale en el cuerpo.» Esta definición responde sustancialmente, con aproximada exactitud, á lo mismo que la palabra Buba expresaba en el siglo xv, que no era ni más ni menos que uno de los significados que dicha Academia reconoce hoy en su homóloga la palabra Pupa.

Hé aquí y á este especial propósito el hecho histórico de interés para mi asunto. Poco tiempo después del glorioso descubrimiento del Nuevo Mundo, pero aún dentro del siglo xv se empezó á usar en España la palabra Bubas, plural de Buba, para designar, por soberano arbitrio del uso, una enfermedad nueva, contagiosa y grave, que se comunicaba—no hubo entonces ocasión ni tiempo bastante para observar las raras excepciones de esta regla—que se comunicaba, repito, en los apetecidos goces de la unión sexual, revelándose este contagio, tras largo período de silencio, con síntoma circunscrito de benignísima apariencia; que en los primeros meses de su desarrollo minaba con acción oculta, lenta é insensible la intimidad del organismo, para mostrar luégo su existencia por medio de repugnantes erupciones, úlceras corrosivas y graves tumores; que entorpecía el juego de las coyunturas y paralizaba la acción de los extremos con dolores progresivamente mayores y más aflictivos y con lesiones profundas de los huesos; y que, en fin, resistiendo en su agravación creciente y al parecer inquebrantablemente fatal á todos los recursos de que en aquellos tiempos disponía la ciencia, excitó la común defensa y arrastró á peritos y á legos á un estudio experimental y clínico y á una investigación activa, perseverante y tenaz para llegar á descubrir y determinar bien los íntimos secretos y desconocidos caracteres de este nuevo azote y oponer dique y salvador remedio á sus temibles estragos.

Conviene advertir ahora que por haberse reconocido su novedad y su intensísima natural graduación, antes que en los moradores de otras naciones del Viejo Mundo, en muchos

soldados del ejército que á las órdenes del rey de Francia Cárlos VIII entró en Italia en 1494 para la conquista del Reino de Nápoles, recibió de los italianos primero y de los napolitanos en seguida el nombre de *mal francés* que más tarde adoptaron otros pueblos y hasta llegó á hacerse general en Europa.

Admitida, desde luégo, explícita y universalmente la novedad del mal en el mundo antiguo, hé aquí la explicación histórica indispensable para este trabajo, de cómo los españoles la designaron con el nombre Bubas. Los síntomas, formas ó accidentes cutáneos ó eruptivos con que la nueva enfermedad se manifestó en aquellos tiempos, absolutamente iguales á los síntomas, formas ó accidentes con que se manifiesta en los nuestros cuando no se altera ni perturba su natural desarrollo con enérgicos métodos curativos ó de otro modo, provocaron la comparación con dolencias anteriormente conocidas y la semejanza más ó menos aproximada y aun casi completa impulsó á adoptar nombre conocido también y en cierto modo idóneo, pero adjetivándole según cualidades distintivas del recien aparecido contagio. *Bubas pestíferas, contagiosas y malditas*, dijo en 1498 López de Villalobos, y en los mismos ó parecidos términos lo repitió ó se anticipó á decirlo el pueblo afligido con este azote. Insensiblemente olvidada la primitiva significación castellana de la palabra Bubas, á medida que las gentes se familiarizaban con la nueva, y por natural soltura, sencillez de dicción y economía de lenguaje, habiendo descartado el uso la pesada y engorrosa secuela de los adjetivos calificadores vino á dejarla sola y escueta y á emplearla no ya como plural de Buba y con su primitivo, propio y genuino significado, sino como sustantivo nuevo y singular que correspondía á la recien descubierta dolencia.

Hechas las precedentes indicaciones, hé aquí las tesis de mi trabajo:

1.ª El mal de Bubas que con tan peregrino ingenio como exactitud inimitable describió en 1498 López de Villalobos

en romance trovado, engalanándolo según las castizas y exactas frases que á Capmani inspiraron las obras de aquel médico, *con nacionales donaires*, *sabrosos motes y floridas sentencias;* el mal de Bubas que cantó treinta y dos años despues Jerónimo Fracastor en los dulces y armoniosos versos latinos de su poema *Syphilis* existía y era común en los diversos pueblos indígenas del Nuevo Mundo antes de que éste fuera descubierto por Colón.

2.ª Los compañeros de Colón en su primer viaje importaron al volver á Europa, entre los testimonios del descubrimiento del Nuevo Mundo, esta sucia y dolorosa mercadería, como la llamó Pellicer, el erudito anotador del *Quijote*.

3.ª Con oportuna y envidiable puntualidad quedaron consignados el derrotero y el itinerario por donde las Bubas fueron conducidas desde España á Nápoles.

4.ª Por voto y universal aclamación fué declarada nueva en el viejo continente, puesto que no se la encontró registrada en su historia.

5.ª Con los caracteres que en ella ha reconocido y á todas horas reconoce y comprueba la ciencia se explican cumplidamente sin artificios extraordinarios y sobrenaturales causas, la extensión y gravedad *casi pestilenciales* que alcanzó esta dolencia durante los años 1494, 95 y 96 en el ejército del rey de Francia Cárlos VIII; y

6.ª Las numerosas citas y variados textos de males distintos y heterogéneos, tomados de médicos, historiadores, escritores satíricos etc., de los pueblos indo-europeos y semíticos, más distantes y apartados por su posición geográfica y por su historia, que en revuelto y amontonado tropel y con tenacidad y fe dignas de mejor causa, se adujeron después y se concentran, reunen y aducen hoy mismo dentro de los aún abiertos términos de prueba de este vivo, universal y prolongado litigio, como testimonio de la antigüedad de las Bubas en el Viejo Mundo, no revelan parentesco alguno ni legítimo ni bastardo con esta enfermedad, aun cuando se refieran á dolencias que radiquen y se observen en los órga-

nos de la generación, se trasmitan en la cópula sexual, adopten en momentos dados una peligrosa semejanza y resulten frecuente y casi obligada compañía de la prostitución y del libertinaje públicos ó clandestinos, mercenarios ó de rica y regalada sensualidad. Declaro con resolución premeditada que he formulado esta negativa plenamente convencido de su exactitud, y que estoy dispuesto á sostenerla sin contemplaciones ni transigencias contrarias á la honrada verdad de la historia. Y asimismo debo declarar también que no intentaré hoy su prueba, porque la lectura de las citas y textos, su fiel compulsa ó rectificación, su examen y apreciación crítica y la inapelable pero razonada aquilatación y sentencia de su efectivo valor histórico y morboso me proporcionarían discusión y lectura para algunas semanas, sin que tan enorme como ímprobo trabajo hubiera de aumentar ó de disminuir en un solo quilate la fuerza y el incontestable y decisivo valimiento de las cinco primeras tesis cuya verdad voy á demostraros acto continuo. Para que no se crea, sin embargo, que oculto mañosamente detrás de esta resolución un temor que no abrigo, quiero dejar sentado que en mucha parte aquel prolijo y penoso escrutinio está realizado en mi obra *La Sífilis y las enfermedades que se han confundido con ella*, y que, además, siempre se me hallará dispuesto á sincera y cortés discusión en este asunto, siquiera crea deber exigir en mis adversarios médicos ó filósofos, anticuarios ó humanistas, historiadores ó eruditos, antropólogos ó curiosos y diligentes escudriñadores, como circunstancia indispensable, *sine qua non*, para tal contienda, pleno, positivo y práctico conocimiento de los males de que necesariamente habríamos de tratar, según hoy y á todas horas los define y demuestra la ciencia moderna experimental y clínica. Que aquí, precisamente, en el perfecto conocimiento de estos males se encuentra la clave prodigiosamente fácil, sencilla y al mismo tiempo de irresistible poder y fuerza para destruir este enormísimo embrollo, esta especie, permitidme la frase, de barricada histórica.

PRIMERA TESIS.

«El mal de Bubas existía y era común en los diversos pueblos indígenas del Nuevo Mundo antes de que este fuera descubierto por Colón.»

Dos series distintas de testimonios prueban la exactitud de esta tesis. Forman la primera la inscripción nominal de este mal en las diversas lenguas americanas; y constituyen la segunda las tradiciones y prácticas referentes á este mal que los indígenas pobladores del Nuevo Mundo dieron á conocer desde luégo á los primeros historiadores, naturalistas y médicos de Indias.

A fin de ganar tiempo hé aquí sin la compostura, preparación y aliño que el asunto reclama, para las más fácil y pronta graduación de su importancia, los datos propios de las lenguas americanas.

En la página 318 del *Vocabulario hispano-chileno* del misionero jesuita Andrés Febres, impreso en Lima en 1765 se lee:

«Bubas..... Chima,»

y en el *Calepino chileno-hispano* del mismo autor que forma volumen con el referido vocabulario se hallan estampadas, página 448, las siguientes palabras:

«Chima..... bubas: Ohiman..... tenerlas.»

Las precedentes citas del vocabulario hispano-chileno y del Calepino chileno-hispano fueron incluidas sin variante alguna en la reimpresión hecha en Lima en 1794. De este libro posee un ejemplar el Sr. D. Pascual Gayangos.

Redactado en 1765, y no conteniendo más que los nombres que comienzan con las veintidos primeras letras del alfabeto castellano, existe en la Biblioteca particular de S. M. el Rey un *Vocabulario castellano-araucano* manuscrito y anónimo. En la primera columna de la primera cara de su segunda hoja dice:

«Bubas..... Socco.»

Con las iniciales M. D. L. S. se oculta el verdadero nombre del autor de un doble *Diccionario francés-galibi* y *galibi-francés*, impreso en París en 1763, y del cual he podido consultar el ejemplar que posee la Biblioteca Nacional de Milan. En la página 37 correspondiente al primero, encuentro estas palabras:

«Vérole..... Poiti.
Verolés..... Pyanisten.»

y en la 113, que ya pertenece al segundo, ó sea al galibí-francés, se repiten invertidas las primeras; es decir:

«Poiti..... Vérole.»

Encuadernado en pasta hay en la Biblioteca particular de S. M. el Rey un tomo en octavo, manuscrito con letra clara aunque diminuta, que se dice ser copia del *Arte, vocabulario, etc., de la lengua Achagua*, que trabajaron los padres Alonso de Neira y Juan Rivero de la Compañía de Jesús, en el pueblo de San Juan Francisco Regis, año de 1762. En la primera cara del folio 16 del vocabulario se incluyen las siguientes palabras:

«Buba..... Debai.
Buboso..... Debaisa.
Buba apostema..... Churruba.
Tal buboso..... Churrabisa.
Bubas mal francés.. Begimis: Guachigimi.
Tal buboso..... Begimisa, Guachigimisa.»

Posee la Biblioteca Nacional de esta corte un ejemplar del *Semilexicon yucateco* compuesto por el reverendo padre franciscano Pedro Beltran de Santa Rosa María, é impreso en Méjico en 1746. En la página 167 del Semilexicon castellano-yucateco al hablar de las enfermedades del cuerpo humano, dice:

«Bubas..... Zob.»

El jesuita Pedro Marban imprimió en 1702 en la ciudad de los Reyes un doble *Vocabulario de lenguas castellana y moxa.* En la segunda columna de la página 163 de dichos vocabularios incluye estas palabras:

«Bvbas, posiré..... Nuposira
Bubas tener..... Tiniconu posiré»

y dice en la 581 del segundo:

«Posiré, nuposira.... Llagas malignas.»

De este vocabulario existe un ejemplar en la Biblioteca Nacional de esta corte.

Tuve la fortuna de poder consultar en la Biblioteca imperial de Berlin, en el otoño del año próximo pasado de 1880, el *Diccionario de la lengua de los indios cumanagotos y pa-*

lenques compuesto por el padre franciscano fray Matías Ruiz Blanco, impreso en Burgos en 1683. He visto, aunque no examinado, otro ejemplar que obra en la Biblioteca Nacional de esta corte. Se encuentran en su página 100 las palabras:

«Buva..... Puitiyi.»

Algunas advertencias y algunas reflexiones de notoria utilidad que nacen de la propia naturaleza del asunto y que se ingieren y engranan con irresistible fuerza lógica en este lugar de mi escrito, han de servirnos de placentero descanso en medio de la monótona y fatigosa tarea de consignar datos bibliográficos desnudos de todo linaje de atractivo, y palabras americanas singularmente nuevas y chocantes por su especial eufonía para oidos castellanos. Será en cierto modo y por ley de equidad un resarcimiento del mal rato que acabo de proporcionaros con la presentación descarnada y brusca de tales datos y palabras, y una preparación verdaderamente confortadora é higiénica para que reanudemos en seguida con fuerzas de refresco tan ímproba tarea.

El nunca bastante ensalzado, docto, laborioso y diligente filólogo español D. Lorenzo Hervás y Panduro, verdadera, aunque poco conocida gloria de nuestra patria, después del general y profundo estudio de los idiomas americanos, de que fué sazonado y opimo fruto el primer tomo de su *Catálogo de las lenguas*, consideró que no debía incluir, entre las principales que á su juicio existían en las vastísimas regiones del Nuevo Mundo, la chilena, galibí, achagua, yucateca, moxa y cumanagota, de que hasta aquí hemos tratado. No conozco de una manera precisa y concreta los motivos en que fundó esta exclusión, pero fácilmente se comprende que, merced á coincidencias y oportunidades históricas que no se repetirán jamás, pudo cerciorarse, y se cercioró bien, mediante desinteresados y expertos testigos,

del corto desarrollo de estas lenguas, que por otra parte correspondían á pueblos pobres, de atrasada cultura, y tal vez de población mínima y dispersa por dilatados territorios; condiciones poco á propósito para su cumplido conocimiento. Si á estas circunstancias se agrega la de que dichos idiomas han sido estudiados en el siglo XVIII ó en la segunda mitad del XVII, tiempos relativamente apartados del descubrimiento del Nuevo Mundo, y por lo mismo menos á propósito para sorprender lo que era de su propia casa y abolengo, ha de comprenderse con facilidad que aun cuando en ellos hayamos encontrado los nombres y sólo los nombres con que eran y son conocidas las Bubas, consideramos á estos testimonios, no de dudosa significación, pero sí de fuerza menos decisiva, incomparablemente menos decisiva que la que alcanzan los que hemos de anotar muy pronto. Y cuenta, señores, que si no participo por completo con Adolfo Pictect de la lisonjera y levantada creencia de que las lenguas contienen como en depósito los testimonios más ciertos de la historia física y moral de los pueblos, pienso, sin embargo, que son algo más, mucho más que razonados inventarios de gran número de los hechos que forman parte de su vida. Con estas advertencias aspiro á templar el vivo y fogoso ardimiento de los adversarios de mi opinión, que siguiendo sin duda alguna su inmemorial y torcida costumbre, en vez de analizar y aquilatar serena y reflexivamente el significado positivo y real de mi prueba, es seguro que se aprestarán en seguida á combatirla con travesuras de imaginación y de artificiosa y sutil dialéctica, buscando por los campos de la filología americana verdaderas aventuras que satisfagan el amor propio de sus creencias y quizá de sus personas. Y hago esta prevención para que no malgasten su ingenio arremetiendo contra lo que hasta ahora dejo anotado de idiomas americanos, puesto que más intencional y significativo será lo que, sin salirme de la circunscripción de las lenguas, anotaré en seguida, reanudando mi interrumpida tarea.

Constándome que existía en la Biblioteca Nacional de esta corte un ejemplar del *Diccionario caribe-francés* del Reverendo Padre Raimundo Bretón, religioso de la Orden de los Hermanos Predicadores, y uno de los cuatro primeros franceses misioneros apostólicos de la Guadalupe, impreso en Auxerre en 1665, lo pedí para su estudio. Por mucho tiempo, cuantas veces me decidí á consultarle adoptando una resolución verdaderamente heroica, se convirtió este raro libro en una especie de duro é ingrato rompe-cabezas que me hizo consumir estérilmente toda mi paciencia y amortiguó mi vivo deseo y mis esperanzas de encontrar un testimonio más de la antigüedad de las Bubas en el Nuevo Mundo. Pude alcanzar al fin lisonjero triunfo á la vez que sabrosa venganza de su oscuridad impenetrable en Agosto de 1872 al estudiar en la Biblioteca Nacional milanesa el *Diccionario francés-caribe* del mismo Reverendo Padre Raimundo Bretón, impreso también en Auxerre, aunque un año después que el anterior, esto es, en 1666. Posteriormente me he sonreído á mis solas contemplando cuánta fué mi torpeza en el estudio de aquel bendito libro, puesto que á haber quebrantado y roto la en este caso funesta manía del orden regular con que los libros deben ser estudiados, convirtiendo el fin en principio, hubiera encontrado á la segunda hoja plena satisfacción de mis deseos é investigaciones, puesto que en la página 478 del Diccionario caribe francés, que es la antepenúltima de este libro, se lee lo siguiente:

«Yaya. Pians C'est vne maladie naturelle que l'on tient communement aux Isles, comme la grosse verole en France, et dont les Sauuages se guarissent sans peine et sans danger, non seulement à cause de la temperature de l'air qui est fort égale: mais aussi à cause des puissans remedes qui naissent sous la zona torride et qui n'on rien perdu de leurs facultez reçentes comme ceux qu'ont aporte icy de ces Isles par vn traiet de 18 cent lieuës. Ils ont le ius de l'écorce de Chipion dont ils se frotent au dehors, se noircissent du

ius de Genipa, et des feuilles de roseaux brulées: ils prennent le ius de quelques liennes comme de l'écorce du *mibi* auec de la rapure de cul de Lambis; quand les grosses pustulles creuent ils appliquent des plumaçeaux de coton crud qui resserrent les levres des vlceres, et en empeschent la deformité. Mais autant que cette grosse verole est peu dangereuse chez eux quoyque fort commune, et que tous les remedes cy dessus operent sans estuues ny vif argent, d'autant plus la petite verole qui est tres rare parmi eux leur est elle perilleuse et comme vn sorte de peste parmy nous.»

En la página 399 del Diccionario francés-caribe está literalmente reproducido el largo trozo que acabo de copiar, precediéndole con las siguientes palabras:

«Grosse verolle..... Yáya.
Il a la grosse verolle..... Yayati.
Verollé..... Yaya houe.»

Conviene advertir, porque así lo advirtió también el autor, que era natural de Borgoña, y que, como tal, escribía en francés borgoñón, importándole un bledo que su escrito fuese correcto y atildado desde el punto de vista del más castizo y selecto idioma francés.

Juzgo discreto consignar también en previsión de quisquillosos reparos, objeciones y censuras de los adversarios de mi doctrina, que el padre Raimundo Bretón al redactar sus diccionarios caribe-francés y francés-caribe quiso ilustrar é ilustró algunos puntos de la vida, usos y costumbres de los pobladores de la Guadalupe, por cuyo motivo se encuentra en ellos el largo y bien significativo fragmento que acabo de leeros.

Corresponde á uno de los infinitos dialectos de la lengua caribe el *Vocabulario de español á caribe*, manuscrito que en 18 de Enero de 1774 concluyó de escribir en la misión

del Carapo el reverendo padre capuchino de la Santa provincia de Cataluña y encargado de la misión del Tupuquen fray Martín de Taradell. Se halla este vocabulario en la Biblioteca particular de S. M. el Rey y se lee en la segunda cara de su cuarta hoja:

«Buhas..... Putuij.»

El misionero jesuita español natural de Lima, Antonio Ruiz de Montoya, refiriéndose al *Tesoro* y al *Arte y Vocabulario de la lengua guarani* compuestos por él y respectivamente impresos en Madrid en los años de 1639 y 1640 dice: «Dió finalmente fin á este trabajo el tiempo de 30 años que he gastado entre gentiles, y con eficaz estudio rastreado lengua tan copiosa, y elegante, que con razón puede competir con las de fama.» Con eficaz estudio sin duda alguna, señores, puesto que uno y otro, tesoro y vocabulario, son opulentísimo depósito de aquella lengua «tan universal, añade Ruiz de Montoya, que domina ambos mares, el del Sur por todo el Brasil y ciñendo todo el Perú, con los dos más grandiosos rios que conoce el Orbe, que son el de la Plata, cuya boca en Buenos-Aires, es de 80 leguas, y el gran Marañon, á él inferior en nada, que pasa bien vecino á la ciudad del Cuzco, ofreciendo sus inmensas aguas al mar del Norte, y paso á los apostólicos varones, convidándolos á la conversión de innumerables gentiles de esta lengua, que olvidados de su salud eterna viven á la sombra de la muerte en sus riveras.»

Advierto, para que pueda fácilmente compulsarse la exactitud de mis citas, que en el arte y vocabulario se observa una duplicatura de páginas cuya primera serie llega hasta la 376 y comprende las voces que comienzan con las letras A, B, C, D y E; conteniendo la segunda, compuesta de 223 páginas, las demás palabras cuya inicial se halla incluida en el alfabeto desde la F á la Z, ambas inclusive.

En la página 223 de la primera serie de páginas del vocabulario castellano guarani se leen las siguientes palabras:

«Bubas..... Mia. I. Pia.
Bubas dolores..... Carugua.
Bubas tener..... Checarugua.
I. Carugua ayporara.
bv. I. Caragua bó che.
Bubas, granos tener..... Chepia.
I. Mia ayporará.
Buboso de dolores..... Caruguariya.
I. Caruguaporarahá.
Buboso de granos..... Mia porarahara.»

En el folio 221 vuelto del Tesoro de la lengua guarani dice:

«Mya. Bubas. Vide. pia. nu. 6.»

En el folio 288 vuelto del referido Tesoro, existen las siguientes palabras que corresponden á la llamada de la precedente cita:

«Pia. I mia..... Bubas, granos.
Pia aiporara..... Tengo bubas.
Chepia chepia..... Soy buboso.»

Además de estos datos constan en el folio 93 vuelto los siguientes:

Carugua. r..... Dolores bubas.
Checarugua..... Tengo dolores. y. o.
Caruguariya..... Doloriento, buboso.
Caruguabó..... El que padece dolores.
I. Carugua porarahara..
Anembo carugua..... Yo mismo me causo dolores.»

En el año de 1724 fué reimpreso, revisado y aumentado el vocabulario de la lengua guarani del padre Ruíz de Montoya en el pueblo de Santa María la Mayor de Buenos-Aires; abrigando yo vehementísimas sospechas de que la revisión y aumento se hicieron por el padre Paulo Restivo. Ni una sola palabra ni una sola de las frases guaranis que he citado fué enmendada en esta reimpresión ratificándose de este modo su exactitud. A los que quieran profundizar en el asunto he de aconsejar, estudien atentamente, como parte sustancial de la lengua, la variada y expresiva acentuación que según los referidos padres Ruíz de Montoya y Paulo Restivo tienen las vocales en el guarani.

Del Tesoro y de los vocabularios de que acabo de hablaros poseen ejemplares las Bibliotecas, particular de S. M. el Rey, de la Universidad central y la Nacional de esta corte. Existe también otro en la del Archigimnasio de Bolonia.

Bien conozco que la prueba que estoy haciendo de mi tesis de que el mal de Bubas existía y era común en los diversos pueblos indígenas del Nuevo Mundo antes de que éste fuera descubierto por Colón, es, más bien que risueña y alegre pradera alfombrada de fragantes y vistosas flores, inculta, áspera y pendiente cuestezuela cubierta de ingrato abrojo que sin duda alguna, y con grande pesar mío, ha de molestaros; pero os ruego, señores, que hagáis un esfuerzo de paciencia á fin de que, ya que no poseamos en esta clase de caminos ascensores movidos al vapor que regaladamente nos ahorren el trabajo, lleguemos poco á poco á la cima donde yo os aseguro que hemos de encontrar resarcimiento de las injurias sufridas, contemplando la deleitosa perspectiva de la verdad histórica. Como supongo que habéis acogido benignamente mi ruego, me resuelvo á continuar.

Fué Ludovico Bertonio autor de un *Vocabulario de lengua aymara*, impreso el año de 1612 por Francisco del Canto en la casa que la Compañía de Jesús tenía en el pueblo de Iuli, en la provincia de Chucuyto, y dice que para formarle «se valió de indios aymaraes instruidos en el castellano, que escribieron en su propia lengua con toda la posible exactitud y propiedad las palabras castellanas,» añadiendo que «en esta nacion Aymara entre pequeños y grandes, hay más de mil pueblos ó poco menos.» Recuerda que fué aquel vocabulario trabajo de muchos años, y escribe en la segunda columna de la pág. 103 de la primera parte:

«Bubas.....	Huanthi, vel Tturu vssu.
Tenerlas.....	Huanthitha.
Pegarlas.....	Maccataatha.
Sanar de ellas..	Apartito, aparito.
Atestado dellas..	Huanthikhtara, huanthina apaquipata.
Curarlas.....	Collatha.
Buboso.....	Huanthi haque.»

En la primera columna de la página 147 del Vocabulario Aymara, en que por orden de abecedario se ponen en primer lugar los vocablos de la lengua aymara para hallar los correspondientes en la lengua castellana, se leen las siguientes palabras:

«Huanthi....	Bubas, ó mal semejante.
Huanthi vssutha....	Tenerlas.
Huanthi apaquiptito.	Estar atestado de ellas.
Catutha.....	Pegárseme.
Maccatito.....	Idem.
Maccataatha.....	Pegarlas.
Haccutha.....	Idem.
Apatito, vel apartito.	Sanar de ellas.
Aparaasitha.....	Sanar pegándolas á otro.
Collatha.....	Curarlas.
Collaasitha.....	Hacerlas curar.»

En la pág. 370 del susodicho Vocabulario se lee:

Tturu vssu, vel huanthi. Enfermedad de Bubas.

El padre jesuita Diego de Torres Rubio, que en 1616 imprimió en Lima un *Arte de la lengua aymara*, avisa que: «Tiene este Arte, vocabulario breve Aymara de los vocablos más comunes de que ordinariamente usamos. De voces castellanas á aymaraes y de aymaraes á castellanas,» y por mi parte advierto yo que las palabras con que en este segundo vocabulario están designadas las Bubas, concuerdan perfectamente con las que estampó en el suyo Ludovico Bertonio.

De los vocabularios aymaraes de que acabo de hablaros poseen ejemplar las bibliotecas particular de S. M. el Rey y Nacional de esta corte.

Aunque eran muchas las lenguas y los dialectos que se hablaban en los extensos dominios del imperio de los Incas, los habitantes de tan vastos territorios estaban obligados á conocer la lengua oficial que los indígenas distinguían con el nombre de *Qquichua* ó *Qquechua*. Los españoles que desde los primeros momentos de la conquista se dedicaron al conocimiento de esta lengua, que llaman general del Perú, la consideran muy extensa y muy rica, y al par declaran que era inmensamente difícil y costosa la adquisición de sus vocablos. Fray Domingo de Santo Tomás, que compuso é imprimió en 1560 el primer *Diccionario español-qquichua*, de que hay memoria, lo advierte así con deliberada intención, por cuya razón, añade, «que á pesar de la atención suma y de la incansable perseverancia con que se había consagrado durante muchos años á conocer aquel

idioma, el vocabulario que daba á luz había de estar falto de muchísimos vocablos.» Sin duda por semejante motivo carece de las palabras, frases y conceptos referentes á las Bubas, como carece de cuantas se referían á los otros males del cuerpo humano que afligían ó podían afligir á los indígenas pobladores de aquel dilatado imperio. Fué ampliamente subsanada esta falta con la publicación del *Arte y Vocabulario en la lengua general del Perú llamada Qquichua, y en la lengua española*, de autor anónimo, impreso por Antonio Ricardo en la ciudad de los Reyes el año de 1586. Veintidos años después, en 1608, el padre jesuita Diego González Holguín lo reimprimió con el propio título en la misma ciudad de los Reyes y en casa de Francisco del Canto, reimpresión que bien podemos tener por nuevo vocabulario, atento á que fué copiosamente enriquecido. En el anónimo de 1586 se dice: «el más copioso y elegante que hasta agora se ha impreso»; y en la reimpresión del padre González Holguín se refiere que había juntado en él todas las cosas curiosas, sustanciales y elegantes que pudo hallar en dicha lengua qquichua, las cuales incluyó en sus vocabularios del romance al qquichua y del qquichua al romance, después de ver si todas ellas estaban puestas en uso y de repreguntar á muchos indios entendidos en la lengua, y de bien enterarse de que estaban en práctica. Para no omitir ni duplicar dato alguno, reproduciré á continuación los del doble vocabulario de González Holguín de 1608, que son, aunque poco, algo más numerosos que los del anónimo de 1586, debiendo además preveniros que las palabras y frases referentes á las Bubas que el primero contiene están puntual y religiosamente reproducidas en el segundo.

En la página 67 del libro segundo del Vocabulario de la lengua qquichua general del Perú, que comienza por el romance, se hallan las siguientes palabras:

«Buuas..... Huanti Vnccoy.
Buuoso..... Huantiyoc y Huantiçapa.

Muy buuoso.	O Huantiymanak.
Estarlo.....	Huantiymanani huantiçapam cani.
Buuas tener.	Huantictam vnconi; huanti vncoytam vnc-conì; huanti hapihuan, o vncuhuan.

Se lee en la página 176 del libro primero del Vocabulario qquichua, etc. lo que sigue:

Huantthi.....	Buuas.
Huantthipçucciscam.....	Buuoso, comido de buuas.
Huantthiçapa.....	Buuoso, lleno de buuas.
Huantthivnccoy.....	Mal de buuas.
Huantthi vnccoytam vncconi.	Estar enfermo de ellas.
Huantthytam rantini.....	Pegarlas á otro.
Mana alliyay, ó mana hamp y huantthi.....	Buuas incurables.

En los Vocabularios publicados en 1614 por Francisco del Canto y en 1755 por Diego de Torres Rubio y Juan de Figueredo se reprodujeron las palabras, frases y conceptos que acabo de leeros, sin discrepar ni aun por una sola variante ortográfica.

No he de añadir, á propósito del qquichua, ni una palabra más, porque me aviva y estimula el deseo de concluir la laboriosa aunque ciertamente no estéril peregrinación que vengo haciendo por las lenguas americanas, y anticipadamente me alboroza el conocimiento de que sólo nos resta pedir su preciado contingente al idioma azteca. He dicho en otra ocasión, y no tengo motivo para modificar ni mis creencias ni mis palabras: «A la mayor población, cultura y poderío del dilatado imperio de Motezuma no podía menos, á juicio mío, de corresponder una lengua relativamente más desarrollada y expresiva que las de los demás pueblos indígenas de los vastos continentes y de los exten-

sos archipiélagos americanos. Abrigo este convencimiento hasta el extremo de afirmar, aunque carezco de competencia y de autoridad para ello, que el idioma de Méjico era de los más prósperos, florecientes y perfeccionados entre todos los propios del Nuevo Mundo; bastando para testimonio y prueba de esta afirmación el copioso y rico *Vocabulario* del padre franciscano Alonso de Molina, *español-mexicano y mexicano-español*, no reemplazado á pesar de los trescientos veintitantos años hasta hoy transcurridos desde su publicación, y que es todavía texto vivo de consulta, é inagotable tesoro para el conocimiento de aquella lengua.»

Hé aquí los datos de la lengua azteca que á mi propósito convienen:

En la primera cara del folio 38 del Vocabulario en lengua castellana y mexicana del mencionado Alonso de Molina, que acabó de imprimirse en México á cuatro días del mes de Mayo de 1555, se leen las siguientes palabras:

«Buua ó buuas descubiertas....	Nanauatl.
Buuoso assi.....	Nanauati, nanauatqui.
Buuas tener.....	Ninanauati.
Buuas pequeñas que no salen al rostro.....	Tecpilnanauatl. puchotl.
Buuoso assi.....	Tecpilnanauati.
Buuas largas.....	Teuitznanauatl.
Buuoso assi.....	Teuitznanauati.
Buuas de gran llaga.....	Tlacaçolnanauatl.
Buuoso assi.....	Tlacaçolnanauati.»

Aunque sean, como sin duda alguna son, muchas las palabras y frases mejicanas que acabo de leeros para demostrar que existían las Bubas en Nueva España y que los indígenas pobladores de aquel vasto imperio habían significado en su idioma con grande espontaneidad el conocimiento que tenían de aquel mal, aún debo entreteneros un rato más con los testimonios del idioma azteca, puesto que Alfonso

de Molina, el diligente y sagaz investigador de aquel idioma, no consideró completa su obra hasta que en 1571, y á expensas del virey de Nueva España D. Martín Enriquez, la imprimió de nuevo, completándola con un *Vocabulario mexicano-español* y adicionándola con más de cuatro mil vocablos, tarea que dijo el mismo Alfonso de Molina «me ha costado el trabajo que nuestro Señor sabe y los que lo entienden podrán imaginar.»

Porque hay aumento de frases y aun corrección de alguna que Molina consideró no había expresado claramente en castellano, voy á reproducir lo que á propósito de las Bubas estampó en el folio 22 de la que ya era segunda edición aumentada y corregida de su Vocabulario castellano-mejicano:

«Buua ó buuas que se parecen y están fuera.=Nanauatl.»

Como observaréis, en este principio de mi cita se nota un cambio de dicción que sin duda no tuvo más objeto que el de dar claridad á la frase castellana, puesto que en la edición primera decía «Buba ó bubas descubiertas», frase que Molina debió considerar oscura y de comprensión difícil. Prosigue después:

«Buuoso.....	Nanauati, nanauatqui.
Buuas tener.....	Ni, nanauati.
Buuas pequeñas que no salen al rostro.....	Tecpilnanauatl, puchotl.
Buuoso assi.....	Tecpilnanauati.
Buuas tener assi.....	Ni, tecpilnanauati.
Buuas largas.....	Teuitznanauatl.
Buuoso assi.....	Teuitznanauati.
Buuas tener assi.....	Ni, teuitznanauati.
Buuas de grandes llagas.....	Tlacaçolnanauatl.
Buuoso assi.....	Tlacaçolnanauati.
Buuas tener assi.....	Ni, tlacaçolnanauati.»

Correspondiendo al fragmento del Vocabulario castellano-mejicano que acabo de leeros, existen en el mejicano-castellano las siguientes palabras:

«Folio 63.....	Nanauati.....	Buboso.
	Nanauati, ni....	Tener bubas, pre ó ninanauatic.
	Nanauatl.....	Bubas.
Folio 93 vuelto.	Tecpilnanauati, ni.	Tener buuas pequeñas. prete. onitecpilnanauatic.
	Tecpilnanauatl...	Bubas pequeñas.
Folio 112.....	Teuitznanauati...	Buboso de bubas grandes y largas.
	Teuitznanauatl...	Bubas largas y grandes.
Folio 115.....	Tlacaçolnanauatl.	Buuas grandes y pestilenciales.»

He terminado, señores, con la ímproba tarea de leeros, si es que he acertado á hacerlo, ó mejor aún de mortificaros, que en esto si que habré acertado, con la lectura de palabras y conceptos de idiomas indígenas del Nuevo Mundo. Por sus correspondencias castellanas habréis podido comprender que son de perlas, verdaderas y riquísimas joyas para mi demostración, porque asi como argüiría el colmo de la necedad ó de la demencia pensar que los pueblos habian incurrido en el absurdo de nutrir sus lenguas con palabras absolutamente desprovistas de sentido, tocaría en el límite de la injusticia y de la temeridad más arbitraría negarlas su significación cuando las encontramos por todas partes idóneas y creadas sin duda alguna al calor y por la acción del hecho concreto, positivo y evidente; y este hecho, en el caso actual, no ha sido ni ha podido ser otro que la existencia de las Bubas con todos sus propios y genuinos caracteres en el Nuevo Mundo antes de que este fuera descubierto por Colón. Si cuando tantos y tantos misioneros diligentes, la-

boriosos y prodigio de abnegación ejemplar anotaban cuidadosa y puntualmente en los borradores de sus vocabularios en proyecto las palabras y las frases referentes á las Bubas que á fuerza de paciencia, de sagacísima paciencia habían logrado adquirir de los indígenas, hubiera podido alguno de los impugnadores de su novedad en el Viejo continente y de su procedencia del Nuevo advertiles al oido la equivocación ya que no el error y el absurdo en que, á su juicio, incurrían consignando estas palabras, no acierto á comprender, me declaro sin facultades para adivinar cuál habría sido la sorpresa de estos misioneros, cuál su apostrofadora defensa si es que no asomaba á sus labios muda pero desdeñosa sonrisa. Llevo mi hidalguía en este asunto hasta el extremo de confiar á mis adversarios la contestación que juzguen más aceptable para sacar á salvo é ilesa la validez de sus doctrinas. Y nótese, señores, que mientras tantas y tan variadas lenguas de los pueblos indígenas del Nuevo Mundo extendidos por dilatadas comarcas y á las veces separados por inaccesibles cordilleras, caudalosos ríos y pampas interminables, dan testimonio de la existencia de las Bubas, teniendo para este mal nombre propio, y conceptos apropiados á sus caracteres típicos, ni la historia, la secular y rebuscadora historia del Viejo Mundo, ni su ciencia que ostentaba ya tan basta nomenclatura, pudieron encontrarle uno solo antes de 1493, como ya lo advirtió con atinado juicio el insigne Capmani. No queriendo desperdiciar la presente oportuna coyuntura para graduar con brevísimas reflexiones el valor de las citas últimamente aducidas, dejaré para más adelante el estudio de tan significativo contraste que es de selectísima importancia para mi asunto. Las lenguas araucana, caribe, guarani, aimara, quichua y azteca son de las incluidas por Hervás y Panduro entre las once principales que él reconoció en las Américas. Se hizo su estudio inmediatamente después del descubrimiento y sumisión de los países en que se hablaban, y la anotación de los datos referentes á las bubas no pudo ser realizada bajo la

influencia y el imperio de preconcebidas ideas de escuela ó de historia, puesto que los piadosos misioneros que realizaron esta maravillosa y necesaria tarea para la aproximación, comercio y trato de los conquistadores y de los indígenas, fueron principalmente inspirados en ella por el santo propósito de convertir á la fe católica tantos millares de almas que vivían en la idolatría y en el gentilismo. El universal acuerdo de pueblos tan distintos á propósito de este hecho de la patología humana lo eleva á mi juicio á perfecta evidencia, desde la cual valiéndome de una inducción naturalísima y de la mayor legitimidad lógica me atrevería á adelantar la tesis de que las Bubas no sólo existían en el Nuevo Mundo antes de su descubrimiento por Colón sino que eran de antiquísima fecha entre sus moradores. Pero no dejemos á nuestras creencias que se dilaten y lleguen á tan lejanos términos cuando tenemos enfrente formidable falanje de adversarios á quienes tal vez ni conmueve, ni hace mella alguna la prueba hasta aquí aducida. Para ponerles en verdadero aprieto la reforzaré con los testimonios de las tradiciones y prácticas referentes á este mal que los indígenas pobladores del Nuevo Mundo dieron á conocer desde luego á los primeros historiadores, naturalistas y médicos de Indias.

Testimonio de la existencia de las Bubas en las islas descubiertas por Colón en 1493 durante su primer viaje y principalmente en la de Haiti, Quizquella, Española ó de Santo Domingo, se encuentra en la *Escritura del pobre eremita Roman Pane del Orden de San Gerónimo* incluida por Don Hernando Colón en la «Verdadera relación de la vida y hechos de el Almirante su padre,» etc., «que tradujo de español en italiano Alonso de Ulloa,» y que «por no parecer el original español» vertió nuevamente de la lengua italiana al castellano el ilustrísimo señor D. Andrés González Barcia. En dicha Escritura se lee el siguiente párrafo (Véase pá-

gina 63 columna primera de la *Historia del Almirante de las Indias Don Christoval Colon*, impresa en Madrid año MDCCXLIX):

«Dicen, que estando Guagagiona en la Tierra donde havia ido, vió vna Muger, que havia dejado en el Mar, de que tuvo gran placer, *i al instante buscó muchos labatorios, para labarse, por estar plagado del mal, que llamamos Frances;* metióse despues en vna *Guanara*, que significa, Sitio apartado, donde sanó de sus llagas.»

Los que hayáis leido la Escritura del pobre eremita Román Pane del Orden de San Jerónimo, que contiene el precedente párrafo, convendréis conmigo en el escaso valor que debe concederse á aquella serie de tradiciones disparatadas y absurdas que parecen haber constituido por todas partes los primeros rudimentarios é infantiles esbozos de la inteligencia de los pueblos primitivos y salvajes, pero al mismo tiempo habréis de convenir conmigo que por más disparatadas y absurdas que aquellas tradiciones se presentan á nuestra contemplación, están elaboradas y dispuestas con hechos verdaderos y reales que reconocieron desde los primeros momentos nuestros historiadores y naturalistas de Indias. ¿Cómo los indígenas de Santo Domingo hubieran hablado en sus tradiciones del mal francés, si de este mal no hubiesen tenido conocimiento? Hablaron de él y le hicieron figurar en las fabulas referentes á sus antepasados, como hablaron é hicieron figurar en dichas fábulas á animales y plantas propias de aquellos países cuya existencia nadie ha puesto después en duda.

Para que alguno no se adelante á advertir que la denominacion de *mal frances* pugna y se opone vigorosamente contra la carta de naturaleza haitiana de las Bubas, me anticiparé á disipar este reparo, recordando que el texto de la Historia del Almirante donde existe el párrafo que he transcrito, es el de la versión que de la lengua italiana al castellano hizo á mediados del siglo último el Sr. González Barcia, y no era, ni es razonable pensar que en el país que, por

razones que no son del momento, había creado aquel nombre con tan general expontaneidad como rudo encono dejara de denominarse así, denominacion que respetó con justicia nuestro traductor.

Debo añadir que Hernando Colón incluye la Escritura del eremita Román Pane en el año de 1495; que corresponde al segundo viaje del Almirante; que se refiere principalmente á los indígenas haitianos, y que dicha Escritura fué resultado de las indagaciones y noticias que tomó de ellos por expreso mandato de Cristóbal Colón.

Segundo y multiplicado testimonio de la existencia de las Bubas en el Archipiélago de las Antillas y en los continentes americanos, se encuentra en la *Historia general y natural de las Indias* del primer cronista del Nuevo Mundo el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, cuya publicación íntegra ha realizado en nuestros días la Real Academia de la Historia.

Hé aquí dicho testimonio:

«Aquestos notables se han traydo á la memoria, para señalar el tiempo en que Colom llegó á la Córte, *en lo cual yo hablo como testigo de vista,* porque me hallé page muchacho en el çerco de Granada, é vi fundar la villa de Sancta Fé en aquel exército, é despues vi entrar en la cibdad de Granada al Rey é Reyna Cathólicos, quando se les entregó: é vi echar los judíos de Castilla y estube en Barçelona, quando fué ferido el Rey como he dicho; *é vi allí venir al almirante, Don Chripstobal Colom, con los primeros indios que destas partes allá fueron en el primero viaje é descubrimiento.* Assi que no hablo de oydas en ninguna destas quatro cosas, sino de vista; aunque las escriba desde aquí, ó mejor diçiendo, ocurriendo á mis memoriales desde el mismo tiempo escriptas en ellos» (1).

«Padescieron mas estos chripstianos, primeros pobladores

(1) Véase Oviedo, obra citada, lib. II, cáp. VII, pág. 28.

desta isla, mucho trabajo con las niguas, *é muy crueles dolores é passion del mal de las buas* (1) *(porque el origen de ellas son las Indias), é digo bien las Indias; assi por la tierra donde tan natural es esta dolençia, como por las indias mugeres destas partes.* POR CUYA COMUNICACION PASSÓ ESTA PLAGA Á ALGUNOS DE LOS PRIMEROS ESPAÑOLES QUE CON EL ALMIRANTE VINIERON Á DESCOBRIR ESTAS TIERRAS, POR QUE COMO ES MAL CONTAGIOSO, PUDO SER MUY POSIBLE. Y DESTOS DESPUES DE TORNADOS EN ESPAÑA É AVER SEMBRADO EN ELLA TAL ENFERMEDAD DE AHY PASSO Á ITALIA Y OTRAS PARTES COMO ADELANTE DIRÉ, etc..... Y no olvidaré las lagartijas, culebras, lagartos, que hay en esta tierra; e diré de la passion de la nigua, *é de la dolençia aborresçible de las buas*, con que se dará cuenta de las onçe cosas de suso tocadas» (2).

«*Muchas veçes en Italia me reia, oyendo á los italianos decir el* MAL FRANÇES *y á los françeses llamarle el* MAL DE NÁPOLES; *y en la verdad los unos y los otros le açertaran el nombre, si le dixeran el mal de las Indias.* Y que esto sea assi la verdad, entenderse ha por este capítulo y por la experiençia grande que ya se tiene del palo sancto y del guayacan, con que especialmente esta terrible enfermedad de las *buas* mejor que con ninguna otra mediçina se cura é guaresçe; porque es tanta la clemençia divina, que á donde quiera que permite por nuestras culpas nuestros trabajos, allí á par dellos quiere que estén los remedios con su misericordia. Destos dos arboles se dirá en el lib. V, cap. II, agora, etc»,

«En el precedente capítulo dixe que volvió Colom á España el año de mill é quatroçientos é noventa y seis, é assi es la verdad: despues de lo qual vi é hablé á algunos de los que con el tornaron á Castilla, assi como al Comendador Mossen

(1) Se usaban indistintamente los nombres de buas ó bubas que son sinónimos.

(2) Véase Oviedo, obra citada, lib. II, cáp. III, pág. 50.

Pedro Margarite, é á los Comendadores Arroyo é Gallego, é á Gabriel de Leon é Juan de la Vega é Pedro Navarro, repostero de camas del Príncipe Don Juan, mi señor, é á los mas de los que se nonbraron, donde se dixo de algunos criados de la casa real que vinieron en el segundo viage e descubrimiento destas partes. A los quales y á otros oy muchas cosas de las de esta isla, é de lo que vieron é padescieron y entendieron del segundo viage, *allende de lo que fui informado dellos, e otros del primero camino, assí como de Vicente Yañez Pinçon, que fué uno de los primeros pilotos de aquellos tres hermanos Pinçones de quien queda hecha mencion; porque con este yo tuve amistad hasta el año demill é quinientos é catorçe que él murió. E tambien me informé del piloto Hernan Perez Matheos, que al presente vive en esta cibdad, que se halló en el primero é terçero viages que el almirante primero Don Chrispstóbal Colom fizo á estas Indias.* Y tambien he abido notiçia de muchas cosas de esta isla de dos hidalgos que, vinieron en el segundo viage del almirante, que hoy dia están aquí y viven en esta cibdad, que son Juan de Rojas é Alonso de Valençia, y de otros muchos, que como testigos de vista en lo que es dicho, tocante á esta isla y á sus trabajos, me dieron particular relaçion. Y más que ninguno de todos los que he dicho el comendador Mossen Pedro Margarite, hombre principal de la casa real, y el Rey Cathólico le tenia en buena estimaçion. Y este caballero fué el que el Rey é la Reina tomaron por principal testigo, é á quien dieron más crédito en las cosas que acá avian pasado en el segundo viage de que hasta aquí se ha tractado. Este caballero mossen Pedro andaba tan doliente é se quexaba tanto, que tambien creo yo que tenia los dolores que suelen tener los que son tocados desta passion, pero no le vi *buas* algunas. *E desde á pocos* meses, el año suso dicho de mill é quatroçientos é noventa é seis, se començó á sentir esta dolencia entre algunos cortesanos; pero en aquellos principios era este mal entre personas baxas y de poca auctoridad, é assi se creia que le cobraban allegándose á muge-

res públicas, é de aquel mal tracto libidinoso; pero despues extendióse entre los mayores é más principales.»

«Fué grande la admiracion que causaba en cuantos lo veían, assi por ser el mal contagioso y terrible, como porque se morían muchos de esta enfermedad. *E como la dolençia era cosa nueva* no la entendían ni sabían curar los médicos, ni otros por experiençia consejar en tal trabajo. Siguióse que fué enviado el gran capitan Gonçalo Fernandez de Córdoba á Italia con una hermossa y gruessa armada, por mandado de los Cathólicos Reyes, é como su capitan General, en favor del rey Fernando, segundo de tal nombre en Nápoles, contra el rey Cárlos de Françia, que llamaron de la Cabeça gruessa; *y entre aquellos españoles fueron algunos tocados desta enfermedad, y por medio de las mugeres de mal trato é vivir se comunicó con los italianos é franceses.* Pues como nunca tal enfermedad allá se avia visto por los unos y por los otros, los franceses començaronla á llamar mal de Nápoles, creyendo que era propio de aquel reyno: *é los napolitanos, pensando que con los françeses avia ido aquella passion,* llamáronla mal françes, é assi se llama despues acá en toda Italia; *porque hasta que el rey Charles passó á ella, no se avia visto tal plaga en aquellas tierras.* Pero la verdad es que de aquesta isla de Hayti ó Española passó este trabajo á Europa segun es dicho; y es acá muy ordinario á los indios, é sábense curar é tienen muy exçelentes hierbas é arboles é plantas apropiadas á ésta y otras enfermedades, assi como el guayacan (que algunos quieren deçir que es hebeno) y el palo sancto, como se dirá quando de los árboles se tractare. Assi que de las dos plagas peligrosas que los chripstianos é nuevos pobladores destas Indias padesçieron é hoy algunos padesçen, que son naturales passiones desta tierra, *esta de las buas es la una, é la que fué trasferida é llevada á España é de alli á las otras partes del mundo, sin que aca faltasse la misma.* Assi que, continuando el propósito de los trabajos de Indias, dígase la otra passion que se propuso de las niguas.»

«Hay en esta isla y en todas estas Indias, islas é Tierra Firme el mal que he dicho de las buas y otro que llaman de las niguas» (1).

Los que como yo os hayáis decidido á estudiar esta curiosísima y enmarañada controversia histórica del origen y procedencia haitiana de las Bubas, no habréis podido menos de tropezar con larga serie de censuras y acusaciones lanzadas contra Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés para destruir su autoridad de historiador auténtico. Adversarios de mi opinión las han prodigado con tanta ligereza como mala fortuna, puesto que tomándolas en su primitiva fuente, los escritos de Fray Bartolomé de las Casas, han pretendido invalidar con ellas las terminantes afirmaciones de Oviedo y Valdés, de que el mal de las Bubas tenía su origen en las Indias, *assi por la tierra donde tan natural es esta dolencia, como por las indias mugeres de estas partes*, sin advertir que el mismo las Casas confirma detalladamente esta aserción, añadiendo de su propia cosecha que *de esto nadie debe dudar.*

El referido P. Fray Bartolomé de las Casas ó Casaus, obispo de Chiapa, á cuya palabra se ha concedido por algunos olor de santidad, nos ofrece el tercer testimonio de la antigua existencia de las Bubas en el Nuevo Mundo. Dice así en el capítulo XIX *de la apologetica historia cuanto a las cualidades, disposicion, descripcion, cielo y suelo de estas tierras y condiciones naturales, policias, republicas, maneras de vivir y costumbres de las gentes destas Indias occidentales y meridionales cuyo imperio soberano pertenece a los Reyes de Castilla*, pág. 233 del tomo V, de la *Historia de las Indias*, publicadas en 1875 y 76 por los señores Marqués de la Fuensanta del Valle y D. José Sancho Rayon:

«Dos cosas hobo y hay en esta Isla, que en los principios fueron á los españoles muy penosas: la una es la enferme-

(1) Véase Oviedo, obra citada, libro II, cáp. XIII, p. 55 y 56.

dad de las bubas, que en Italia llaman el mal frances: ésta, sepan por verdad, que fue desta Isla, *o cuando los primeros indios fueron*, *cuando volvió el Almirante D. Cristóbal Colom con las nuevas del descubrimiento de estas Indias*, los cuales yo luégo vide en Sevilla, y éstos las pudieron pegar en España, inficionando el aire *ó por otra via* (¡qué discreta advertencia!), o cuando fueron algunos españoles, ya con el mal dellas, en los primeros tornaviajes a Castilla, y esto pudo ser el año de 1494 hasta el de 96; y por que en este tiempo pasó con un gran ejército en Italia, para tomar á Nápoles, el rey Cárlos de Francia, que llamaron el Cabezudo, y fué aquel mal contagioso en aquel ejército, por esta razon estimaron los italianos que de aquellos se les habia pegado, y de allí adelante lo llamaron el mal frances. *Yo hice algunas veces diligencia en preguntar á los indios desta Isla si era en ella muy antiguo este mal, y respondían que sí, ántes que los cristianos á ella viniesen, sin haber de su origen memoria, y desto ninguno debe dudar;* y bien parece tambien, pues la divina Providencia le proveyó de su propia medicina, que es, como arriba en el capítulo 14 dijimos, el árbol del guayacan. Es cosa muy averiguada que *todos los españoles incontinentes*, *que en esta Isla no tuvieron la virtud de la castidad* (recordad señores la discreta advertencia que os hice notar hace pocos momentos), fueron contaminados dellas, y de ciento no se escapaba quizás uno *si no era cuando la otra parte nunca las habia tenido;* los indios, hombres ó mujeres, que las tenían, eran muy poco dellas afligidos, y cuasi no más que si tuvieran viruelas; pero á los españoles les eran los dolores dellas grande y continuo tormento, mayormente todo el tiempo que las bubas fuera no salían. Lo otro que afligió algunos españoles á los principios, fué las que llamaban los indios niguas; éstas son cierta especie de pulgas, y así saltan como las pulgas, y son tan chiquititas que apénas pueden ser vistas.»

Cuarto testimonio de la existencia y antigüedad de las

Bubas en el Nuevo Mundo nos ofrece el sabio y venerable escritor franciscano M. R. P. Fr. Bernardino de Sahagun. Destinado desde los primeros años de la conquista de Mejico á catequizar indios por el perseverante estudio que había hecho del idioma azteca y por la rara perfección con que llegó á poseerlo, recibió de sus superiores especial encargo de redactar en dicho idioma las cosas más necesarias para la reducción de los mejicanos á la fe católica. Opimo fruto de este mandato fué su *Historia universal de las cosas de Nueva España* que por singular fortuna se ha conservado y se conserva hasta hoy íntegra en su original primitivo, no tan sólo en el romance, sino lo que es más de celebrar, en el propio idioma mejicano y sobre todo en su peculiarísima y peregrina escritura figurada y pintoresca. Mucho más, muchísimo más que el sencillo y encantador relato de los medios de que dispuso para escribir esta preciosa historia, en que tan vivamente se refleja el virtuoso respeto con que amaba la verdad, me asombra y maravilla la trascendental expansión que supo dar al cumplimiento de sus deberes respondiendo, á juicio mio, en su libro, á exigencias que no ha formulado la ciencia histórica hasta el siglo actual. Excuso sin embargo recomendaros el estudio de aquel relato para que podáis estimar con aproximada exactitud el valor que debe concederse á las palabras y testimonios de este historiador diligente, porque vuestro caracter de americanistas me garantiza de antemano respecto del cabal conocimiento que sin duda alguna tenéis ya de la obra del franciscano Sahagún; y por ello me decido desde luego á trascribir íntegros, sin importunaros con nuevas reflexiones, los testimonios de aquella obra á mi objeto pertinentes.

El capítulo XXVIII del libro X de la historia de Bernardino de Sahagún esta consagrado al estudio de las enfermedades especiales y propias de los indígenas de Méjico; y el párrafo V del mencionado capítulo segun el manuscrito que obra en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia dice así:

»Párrafo V. *De otras enfermedades y de las medicinas con-*

trarias.—La enfermedad de las bubas se cura beuiendo el agua de la yerua nombrada *tlellemaitl* y tomando algunos baños, y echando encima dellas los polnos de la yerua nombrada *tlacuecuetzal*, ó las limaduras del cobre. Estas bubas son en dos maneras: las vnas son muy suzias que se dicen *tlacaçol nanavatl*, y las otras son de ménos pesadumbre, que se llaman *tecpilnanavatl* y por otro nombre *pochunanavatl*, y estas lastiman mucho con dolores, y tullen las manos y los piés, y estan arraygadas en los huesos; y quando salieren fuera beuerá el *atolli* mezclado con cierta semilla nombrada *michivauchtli*, ó beberá el agua de la rayz que se llama *quauhtlepatli* quatro ó çinco vezes cada dia, y tomara algunos baños, y si se tullere el enfermo, beuerá el agua de la rayz nombrada *tlatlatlapanaltic* y sangrarse a a la postre. De los cuales dichos remedios se usará para el otro género de bubas ya dichas» (1).

Con bien distinto propósito del que impulsaba á Bernardino de Sahagún á detallar en el capítulo XXVIII de su X libro las enfermedades especiales y propias de los indígenas de Méjico, confirma en el capítulo II del libro VII de su historia la tradicional y sin duda antiquísima existencia de las *Bubas* en el dilatado imperio de los aztecas, puesto que al tratar de la luna en la por todo extremo curiosa cosmogonía azteca, dice:

«Quando la luna nueuamente nasce parece como vn arquito de alambre delgado. avn no resplandece poco a poco ba creçiendo. alos quinze dias es llena. Y quando yaes llena sale porel oriente a la puesta del sol. pareçe como vna rueda de molino grande muy redonda y muy colorada. Y quando ba subiendo se para blanca o resplandeçiente paresçe como vn conejo en medio della, y si no ay nubes resplandesce casi como el sol casi como de dia. Y despues dellena

(1) *Historia universal de las cosas de Nueva España*, por el M. R. P. Fr. Bernardino de Sahagún de la orden de los frailes menores de la Observancia.

cumplidamente poco a poco se ba menguando hasta se ba á hazer como quando començo. dizen entonçes ya se muere la luna ya se duerme mucho. Esto es quando sale ya conel alva. al tiempo dela conjuntion dizen yaes muerta la luna. La fabula del conejo que esta en la Luna es esta. Dicen que los dioses se burlaron con la Luna y diéronla con un conejo en la cara y quedóle el conejo señalado en la cara, y con esto la oscurecieron la cara como con un cardenal. Despues desto sali (salió?) para alumbrar al mundo. Dezian que antes que vuiese dia en el mundo que se juntaron los dioses en aquel lugar que se llama Teutioacan (que es el pueblo de Sant Juan, entre Chiconauhtlan y Otumba); dixeron los unos á los otros dioses, quien tendra cargo de alumbrar al mundo. Luego á estas palabras respondio un dios que se llamaba Tecuciztecatl. y dixo: yo tomo á cargo de alumbrar al mundo. Luego otra vez hablaron los dioses y dixeron: quien sera otro? Luego se miraron los unos á los otros y conferian quien seria el otro, y ninguno dellos osaua ofrecerse a aquel officio; todos temian y se escusauan. Vno de los dioses de que no se hazia cuenta y era *bubuso*, no hablava sino oya lo que los otros dioses dezian, y los otros hablaronle y dixeronle: se tu el que alumbres, *bubosito;* y el de buena voluntad obedescio á lo que le mandaron y respondio: en merced rescibo lo que me aueys mandado; sea assi. Y luego los dos començaron á hazer penitencia quatro dias; y luego encendieron fuego en el hogar, el cual era hecho en vna peña que agora llaman Teutezcalli. El dios llamado Tecuciztecatl todo lo que ofrecia era precioso; en lugar de ramos ofrecia plumas ricas, que se llaman quetzalli, y en lugar de pelotas de heno ofrecia pelotas de oro, y en lugar de espinas de maguey ofrecia espinas hechas de piedras preciosas, y en lugar de espinas ensangrentadas ofrecia espinas hechas de coral colorado, y el copal que ofrecia era muy bueno. Y el *buboso*, que se llamaba Nanaoatzin, en lugar de ramos ofrecia cañas verdes atadas de tres entre tres; todas ellas llegavan á nue-

ue; y ofrecia bolas de heno y espinas de maguey, y ensangrentaualas con su misma sangre, y en lugar de copal ofreçia *las postillas de las bubas*. A cada vno destos se les edifico vna torre como monte, en los mismos montes hizieron penitencia quatro noches. Agora se llaman estos montes Tzaqualli, estan ambos cabe el pueblo de sant juan que se llama Teuhtioacan. Desque se acabaron las cuatro noches de su penitencia luego echaron por ay los ramos y todo lo demas con que hicieron la penitençia. Esto se hizo al fin ó al remate de su penitençia. Quando la noche siguiente a la media noche auian de començar a hazer sus officios, antes vn poco de la media noche dieronle sus adereços al que se llamaua Tecuciztecatl. Dieron vn plumaje llamado aztacomitl y vna xaqueta de lienço, y al *buboso* que se llamaua Nanaoatzin, tocaronle la cabeça con papel que se llama amatzontli, y pusieronle vna estola de papel y vn mastli de papel, y llegada la media noche todos los dioses se pusieron en derredor del hogar que se llama teutexcalli. En este lugar ardio el fuego quatro dias. Ordenaronse los dichos dioses en dos rencles, vnos de la vna parte del fuego y otros de la otra y luego los dos sebredichos se pusieron delante del fuego las caras hazia el fuego en medio de las dos rencles de los dioses, los cuales todos estauan leuantados, y luego hablaron los dioses y dixeron á Tecuciztecatl: ea pues Tecuciztecatl, entra tu en el fuego. y el luego acometio para echarse en el fuego, y como el fuego era grande y estaua muy encendido, como sintio la gran calor del fuego vuo miedo y no oso echarse en el fuego y boluiose atras. Otra vez torno para echarse en el fuego, haziendose fuerça y llegandose detuuose no oso echarse en el fuego. Quatro vezes prouo pero nunca se oso echar. Estaua puesto mandamiento que no prouase mas de quatro veces. Desque vuo prouado quatro ueces los dioses luego hablaron a Nanaoatzin y dixeronle: ea pues Nanaoatzin prueua tu. y como le vuieron hablado los dioses el forçose y çerrando los ojos arremetio y echose en el fuego. y diz que luego vna aguila

entro en el fuego y tambien se quemo y por eso tiene las plumas hoscas ó negrestinas. A la postre entro vn tigre y no se quemo sino chacose (asi: ¿chamuscóse?), y por eso quedo manchado de negro y blanco. Deste lugar se tomo la costumbre de llamar a los hombres diestros en la guerra quanhtlo-celotl, y dizen primero quanhtli porque el aguila primero entro en el fuego, y dizese a la postre ocelotl, porque el tigre entro en el fuego a la postre del aguila. Despues que ambos se vuieron arrojado en el fuego y despues que se vuieron quemado los dioses se sentaron a esperar a que parte vendria a salir el nanaoa. Despues que estuuieron gran rato començose a parar colorado el cielo, y en toda parte aparesçio la luz del alua. Y dizen que despues desto los dioses se hincaron de rodillas para esperar adonde saldria Nanaoatzin hecho sol. A todas partes miraron boluiendose en rededor. Nunca acertaron a pensar ni á dezir a que parte saldria. En ninguna cosa se determinaron. Algunos pensaron que saldria de la parte del norte y pararonse a mirar hazia el. otros hazia mediodia, a todas partes sospecharon que auia de salir porque a todas partes auia resplandor del alua. Otros se pusieron a mirar hazia el oriente y dixeron: aqui desta parte a de salir el sol. El dicho destos fue verdadero. Dizen que los que miraron hazia el oriente fueron Quetzalcotl, que tambien se llama Ecatl, y otro que se llama Totec, y por otro nombre Anaoatlytecu, y por otro nombre Hatlauictezcatlipuca, y otros que se llaman Mimizcoa, que son innumerables, y quatro mujeres, la vna se llama Tiacapan, la otra Teicu: la tercera Tlacocoa, la cuarta Xocoiotl. Y quando vino a salir el sol parescio muy colorado, parescia que se contoneaua de vna parte a otra, nadie lo podia mirar porque quitaua la vista de los ojos. Resplandeçia y echaua rayos de si en gran manera, y sus rayos se derramaron por todas partes, y despues salio la luna en la misma parte del oriente a par del sol. Primero salio el sol y tras el salio la luna. Por la orden que entraron en el fuego por la misma salieron hechos sol y luna. Y dizen los

que cuentan fabulas o hablillas que tenian ygual luz con que alumbrauan. Y desque vieron los dioses que ygualmente resplandeçian, hablaronse otra vez y dixeron: O dioses como sera esto? Sera bien que bayan ambos a la par? Sera bien que ygualmente alumbren? Y los dioses dieron sentencia y dixeron. Sea desta manera, hagase desta manera. Y luego vno dellos fue corriendo y dio con un conejo en la cara á Tecuciztecatl, y escureciole la cara, y ofuscole el resplandor y quedo como agora esta su cara. Despues que vuieron salido ambos sobre la tierra estuuieron quedos sin mudarse de vn lugar el sol y la luna. Y los dioses otra vez se hablaron y dixeron. Como podemos viuir, no se menea el sol, emos de viuir entre los villanos? muramos todos y hagamosle que resucite por nuestra muerte. Y luego el ayre se encargo de matar a todos los dioses y matolos. Y dizese que vno llamado Xolotl, rehusaua la muerte y dixo a los dioses. O dioses no muera yo y lloraua en gran manera de suerte que se le hincharon los ojos de llorar. Y quando llego a el el que mataua, hecho a huyr y escondiose entre los mahizales y convirtiose en pie de mahiz que tiene dos cañas y los labradores le llaman xolotl. y fue visto y hallado entre los pies del mahiz. Otra vez hecho a huyr y se escondio entre los magueyes y convirtiose en maguey que tiene dos cuerpos, que se llama mexolotl. Otra vez fue visto y hecho a huyr, y metiose en el agua, y hizose pez que se llama axolotl, y de alli le tomaron y le mataron. Y dizen que aunque fueron muertos los dioses no por eso se movio el sol, y luego el viento començo a suflar y ventear reziamente y el le hizo mouer se para que anduuiese su camino, y despues que el sol començo a caminar la luna se estuuo queda, en el lugar donde estaua, despues que el sol començo la luna á andar, desta manera se desuiaron el vno del otro, y ansi salen en diversos tiempos, el sol dura un dia y la luna trabaja en la noche o alumbra en la noche, de aqui pareçe lo que se dice, que el Tecuciztecatl, auia de ser sol si primero se vuiera echado en el fuego porque el

primero fue nombrado y ofreçio cosas preciosas en su penitencia. Quando la luna se eclipsa parece casi escura, ennegrescese, parase hosca, luego se escuresce la tierra, quando esto acontesçe, las preñadas temian de abortar, tomauales gran temor que lo que tenian en el cuerpo se auia de boluer raton, y para remedio desto tomauan vn pedaço de iztli en la boca o ponianle en la cintura sobre el vientre y para que los niños que en el vientre estauan no saliesen sin beços o sin narizes o boquituertos o vizcos o porque no naciese monstruo. Los de Xaltoca, tenian por dios a la luna y la hazian particulares ofrendas y sacrificios—. ~ /.»

Quinto y último testimonio de la antigua existencia de las Bubas en el Nuevo Mundo, encontramos en un raro libro del insigne doctor y médico de cámara de Felipe II Francisco Hernandez, vertido al castellano ó impreso en Méjico en 1615 por el aragonés Fray Francisco Jimenez, hijo del convento de Santo Domingo de aquella ciudad. Refiere que doliéndole que anduviesen de mano en mano copias manuscritas en que malamente se habian alterado los preciosos trabajos latinos de Francisco Hernandez sobre la natural historia de las plantas y animales empleados por los indígenas de Nueva España para la curación de sus enfermedades, se decidió á enmendarlos, corregirlos y darlos á la estampa como obra útil para todo género de gente que vivia en estancias y pueblos do no habia médicos ni botica. Dice así la portada de este raro y precioso libro: «*Qvatro libros. De la naturaleza y virtudes de las plantas y animales que están receuidos en el vso de Medicina en la Nueva España, y la Methodo, y correccion, y preparacion que para administrallas se requiere, con lo que el Doctor Francisco Hernandez escribió en lengua latina etc.;*» y se lee al folio 111 lo que siguee:

«Cap. XXXIII. De la Nanahvapatli.—Nanahvapatli, que quiere dezir medezina de las bubas ó mal frances, que otros llaman Palancapatli, porque cura las llagas, es vna llerua que tiene las hojas con cierta aspereza, y de mal parecer,

largas, y como las de la pinoccla vulgar el tallo delgado, corto y redondo, y en lo más alto del lleua la flor como de mançanilla, la simiente es aguda y mordaz, la raíz larga y delgada y llena de hebras, críase en lugares templados, como lo son las tierras de Tepuztlan, es caliente y seca en el segundo grado, y de sabor amargo y oloroso, hecha polvos y polvoreados sobre las llagas podridas, las cura admirablemente, de lo qual como se adicho le vino el nombre, cura los que padecen melancolía, y á los mordidos de la serpiente llamada homorroes, y los de Panuco le llaman mahuaquitliquin, demas desto majada, y desecha en agua, ó en algun licor que sea propósito, y dada á bever quando, y como convenga, sana de todo punto la enfermedad que llaman mal frances, ó napolitano, consumiendo y exfalando todos los humores, llagas y tolondrones que suele aver en el cuerpo de los que padecen este mal, lo qual, consta mas claro que la misma luz del mediodía, *lo que atraido á muchos fatigados desta enfermedad de bubas, salió destas Indias occidentales, y de aquí se estendió y comunicó por diferentes prouincias y Reynos del mundo, pues acerca desta gente tiene esta enfermedad nombre propio y natural y antiguo, lo que no tienen las otras enfermedades ó muy pocas* (1).»

Por si alguna vez abrigáis el propósito de consultar ó de estudiar el singularísimo capítulo *De la Nanahvapatli* que acabo de leer, creo oportuno advertiros que tengáis presentes las siguientes líneas con que Francisco Ximenez puso fin y término á su libro, y que en gracia de su importancia perdonéis el inmenso descuido de su ortografía.

«Otras erratas hay en que discrepa el molde del original,

---

(1) Folio 111 de los quatro libros de la naturaleza y virtudes de las plantas, y animales que estan recauidos en el vso de medicina en la Nueua España, y la Methodo, y correccion, y preparacion, que para administrallas se requiere con lo que el Doctor Francisco Hernandez escrivio en lengua Latina. Mvy vtil etc., etc., por Francisco Ximenez, etc., Mexico 1615.

como es dezir, parias, auiendo de dezir pares y mestro, auiendo de dezir menstruo, y otros vocablos assi pero como no se muda sentencia por ser mala ortografía, no se a reparado en ello, mayormente esperando que aun las mayores perdonara el piadoso lector, y mas si sabe de Emprenta, que como es armonia de tantas pecezuelas, y no en todas ocassiones se hallan en estas partes oficiales tan limados como en Castilla, quando van á corregir vna letra se desuarata otra, y assi siempre ay faltas, y mayores las aura en lo que yo pussiere mano como tan lleno dellas. Reciue este seruicio con la voluntad que te lo ofrezco, que si lo hazes assi, vn memorial para la salud te ofrezco que se va acabando, obra muy ymportante para todo genero de gente; assi Religiosos como Españoles que viuen en pueblos de Yndios, dó no ay Medicos ni Botica donde acudir por el Remedio.—Finis.»

Me detiene para multiplicar el número de los testimonios de la existencia de las Bubas en el Nuevo Mundo antes de su descubrimiento por Colón, el siguiente especialísimo empeño: He creido á todas luces conveniente buscar para la prueba de mi primera tésis no sólo testigos de autoridad y respeto entre los historiadores, sino, por decirlo así, testigos de vista que hubieron de adquirir sus datos y fortificar sus creencias y sus afirmaciones en la universal conformidad de los pobladores indígenas de América.

Conocido este mi propósito y antes de que éntre en el estudio de la segunda y tercera tésis de este trabajo, otorgadme vuestro permiso para que en un pequeño y necesario descanso recuerde, deduzca, y resuma en breves frases la significación que legítimamente puede concederse á los testimonios recogidos en la laboriosa investigación filológica é histórica que acabo de hacer en libros esencialmente americanos dado su objeto y los pueblos en que se escribieron.

———

Los pobladores indígenas de las Américas anteriores al descubrimiento de estos lejanos países padecieron desde tiempo inmemorial la enfermedad de las Bubas:

Los indígenas americanos sufrían la enfermedad de las Bubas en los momentos en que conocieron y trataron á Colón y á sus compañeros:

Dicha enfermedad, á juzgar por los testimonios primeramente recogidos, se hallaba extendida entre los pobladores lo mismo de los inmensos archipiélagos que de los vastos continentes del Nuevo Mundo:

Los descubridores, misioneros y primeros naturalistas del Nuevo Mundo hallaron nominalmente inscripto este mal en todos los idiomas de los pueblos indígenas que tuvieron ocasion de estudiar:

A medida que dichos pueblos habían disfrutado, y disfrutaban en la época de la conquista de un grado de cultura y de poderío relativamente superior, la inscripción nominal de la referida enfermedad en los idiomas resultó copiosamente ampliada con la de sus formas ó manifestaciones morbosas más frecuentes y características:

Por esta razón, fundándose en los expuestos testimonios americanos, puede afirmarse que distinguieron las manifestaciones cutáneas propias de dicho mal, benignas y graves, circunscritas y generalizadas, discretas y confluentes, exantemáticas y profundas, ulcerosas y no ulcerosas, repugnantes y no repugnantes:

Puede afirmarse también que conocieron los procesos morbosos característicos del indicado mal que se realizan en el parénquima de los huesos, ó en las membranas que los cubren, marcando con claridad cuando estos procesos eran tan sólo dolorosos y cuando deformadores:

Que asimismo señalaron bien cuándo los procesos morbosos del mal en cuestión tenían su asiento en las coyunturas, cuando se realizaban en las espinillas de los huesos largos y cuándo en la superficie de los planos:

Que del propio modo señalaron el desarrollo de durujones ó exostosis en los huesos:

Que les era conocida la consunción que este mal acarrea algunas veces:

Que anotaron su carácter contagioso por contacto personal y directo, principalmente realizado en la intimidad de la unión sexual:

Que hicieron constar la variada benignidad ó la notoria malignidad de este padecimiento en razón de condiciones é influencias climatológicas:

Que mediante la rudimentaria experiencia que el corto desarrollo de su razón pudo permitirles, idearon para este mal el método curativo de la casi absoluta abstinencia de alimentos, que más tarde en Europa fué nombrado *Cura famis:*

Que de igual manera idearon, emplearon y dieron á conocer á sus conquistadores el método curativo de aquella dolencia por medio de los cocimientos de plantas y *leños sudoríficos:*

Que designaron con nombres que significaban *contrarias á esta enfermedad* á las plantas indígenas que, según su experiencia, mejor y más ventajosamente servían para combatirla:

Que tenían señaladas plausibles reglas de higiene para contribuir á su más pronta curación:

Que era unánime la concordancia de todos los pueblos americanos respecto de la certidumbre de los caracteres indicados:

Y por último, que resultó recogida la general y secular tradición de los pueblos americanos, y con ella plenamente comprobada la existencia y el conocimiento que de las Bubas tenían los indígenas pobladores de aquellas comarcas, por los preclaros y doctos varones españoles que desde los mismos territorios y pueblos primeramente descubiertos y conquistados acometieron la ardua y altísima empresa de

mostrar al viejo continente la cronología y la historia natural y medicinal de las entonces nombradas Indias occidentales, únicos testigos libres de toda excepción y plena y directamente enterados del asunto que he creido deber citar ahora en pro de mi primera tesis.

SEGUNDA TESIS.

Los que acompañaron á Colón en su primer viaje importaron al volver á Europa, entre los testimonios del descubrimiento del nuevo mundo, las Bubas: esta sucia y dolorosa mercadería como la llamó Pellicer el erudito anotador del *Quijote*.

TERCERA TESIS.

Con oportuna y envidiable puntualidad quedaron consignados el derrotero y el itinerario por donde las Bubas fueron conducidas desde España á Nápoles.

«Plugo ala diuina justicia de nos dar y embiar dolencias ignotas nunca vistas ni conocidas ni en los libros d' medicina halladas assi como fue esta enfermedad serpentina. La qual fue aparecida y vista en España: en el año del señor de mil y quatrocientos y nouenta y tres años enla ciudad de Barcelona: la qual ciudad fue inficionada y por consiguiente toda la europa y el vniverso de todas las partes sabidas y comunicables: el qual mal tuuo su origen y nacimiento de siempre enla ysla que agora es nombrada española: segun que por muy larga y cierta esperiencia se ha hallado. E como esta ysla fue descubierta y hallada por el almirante don Xrisptoual Colon, al presente teniendo platica y comunicacion con la gente d'lla. E como el de su

propia calidad sea contagioso facilmente seles apego: y luego fue vista en la propia armada. E como fuesse dolencia nunca por los españoles vista ni conoscida aunque sentian dolores y otros efetos de dicha enfermedad imponianlo alos trabajos d'la mar, o a otras causas segun que a cada vno les parecia Y al tiempo que el almirante don Xrisptoual colon llego á España estauan los reyes catholicos en la ciudad de barcelona. Y como les fuessen á dar cuenta de su viage y delo que auian descubierto, luego se empeço a enfecionar la ciudad y á se estender la dicha enfermedad, segun que adelante se vido por larga esperiencia: y como fuesse dolencia no conocida y tan espantosa los que la veyan acogianse á hacer mucho ayuno y deuociones y limosnas que nuestro señor los quisiesse guardar de caer en tal enfermedad. E luego el año siguiente de mil y quatrocientos y nouenta y quatro años. El xrispstianissimo rey carlos de francia que al presente reynaua, ayunto grandes gentes y passo en ytalia: *y al tiempo que por ella entró con su hueste yuan muchos españoles en ella inficionados desta enfermedad y luego se empeço á inficionar el real d'la dicha dolencia:* y los franceses como no sabian que era, pensaron que de los ayres de la tierra se les apegauan. Los franceses pusieronle mal de napoles. E los italianos y napolitanos como nunca de tal mal tuuiessen noticia pusieronle mal frances. y de alli adelante segun fue cundiendo assi le fueron imponiendo el nonbre cada vno segun que le parecia que la enfermedad traya su origen. En castilla le llamaron bubas y en portugal le impusieron mal de castilla: y en la india de portugal le llamaron los indios mal de los portugueses: los indios de la ysla Española antiguamente assi como aca deçimos bubas dolores y apostemas y vlceras: assi llaman ellos a esta enfermedad Guaynaras; y hipas, y taybas y iças. Yo le impongo morbo serpentino d'la ysla Española, por no salir del camino por donde el vniuerso le imponia cada vno el nombre que le parecia que la enfermedad traya de su principio; y por esto le pusieron los

franceses mal d' napoles y los ytalianos mal frances, y los Portugueses mal de Castilla: y los indios de arabia, persia y india mal de portugal: segun que ya es dicho: y en quanto imponer a esta enfermedad morbo serpentino, es por que segun su fealdad no hallo cosa a que mas naturalmente la pueda comparar que es ala sierpe: porque assi como la sierpe es animal feo y temeroso y espantoso assi esta enfermedad es fea y temerosa y espantosa: enfermedad graue que apostema y corrómpe la carne: y quiebra y podrece los huessos y corta y atrae los neruios: y por tanto le inpongo el tal nombre. E sabiendo yo que aqueste mal tuuo se origen desde tiempo antiguo en la ysla española, y que de alli salio su principio le impongo el tal nombre. Morbo serpentino de la ysla española. Porque della fue inficionado el vniuerso: no embargante que cada uno le podra llamar y imponer a esta enfermedad el nombre que quissiere: segun que todas las naciones del vniuerso han hecho: pero segun dice el galieno de los nombres no me curo: las intenciones curativas sean rectas y buenas.»

El texto que acabo de leeros pertenece al «*Tractado contra el mal serpentino: que vulgarmente en España es llamado bubas que fue ordenado enel ospital de todos los santos de Lisbona; fecho por ruy diaz de ysla.*» Este Tractado «*Fue impresso* (dice al final) *en la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla, en casa de Dominico de Robertis impressor de libros. —Acabose a veinte y siete de Setiembre año de* MDXXXIX.» Porque, en mi sentir, es exacto, copioso y ejemplarísimo testimonio de que los compañeros de Colón que por primera vez surcaron el Atlántico en busca de un nuevo derrotero por donde traer las ponderadas riquezas de la India, transportaron á Europa en Marzo de 1493 el pegajoso mal de las Bubas que les habían comunicado las accesibles mujeres de aquellas primeras lejanas islas por ellos descubiertas, deseo vivamente, si me alentáis con vuestra generosa y benévola aquiescencia, ensancharle con textos del mismo Ruy ó Rodrigo Díaz de Isla; confrontarle con algunas de las

afirmaciones estampadas en el diario de Colón en la parte que corresponde á la primera vuelta en que este navegante genovés trajo al viejo mundo las nuevas del descubrimiento de aquellas ignotas tierras y con algunos pasajes de los primeros cronistas é historiadores de Indias; concordarle con rasgos y caracteres que inmediatamente reconoció en las Bubas la ciencia europea de aquellos tiempos; y por fin glosarle con advertencias y razonamientos de común sentido y viva oportunidad que contribuyan á poner de relieve la verdad de todos sus extremos.

Por fortuna, que bien puede ser calificada de providencial, me es dado confirmar hoy el texto de Díaz de Isla que acabo de leeros, con las intencionadas ampliaciones hechas en la segunda edición de la obra de este insigne y celebrado médico estampada en Sevilla en 1542 y sobre todo con las afirmaciones primitivas que constan en el peregrino códice del mismo Díaz de Isla que la Biblioteca Nacional de esta corte posee y guarda como oro en paño. Quede sentada de una vez para siempre mi firme creencia de que este manuscrito fué para su autor en el trascurso del primer tercio del siglo XVI, núcleo y fondo de su celebrado trabajo. Me regocija, pues, que por tan singular como plausible coincidencia podamos, á tan larga distancia como nos ha tocado vivir de los tiempos de Díaz de Isla, conocer la primera formal traza de su libro dedicada al Rey D. Manuel de Portugal que murió en 1521, por lo cual debió ser y fué sin duda alguna escrita antes de dicho año; seguir dicha traza en los aumentos y posterior desarrollo á que obligó á su autor su propia y sucesiva experiencia; estimar las rectificaciones y variantes por él realizadas para mayor claridad, exactitud y perfección de la obra; presentir ó adivinar la amistosa confidencia, discreto consejo ó propio cauto parecer á que obedecieron algunas bien significativas supresión y enmienda: ver no sólo con cuanta fe se mantuvo firme en sus primeras históricas declaraciones, sino, lo que es más de admirar, cómo las robusteció con recuerdos, fra-

ses y conceptos de clara significación y bien calculado propósito, y en fin por todas partes y en todos los momentos, merced á la graduada y perseverante firmeza de sus convicciones y á la involuntaria y repetida confesión de su amantísimo respeto á la verdad, encontrar testimonios de su diligencia y buena fe perfectas.

Como muestra y aseveración adelantadas y prontas de su creencia de que el mal era y procedía de los naturales de las primeras islas descubiertas por Colón, y singularmente de los que habitaban la Española, encuentro, por decirlo así, en vanguardia, el título del códice del mismo Díaz de Isla, anteriormente citado, que á la letra es como sigue: «*Tratado llamado Fruto de todos los santos* CONTRA EL MAL DE LA YSLA ESPAÑOLA *hecho por maestre Rodrigo de Isla cirujano vezino de lisboa para comun e general provecho de los pacientes Enfermos de la semejante Enfermedad que vulgarmente es llamada Bubas.*» Estando nutrido su libro de enseñanzas, preceptos y prácticas que para la cura de aquella dolencia habían alcanzado experimental y victoriosa sanción en las enfermerías especiales del hospital de todos los Santos de Lisboa, fué natural y lógico que le titulara en primer término, *Fruto de todos los Santos;* y abrigando aquel insigne Cirujano inquebrantable convencimiento de que las Bubas eran y procedian de los indígenas de la isla Quizquella ó de Haití, á que sus descubridores pusieron el nombre de Española, resulta también racional y justo que Díaz de Isla completara inmediatamente, sin tardanza ni interrupción alguna, el título de su libro anunciando que aquel fruto de todos los santos lo era CONTRA EL MAL DE LA ISLA ESPAÑOLA. A la postre, y para que no cupiese duda respecto de cual era el mal de la isla Española á que su libro se referia, incluye en aquel título la confirmatoria advertencia de que *vulgarmente dicho mal era nombrado Bubas.* No pudo, por lo tanto, anunciar antes que en la portada de su primitivo manuscrito ni tampoco con más vigorosa sencillez que en la forma en que lo hizo su creencia de que las

Bubas eran originarias y procedían de la isla Española. Sin embargo, confrontando este título inédito con el de la primera edición de su libro, surgen, como sin duda alguna surgirán instantáneamente en vuestro ánimo, dudas que no deben quedar sin cumplida satisfacción y respuesta. ¿Por qué no conservó íntegro el nombre que primeramente había ideado para su libro? ¿Por qué suprimió lo que tenía históricamente importancia esencial y determinativa, sustituyéndolo con la antojadiza y caprichosa denominación de *Tratado contra el mal serpentino*? ¿Qué fué, pues, de la seguridad, de la arraigada firmeza de las creencias de nuestro autor, y qué significa que las consignase resueltamente en la portada de su manuscrito si, con medroso recogimiento, las debilitó más adelante relegándolas al fondo de la obra como quien recela y huye de mostrarlas tan pronto y tan al descubierto? Podría formular nuevas dudas, y me detendría á ensayar ahora alguna disculpa y alguna explicación satisfactorias en favor de Díaz de Isla, si el fundamento de aquellas no hubiese resultado, en definitiva, un breve y pasajero silencio, como lo comprueba el siguiente precioso testimonio del mismo cirujano, en el cual tornó sincera y francamente, con mayor autoridad, significación y valentía, á la primitiva y avanzada afirmación de sus creencias: «*Tratado llamado fruto de todos los Santos: contra el mal Serpentino*, VENIDO DE LA YSLA ESPAÑOLA, *hecho y ordenado en el grande y famoso hospital de Todos los Santos de la insigne y muy nombrada ciudad de Lisboa. Por el muy famoso maestro Ruy diaz de ysla. Vecino de la nombrada y gran ciudad de Sevilla.*» Se terminó en Sevilla la impresión de este tratado á 28 de Noviembre de 1542, es decir, tres años y dos meses más tarde que lo había sido la primera. Esos tres años y dos meses fueron tiempo sobrado para que Díaz de Isla comprendiese la desventurada inconveniencia de las supresiones hechas en la portada de su libro y se aprestase á rehabilitarlas en toda su plenitud; *contra el mal Serpentino* VENIDO DE LA ISLA ESPAÑOLA, dice, y muestra de este modo con

harta claridad, que conservaba íntegras ó inmutables sus primeras creencias históricas sobre la procedencia de las Bubas.

En el considerable número de libros y folletos referentes á este mal publicados en toda Europa en los últimos años del siglo XV y en la primera mitad del XVI que he tenido ocasión de examinar, no he encontrado otro con título tan resueltamente afirmativo de su origen americano, como el del códice de Díaz de Isla y el de la segunda edición de su obra. Pronto veremos que para tanto le asistía razón, puesto que fué testigo libre de todo género de tachas y singularmente abonado para las declaraciones históricas que confirmó en el cuerpo de su escrito.

Ampliación y nuevo y perentorio sostén de lo dicho en el fragmento de Díaz de Isla que me sirve de testimonio para probar el trasporte de las Bubas á Europa en 1493 desde los remotos países descubiertos por Colón, presenta el mismo Díaz de Isla en el «*Capitulo trezeno de todas las dubdas que se pueden ofrescer al que leyere esta obra en el entendimiento della*,» que comienza en la primera cara del folio 63 de la primera edición de su libro. Dice asi:

«En el capitulo primero se dice cómo este mal vino de la ysla española, y muchos dudan en ello y tienen que en la hueste del Rey Carlos de Francia el año de mil y cccxciiij alli fue aparecida primero y sobre esto assaz tengo dicho en el mismo capitulo, mas quiero poner una razon pa que entre discretos se vea claro y digo assi quel año de Mdiiij me fue dada por scrito toda la cura que los indios fazian pa esta enfermedad segun que yo la tengo scripto assi con el guayacan como con el mapuan como con la tuna: pues si la cura ordenadamente con que la enfermedad se remedia y sana tenia aquella gente bruta puesta en razon, siguese que largos tiempos antes se cursava entre ellos la enfermedad que tenian graduado assi el tomar del agua como la dieta como el termino que se han de guardar de las mugeres, como el resguardo del agua y del ayre, que en verdad que desde que

esta enfermedad anda entre nosotros ninguna cosa de estas vi fasta hoy graduada ni tampoco el mercurio ni el vino ni nuestras complexiones hasta hoy he visto scritura por orden por donde claramente se aya hallado la cura desta enfermedad assi entre cristianos como entre moros y gentiles de todas las partes comunicables: pues como aquella gente siendo la mas insensible que nunca se ha visto tenian toda su cura sabida y graduada: de donde esta claro que por que la enfermedad de siempre reynava entre ellos por eso se sabia la cura como personas que la enfermedad tenian muy cursada: por que si asi no fuera otras muchas generaciones muy mas sabias que ellos fallaran la cura pa esta enfermedad por las quales razones todas erroneas que se pueden tener cerca de lo susodicho pueden cesar: porque de todo tengo larga esperiencia *que he curado personas que la tuvieron en la dicha armada y cure personas que adolecieron en Barcelona* y muchas aprovaciones podria dezir las quales cesan: por que assaz me parece que basta pa que se vea y quien mas quisiere lea en el capitulo de la cura del palo que ay allara mas particularidades.»

La carta de naturaleza haitiana de las Bubas, y la narración de su trasporte á Europa, quedaron singularmente confirmadas con lo dicho en el párrafo que acabo de leeros; pero, las objeciones y los reparos de los que tenían distintas creencias hubieron de crecer y multiplicarse á medida que la prueba en contra de su sentir era más acabada y completa, ingiriéronse, por lo tanto, entre las afirmaciones de nuestro escritor para desvirtuarlas y combatirlas. Tal fué sin duda la razón de las nuevas é intencionadas afirmaciones que Díaz de Isla interpuso en los últimos renglones del párrafo que acabo de copiar, al reemprimir su obra en 1542. Con dichas interposiciones forma y constituye complementaria y á la vez perfeccionada prueba de las creencias de Díaz de Isla respecto del origen y procedencia de las Bubas. Hé aquí el párrafo en cuestión tal y como se lee al folio 76 de los ejemplares impresos en 1542: «*por que de*

todo tengo larga experiencia que cure personas que la tuvieron en la dicha armada PRIMERA QUE SE HIZO QUANDO DESCUBRIERON ESTA TIERRA EN QUE VINIERON HARTAS PERSONAS CON ELLAS *y cure personas que adolescieron en Barcelona* ANTES QUE EL REY CARLOS DE FRANCIA PASSASE Á NÁPOLES, *y otras muchas aprovaciones podriamos decir: las cuales cessan.»* Si las frases que añadió Díaz de Isla y que acabáis de oir no desarmaron á los adversarios de su opinión no ha de achacarse á falta de claridad, desnuda franqueza y expresivo valimiento que en ellas resplandecen, sino á sobra de amor propio y de ciego y apasionado cariño á los errores que, cualquiera que sea su magnitud, llegan á dominar á nuestro espíritu.

Son muchas las citas de Díaz de Isla esparcidas por su libro con que todavía podría ampliar la narración antes copiada, empero, para no incurrir en la tacha de impertinente y molesto para quienes tan complacientes se muestran conmigo, quiero tan sólo aducir una cita más por su significativa y excepcional importancia en el asunto histórico de que en este momento estoy tratando, recomendándoos antes con todo encarecimiento el estudio y consulta de los libros de Díaz de Isla, para que podáis fijar definitivamente vuestras creencias, puesto que son rico tesoro de noticias, frases y juicios confirmatorios de su opinión, que por su extensión y número no caben en el presente escrito. Veamos ahora la cita de que he hecho anticipado recuerdo en gracia de su especialísima importancia. La exacta narración de nuestro cirujano que sirve de fundamento y testimonio de mis creencias por lo que al origen é importación haitiana de las Bubas se refiere, tiene en el manuscrito de este autor alguna noticia que no se dió á la estampa quizá por dictamen de los Protomédicos que vieron el libro, dieron cerca de él su parecer y en algunas cosas le enmendaron, ó por otras razones que no pretendo adivinar. Dice así: «... *segun que por muy larga y cierta esperiencia se ha hallado, y como esta ysla fuese descubierta y hallada*

por El Almirante Dom Cristoual Colon al presente teniendo platica y comunicacion en las yndias Como el de su propia çalidad sea contagioso, facilmente se les apego E luego fue visto em la propia armada EM HUN PILOTO DE PALOS QUE SE LLAMAVA PINÇON Y EN OTROS QUE EL DICHO MAL FUE PROSIGUIENDO. *E como fuese dolencia encubierta nunca vista...*» Haced caso omiso de alguna pequeña variante de palabras que se nota entre el fragmento que acabo de reproducir y la parte correspondiente del que antes he leido, para fijaros de lleno y estimar en todo su legítimo valor, las en extremo singulares y recónditas noticias de que luego FUERON VISTAS LAS BUBAS EN UN PILOTO DE PALOS QUE SE LLAMABA PINÇON Y EN OTROS QUE EL DICHO MAL FUE PROSIGUIENDO. A mi juicio argüiría comezón de genio y caracter descontentadizos, la del que pidiese nuevos y más íntimos detalles, más armonioso enlace y mayor ilación lógica de hechos históricos que los que resultan en los que vamos estudiando.

Veamos si del propio modo que la narración de Díaz de Isla aparece enriquecida con frases y conceptos exclusivamente suyos, se confronta y hermana también con algunas de las afirmaciones estampadas en el diario de Colón y con pasajes de los primeros cronistas é historiadores de Indias.

«E como fuesse dolencia nunca por los españoles vista ni conoscida aunque sentian dolores y otros efectos de la dicha enfermedad *imponian lo a los trabajos de la mar*, o a otras causas segun que a cada uno les parecia. Y *al tiempo que el almirante don Xrisptoval colon llego a España estaban los reyes catholicos en la ciudad de barcelona.*»

Sin expresamente afirmarlo, las palabras *imponian lo á los trabajos de la mar*, implican un hecho histórico positivo narrado en el diario de Colón con la sencillez encantadora que la verdad lleva en sí misma. Se refieren, no á las faenas ordinarias de la vida marinera, sino á las extraordinarias, en extremo fatigosas y violentas y de todo punto aflictivas de que se da cuenta minuciosa en aquel venerado

documento á partir del 12 de Febrero de 1493 hasta la noche del 23 al 24 del mismo y en los dias 3 y 4 del siguiente mes de Marzo del propio año. No he de incurrir en la indiscreción, ó mejor dicho, en el abuso de leeros el texto del diario de Colón que á dichos dias se refiere para que resalte desde luego la perfecta exactitud que existe entre lo que Díaz de Isla afirmó con ejemplar laconismo en su libro, y Colón dejó consignado para siempre con detalles en su diario. Ha de bastar esta indicación para que los que deseen confrontación más minuciosa puedan encontrarla en el estudio comparativo de ambos documentos.

El día 15 de Marzo de 1493 cerró Colón el diario de su primer viaje diciendo «que acababa agora esta escriptura *salvo que estaba de proposito de ir á Barcelona por la mar, en la cual ciudad le daban nuevas que sus Altezas estaban.*» Recordando lo que he leido últimamente de Díaz de Isla, observaréis en el acto cuán conforme se halla con las noticias de Colón. «Y al tiempo que el almirante don Xrisptoval colon llego a España estaban los reyes catholicos en la ciudad de Barcelona.» Tal vez os parezcan estas confrontaciones alejadas y aun ajenas á mi principal propósito; pero no creo deber prescindir de ellas porque demuestran que en el testimonio de Díaz de Isla que he escogido para probar la importación de las Bubas desde los primeros lejanos países descubiertos al Occidente de Europa por Colón en 1493, resplandece y brilla por todas partes la más rigorosa exactitud histórica.

En los propios hechos que dejo indicados concuerda también el primer cronista de Indias Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, como aparece de los textos de la Historia general y natural de las Indias, etc., que anteriormente me he permitido leer y que para no cansaros no reproduzco ahora. Debo, sin embargo, recordar de propósito deliberado otras afirmaciones del referido primer cronista de Indias, porque se ajustan con exactitud á las contenidas en el relato de Díaz de Isla. Dijo aquel diligente historiador en el

capítulo III del libro II de su *Historia general y natural de las Indias*, pág. 50 de la edición anteriormente citada: «Padescieron mas estos chripstianos, primeros pobladores desta isla, mucho trabajo con las niguas, e muy crueles dolores é passion del mal de las buas (porque el origen de ellas son las Indias), é digo bien las Indias; *assi por la tierra donde tan natural es esta dolencia, como por las indias mugeres destas partes. Por cuya comunicacion passó esta plaga* Á ALGUNOS DE LOS PRIMEROS ESPAÑOLES QUE CON EL ALMIRANTE VINIERON A DESCOBRIR ESTAS TIERRAS, *por que como es mal contagioso pudo ser muy posible. Y destos despues de tornados en España e aver sembrado en ella tal enfermedad de ahy passo á Italia y otras partes como adelante diré.*»

Díaz de Isla, en su primera narración impresa que hace unos momentos os he leido, escribe: «el qual mal tuuo su origen y nacimiento de siempre en la ysla que agora es nombrada española: segun que por muy larga y cierta esperiencia se ha hallado. E como esta ysla fue descubierta y hallada por el almirante don Xrisptoual Colon, al presente teniendo platica y comunicacion con la gente d'lla. *E como el de su propia calidad sea contagioso facilmente seles apego: y luego fue vista en la propia armada.*»

Olvidad, si así os place, la diversa composición literaria de los fragmentos de Oviedo y Díaz de Isla que acabo de leeros; pero respetando los hechos con ella revelados, confesad después si sobre determinado asunto histórico sería fácil encontrar en menos trecho mayor y más sorprendente avenencia. Que el mal era de la isla de Haiti; que le padecían las gentes de aquella isla; que era contagioso; que la isla de Haiti fué descubierta por Colón; que teniendo plática y *comunicación* (la misma palabra) con la gente de ella, pasó esta plaga á los primeros españoles que con el almirante fueron á descubrir dichas tierras; que estos la importaron á España, etc., etc. ¡Qué admirable conformidad! Y cuenta, señores, que me es fácil graduar la exactitud é

importancia de esta concordia aprovechando ampliaciones que en nada se apartan ni en concepto alguno contrarían el testimonio por mí preferido para admitir y demostrar la procedencia haitiana de las Bubas. Seguramente que resuenan aún en vuestros oídos y viven en vuestra memoria aquellas palabras del folio 76 de la segunda impresión del libro de Díaz de Isla que recientemente he tenido la honra de leeros, y que con tan rara fortuna completaron su peregrino relato: « por que de todo tengo larga experiencia que cure personas *que la tuvieron en la dicha armada* PRIMERA QUE SE HIZO QUANDO DESCUBRIERON ESTA TIERRA *en que vinieron hasta personas con ellas y cure* PERSONAS QUE ADOLESCIERON EN BARCELONA ANTES QUE EL REY CARLOS DE FRANCIA PASSASE A NAPOLES, *y otras* aprovaciones podriamos decir: las cuales cessan.»

Que los compañeros de Colón en el descubrimiento del Nuevo Mundo trajeron las Bubas desde la isla de Haiti á España, y que sembraron este mal en Barcelona, queda plena y victoriosamente comprobado con los textos de que os he dado cuenta. Los adversarios de mi opinión podrán, sin embargo, advertirme, y seguramente me advertirán, que mi creencia peca de voluntariosa y arriesgada, puesto que guardo silencio sobre los inmensos vacíos que se notan en la misma historia. Las islas Azores, Lisboa, Bayona, Palos, Sevilla y los numerosos pueblos y ciudades que recorrió después el Almirante hasta llegar á Barcelona, ¿no hubieran de una ó de otra manera significado la presencia de este nuevo y extraño huésped anticipándose á la ciudad condal, que por inflexible ley de sucesión cronológica debió participar de tal suceso en último y bien retrasado término, en vez de aparecer, como aparece, en lugar de preferente y adelantada prioridad? La observación, á primera vista voluminosa y grande, es ciertamente justa; por cuya razón de buena voluntad quiero contestarla ahora, puesto que no sólo no disloca ni perturba mi actual tarea, sino que, por el contrario, engranándose en ella con notoria oportunidad,

la mejora y completa, dando motivo á mayor corrección y exactitud histórica.

En el *Diario* de Colón se explica de tal modo y con tales detalles cuál fué el trato que hubo entre los marineros de la *Niña* y los habitantes de las Azores y de Lisboa, que basta su lectura para convencerse de que no pudieron comunicar las Bubas ni á unos ni á otros. En las Azores retuvieron y guardaron astutamente á los primeros marinos que bajaron á tierra, y apresaron traidoramente á los que lo hicieron después en el acto de cumplir ruda penitencia ofrecida en desesperados instantes de las recientes borrascas, y hasta el momento de su restitución á la carabela los custodiaron á todos con rigoroso aislamiento, como rica presa de guerra. Por este linaje de comunicación y áspero trato bien se puede afirmar, sin riesgo de equivocarse, que no se encauzaron jamás las Bubas para su contagio y germinadora multiplicación; siendo por lo mismo lógico deducir que en tal período histórico no pudieron los compañeros de Colón trasmitirlas á los habitantes de las Azores. En el segundo, los ya escarmentados y por lo mismo recelosos compañeros del Almirante que anclaron su nave en despoblado á larga distancia de Lisboa por temor á traidoras sorpresas, hubieron de guardar fielmente, según órdenes de su experto capitán, y cual se lo aconsejaba reciente y dolorosa prueba, desconfianza tan cautelosa y fundada, que tampoco fueron posibles con los moradores de la corte lusitana los descuidados y amorosos lazos en que, salvo excepciones rarísimas, tiene lugar la trasmisión de las Bubas; de modo que también es justo olvidar esta segunda escala, que si realmente lo fué del trabajoso regreso del Almirante á Europa, no debe figurar como tal para la primera importación del contagio haitiano objeto de esta memoria.

En Bayona, no la ciudad francesa del golfo de Gascuña, como han creido equivocadamente algunos escritores extranjeros, sino la pequeña aldea de dicho nombre situada en la embocadura de la ría de Vigo, adonde, arrastrada por

los vientos, surgió la *Pinta*, mandada por Martín Pinzón, no pudieron los compañeros de éste comunicar las Bubas porque no había prostitución mercenaria, que es siempre el activo elemento propagador de aquel mal. Y si por acaso en los dos ó tres días que pudo permanecer en Bayona la *Pinta* satisfizo los carnales apetitos de sus marineros alguna ramera desperdigada, de seguro careció del extenso, continuo y frecuente trato necesario para la rápida multiplicación germinadora de las Bubas, que sólo halla abonado y fecundo vehículo en la repugnante y por desgracia nutrida prostitución de las grandes poblaciones.

Por igual razón debió suceder lo propio en Palos, que, sin embargo de la activa y gloriosa parte que sus hijos tuvieron en el descubrimiento del Nuevo Mundo, era, aunque con título de villa, un pequeño y humilde pueblo de la provincia de Huelva, situado no lejos del mar, sobre la margen izquierda del Riotinto, cuando éste se aproxima á la ría de Huelva en que desemboca. No podía haber en tan oscuro como mísero y apartado pueblo la numerosa y frecuentada prostitución pública que con tan triste hado propaga y multiplica el contagio buboso. Sin embargo, el estudio de algunas circunstancias que casual y momentáneamente existieron en dicho pueblo me lleva á pensar que en sus habitantes pudieron por acaso prender las Bubas importadas por los marineros de la *Pinta* y de la *Niña*, y extinguirse después dentro de sus silenciosas viviendas sin ulterior propagación y sin que quedara contrastada su novedad por las mínimas y oscuras proporciones de este hecho y por la atrasada cultura del país que, á no dudarlo, carecía de todo linaje de gentes peritas en medicina. Hé aquí las circunstancias que me conducen á aquella sospecha. La *Niña*, que había tenido graves averías en la tormenta que sufrió frente de Lisboa, estaba naturalmente necesitada de reparaciones que exigirían algún tiempo: los marineros de ambas carabelas eran en su mayor parte de Palos, donde residían sus familias, y es natural que en el

seno de estas quisieran descansar de los duros trabajos soportados por ellos, sobre todo en su regreso á Europa, narrando con satisfecho contentamiento las maravillas de su antes pavorosa y ahora heroica y triunfante empresa: no dejarían de concurrir á la Rábida en muestra de gratitud y quizás en demanda de protección y recompensa á su prior Fray Juan Pérez de Marchena, que los había despedido con sus fervorosas bendiciones al comenzar aquel temido viaje en la madrugada del 3 de Agosto de 1492: se hallaban obligados á cumplir comunes votos de penitencia en Nuestra Señora de la Cinta, y por último, los conservaría, como sin duda alguna los conservó reunidos, el declarado propósito de Colón de ir pronto por mar á Barcelona á dar cuenta á los Reyes del éxito venturoso de su empresa.

Deducida con rigorosa fuerza lógica de las noticias expuestas la casi unánime permanencia de los marineros de la *Pinta* y de la *Niña* en Palos, me autoriza para pensar que se dilató dicha permanencia próximamente quince días, esta afirmación del puntualísimo y erudito analista de Sevilla D. Diego Ortíz de Zúñiga: «*A los principios del mes de Abril, entró en Sevilla D. Christoval Colon, que de su primer descubrimiento de las Indias, avia* SURGIDO *en el Rio de Palos y aqui*» (1). Afirma el mismo hecho de la entrada de Colón en Sevilla el cura de los Palacios, aunque adelantando en algunas horas el día en que tuvo lugar y precisándolo con mayores detalles. «... *e entró en Sevilla con mucha honra a 31 dias de Marzo, Domingo de Ramos, bien provada su intencion donde le fue fecho buen recivimiento*» (2). Ahora bien; todos los compañeros de Colón estu-

(1) Véase *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla*, por D. Diego Ortíz de Zúñiga. Madrid, Imprenta Real, 1677.

(2) Véase la página 277 del tomo I de la *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*. Crónica inédita del siglo XV, escrita por el bachiller Andrés Bernáldez, cura que fué de los Palacios. Granada, imprenta y librería de D. José María Zamora, 1856.

vieron reunidos en Palos próximamente quince días; es evidente que allí existieron condiciones y circunstancias abonadas para la trasmisión del mal haitiano de que eran portadores, siquiera deban reconocerse, como anteriormente he apuntado, razones de gran peso y valía para negar el conocimiento de dicho mal y la difusión propagadora é incesante de aquel contagio, hechos que se ajustan y concuerdan espontáneamente con el silencio de la historia.

Las Bubas fueron trasportadas desde Palos á Sevilla en las mismas carabelas y por los propios marineros que acompañaron á Colón en el descubrimiento del Nuevo Mundo. Cuando por primera vez, hace veinte años, sostuve esta tesis sin dato ni testimonio alguno histórico, anuncié *que colocaba mi dictamen sobre este punto en el grado de anticipada certidumbre*, añadiendo *que esperaba con fe profunda el día feliz en que algún erudito investigador escribiese mi opinión irrevocablemente autorizada con legítimos testimonios históricos sacados del cuantioso y desconocido tesoro de los archivos de la ciudad de San Fernando.* La luz no es todavía completa; pero las coincidencias, nuevos datos y hechos históricos referentes al asunto permiten una vehementísima sospecha, una verdadera certidumbre anticipada.

Declaró en Sevilla Hierónimo de Herrera en precioso documento inédito, de que dí cuenta en las páginas 814 y 815 del número 363 de *El Siglo Médico,* correspondiente al 16 de Diciembre de 1866 que «*desta opinion* (la de que las Bubas habían venido del Nuevo-Mundo) *á nazido el llamarla algunos sarampion de las indias,*» hecho aseverado también por el sevillano Nicolás Monardes en la página 11 de la *Primera, segunda y terceras partes de la Historia Medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales, que sirven en Medicina, etc.*, impresas en Sevilla en 1580.

Coinciden con este singularísimo, apropiado y honesto nombre que la gente sevillana dió á las Bubas en los últimos años del siglo XV y primeros del XVI, inspirándose en el co-

nocimiento que tenía de la procedencia indiana de este mal, los testimonios históricos de su pronta y extensa propagación en aquella ciudad, que insertó en las páginas 57 y 58 de los *Anales epidémicos* de la misma su cronista, D. José Velazquez y Sanchez. «El primero, dice dicho cronista, es de 1497 y lleva al margen esta nota:—«*saca de test.º para el jurado diego de guzman.*»—Hé aquí su tenor: «*dixo el jurado diego de guzman en como su merced bien sabe que de la mancebía donde estan las mugeres pecadoras é del meson de juan davila sacaronsse dias atras las que padesçian el mal que* AGORA *corre é dizen de bubas, é á su notiçia ha venido que muchas otras de las dichas mugeres de la sobredicha casa é dotros mesones della son infiçionadas deste mal* NUEVO *é de como assi lo declara é denunçia á la Çiudad en descargo de su conçiençia e por que no siga tan gran daño pidio testimonio. Acordose que la diputacion de la mançebía con los dotores que menester fuesse lo vean é entiendan en poner mano en ello recoxiendo á las tales mugeres bubosas en el ospital de sant Salvador.*»—Corresponde el segundo al año de 1498, consignándose en él explícitamente que el contagio haitiano había alcanzado grandes proporciones, por lo cual se intentó poco menos que secuestrar á los bubosos, albergándolos en los sub-urbanos, solitarios y apartados hospitales de San Antón y de San Lázaro. Dice así el referido testimonio: «*dixo luis mendez portocarrero veintiquatro del cabildo é señor de palma como en nombre de la Çiudad é por su mandado platicó luengamente con el manpastor de señor san laçaro é hermano mayoral de sant Anton en razon de los enfermos de bubas que tanto acreçen en la tierra é le fué dicho que los tales enfermos no se podian reçebir ni en sant laçaro ni en sant Anton por sus privilexios e catando que su mal era á tal guisa que no venia bien con el mal que se curaba en dichos ospitales segun lo contenian sus ordenanzas. Todos en que se llame á cabildo para ver este negocio con el interes del caso y expresso encargamento.*»

Algunos otros curiosísimos documentos históricos de inmediata proximidad por sus fechas á los que acabo de leeros podría añadir ahora para que os persuadiérais de la novedad de las Bubas y de su progresiva creciente trasmisión á los moradores de Sevilla en los últimos años del siglo xv si no me atajara irresistiblemente el deseo de recordaros un texto de Las Casas, que afirma con trasparente y cauteloso artificio dicha importación por los compañeros de Colón en el primer viaje de regreso del descubrimiento de las Indias. Acordaos bien: «Dos cosas hobo y hay en esta Isla, que en los principios fueron á los españoles muy penosas: la una es la enfermedad de las bubas, que en Italia llaman el mal frances: esta sepan por verdad, que fué desta Isla, *o cuando los primeros indios fueron, cuando volvió el Almirante D. Cristóbal Colom con las nuevas del descubrimiento de estas Indias los cuales yo luego vide en Sevilla, y estos las pudieron pegar en España, inficionando el aire o por otra via o cuando fueron algunos españoles ya con el mal dellas en los primeros tornaviages á Castilla, y esto pudo ser el año de 1494 hasta el de 96.*» No ha de seros difícil, estudiando este párrafo de Bartolomé de las Casas, descubrir á través de su urdimbre y mañosa textura la realidad de la importación indiana de las Bubas á Sevilla en Abril de 1493, no obstante que el sagaz y cauteloso historiador no lo consigna en su escrito de una manera franca y directa. Los indios que Colón trajo en su primer viaje, ¿cómo hubieran podido pegar las Bubas en España y en Sevilla, donde los vió Las Casas, inficionando el aire ó por otra vía, si no hubieran llevado consigo este mal? Los términos del dilema adquieren en esta interrogación inflexibilidad matemática y elevan á Bartolomé de las Casas á la categoría de intachable testigo de aquel hecho histórico. El estudio de tantos y tan desconocidos documentos como existen en los archivos de Sevilla, confirmará sin duda alguna plenísimamente mi creencia.

La permanencia de Colón y de sus compañeros en Se-

villa fué mucho más larga de lo que los historiadores afirman. A este propósito y al de su viaje por tierra á Barcelona, será oportuno que recuerde lo que escribí en mi libro *La Sifilis y las enfermedades que se han confundido con ella*. Hé aquí dicho texto: «Hernando Colón y los que le han seguido en la noble tarea de escribir la historia de la vida y viajes de su padre, refieren con las galas más brillantes del lenguaje, la admiración y el entusiasmo con que era saludado en los caminos y recibido en las poblaciones por donde verificó su marcha desde Sevilla á Barcelona. Y, sin embargo, el severo estudio de la historia del célebre genovés á que me ha obligado mi firmísimo propósito de trazar nuevo y completo el derrotero de la sífilis desde Haiti hasta Palos, y su itinerario desde este pequeño pueblo á Nápoles, me ha sugerido tales y tan concluyentes reflexiones contra aquella marcha de Colón por tierra, que, muy á pesar mio, me veo obligado á rechazarla como supuesta y destituida hasta del más leve fundamento. Bien conozco que el examen de éste, como el de otros puntos análogos que ya he tocado en páginas anteriores, obtendrá mayor extensión y más importancia de las que buena y legítimamente debe concedérsele en un escrito científico como lo es el actual; pero, sobre que no es culpa mía que aún se encuentren sin aclarar semejantes hechos, mis lectores sabrán dispensarme el tiempo que me entretenga en aquel examen, porque no de otra manera podrá concluir de una vez y para siempre la vacilación continua, la incertidumbre penosa que ha rodeado y rodea á esta parte de la aún no intentada, pero por demás importantísima historia de la sífilis.—Nótase desde luego en el relato de Hernando Colón la falta absoluta de detalles respecto del día en que su padre comenzó y terminó aquella travesía, y acerca de las poblaciones por donde lo verificó; circunstancias que no se acierta á comprender hubieran quedado apuntadas en la historia en términos tan generales y vagos, convirtiéndose, como se hubiera convertido semejante travesía, en el pri-

mero, más unánime y más grande testimonio de homenaje al triunfo de Colón, y en timbre de gloria para cada una de las poblaciones que hubieran tenido la dicha de albergar en su seno á aquel genio. Este pensamiento, sin embargo, afectaría poco á la verdad de aquel relato, si dentro de él no existiesen condiciones con las cuales, no sólo es incompatible la exactitud, sino que es muy dudosa, que es muy difícil la posibilidad. Se desprende de su contexto que el Almirante, siquiera fuesen pocos, permaneció, primero en Palos y después en Sevilla, algunos días; y expresándose en él terminantemente que entró el 15 de Marzo en el primer punto, y que *llegó en fin á Barcelona á mediados del mes de Abril*, es claro que se considera realizó aquella marcha de más de doscientas leguas, sin tropiezo ni descanso alguno, en veinte, ó á lo más, veinticuatro días; lo cual raya casi en lo imposible, aun suponiendo larguísimas y violentas jornadas, no sólo por las incultas y agrestes veredas que entonces constituían los únicos caminos de España, sino también por tantos ásperos y montañosos terrenos que hubiera tenido que atravesar para realizar aquel viaje.—Todavía las anteriores graves reflexiones ajustadas al relato de Hernando Colón no me decidirían á rechazar la certidumbre de la marcha de su padre por tierra desde Sevilla á Barcelona, sin la existencia de ciertos datos históricos que no se concilian con este pretendido camino.—Anteriormente dejo anotadas las palabras de D. Diego Ortíz de Zúñiga, en que tan diligente historiador señala como época precisa de la entrada de Colón en Sevilla los primeros días del mes de Abril de 1493, y á partir de este importante dato y en perfecta conformidad con él, debe considerarse que se prolongó su permanencia en aquella ciudad populosa por algún tiempo, si hemos de dar el justo crédito que se merecen á los historiadores que afirman, con acuerdo unánime, que allí recibió la *carta mensajera* que los Reyes le dirigieron con fecha 30 de Marzo anterior. Solo este hecho hace imposible su entrada en la capital de Cata-

luña, no ya á mediados de Abril, sino dentro del primer tercio del mes de Mayo siguiente, á no verificarse el viaje por mar, con todas las condiciones favorables. Los que admiten en sus escritos como de intachable exactitud que la *carta mensajera* enviada por los Reyes alcanzó á Colón en Sevilla y que éste verificó su marcha por tierra á Barcelona, olvidan involuntariamente un hecho muy cercano de la misma historia del Almirante, que enseña y decide con irreemplazable oportunidad, que aquel viaje sólo pudo hacerse por mar, á no romper bruscamente su natural empalme, su legítima colocación en la historia.—Hasta los últimos días de Marzo no llegó á Barcelona con las venturosas nuevas del descubrimiento de un mundo el correo que Colón envió á los Reyes desde Lisboa en 4 del mismo mes, no obstante que le aligerarían en su marcha los recuerdos del Almirante y el glorioso mensaje de que era portador. Recorriendo como recorrió aproximadamente igual extensión de camino que la que media entre Sevilla y la capital del Principado catalán, ¿cómo y por dónde he de suponer que fué conducida la ya citada carta mensajera á Sevilla para que no se invirtiera tanto espacio de tiempo, ó lo que es igual, para que llegase á manos de Colón antes del 20 de Abril? ¿Cómo y por dónde he de suponer que pudiera trasladarse el Almirante con su numerosa comitiva para conseguir su llegada á Barcelona dentro del mismo mes de Abril, como afirman que se realizó el mayor número de los historiadores? Sólo quebrantando la unidad de la historia puede aceptarse que se verificaron aquellos dos viajes por tierra. Por estas razones, admito como cierta la opinión contraria que tiene á su favor sobre las significativas reflexiones que acabo de hacer, sin separarme del texto mismo de los historiadores, el terminante y ya mencionado *propósito* de Colón *de ir á Barcelona por la mar* para dar cuenta á los Reyes del éxito de su empresa; y el pronto convencimiento que produce en el ánimo la consideración de que sería más fácil, más barato y mejor trasportar los presentes

de un Nuevo Mundo, pájaros, plantas, algodones, muestras de oro, indígenas y á todos los compañeros de Colón partícipes en aquel grande descubrimiento por mar, embarcándoles en Sevilla, que decidirse á una extensa, prolongada y penosísima cabalgata, atravesando por tierra casi la enorme distancia de doscientas leguas.»

Una afirmación histórica, casi nueva por lo poco conocida, y de espontaneidad y sencillez perfectas, como la verdad lo es siempre, influirá sin duda alguna poderosamente en vuestro ánimo para que aceptéis mi opinión á propósito del viaje por mar de los descubridores del Nuevo-Mundo desde Sevilla á Barcelona, puesto que señala el día en que Colón llegó á la capital del Principado catalán para dar cuenta de su descubrimiento á los Reyes, dentro de los términos de posibilidad racional que he calculado en mis anteriores reflexiones críticas. Dice en estas ó parecidas palabras un escritor español cuyo nombre no recuerdo: «*Colón llegó ó entró en Barcelona el dia 4 de Mayo de 1493.*» Digo que en estas ó parecidas palabras, porque—vergonzoso me es confesarlo—he cometido la torpeza no sólo de perder la copia literal exacta del texto que tenía empeño de incluir en este lugar de mi trabajo, sino, lo que considero más reprensible, he olvidado por completo el libro de donde fué tomado dicho texto y el nombre del autor, creyéndome por tanto, para descargo de mi conciencia, en la obligación de apuntar ahora los antecedentes que á bibliófilos y eruditos investigadores puedan servir de guía para la busca y hallazgo de aquel texto. Por el año de 1867 ó principios del 68 mi buen amigo el laureado bibliotecario del Ministerio de Fomento, Sr. D. José Sancho Rayón, tan respetado en la república de las letras patrias por sus trabajos y por su general y profundo conocimiento práctico de la bibliografía española, constándole de antemano cuán útil podía ser para mis estudios, tuvo la bondad de mostrarme en un libro castellano del siglo XVI, folio menor, poco voluminoso, la afirmación que sustancialmente, aunque no con exactitud

literal, acabo de anunciaros. Dicho libro pertenecía ó á la biblioteca del Sr. Marqués de la Romana, ó á la del señor D. Serafín Calderón, ambas por aquella época adquiridas por el Ministerio de Fomento. Lo sustancial de la cita, lo que verdaderamente tenía para mí altísimo interés histórico, ha quedado clara y fijamente grabado en mi memoria; por cuyo motivo me he atrevido á reproducirlo en los términos expuestos.

Aunque el epitafio grabado en la lápida sepulcral de Hernando Colón y en mucha parte escrito por éste, que existe en el centro del crucero del trascoro de la catedral de Sevilla, ha sido tan justamente censurado por las inexactitudes históricas que contiene, abrigo la esperanza de que ulteriores estudios aclararán si, como yo sospecho, hay algún fondo de verdad significada con descuido y torpeza reprensibles en aquella afirmación; «Y VOLVIÓ A CASTILLA CON VITORIA A 7 DE MAYO, DEL AÑO SIGUIENTE.» ¿Fué quizás este el dia de la solemne y triunfal entrada en Barcelona de Colón, que como acabo de deciros llegó á aquel puerto el cuatro anterior? No me resuelvo á seguir en esta disquisición histórica porque comprendo cuanto estoy abusando de vuestra bondad, sin que por ahora contribuya á rubustecer y afirmar en mayor grado mis decididas creencias respecto de que Colón fué desde Sevilla á Barcelona por mar, y que sus compañeros condujeron á aquella, entonces la más populosa ciudad de España, las Bubas, con cuyo hecho se completa el derrotero histórico por donde este mal fué conducido á Nápoles.

Veamos ahora el itinerario que siguió hasta llegar á aquel reino, ya que históricamente queda bien probado que prendió en Barcelona, alcanzando primero numerosa fecundidad en las clases más bajas y mostrándose después poco á poco en clases de elevada jerarquía, como lo dice, aunque en otros términos, Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés.

En otra ocasión he escrito lo que sigue: «Una breve y

exacta ojeada retrospectiva sobre acontecimientos que tuvieron lugar entre el reino de Francia y el de Aragón antes de la entrada del ejército de Carlos VIII en Italia en 1494, preparará el ánimo de mis lectores para aceptar la verdad del primero y poco conocido itinerario de la sífilis desde Barcelona hasta Nápoles, señalado felizmente en frases de sencillez y de seguridad perfectas, por la mano privilegiada de Rodrigo Díaz de Isla. Por motivos que no son de este sitio, D. Juan, Rey de Aragón y padre de D. Fernando el Católico, concordó en 1462, el empeño y entrega al monarca francés, de los condados del Ruisellón y de la Cerdania, enclavados en los Pirineos que separan al Principado catalán de la Francia. Semejante entrega, siquiera no tuviese el carácter de cesión definitiva, produjo por parte de los catalanes contra la nación francesa una hostilidad permanente, armada y agresiva; que, aun cuando no alcanzó las proporciones de una guerra internacional, colocó en verdadera situación de guerra al país empeñado y á los pueblos fronterizos de uno y otro reino. Se prolongó esta triste y deplorable situación, sin que los catalanes obtuvieran ventajas, ni Francia lograse tranquilizar el país, hasta Enero de 1493, en cuyo tiempo se celebró nueva concordia entre Cárlos VIII y el rey de Aragón Fernando el Católico, para la restitución de aquellos condados. Agradados sin duda de la prenda, como dice un historiador español, dilataban los franceses el cumplimiento de este último convenio; y, es un hecho evidente que narran nuestros escritores con detención prolija, que las dilaciones y evasivas injustificables del Monarca francés para la restitución de aquellos territorios, causaron nueva y general exasperación en Cataluña, amenazando por momentos romperse las hostilidades contra las tropas que los guarnecian, por los guerreros y valientes hijos de aquel Principado. Aventureros siempre dispuestos al pillaje y al merodeo de la guerra, que la habian hecho en Granada, y que, después de la toma de esta ciudad en el año anterior, se avenían mal con la tran-

quilidad de sus casas, ya porque los Reyes trasladaron su residencia á Barcelona, ya también por los anuncios de nuevas contiendas, acudieron á engrosar las masas de los somatenes populares; y es seguro que se hubieran renovado las hostilidades con mayores bríos á no haber conseguido la perseverante política de Fernando la devolución que tanto convenía á la integridad de su corona y al sosiego de sus pueblos. Hecha la entrega personalmente en el mes de Setiembre de 1493 á los mismos Reyes Católicos, volvió el laborioso pueblo catalán á consagrarse á las faenas y á los goces tranquilos de la paz, y se encontró sin ocupación ni oficio la multitud de vagamundos que de todas partes habian concurrido á aquel país con la esperanza y el deseo de próxima guerra. Poco tiempo después se pregonaron levas para la invasión y conquista del reino de Nápoles que proyectaba el monarca francés, alegando tener legítimo derecho á su posesión. No ha estado en mi mano conocer detalladamente las diversas gentes que formaron su ejército; pero sin temor de faltar á lo que enseña la historia general de aquellos tiempos, y ateniéndome á las prácticas establecidas de allegar voluntarios para las guerras, bien puedo afirmar que tomarían parte con los franceses en la invasión de Italia, muchas de las inquietas y movedizas turbas que concurrieron á Cataluña, atraidas por la cuestión de los Condados, felizmente terminada por el monarca aragonés. Sea de esto lo que quiera, Carlos VIII penetró al año siguiente en Italia con un ejército numeroso. Durante él, sometió á su obediencia al Milanesado y verificó por medio de los estados del Papa, la travesía hasta el reino de Nápoles, cuyo territorio invadia en el mes de Diciembre, dando principio á la guerra que, aunque por poco tiempo, le hizo dueño de aquel reino y en la cual alcanzó una triste celebridad la sífilis, no menos que por su novedad universalmente reconocida, por su incansable multiplicación y su gravedad siempre progresiva y creciente.»

Literal y sustancialmente íntegro debería mantener el

párrafo que acabo de leeros, si no hubiera notado en su contexto ligera incorrección, que si no afecta al fondo real de la historia, guarda silencio respecto de hecho que pudo y debió tener marcada influencia para que en el itinerario de la sífilis hasta Nápoles, las cosas sucediesen en el modo y forma en que más tarde fueron narradas por Díaz de Isla. Las levas pregonadas en Francia en los últimos meses de 1493 para allegar gentes de guerra que engrosaran las filas del ejército que organizaba Carlos VIII, se anunciaron con astuta malicia declarando que el objeto de aquella expedición era alcanzar por la fuerza de las armas la libertad del Santo sepulcro. Mucho más tarde, al atravesar dicho ejército los Estados pontificios, fué cuando se dió á conocer que el verdadero propósito y fin para que había sido reunida, era la conquista del reino de Nápoles, á cuya posesión se creía el monarca francés con legítimo derecho. Semejante circunstancia no pudo menos de favorecer el enganche de los aventureros españoles que habiendo militado bajo los estandartes de la Fe en las guerras de Granada, siguieron á los Reyes Católicos á Barcelona y al Ruisellón y la Cerdania con el deseo y la esperanza de nuevas luchas en que pudieran hallar satisfacción sus hábitos y costumbres de merodeo y de pillaje. Estos fueron los que según el verídico relato de Díaz de Isla comunicaron las Bubas á los soldados del ejercito francés. No permiten duda ni vacilación alguna las afirmaciones de aquel célebre historiador, afamado cirujano y expertísimo Maestre de las enfermerías de bubosos del regio hospital de todos los Santos de Lisboa: «*E luego el año siguiente de mil y cuatrocientos y noventa y quatro años. El cripstianissimo rey carlos de francia que al presente reynava, ayunto grandes gentes y passo en italia:* Y AL TIEMPO QUE POR ELLA ENTRO CON SU HUESTE YVAN MUCHOS ESPAÑOLES EN ELLA INFICIONADOS DESTA ENFERMEDAD Y LUEGO SE EMPEZO A INFICIONAR EL REAL DE LA DICHA DOLENCIA: *y los franceses como no sabian que era, pensaron que de los ayres de la tierra, se les apegavan. Los franceses pusieron le mal de napoles. E los*

italianos y napolitanos como nunca de tal mal tuviesen noticia pusieronle mal frances, y de alli adelante segun fue cundiendo assi le fueron imponiendo el nombre cada uno segun que le parecia que la enfermedad traya su origen.»

Una reflexión previsora antes de continuar mi tarea. Del propio modo que la levadura bubosa fué importada por los marineros de Colón desde Haiti á Sevilla y Barcelona, pudo serlo desde esta populosa ciudad á Sicilia, posesión entonces de la corona de Aragón, adelantándose al ejército francés de Carlos VIII. No me sorprendería, pues, que siguiendo las más frecuentadas vías del comercio marítimo, se hubiera trasmitido este contagio por donde quiera que individuos contagiados de Bubas hubieran navegado con crecido número de gentes de ambos sexos y fácil trato genésico. Hago esta advertencia porque se ha supuesto por alguno que aquel fué anticipado derrotero de las Bubas para su propagación al reino de Nápoles, sin que resulte esta opinión autorizada con testimonios históricos.

Los aventureros españoles á quienes Díaz de Isla señaló en su verídico relato histórico como portadores y propagadores de las Bubas al ejército mandado por el Rey de Francia Carlos VIII, no debieron incorporarse á este ejército antes de Octubre ó Noviembre de 1493. Son de todo punto abonadas las razones que me asisten para pensarlo así. Mientras que por una parte las allegadizas turbas que constituyeron aquel ejército no se reunieron y organizaron formal y definitivamente sino en los últimos meses de dicho año, por otra la espectativa é inminencia de guerra entre catalanes y franceses duró hasta la total y completa restitución á los Reyes Católicos del Ruysellón y la Cerdania, verificada en Setiembre; y es claro que por ambos motivos no se engancharían españoles al servicio de Francia hasta después de cesar aquella si no declarada, contenida pero viva hostilidad de los pueblos fronterizos y cuando por otra parte pudieron persuadirse de la seguridad de la soldada. Conviene tener presente este dato para no anticiparse con

creaciones de pura fantasía á la realidad de la historia, pretendiendo con irreflexiva viveza que las Bubas debieron mostrarse en aquel ejército instantáneamente y con extraordinaria multiplicación y alboroto, mucho antes de lo que cabía en el orden regular de las cosas, en lo que debo considerar como una posibilidad racional. Además es necesario apreciar este lejano, poco conocido y curiosísimo período de la propagación de las Bubas por el viejo mundo con la luminosa antorcha de la experiencia y de la verdad científicas, afirmando sin vacilación alguna que entonces obedecieron en su trasmisión como había sucedido antes y como siempre ha sucedido después á las mismas inalterables leyes de contagio inmediato, fijo y directo y á su peculiarísima, lenta, graduada y progresiva evolución morbosa en el individuo. Sin antecedentes ni noción alguna de aquella forma de trasmisión patológica, si no nueva, desconocida por lo benigna y silenciosa, y con ignorancia absoluta del curso del mal que en la nosología humana carecía de análogo, ¿cómo habían de pensar los inadvertidos soldados franceses en quienes primero se mostraron los dolores reumatoideos ó reumatiformes que preceden y acompañan al brote de los síntomas generales cutáneos exantemáticos ó profundos, á la verdadera explosión de las Bubas, cómo habían de pensar, repito, que habían contraido aquella nueva é ignota dolencia en los íntimos goces de la unión sexual? ¿Quién pudo por el pronto sospechar que la semilla ó germen de este contagio se cobijaba común y traidoramente en los escondrijos de los órganos copuladores donde se anidan ó en velado silencio brotan las formas ó manifestaciones bubosas esencialmente segregativas y por tanto las más apropiadas para el contagio multiplicador de esta dolencia mediante aquellos apetecidos actos? ¿Cómo las víctimas de esta enfermedad habían de reducir la manifiesta y ejecutiva influencia de las humedades y de los fríos atmosféricos en la presentación de las formas dolorosas de las Bubas, á la condición de un factor secundario, de un

verdadero coadyuvante, si desconocian el fondo esencial y específico de aquellos dolores desarrollados tras solitario accidente de pérfida benignidad y tras incubación general prolongada y silenciosa en el lentísimo curso de una infección constitucional de verdadero y excepcional carácter crónico, según lo ha dado á conocer después secular y no interrumpida experiencia? La observación comenzó pues para los franceses en casos individuales, solitarios y dispersos á la vez que se realizaba la entrada y paso del ejército de Carlos VIII por Italia; y ante la ignorancia completa de la etiología específica y virulenta de las Bubas y de su desconocido y extraño proceso patológico, no debe sorprendernos que primeramente achacaran el mal á los aires de la tierra como los compañeros de Colón los habían achacado á los trabajos de la mar. « Y los franceses como no sabian que era pensaron que de los aires de la propia tierra se les apegaba; » dice el puntual aunque conciso historiador del itinerario que las Bubas siguieron hasta Nápoles. Habría de exponer ahora larga serie de textos y citas ya aducidos por Astruc en su clásica obra y por Ribeiro Sánchez en su apasionado folleto contra el origen americano de las Bubas, que determinan con visible acuerdo su primera aparición en Italia en el ejército de Carlos VIII, y la multiplicación progresiva de este pernicioso contagio y su alarmante agravación individual durante la invasión y conquista del Reino de Nápoles. Creo excusada esta laboriosa prueba porque la certidumbre de ambas afirmaciones, lógicamente acordes con las demostraciones científicas, descansa en el universal asentimiento, está en la conciencia de todos. Debo sin embargo dejar explícita y categóricamente consignada la siguiente rotunda afirmación: ante un examen desapasionado y justo no puede sostenerse la validez de ciertos testimonios históricos que como los de Pedro Delfini y Martir de Angleria figuran como de fecha anterior al descubrimiento del Nuevo Mundo, porque están nutridos, amasados y compuestos, si me es permitido hablar así, con materia-

les y elementos positiva y evidentemente posteriores á este grande suceso. Encarnan por esta razón vicio de nulidad. Termino pues reproduciendo, no como tema de estudio sino como legítimo corolario de mi prueba, la segunda y tercera tesis de este trabajo que por conexiones y enlaces que saltan á la vista he tenido necesidad de estudiar reunidas.

«*Los que acompañaron á Colón en su primer viaje*, he dicho anteriormente, *importaron á Europa entre los testimonios del descubrimiento del nuevo mundo*, *las Bubas: esta sucia y dolorosa mercaderia como la llamó Pellicer el erudito anotador del «Quijote.»*

Con oportuna y envidiable puntualidad quedaron consignados el derrotero y el itinerario por donde las Bubas fueron conducidas desde España á Nápoles.»

CUARTA TESIS.

Por voto y universal aclamación, la enfermedad de las Bubas fué declarada nueva en el viejo continente, puesto que no se la encontró registrada en su historia.

He de recordaros ahora, porque asi conviene al triunfo de mis opiniones, que si me hallo dispuesto á sincera y cortés discusión en este asunto, me considero en el deber de exigir en mis adversarios médicos ó filósofos, anticuarios ó humanistas, historiadores ó eruditos, antropólogos ó curiosos y diligentes escudriñadores como circunstancia indispensable, *sine qua non*, para tal contienda, pleno, positivo y práctico conocimiento de los males de que necesariamente habríamos de tratar, según hoy á todas horas los define y demuestra la ciencia moderna, experimental y clínica. «Que

aquí precisamente, en el perfecto conocimiento de estos males, se encuentra la clave prodigiosamente fácil, sencilla y al mismo tiempo de irresistible poder y fuerza para destruir este enormísimo embrollo, esta especie, permitidme la frase, de barricada histórica.» Estas palabras, dichas anteriormente por mí, á propósito del voluminoso y heterogéneo alegato formalizado por los defensores de la antigüedad de las Bubas en el viejo continente, son de grande oportunidad en los presentes momentos en que quiero justificar, que por voto y universal aclamación las Bubas fueron declaradas en el Viejo Mundo enfermedad nueva y posterior al descubrimiento del Nuevo. Bosquejaré con elementos históricos la prueba de esta tesis, no tan amplia y textualmente como podría hacerlo si no hubiera abusado tanto de vuestra bondad prolongando con exceso este trabajo, y dejaré á los adversarios de mi dictamen que malgasten sus fuerzas en sentido contrario.

En primer término debe figurar el nombre de mal de la Isla Española, que le dió Rodrigo Díaz de Isla, como privilegiado y perito testigo de los primeros españoles que le adquirieron ó importaron á Europa desde aquella isla.

Ha de figurar después el de Sarampión de las Indias dado á las Bubas en Sevilla en los últimos años del siglo XV y primeros del XVI, porque enlaza históricamente el asunto y lo retrata con fidelidad bajo el aspecto científico. Sarampión por la singular semejanza que resulta entre este exantema febril y la llamada roseola, que inicia siempre los síntomas generales de las Bubas; y de las Indias porque tal fué en los primeros tiempos el sencillo nombre otorgado á las tierras descubiertas por Colón, de las cuales creyeron decididamente los sevillanos que habían sido importadas.

No habían conocido los franceses hasta 1493 con el nombre de viruela más que una sola enfermedad. Desde 1494 admitieron dos: la gorda, que fueron las Bubas, y la pequeña, para diferenciar lo que, por tosca apariencia y breve y pasajera analogía, denominaron con un solo nombre.

El mismo decidido propósito de distinguir y separar lo que era de antiguo abolengo y lo que traía consigo aparejada novedad, llevó á los ingleses, alemanes y aun á los moradores de algunas comarcas italianas á realizar en sus respectivos idiomas, distinción nominal parecida á la que desde luego establecieron los franceses. Estudiado y perseguido el mismo hecho con plena posesión de los idiomas usuales en aquellos tiempos se llegaría á una demostración general completamente favorable para mi opinión, y aunque inesperada por su novedad, por todo extremo lógica y exacta; como que emana de la inflexible y naturalísima ley filológica que reconoce los modos de crearse para hechos nuevos, nuevas denominaciones. Abandono esta pequeña faz de mi tesis porque ignoro en absoluto dichos idiomas, para ampliarla con otros testimonios paralelos á los expuestos, y por análoga ley engendrados.

Los portugueses y aragoneses llamaron á las Bubas mal de los castellanos; los italianos, napolitanos, suizos, ingleses, alemanes, tudescos y turcos, mal de los franceses; los polacos, mal de los alemanes; los rusos, mal de los polacos; los persas, mal de los turcos; en algunos puertos de Inglaterra fueron nombradas mal de Burdeos; en Berbería, mal de los cristianos y de los españoles; en las posesiones portuguesas de Africa, mal de los portugueses; y por todas partes con los que tuvieron la primacía en la conducción y propagación de las Bubas, se guardó la consecuencia de achacárselas, dándolas su nombre como testimonio de la novedad del mal y de la evidencia histórica de su trasporte. Y cosa rara, singular, verdaderamente peregrina y antinómica, mientras que por todo el viejo continente se sancionó la novedad del mal con la novedad de su denominación, nadie pensó por el momento, ni en los primeros años del descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo en designarlas en aquellos remotos países como mal de sus descubridores europeos.

Tercera serie de nombres nacidos al mismo tiempo y del

propio modo, por motivos de analogía ó de aparente origen contagioso, que los que dejamos expuestos, testifica también, con su novedad la novedad de las Bubas en el viejo continente en los últimos años del siglo XV. Fueron nombradas sarna española en Sicilia y los Países Bajos; sarna francesa en Italia y Nápoles; viruela francesa en Inglaterra, Holanda, Alemania y Suiza; sarna de los burdeles y pústulas obscenas en varios países de Europa; pretendió Villalobos que se las denominara sarna egipciaca porque con espíritu bíblico las consideró semejantes á las plagas de Egipto; las nombró Gaspar Torrella pudendagra; Pedro Pintor morbo facto et oculto his temporibus affligenti; Grundbek de pestillentialli scorra sive mal de Frantzos; los aragoneses las llamaron mal de simiente, etc., etc., porque os cansaría si me propusiera anotar tantos y tan singulares nombres con que, repito, por motivos de analogías ó de idéntica vía de trasmisión se pretendió, con posterioridad siempre al descubrimiento del Nuevo Mundo, distinguir las Bubas en los últimos años del siglo XV.

A la vez que al calor y por el estímulo de la novedad de las Bubas se creaban tantos nombres, los historiadores coetáneos más íntimamente conocedores de los hechos de sus tiempos afirmaban, con unánime acuerdo, su novedad. Paulo Jovio dice: «Pero la venida de los franceses pareció á muchos muy más grave; porque de mas de aver turbado nuestro sosiego, nos truxo tambien una enfermedad nunca oyda en los siglos passados, muy semejante á aquella que siendo Tiberio Emperador, fue llamada Mentagra, y hizo daño grande en la ciudad de Roma» (1).

Guichardini anotó el mismo hecho que Paulo Jovio, mostrándose singularmente conforme con las noticias de este diligente historiador.

Pedro Martir en su ya famosa carta á Arias Barbosa

(1) Véase traducción de Gaspar de Baeza.

afirmó, con la natural sencillez que la verdad reclama, que las Bubas eran peculiares de aquellos tiempos; sin que los que han citado este documento como testimonio de la antigüedad de las Bubas, parasen mientes en el error de fecha, aunque determinaba, en contraste con el fondo de la carta, anacronismo inexplicable y absurdo como todos los anacronismos.

Lucio ó Lucas Marineo Siculo proclamó la novedad del mal con posterioridad al descubrimiento del Nuevo Mundo como la habian proclamado Gonzalo Fernández de Oviedo y Las Casas.

Nuestro López de Villalobos dijo en 1498:

«Fue una pestilencia no vista jamás
en metro ni prosa, ni sciencia ni historia.»

Perdonadme, señores, que no acumule más citas de historiadores testigos, porque me detiene el fundado temor de ofender á vuestra reconocida ilustración, y permitidme que en breves palabras someta á vuestro juicio un hecho que por su carácter de universalidad completa y perfecciona la prueba de que las Bubas han sido nuevas en el viejo continente á partir del descubrimiento de Colón.

Por la extensión que desde luego alcanzaron en Europa; por su dolorosa intensidad; por su repugnante aspecto; por su gravedad siempre creciente, y por la tenaz y desesperante rebeldía con que respondieron á los métodos curativos que la medicina de aquellos tiempos, falta de experiencia y guiada por principios y prácticas de escuela y autoridad científica, pudo oponerlas, suscitaron por todas partes medidas ó instituciones completamente nuevas, hijas legítimas de su novedad. Posteriores á 1493 registramos numerosas disposiciones de los gobiernos y de los pueblos para vigilar, aislar y hasta secuestrar á los bubosos, y sobre todo á las míseras y desventuradas prostitutas, cuando se temía ó sospechaba que estuvieran atacadas de este con-

tagioso mal. Tras estas primeras medidas que nacieron, por decirlo así, espontáneamente ante el primer conocimiento de las bubas, y sobre todo de la evidencia de su caracter contagioso, la caridad privada y pública creó asilos para la asistencia y especial curación de los bubosos, nombrándoles de unciones, de aguages, de bubosos, etc., etc., sin que pueda citarse ni una sola de aquellas medidas ni uno solo de estos asilos de condición bien clara y definida por lo que respecta á su relación con las bubas, que tenga fecha anterior al descubrimiento del Nuevo Mundo. He dicho en otra ocasión en carta dirigida á insigne escritor extranjero y concluyo con la cuarta tesis: «Explican unos la presentación de la sífilis (las bubas) como exacerbación repentina y pestilente de afectos que habían peregrinado silenciosos desde la antigüedad hasta el siglo XV; otros como novedad acaecida en Italia por mil diversos motivos que caprichosamente varían y amontonan; algunos como singular degeneración de la lepra, todavía tan extendida por las naciones meridionales de Europa; y los más como regalo que las lascivas mujeres de Haity hicieron á los libertinos europeos que saciaron con ellas sus carnales apetitos; pero todos convienen en que la enfermedad á que Fracastor dió el nombre de sífilis (las bubas) no perteneció á la historia del Viejo Mundo antes del descubrimento de las Américas, en el año de 1493. No es este un acuerdo cualquiera tomado al azar por unos cuantos, sino que le siguen, sin la más leve vacilación, historiadores, médicos y no médicos, religiosos y profanos, universales y particulares; y no ya como un hecho de simple referencia, sino como cosa acaecida á su vista y en su propia presencia, sobre cuya exactitud ni se permiten la más leve observación ni toleran el más ligero reproche. La tal presentación de la sífilis (las bubas), que no dejó de considerarse como un grande suceso histórico, tuvo el privilegio de trascender á toda la vida social, y por este motivo no sólo se encarnó en la ciencia y en la historia, sino que suscitó por todas

partes en las instituciones públicas y en el hogar de la vida doméstica, en la literatura y en las artes, en las leyes y costumbres de los pueblos, la sorpresa que causa la novedad, el miedo que provocan el dolor y la pestilencia, el anatema que no podía ménos de lanzar la lascivia perturbada en sus deleites y el picante sarcasmo ó el diabólico epigrama con que había de burlarse de la multitud castigada, la risa de los satíricos modernos.»

QUINTA TESIS.

Con los caracteres que en las bubas ha reconocido y á todas horas reconoce y comprueba la ciencia, se explican cumplidamente sin artificios extraordinarios y sobrenaturales causas la extensión y gravedad casi pestilenciales que alcanzó esta dolencia durante los años de 1494, 95 y 96 en el ejército del rey de Francia Cárlos VIII.

Es evidente que el asunto á que he consagrado esta memoria se aleja en la tesis que acabo de leeros del caracter *americanista* que en conciencia debe informarla en todas sus partes; pero también lo es que, por espíritu de propia conservación, el estudio de esta tesis debe complementar lógica y necesariamente mi trabajo si no quiero dejarle huérfano é indefenso contra amañados y tenaces aunque poco fundados ataques de mis adversarios. Frente á frente de mi detallada y robusta prueba del origen y procedencia americanos de las Bubas me temo y espero, y por tal razón me permito dirigiros estas palabras, que han de colocar, por supuesto con su habitual y presuntuosa seguridad, el gigantesco fantasma de la epidemia napolitana de los últimos

años del siglo XV, fantasma que urge desvanecer y aniquilar para siempre á fin de que no empañe, oscurezca y perturbe la tranquila y diáfana realidad de la historia. Y el caso es que se han acostumbrado, perdonadme esta confesión, á citarle legos y profanos, historiadores y médicos, etc., etc., con la misma confianza y seguridad que si fuese positiva y absolutamente cierto, y de él tuviesen cabal y cumplida noticia por haberse realizado á su presencia y en toda la plenitud de su especial desarrollo. De boca en boca, sin correctivo ni vacilación alguna, corre, si me es permitida esta frase, la epidemia napolitana de los últimos años del siglo XV, y todo el mundo cree en ella como podemos creer en nuestro siglo en las epidemias de cólera morbo asiático; pero la verdad es que penetrando con severo y profundo análisis en el conocimiento y estudio del hecho á que se han atribuido caracteres de una grande, violenta y pavorosa epidemia, se alcanza muy pronto que la cosa fué llana y sencilla entrando holgadamente en las condiciones naturales y ordinarias de las Bubas. ¡Que hubo muchos bubosos en Italia en 1494 y 95! Cierto: ¡Pero que las Bubas tuvieron tiempo no sólo de propagarse con silenciosa facilidad sino de alcanzar impunemente en cada individuo toda su temible y dolorosa graduación! Cierto también; sin que para ello hubieran de intervenir artificios extraordinarios y sobrenaturales causas. Bastó entonces, como ha bastado siempre, el contagio directo y personal por tantos y tan diversos caminos realizado para que el número de los bubosos creciera y se multiplicara, según la frase bíblica, y de cada vez fuese más visible, dada la esterilidad de los primeros métodos curativos empleados, ó mejor y más exactamente dicho, su perturbadora y siniestra ingerencia para ayudar á las Bubas, debilitando y postrando á los infelices atacados de ellas. Buscad los motivos de contacto más ó menos íntimo, más ó menos sostenido que puedan existir entre individuos de la especie humana, y por todas partes encontraréis la fácil trasmisión de las Bubas. La unión sexual, con privilegiada preferen-

cia; la lactancia; los besos amorosos; los reconocimientos científicos; la vacunación, etc., etc., y veréis cómo se multiplican las ocasiones de contagio. Y aun suponiendo que de todos los medios indicados no existiese más que el primero, es decir, el comercio sexual, él sólo bastaría, ayudado de los vicios humanos, para propagarlas vivamente por la ancha superficie de la tierra «como torbellinos disparados de la región del fuego con la misión de abrasar al mundo,» según la apasionada frase con que el erudito Floranes quiso contrariar aquella verdad. Y cuenta, señores, que si el comercio sexual, el activo y perseverante comercio sexual se realiza muchas veces, á espaldas de la legitimidad honrada y honesta, con el bullicioso escándalo de las mancebías y públicos burdeles, otras no escasas en número, tiene lugar, por razones que á todos se os alcanzan, como alijos de contrabando, con mayor silencio que el que emplea la araña para tejer sus telas y con todo el recóndito sigilo con que puede velarle su constante ilegitimidad para verse libre de la escudriñadora y penetrante investigación de la más astuta y diligente malicia. Pues bien, con tales condiciones se realizó la propagación de las Bubas en el ejército francés al cruzar la Italia; germinaron del propio modo en el país, en son de triunfo, atravesado por dicho ejército; cundieron desde Italia y Francia á las naciones fronterizas personalmente propagadas por el comercio sexual, y del propio modo han sido llevadas á los últimos y más apartados confines de la tierra, y por todas partes se hizo constar este hecho, sin que en los primeros tiempos de la novedad del mal se quebrantase la unanimidad de pareceres, hasta que en el siglo pasado Riveiro Sanchez inventó la pérfida y traidora especie del origen epidémico con el personalísimo propósito de rebajar la importancia de los trabajos de Astruc y Swieten. No puede leerse sin penosa amargura el alegato de Riveiro Sanchez porque se descubre en él no ya la falsedad de tan artificioso escrito, sino la del mismo y poco escrupuloso escritor portugués que acha-

caba las Bubas como de sucesión legítima y perfecta á la llamada peste de los marranos; explicando las enormes diferencias de ambos males por atenuaciones y variantes caprichosísimas y de pura fantasía que jamás se han reconocido en la medicina, y creando para ellas á su antojo una etiología cósmica y telúrica de que ni en los tiempos anteriores ni en los posteriores transcurridos hasta hoy ha existido la más leve sospecha. Creo suficiente en los actuales momentos esta indicación para que los que deseen mayor conocimiento del asunto puedan dirigir sus investigaciones por este camino, esperanzados y seguros del mismo victorioso triunfo que yo creo haber alcanzado respecto de este último tema en mi libro LA SÍFILIS Y LAS ENFERMEDADES QUE SE HAN CONFUNDIDO CON ELLA.—He dicho.

RECEPCIÓN EN EL AYUNTAMIENTO.

La Corporación municipal de Madrid y el Alcalde Sr. Abascal, patronos del Congreso de Americanistas invitaron especialmente á los socios de este á la fiesta que en su agasajo tenian dispuesta para la noche del 27, en la casa de la Villa. El edificio lucia exteriormente brillante iluminación de gas; en el portal, adornado con plantas y flores se hallaban formados los bomberos con traje de gala; anunciaban la llegada de los invitados los porteros de banda, y los alguaciles, vistiendo el histórico traje del siglo XVII cubrian la escalera, entapizada y adornada igualmente con profusión de flores.

Una Comisión del Ayuntamiento compuesta de los Sres. Abascal, Arroyo, Alvarez Capra, Martinez Brau, Santibañez, Lara y Vela, recibían galantemente á los que iban llegando á los salones cuyo lujoso adorno realzaban los macizos de plantas exóticas en gran parte americanas, dispuestos con el mejor gusto.

A las diez se presentó S. M. el Rey, que vestía frac negro, con la placa de las cuatro Ordenes militares acompañado del Mayordomo mayor, señor Duque de Sexto, y fué recibido en el portal por el Alcalde Sr. Abascal, los Tenientes de alcalde, los Concejales Sres. Monasterio, Moreno Lopez, Jaquete y Osorio y el secretario Dicenta, comisionados al efecto. Ya entonces llegaba la distinguida concurrencia á más de ochocientas personas, que con los uniformes y condecoraciones ofrecía hermoso conjunto, aunque se echara de menos lo que verdaderamente hermosea y presta mayor encanto á toda fiesta; las damas.

Guiados los Americanistas por los Sres. Concejales, examinaron todo lo que encierra el edificio, singularmente las tapicerías antiguas, siendo presentados á S. M. el Rey y á los altos dignatarios del Gobierno y la Administración, así como á los que enaltecen á la literatura y las artes en España. Citarlos á todos sería prolija tarea, estando como estaban, los Ministros de la Corona, el Cuerpo diplomático, el Capitán general y el Gobernador civil de Madrid, Comisiones de las Academias y otros cuerpos científicos, de la Banca, de la prensa, del Ejército, de la Armada, y como es de suponer, por la mesa del Congreso, los Sres. Alvareda, Presidente, duques de Veragua y Moctezuma, Conde de Toreno, Lasala, Conca, Saveedra y los Secretarios.

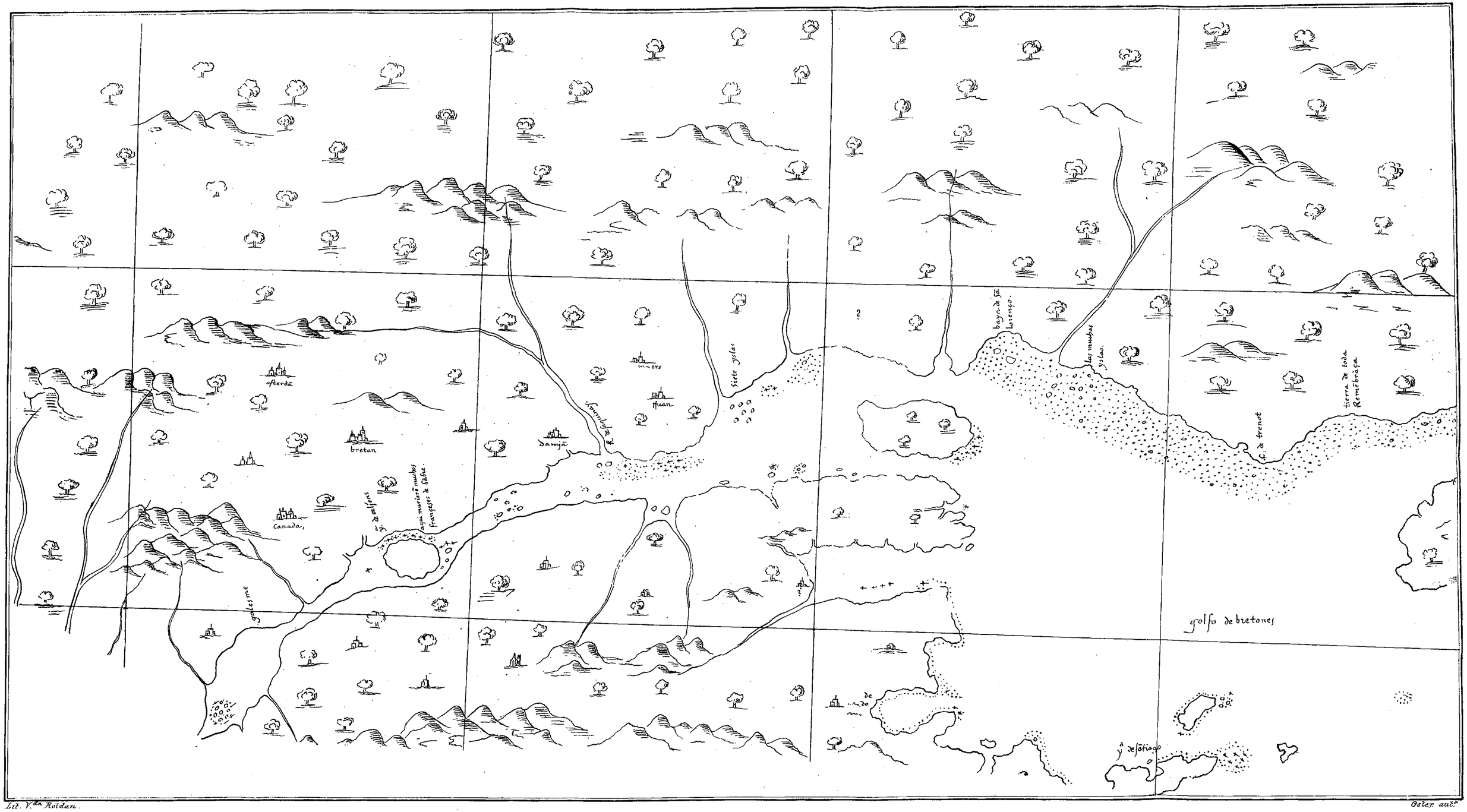
La orquesta, dirigida por el maestro Chapí, amenizó la reunión tocando las piezas siguientes:

Overtura de Guzman el Bueno, de Bretón.
Sueños de amor, Kaulich.
Fantasia morisca, Chapí.
Serenata española, Valle.
Fantasia de aires nacionales, Inceuga.
Stefanie, Farbach.

A las once se abrió el salón de las columnas en que estaba dispuesto el refresco con suntuosidad, y cerca de la media noche anunció la marcha real que S. M. se retiraba, haciéndolo sucesivamente los invitados, aunque no sin expresar al Sr. Abascal y Concejales del Ayuntamiento su gratitud por la galante acogida que habían hallado en los patronos del Congreso.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

MAPA DEL OCÉANO ATLANTICO
SETENTRIONAL
con la demarcacion de los nuevos continentes y costas que dejaria en seco un levantamiento de 2000 brazas en la parte de la corteza terrestre correspondiente á dicho mar.
Formas de los continentes actuales.
Formas y enlaces despues del levantamiento.
Profundidades marinas que miden en la actualidad de 2000 á 3000 brazas.
Profundidades marinas que miden en la actualidad mas de 3000 brazas.
Nota. El NORD ATLANTISCHER OCEAN de Stieler, que señala todos los sondeos, ejecutados hasta el dia, ha servido de base para las determinaciones trazadas en este mapa.
GROENLANDIA
ISLANDIA
LABRADOR
TERRANOVA
CANADA
ESTADOS UNIDOS
NUEVA YORK
FILADELFIA
BALTIMORE
GOLFO de MEXICO
GOLFO de las ANTILLAS
CARACAS
VENEZUELA
BOGOTA
COLOMBIA
BRASIL
R. de las Amazonas
Islas Azores
Islas Canarias
Islas del Cabo Verde
Islas Maderas
MARRUECOS
SAHARA
SUDAN
GUINEA
IRLANDA
INGLATERRA
ESCOCIA
LONDRES
PARIS
MADRID
ESPAÑA
PORTUGAL
Lisboa
Sevilla
Gibraltar
Burdeos
Brest
Nantes
Dublin
Bristol
Edimburgo
Islas Orcadas
Islas Feroe
Islas Shetland
Islas Hebridas
Coruña
Santiago
O Porto
Oporto
Ferrol
Vigo
Cuba
Jamaica
Santo Domingo
Haiti
Honduras
Guatemala
Nicaragua
Costa Rica
Istmo de Panamá
Islas Bahamas
Islas Bermudas
Islas Bolleas
Islas Azores
Islas Canarias
Islas del Cabo Verde
Islas Maderas
Islas Orcadas
Islas Feroe
Islas Shetland
Islas Hebridas
Islas Bolleas
Islas Bermudas
Islas Baham



Lit. V.da Roldan.

Osler aut.o

ÍNDICE.

Págs.

Junta organizadora..... 7
PRIMERA SESIÓN..... 18
Constitución de la Mesa..... 21
Nombramiento del Consejo central..... 22
SEGUNDA SESIÓN..... 24
Discurso del Sr. Ministro de Fomento..... 26
Discurso de M. A. Bamps..... 33
Discurso del Sr. D. H. F. Varela..... 35
Discurso de S. M. el Rey..... 37
Exposición de antigüedades americanas..... 39
TERCERA SESIÓN..... 43
Discurso del Sr. Duque de Veragua..... 43
La grande terre de l'Ouest dans les documents celtiques du moyen-âge, par M. E. Beauvois..... 45
¿Puede deducirse de la historia y del estudio de las fenómenos geológicos que ofrece la isla de Cuba que ésta haya estado unida ó no al Continente de América en los tiempos precolombianos? Por D. M. Fernández de Castro..... 74
La isla de Cuba estuvo unida un día al Continente americano, por D. M. Rodríguez Ferrer..... 95
Fr. Bartolomé de las Casas, por D. A. M. Fabié..... 113
Contestación de D. M. Jiménez de la Espada..... 115
Discurso del Sr. Arias de Miranda..... 117
Rectificación del Sr. Fabié..... 120

¿Son apócrifos los viajes de Juan de Fuca y de Lorenzo Ferrer Maldonado? por D. P. de Novo y Colson..... 122
Noticias del museo de Berlín por M. W. Reiss..... 128
Excitación de M. A. Bamps..... 129
Hypothèse sur la Disparitión de l'Atlantide par M. Marcella T. Wilkins..... 131
Pruebas geológicas de la existencia de la Atlántida; su fauna y su flora por D. Federico de Botella..... 142
Cuarta sesión..... 166
Discurso del Sr. Príncipe Gortshacow..... 166
Proposición del Sr. Houghton..... 167
Telegrama enviado á la viuda del general Garfield, Presidente que fué de los Estados-Unidos de América..... 169
Observaciones sobre geología de Cuba por M. H. de Saussure..... 169
Contestación del Sr. Fernández de Castro..... 172
Fray Bernal Buil y Don Pedro Margarit por el P. Don Fidel Fita..... 173
Des voyages réels ou pretendus des juifs, avant Christophe Colomb, por M. l'abbé Louvot..... 179
Observaciones hechas á la anterior memoria por el Sr. Jiménez de la Espada..... 188
Otras de D. B. Martín Minguez..... 189
Otras de M. Vinson..... 190
Exposición Botánica..... 193
Quinta sesión..... 196
Discurso del Sr. M. M. de Peralta..... 196
L'île des Septs Cités et l'île Antilia, par M. Paul Gaffarel.. 198
Pedro Cieza de León, por el Sr. Jiménez de la Espada... 214
Expediciones precolombianas de los vizcainos á Terranova y á los países del litoral inmediato, por D. C. Fernández Duro..... 216
Progreso de la cartografía americana por D. C. Fernández Duro..... 218
El museo de Berlín, por el Sr. W. Reiss..... 220
Observaciones de M. A Bamps..... 221

De los terrícolas cubanos con anterioridad á los que allí encontró Colón, según puede inferirse de las antigüedades encontradas en esta isla, por D. M. Rodríguez Ferrer..... 224
Rapport de M. Henri Saussure sur un os maxillaire inférieur trouvé à Cuba..... 262
Dictamen acerca de la misma mandíbula, del Doctor D. J. B. Hijar y Haro..... 265
Memoria acerca de la prioridad del descubrimiento por los españoles de la región de los lagos, por M. George A. Leakin..... 267
Observaciones de D. J. de la Pezuela..... 269
Smithsonian Institution. An account of its operations.... 270
Memoria de D. B. Martin Minguez..... 299
Sesión del Consejo central..... 303
Proposición de D. J. Zaragoza..... 304
Otra del Príncipe Gortschacow..... 308
Designación de la ciudad de Copenhague para el Congreso de 1883..... 310
Sexta sesión..... 310
Discurso de M. H. de Saussure..... 310
Memoria de D. G. Fournier..... 312
Observaciones de M. W. Reiss..... 312
Otras de M. Dognée..... 313
Memoria leída por M. A Bamps..... 314
A Brief Review of Native American Pottery By Edwin A. Barber..... 323
¿Cuáles son las principales enfermedades contagiosas que recíprocamente han cambiado entre sí los pueblos del Antiguo y del Nuevo Mundo? por D. B. Montejo y Robledo..... 334
Recepción en el Ayuntamiento..... 417

LÁMINAS.

	Págs.
Cráneos encontrados en Cuba	240
Mandíbula fósil	»
La misma mandíbula	»
Idolos encontrados en Cuba	»
Figuras de barro cocido encontradas en S. Juan de Teotihuacan	302
American Pottery (5 láminas)	320
Carta del Océano Atlántico Septentrional	Al fin del tomo.
Fragmento de una Carta del Canadá	

Se halla en prensa el tomo II de las Actas.